HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

la época de la burguesía

GUY PALMADE



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 27

La época de la burguesía

Volumen compilado por

Guy Palmade

Guy Palmade nació en 1927. Estudió en la Ecole Normale Supérieure. Ejerció la docencia en la Ecole Normale Supérieure y en la Sorbona, en el Institut d'Etudes Politiques. En 1968 fue nombrado Inspector general de Instrucción pública. Desde 1973 dirige el Instituto Nacional de Investigación y Documentación Pedagógicas en París. Como investigador, ha centrado su atención en los temas concernientes al capitalismo francés en el siglo XIX (*Capitalisme et capitalistes français du XIX^e^ siécle*) (1961), en la historia del Segundo Imperio en Francia y en temas de historiografía general.

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 27

LA EPOCA DE LA BURGUESIA

Compilado por
Guy Palmade





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1976
quinta edición en español, 1981

ISBN 968-23-0009-6 (obra completa)
ISBN 968-23-0460-1 (volumen 27)

primera edición en alemán, 1975

título original: das bügerliche zeitalter

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

Indice

COLABORADORES DE ESTE VOLUMEN

Jean-Pierre Daviet (París)
Capítulo 3

Guy Palmade (París)
Capítulo 1 y conclusión

Patrick Verley (París)
Capítulos 2 y 4

TRADUCTOR
Santiago Puga

DISEÑO DE LA CUBIERTA
Julio Silva

1. Las revoluciones de 1848

Introducción: la Europa de 1848

La subdivisión de una historia universal no se hace nunca sin cierta arbitrariedad. El tiempo no se pliega más fácilmente que el espacio, y el punto de partida de este libro bastaría para en caso de necesidad recordarlo: 1848, fecha grande para Europa, corre el riesgo de serlo sólo para ella, y tal vez no para todos los países y pueblos que la constituyen.

En efecto, este volumen se ocupa sólo de una parte de Europa. Otros volúmenes de esta misma colección tratan específicamente de la historia del Imperio ruso, o la de los Estados islámicos, uno de los cuales, el Imperio otomano, domina hasta principios del siglo XX la mayor parte de la península balcánica [1]. Una parte considerable de la Europa «geográfica» se encuentra pues excluida de nuestro estudio. No obstante, esta restricción no es absoluta. San Petersburgo y Constantinopla, en el siglo XIX, como centros u objetos de decisiones políticas, fueron puntos neurálgicos de la política europea. Las relaciones internacionales y las guerras, los múltiples contactos económicos y culturales establecieron lazos entre lugares que, en cierta medida, aquí ha sido preciso separar. Por otra parte algunos pueblos, como el polaco o los que hoy día forman el Estado yugoslavo, habitaban tierras arbitrariamente divididas en la época de la que vamos a hablar, por la frontera que aquí nos está asignada. Por diversas razones, en consecuencia, esta frontera no podrá ser un telón de acero. En las páginas que siguen trataremos de mantener, pues, las relaciones indispensables.

I. Europa en el mundo

Un problema más grave se plantea: ¿es legítimo aislar del mundo a esta Europa de límites dudosos para hacer de ella un campo de estudio particular, plenamente autónomo? El medio siglo en que trataremos de definirla —el de Richard Cobden o Julio Verne— ve afirmarse un universalismo que multiplica, entre los diversos continentes, las relaciones de todo orden y en

todos los sentidos, ya sean de antagonismo, de dominio o de solidaridad. La incipiente explotación de las minas de California y Australia, tanto como el bloqueo del Sur algodonero de los Estados Unidos durante la Guerra de Secesión, o la «apertura» de los países del Extremo Oriente al comercio internacional, repercuten sobre la vida de Europa tanto, al menos, como muchos de los sucesos ocurridos en su propio suelo. La historia de Europa es, y lo será cada vez más, una historia mundial.

No siendo posible evitar totalmente las dificultades que resultan de esta estrecha interrelación, conviene al menos, antes de cambiar de escala y de observar más de cerca el microcosmos europeo, no solamente mencionarla sino también, en la medida de lo posible, evaluarla y medirla. Esta dimensión planetaria de la historia europea no es un fenómeno reciente. Sin mencionar las fechas más o menos remotas en que el Occidente peninsular de Eurasia sufría todos los efectos de las sacudidas que agitaban las profundidades del continente, es preciso recordar que los habitantes de sus litorales, desde hace más de tres siglos, se han lanzado a empresas en países lejanos que, a su vez, afectan profundamente su destino. A comienzos de 1848, año en que se van a levantar tantas tempestades deseadas y decepcionantes, Marx constata que «la gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América» [2]. Tal vez Marx se adelanta a los hechos. Pero sin duda en la fecha en que escribe el desarrollo que él señala está ya muy avanzado.

Nuestra Europa es el corazón del mundo. En ninguna otra parte existe un foco de actividad y progreso de parecida intensidad. Esto es cierto, desde luego, al nivel más elemental —y uno de los más determinantes—: el de su población. Esto puede parecer sorprendente hoy día, cuando el crecimiento «galopante» de los pueblos subdesarrollados tiende a asociar a la idea de demografía europea la de una estabilidad relativa al menos. En el siglo XIX, la población europea aumenta más deprisa que la de cualquier otra parte del mundo, a excepción de los nuevos países de América que, la emigración europea, por otra parte, contribuye a poblar sustancialmente. Si en torno al 1800 los europeos representaban el 21 por ciento de la población del mundo, en torno al 1850 representaban entre el 22 y el 23 por ciento, y en 1900 más del 25 por ciento. Entre estas mismas fechas pasarán sucesivamente de cerca de 187 millones a 266 y 401 [3], un crecimiento medio anual del 10 por mil, en lugar del 3 por mil entre 1650 y 1750, por ejemplo. Es éste un «salto adelante», pero no exclusivamente en un sentido cuantitativo.

¿Es además legítimo hablar de progreso o de superioridad «cualitativa»? Si se corre el riesgo de presuponerlo, es obvio

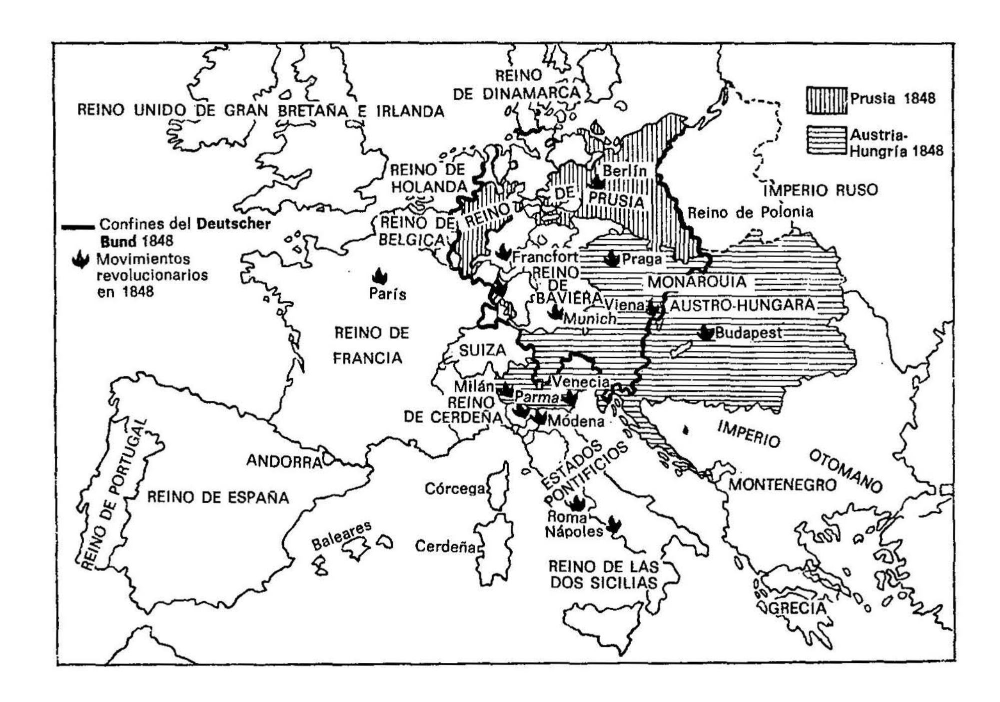


FIG. 1.—*Europa hacia 1848*

que no se aplican criterios raciales o racistas, ni se pretende establecer una dudosa jerarquía entre los valores de naturaleza moral, religiosa o cultural. La posición privilegiada de los europeos se expresa en términos de eficacia. La ciencia, la tecnología, la enseñanza han encontrado entre ellos su desarrollo más avanzado y moderno; a excepción de los Estados Unidos, que aportan ya una importante contribución a la investigación mecánica o a la construcción naval, pero no poseen todavía un sistema completo de estudios superiores, su primacía, sobre este punto, no se pone en duda, tanto más cuanto que la difusión de sus «secretos» entre pueblos lejanos no está más que en sus comienzos. El conocimiento y el dominio de la naturaleza no alcanzan tal nivel en ninguna otra sociedad.

Las potencias europeas controlan, bajo diversas formas y con desigual provecho, extensos dominios en ultramar, y continúan engrandeciéndolos. Aun a pesar de la emancipación casi total del continente latinoamericano, hay todavía un Imperio español y un Imperio portugués; existe un Imperio holandés; los Imperios británico y francés están lejos de haber alcanzado su máxima expansión; aún no han comenzado las experiencias coloniales de alemanes y belgas [4]. Durante mucho tiempo aún los europeos continuarán conquistando y explotando las zonas disponibles del planeta, y exportando a ellas su saber, sus creencias y sus costumbres.

A mediados de siglo, ciertamente, si la dominación de Europa sobre el mundo puede parecer que está en su apogeo [5] en el sentido de que en ninguna parte está expuesta a un enfrentamiento grave, no ha realizado aún todas sus virtualidades ni ha conocido su grado máximo de dureza. La era de los «imperialismos», que coincidirá con las primeras amenazas contra esta hegemonía, aún no ha llegado. El número de competidores es aún demasiado restringido para que sean explotadas simultáneamente todas las posibilidades; las necesidades del mercado o de aprovisionamientos, salvo para Inglaterra, no son apremiantes, y, sobre todo, no se han producido aún las condiciones materiales. El espacio sigue estando insuficientemente controlado. Las grandes travesías marítimas tienen que superar graves impedimentos. A pesar de los *clippers*, más rápidos que los primeros vapores transatlánticos, se necesitan noventa y dos días para ir a vela de Hong-Kong a Londres y casi otros tantos para ir de Europa a California, doblando el cabo de Hornos. El vapor, por el momento, resulta poco apto para los largos recorridos, a causa sobre todo de las enormes cantidades de combustible que consumen los primeros *steamers*. Los paquebotes correo de la Cunard, en los años 40, enlazan Liverpool y Boston

en diez y siete días; más tarde, en catorce. Son navíos de madera y con rueda de paletas; todavía en 1854, el *Persia*, de casco metálico, iguala justamente, empleando nueve o diez días, la velocidad de los *clippers;* la hélice, que permitirá nuevos progresos, no está todavía a punto. El ferrocarril no se ha adentrado aún en las nuevas tierras: si Europa, en 1850, tiene un tendido de 23.000 Km. y los Estados Unidos de cerca de 15.000 (aun cuando no exista un ferrocarril transcontinental hasta 1869), el resto del mundo lo ignora totalmente. Ningún cable telegráfico a gran distancia está en servicio antes de los años 60. Así, enormes extensiones territoriales e inmensas comunidades humanas quedan casi completamente aisladas: China, Japón, la mayor parte de Africa, en la que sólo un 11 por ciento del suelo está «colonizado» en 1875, frente a un 90 por ciento en 1902.

Las relaciones entre Europa y otros continentes presentan una ambigüedad que confirma, como las manchas blancas que representan en los mapas lo que subsiste de *terra incognita,* que «el tiempo del mundo finito» no ha llegado todavía, y menos aún el tiempo del mundo en curso de unificación. Por una parte las grandes potencias de Europa —las únicas grandes potencias existentes a mediados de siglo— disponen de un margen de superioridad, científica, material y, si es preciso, militar, que les permite a poco que quieran, imponer en todas partes lo que consideran su interés o sus ambiciones: sólo los Estados Unidos se hacen respetar; por otra parte, la toma de Argel, la guerra del opio y las demostraciones navales frente a las costas sudamericanas indican suficientemente la libertad de acción de que disfrutan. Por otro lado, sin embargo, la existencia de los europeos sólo se ve afectada de manera parcial, generalmente secundaria, y muy desigual además según los países y las zonas, sobre todo a comienzos de este período, por las consecuencias de sus posiciones y sus empresas en el exterior. El Reino Unido, desde hace mucho tiempo abierto «a todos los vientos», está más avanzado sin duda en la vía de esta interdependencia, así como en otras muchas. Pero, en conjunto, los grandes problemas que se plantean en Europa —tanto el de la revolución económica y sus efectos sociales como el del liberalismo político, por ejemplo— en estas fechas son problemas exclusivamente de Europa, su solución no depende más que de una manera relativamente reducida de aquello que ocurre lejos de sus costas. En esencia, la autonomía y la especificidad de estos problemas permanecen preservadas, lo que parece autorizar y legitimar su estudio propio. La Europa del 1848 —tan fuerte como para influir y, cuando se toma la molestia, para dominar, y segura de tener poco que temer en un futuro próximo de aquello que se anuncia en su

horizonte; tan libre, al mismo tiempo, de incitaciones y de compromisos lejanos como para consagrar la mayor parte de sus medios a sus exigencias, a sus conflictos, a sus querellas internas— presenta, no con una perfección lograda jamás, pero sí en un grado de aproximación raramente alcanzado en la historia, la imagen de una colectividad humana en gran parte dueña de sí misma y de su destino.

a) *La antigua Europa: tierra, orden, legitimidad*

Así, considerada globalmente, la sociedad europea tiene sin duda una considerable espontaneidad creadora. Solamente al de clinar el siglo, en 1890, Ernest Lavisse se pregunta, no sin inquietud, sobre sus posibilidades de conservar para siempre esta «facultad de dirigir la historia» que Europa manifiesta, cuarenta años antes, con tanta brillantez.

Sin embargo, esta libertad no es aplicable a todos los europeos. Sea cual fuere, en general, la superioridad de sus condiciones de vida y de sus aptitudes con relación a los habitantes de otros continentes —dejando a un lado, una vez más, aquellas regiones ya desarrolladas del Nuevo Mundo—, la gran mayoría de ellos son todavía prisioneros de un «Antiguo régimen» —económico, social, político, psicológico— que, una vez asegurada, mejor que en otras partes, la satisfacción de sus necesidades elementales, restringe estrictamente sus recursos y limita no menos estrictamente su margen de libertad personal, su horizonte y sus esperanzas.

La población europea vive en su mayoría en el campo. El porcentaje de población rural (que no en todas partes está definida de la misma manera) se aproxima al 75 por ciento en Francia, al 72 por ciento en Prusia (y al 64 por ciento, veinte años más tarde, en la Alemania unificada), al 90 por ciento en Noruega y Suecia. En Gran Bretaña, donde ya es sensiblemente más débil (48 por ciento), la agricultura, en 1871, continúa empleando más mano de obra que cualquier clase de industria; antes de la abolición de las *Corn Laws,* la producción nacional de trigo alimentaba, normalmente, al 90 por ciento de los habitantes. Grecia, a pesar de la importancia de la vida marítima; Italia, a pesar de su pasado urbano de una continuidad y un auge excepcionales, cuentan con un 60-70 por ciento de campesinos, aunque muchos de estos trabajadores agrícolas —al igual que en ciertas partes de España— vivan en grandes aglomeraciones. Por el contrario, son escasas las grandes ciudades, aun cuando su número y sus dimensiones estén en vías de crecimiento. En

toda Europa, en el año 1800, sólo 22 ciudades habían superado los 100.00 habitantes y su población total representaba el 3 por ciento de la población europea; en 1850 son ya 47 ciudades, pero no reúnen todavía el 5 por ciento de los habitantes del continente.

A pesar de todo es la economía rural —la tierra, el bosque, la ganadería— la que suministra continuamente el principal medio de subsistencia al europeo. Predomina la Europa verde sobre la negra. Los métodos, las prácticas, los resultados, han conocido sin duda sensibles mejoras, aunque todavía desigualmente repartidas. En Occidente, sobre todo los terrenos mejor cultivados, producen cosechas más ricas: se suele admitir que el rendimiento medio, en lo relativo al grano, producto alimenticio esencial, durante mucho tiempo estancado por debajo o alrededor de 5 por 1, sube ahora a 6 en Alemania, un poco más tal vez en Francia, mucho más —alrededor de 9— en Inglaterra y Países Bajos. Aquí, en lo sucesivo, la alimentación básica puede parecer en principio más segura que hasta entonces para un mayor número de hombres, teniendo en cuenta que los accidentes son menos frecuentes y menos graves en todo caso (las tasas de mortalidad parecen depender en menor medida de las malas cosechas), y sin excluir retrocesos en la calidad, ligados a una degradación general del tipo (al mismo tiempo que del nivel) de vida popular, de lo que la Inglaterra industrializada serviría de ejemplo. Los más optimistas creen que, ahora, «la abundancia alimenticia es estructural, mientras la carestía es coyuntural», que «el comienzo del siglo XIX ha vencido el último bastión del hambre, doblemente localizado en un sector social mucho menos amplio de lo que se ha podido imaginar, y, en el tiempo, en el breve momento de la penuria de cereales que se produce aproximadamente cada diez años»[6]. Las soluciones adoptadas para paliar el incremento demográfico con un crecimiento de la producción agrícola se basan a menudo en la secular tradición de las roturaciones, tendente a la extensión de la superficie cultivada —confirmando en este punto las sombrías predicciones de Malthus y de Ricardo— más que en las nuevas tendencias del progreso agrario: si, en numerosas regiones, la «revolución agrícola» que se inicia en Norfolk o en Flandes se extiende como una mancha de aceite, multiplicando los cultivos forrajeros, las praderas artificiales, la rotación de cultivos sin barbecho, los cruces de animales de razas selectas, en espera del empleo de fertilizantes industriales (después el encalado y el uso masivo del estiércol natural) y máquinas agrícolas, en definitiva, el obstinado esfuerzo de los campesinos se centra aún en la conquista de nuevos espacios. En el reino de Prusia, la superficie de tierras arables se duplica

entre 1815 y 1865. En Francia nunca se han explotado tantas tierras, comprendidas las menos aptas para producir lo que se les pide, como hacia mediados del siglo XIX, época que marca el punto culminante de la sobrecarga demográfica del campo y de la utilización extensiva del suelo. La oleada de roturaciones alcanza también a Escandinavia —donde sólo Dinamarca puede hacer gala de un alza de rendimientos y de un perfeccionamiento en la ganadería que colocan definitivamente su economía rural en la vía del progreso intensivo—; a Grecia, que duplica también, entre 1840 y 1860, la superficie de las tierras cultivadas; a España, donde el movimiento llega bastante deprisa a su límite natural, a causa del rápido decrecimiento de la productividad de las tierras en cultivo, y sólo puede perpetuarse gracias a los trabajos de regadío que de por sí plantean otros problemas, principalmente problemas sociales.

El paisaje social de los campos europeos muestra, en efecto, tanto como su nivel de desarrollo técnico y económico, una fuerte y arraigada persistencia de las antiguas estructuras y de las viejas autoridades. Los sistemas de propiedad y explotación son extremadamente diversos. Una parte importante está constituida por personas de condición relativamente modesta o más bien las clases medias, que constituyen el tronco o el bosquejo ya de la burguesía. Francia, que había visto comenzar su ascensión bastante antes de 1789, es un buen ejemplo de su éxito, consolidado por la Revolución y de ningún modo comprometido —como algunos temían— por la Restauración borbónica de 1815. Francia nos ofrece el cuadro de una sociedad rural relativamente equilibrada, en la que, no obstante, el gran número de pequeñas propiedades no debe engañarnos sobre el grado de independencia real de los minifundistas, reducidos a trabajar para otros para sobrevivir, en tanto que el peso de la gran propiedad y de los «notables» queda atestiguado, con importantes matices regionales, por múltiples episodios de la historia política hasta el año 1871 e incluso después. Por otra parte, los rasgos de desigualdad y subordinación surgen con mucho más vigor. El conjunto de transformaciones que acompañan en Inglaterra al antiguo movimiento de los *enclosures* y, más recientemente, a la «revolución agraria» conducen a un verdadero acaparamiento de las tierras por las grandes familias: 2.000 *landlords,* hacia el año 1845, poseen el tercio de las tierras; en 1873, 4.000 *landlords* poseen la mitad. Los dueños de las nuevas fortunas, nacidas del capitalismo comercial o industrial, se apresuran también a establecerse y a invertir en tierras, lo que, en unión de otros mecanismos unificadores, como el de la educación, tiende a ligar estrechamente a los hijos de los terratenientes *(squires)* y de los hombres

de negocios en una clase homogénea de propietarios. A un nivel inferior, los colonos, a menudo ricos, y el proletariado de obreros y jornaleros agrícolas, acaban de dar a esta sociedad rural el clásico rostro en el que se inspiran las teorías de los economistas liberales para distribuir el «Valor» en tres elementos: la tierra, el capital y el trabajo, llamados cada uno a recibir su remuneración bajo la triple forma de la renta de la tierra, el beneficio y el salario.

En el resto de Europa occidental, igualmente en proporciones diversas, gran parte de la tierra permanece en manos de la nobleza terrateniente, de vieja estirpe o de extracción burguesa reciente, mientras a menudo se ven reducidas a una difícil situación las capas populares: jornaleros de un Flandes superpoblado; campesinos de los cantones suizos donde la democracia rural, salvo en determinadas comunidades montañesas, no ha sido todavía implantada; aparceros y trabajadores agrícolas de la llanura del Po y de Italia central, donde el progreso efectivo de los cultivos especulativos beneficia más a los propietarios y grandes colonos que a los cultivadores directos o a los obreros que emplean. El sur de Italia conoce estructuras todavía más arcaicas y penosas para el miserable pueblo de los *cafoni:* allí domina el latifundio cerealista y pastoril, en beneficio no tanto de una aristocracia parasitaria, en retroceso desde los tiempos del gobierno francés, cuanto de una clase de colonos y propietarios burgueses, que pueden imponer sus condiciones a una mano de obra superabundante, que se ve aumentada por una masa flotante de «miserables» más o menos «peligrosos», oscilando entre la mendicidad y el bandidismo. El mismo contraste aparece en España, acentuado también en el sur: bien protegida relativamente por diversos tipos tradicionales de arriendo, y sólidamente establecida en las provincias vascas, en Navarra y, en la medida en que subsiste la viña que es su soporte, en Cataluña, la masa campesina está sometida en el resto del país a las coacciones económicas y psicológicas heredadas de un régimen señorial jurídicamente abolido; en Andalucía, un estrato de latifundistas, procedente de la vieja nobleza o constituido por las compras de tierras permitidas por unas leyes de desamortización sin verdadera eficacia innovadora, impone su gravosa dominación a los braceros, demasiado numerosos y a menudo sin trabajo. Todavía hacia el año 1900, un 1 por ciento de los propietarios acapara el 42 por ciento de las tierras.

Dos regímenes agrarios se reparten los países germánicos bajo formas locales indudablemente muy variadas [7]. En las regiones occidentales, meridionales y centrales, si la servidumbre ha desaparecido, la *Grundherrschaft* es siempre un obstáculo para la eman-

cipación campesina, teóricamente asegurada por unas reformas que se han mostrado inaplicables; salvo en la ribera izquierda del Rin, los señores continúan exigiendo a los campesinos impuestos sustanciales y ejerciendo sobre ellos toda clase de coacciones, tanto más fáciles de imponer cuanto que el endeudamiento por múltiples causas —consecuencias de guerras, coyuntura desfavorable, venta a bajo precio de los productos, superpoblación, monopolio del usurero judío— impide aplicar las cláusulas de redención. Más arcaico en apariencia, el sistema de la *Gutherrschaft* que impera al Este del Elba ha evolucionado quizá más por efecto de las leyes de «regularización» promulgadas desde 1807: la clase de los *Junker* obtiene con ellas ventajas económicas, por el redondeo y la concentración de sus tierras y la mejora en su explotación, sin perder su posición social, administrativa y moral dominante, pero no sin renovarse en parte, ahora que los plebeyos pueden llegar a ser propietarios de tierras; la masa campesina, si bien ha recibido libertad personal, se ha diferenciado: los campesinos *(spannfähige Bauern)* imitan a los señores, naturalmente a otra escala, pero la crisis agraria a menudo les obliga a endeudarse y a veces a vender sus tierras; los pequeños propietarios *(Eigenkätner)* han podido adquirir nuevas tierras, gracias a las roturaciones, pero su número creciente les obliga a recurrir al trabajo asalariado. En resumen, si el campesino alemán ya no es un siervo *(Untertan)*, el complejo régimen de «feudalismo» envilecido y de capitalismo ávidamente explotador consiguiente a un movimiento de reformas vacilantes e inacabadas, hace de él siempre un dependiente. Esta situación es todavía más evidente en los Estados de los Habsburgo, donde persiste la servidumbre de la gleba, y más claramente en Hungría, donde la aparición, al lado de los bienes de la media y pequeña nobleza, de los inmensos dominios de los magnates, es el signo de esta Europa oriental: a la cabeza de los latifundistas están sin duda los Esterházy, dueños de 231.000 hectáreas pobladas por 700.000 personas.

La renta del suelo, cargada de significación económica, pues es el tipo de renta dominante de las clases propietarias, confiere a aquéllos que la reciben mucho más que un beneficio económico. Conserva su valor tradicional de criterio social y, por así decir, moral. Para la mentalidad colectiva de la época, está siempre asociada estrechamente a la idea de seguridad, de estabilidad, de respetabilidad que, por ejemplo, evoca la expresión *«biens au soleil* (bienes inmuebles). La renta de la tierra clasifica, cualifica, casi podemos decir que sacraliza. No es necesario recordar aquí hasta qué punto están a ella ligados los derechos políticos, o el ejercicio de las funciones administrativas: en el seno de sistemas

institucionales muy diferentes, el puesto reservado a los propietarios en las cámaras censatarias de Europa occidental, el monopolio que ejercen sobre el *self-government* local de los condados británicos, su peso en las *Stände* de Estados y provincias en Alemania, o en los Estados de los Habsburgo, su papel en el aparato burocrático o militar de Prusia o del Piamonte, son otras tantas muestras significativas. Además, el acceso a este *status* ideal de propietario de la tierra es apasionadamente solicitado, como garantía, como ascenso, a veces como sueño, por aquéllos que provienen de otros horizontes sociales, parecidos o inferiores, y a quienes se mirará como adversarios naturales, «objetivos», de la propiedad de la tierra. El burgués advenedizo ve en ello el desenlace normal de su ascensión. La esperanza de tener un lugar, a su vez, entre los ocupantes, los beneficiarios y, si es posible, entre los propietarios de bienes raíces, proporciona a las aspiraciones democráticas, a las utopías igualitarias y, en otra forma, a un cierto socialismo de la época, uno de sus temas y mitos más importantes. En Inglaterra esto se expresa en el programa de la tierra *(Land Scheme)* de O'Connor; es la consigna cartista *Back to the land,* entre los obreros franceses —esos campesinos recientemente desarraigados— en el espejismo de una liberación por la *République des paysans,* que canta Pierre Dupont. Es, en todas partes, la lucha por la tierra, el derecho de usarla o de apropiársela. Lucha de retaguardia, tal vez; nostalgia de vencidos, en muchos casos; pero, sin duda alguna, componente esencial de una psicología en la que las ideas y sentimientos heredados de un pasado secular conservan aún gran vitalidad en este medio siglo que precede las grandes conmociones.

El inmovilismo, o la lenta evolución de una economía rural, de una sociedad agraria, de una mentalidad que conserva el suficiente apego y respeto hacia los valores de continuidad, de estabilidad, de tradición para que hasta las revueltas lleven su marca, constituyen el soporte de todo un orden establecido, que tiene también dimensiones políticas. La monarquía legítima es el régimen que mejor lo expresa.

La reconstrucción europea de 1815 ha testimoniado a esta forma de gobierno una preferencia que el Antiguo régimen, más espontáneo, más empírico, menos conceptualizado, no mostraba de modo tan explícito, tan exclusivo. En esta confusión de formas políticas, heredadas de un pasado rico en experiencias y contradicciones, que los teóricos del siglo XVIII se esforzaban por clasificar, la experiencia revolucionaria y napoleónica había sistemáticamente arrasado todo, barriendo las ciudades libres, las repúblicas aristocráticas, los caballeros de Imperio y gran número de principados eclesiásticos o laicos, acostumbrando, al mismo tiem-

po, a masivas y frecuentes transmisiones de territorios, a constantes desplazamientos de frontera y de soberanía. La Europa restaurada ha conservado mucho de esta simplificación, a la par que del comienzo de la racionalización interna de los Estados que la acompañaba.

El Estado monárquico se ha convertido más que nunca en el derecho común de Europa, gozando de un cuasimonopolio cuyas únicas excepciones, además de la efímera República de Cracovia, anexionada por Austria en 1847, cuatro ciudades salvadas en Alemania del naufragio de los antiguos Estados urbanos (Francfort, sede de la Dieta de la Confederación Alemana y tres ciudades hanseáticas: Bremen, Hamburgo y Lübeck), y los cantones suizos.

Pese a que la consistencia territorial de las monarquías, grandes o pequeñas, imperiales, reales o de menor monta, que se reparten el continente, es el resultado de una nueva división y pese a que numerosos europeos no tienen ya como soberano al príncipe o al heredero del príncipe que reinaba sobre ellos antes de 1789, su obediencia, su lealtad de súbditos es requerida en todas partes en nombre de un principio de legitimidad que ha servido de base a los doctrinarios de la contrarrevolución, con diversos matices, unas veces más teocrática —el derecho divino en su forma pura—, y otras más sensible a la costumbre, al lastre del pasado —el derecho histórico—. En todo caso, la adhesión de las Iglesias, la unión del trono y del altar es una pieza importante del edificio; lo cual, claro está, no impide que surjan prevenciones, recelos y hasta conflictos cuando subsisten, por ejemplo, un soberano, un ministro, cuerpos de magistrados o funcionarios, o clérigos incluso, apegados a las tradiciones galicanas o josefistas. Pero esa adhesión es indispensable para dar un carácter sagrado a un poder monárquico que, a diferencia de lo que ocurría en el Antiguo régimen, en una época de unanimidad, es ahora impugnado, en sus principios mismos, por todo un sector de la opinión pública.

Sin duda la monarquía legítima puede avenirse a una limitación del absolutismo, a una distribución, a un equilibrio de poderes, del que ha dado ejemplo Inglaterra desde hace mucho tiempo. Existen regímenes constitucionales más o menos representativos, más o menos liberales: es un hecho que no puede olvidarse a la hora de pintar un cuadro diferenciado de las diversas Europas. Ya antes de 1848, y como consecuencia principalmente de la ola revolucionaria de 1830, este tipo de gobierno mixto incluso se ha apuntado varios tantos: sin caer demasiado en la fácil solución de una reconstrucción retrospectiva, puede decirse que en contra de las esperanzas de los inspiradores y auto-

res de la Restauración europea de 1815, la evolución progresa en el sentido de un retroceso del absolutismo. Pero, por una parte, ello altera poco todavía el fundamento teórico de la soberanía. Es significativo que Luis Felipe haya creído necesario intentar arropar el orleanismo con el dudoso prestigio de la «cuasilegitimidad» para hacerse perdonar ser «el rey de las barricadas» y así volver a integrarse en el círculo de los monarcas respetables. Por otra parte, allí donde existen instituciones representativas, raras veces reflejan un diálogo entre el príncipe y la nación, plantada, cara a él, como un bloque homogéneo y distinto. Lo importante al respecto no es tanto el carácter censatario del cuerpo electoral llamado a designar a los diputados de los municipios o de la Cámara francesa (que, en principio, dentro de sus límites y modalidades singularmente estrechas e incoherentes, corresponde al estado real de la difusión del saber y de la conciencia política) como la concepción del derecho de voto en cuanto función vinculada a la capacidad, y no en cuanto atributo del hombre o del ciudadano «en general». Más revelador es este bicamerismo que expresa, bajo diversas formas, el deseo de otorgar un papel especial a una minoría ya aristocrática, ya oligárquica, de reclutamiento sin duda discutible, pero en cualquier caso lógicamente colocada a la cabeza de una pirámide social cuya estructura jerárquica, basada en la desigualdad, está necesariamente asociada a la monarquía legítima. Y este nivel decididamente antidemocrático, donde debe realizarse la colaboración entre el soberano y sus súbditos, naturalmente está reconocido de manera más clara en los países germánicos, dotados de una *landständische Verfassung* en la que sería muy arriesgado ver una «constitución» de tipo moderno: es sólo una disposición de derecho público, destinada a prevenir los riesgos de la pura arbitrariedad, del «despotismo» de los *philosophes,* asegurando la consulta de los órganos tradicionalmente destinados a representar los «órdenes» constitutivos de la sociedad, sin apenas reconocerles nada más que una función consultiva que no gana terreno al absolutismo, que no lo reduce en verdad a la separación de poderes y permitiendo la preponderancia de los órganos superiores de naturaleza nobiliaria, por ejemplo el de los poseedores de *Rittergüter* en las *Provinzialstände* de Prusia, o de *Erbgüter* en las Cámaras sajonas; de los *Herren* y *Ritter,* en las Dietas provinciales de Austria. Preponderancia que llega hasta el monopolio en el reino de Hungría, en donde magnates y nuncios de la mediana y pequeña nobleza se enfrentan a la Dieta mientras la nobleza local gobierna las Juntas.

Legitimidad monárquica y estatuto privilegiado, de hecho o de derecho, de una clase de notables más o menos abierta, más o

menos renovada, prestándose mutuo apoyo y recibiendo la aprobación de las autoridades espirituales que les reconocen y presentan como conformes al orden establecido por Dios. Tales son los fundamentos de esta vieja Europa que demostrará tener una apreciable solidez frente a las violentas sacudidas de 1848. Además de las fuerzas materiales e institucionales que la sostienen, sacadas de los recursos de una economía rural siempre dominante, organizadas en el plano militar y administrativo, por ejemplo, según las normas de un estatismo centralizador de origen muy lejano, rejuvenecido por las lecciones del despotismo ilustrado y, paradójicamente, por la imitación de un modelo jacobino o napoleónico desprovisto de su auténtico sentido, goza de una masiva adhesión popular, muchas veces mayoritaria, sin ser ya total. La antigua fidelidad a la casa reinante ha muerto definitivamente en Francia, donde la Revolución de 1789 ha abierto una era de inestabilidad para las dinastías y para los regímenes, y donde hasta el mismo principio monárquico parece abatido para siempre con el infeliz Luis XVI, en cuanto partícipe de un poder casi sobrenatural. La monarquía española, aunque conocerá no pocos resurgimientos, también se ve comprometida por la nulidad cruel de un Fernando VII, por el cisma carlista, por la fragilidad impotente de las regencias a la espera del reinado tortuoso y fútil, risible o escandaloso, de Isabel II. Pero en Inglaterra la popularidad que conocerá un poco más tarde la Reina Victoria, ya casi en el umbral de su larga vejez, está a punto de convertir la corona en un símbolo indiscutido de la unidad nacional que había dejado de encarnar desde mucho tiempo atrás. A través de distintas vicisitudes, la casa de Orange en los Países Bajos y las jóvenes dinastías fundadas en Bélgica por Leopoldo de Coburgo y en Suecia por Carlos XIV (Juan Bernadotte), terminan arraigando de modo duradero. Hay tronos frágiles, en las cortes italianas o en Grecia, pero la Europa central permanece las más de las veces leal a sus príncipes, incluso cuando está descontenta. No es la legitimidad de los Habsburgo lo que impugnan las oposiciones liberales o los autonomismos que brotan en sus diversos Estados, al menos por ahora. En la Alemania de las *Residenzen,* un vivo particularismo, que excluye el sentimiento nacional, pero está fuertemente impregnado de tradicionalismo y de romanticismo e inspirado por un cierto temor a lo desconocido y a las conmociones de todo tipo que corre el riesgo de provocar la gran aventura unitaria, protege la *Kleinstaaterei,* mantiene la fidelidad al soberano, «padre del país», incluso —lo que no deja de ser curioso— en los Estados de formación reciente o en las provincias recién incorporadas a éstos. «Todo nos vincula a nuestras

dinastías», proclama en 1848 un hombre tan «avanzado» como el historiador Dahlmann.

No hay que apresurarse, pues, a ver en la Europa nacida del Congreso de Viena el producto contra-natura de una confusa metafísica reaccionaria. Durante algún tiempo —y gracias a un esfuerzo de prevención o de represión tal como el que se ha querido identificar, con o sin razón, con el sistema de Metternich, que, a pesar de sus aspectos desagradables, expresaba al menos una capacidad de defensa y de supervivencia notable— esta Europa no estaba tan mal adaptada al estado de equilibrio entonces existente entre las fuerzas de resistencia y las necesidades de renovación. La larga estabilidad de ordenación territorial lo demuestra: durante cerca de medio siglo, de 1815 a los años 60, no ha conocido más que mutaciones relativamente secundarias, importantes para tal nacionalidad o tal zona geográfica —la independencia belga, la emancipación griega, la autonomía servia o rumana—, pero insuficientes para afectar a las grandes potencias y modificar profundamente sus relaciones. No ha habido grandes guerras, salvo en los Balcanes, que entonces apenas pertenecen a Europa, y en Crimea; incluso el conflicto que, de 1854 a 1856, opone Rusia a la coalición de Inglaterra, Francia, Turquía y el Piamonte tiene unos objetivos y unos resultados limitados. Las revoluciones han fracasado y, si han tranformado el régimen interior de Francia, por ejemplo, no han conducido a un conflicto general. En definitiva, hará falta una larga maduración para que los cambios que, incontestablemente, se anuncian y preparan mucho antes de 1848 puedan transformarse en hechos. En comparación con la fulgurante «aceleración de la historia» que conoció el fin del siglo XVIII, la primera mitad del siglo XIX —incluso de un siglo XIX comprendido, como con razón se acostumbra a entender, entre los años 1815 y 1914, lo que permite prolongar su primera etapa hasta los tiempos de Bismarck, de Napoleón III, de Cavour, o hasta el último ministerio Palmerston (1859-1865), en lugar de detenerse en la víspera de 1848— parece corresponder si no a una fase de estancamiento, tesis que sería expresiva, al menos a una fase de preparación, de acumulación, por decir así, cuyo potencial de energía será liberado posteriormente.

b) *Fuerzas dinámicas, posibilidades de revolución*

Queda, sin embargo, por comprender cómo, incluso reprimidas o temporalmente vencidas, las fuerzas dinámicas, llevadas por las inquietudes y las exigencias que absorben a la Europa de 1848, bastan para derrocar a Guizot, Luis Felipe y la monarquía cen-

sataria, ya que no a instaurar en Francia la república social; a derrocar a Metternich, ya que no a trastocar de inmediato el mapa o las instituciones de Europa central; a propagar tan rápidamente más allá de las fronteras, una fiebre revolucionaria que tarda poco en amainar, pero suficientemente aguda sin duda y bastante generalizada para marcar de modo duradero el antiguo cuerpo social y político que había afectado.

Los orígenes de tal conmoción son ciertamente más complejos de lo que los contemporáneos, y en particular los adversarios, han creído o querido creer. Según ellos, el primer culpable es ese espíritu de crítica, de impugnación y rebeldía nacido de la Ilustración en el siglo XVIII, y más tarde animado y difundido por la Revolución de 1789 que ellos denuncian con un muestrario de metáforas: esta «avalancha» mal contenida, esta «hidra» cuyas cabezas renacen continuamente. Se reconocen aquí el vocabulario y las explicaciones de un Metternich para quien las responsabilidades recaen, sin lugar a dudas, sobre «un siglo de irreligión» con «sus pretendidos filósofos» y «sus falsas doctrinas» que han producido esta «espantosa catástrofe social» que fue la Revolución y de donde nació a su vez Napoleón, «la Revolución encarnada». Desde esta perspectiva, el hecho revolucionario no puede interpretarse, en el siglo XIX, más que como el resurgimiento de una corriente subterránea, encauzada durante cierto tiempo, pero no suprimida por las Restauraciones de 1815. Existe simplemente porque ya existía, porque el año 1789 y el año II, antecedentes apocalípticos, han dejado una herencia y creado una mística. Los hombres del 1848 serán, pues, unos epígonos, si no unos reincidentes.

El acta de acusación no carece de argumentos. Es cierto, por ejemplo, que el liberalismo, en la medida en que pretende rechazar el absolutismo monárquico y la jerarquía social fundada en el linaje, procede directamente del espíritu revolucionario tal como lo definía Goethe en 1797 en *Hermann und Dorothea:* «El derecho de los hombres, común a todos ellos, la libertad embriagadora y la loable igualdad...», aun cuando repudia los excesos plebeyos o terroristas y se aviene a restricciones y compromisos que son muestras de una prudencia empírica fuertemente teñida de conservadurismo. Su habitual característica, la existencia de una constitución, cuando no toma la forma implícita y consuetudinaria que presenta en el Reino Unido, se inspira en los modelos ofrecidos por la Francia revolucionaria o caracteriza a los países más profunda y largamente dominados y marcados por la Francia revolucionaria y napoleónica. Entre los Estados de Alemania tienen constituciones relativamente liberales, más o menos modernas —otorgadas y desequilibradas naturalmente en

provecho del soberano y de las categorías sociales tradicionalmente dominantes, pero a la postre parcialmente desembarazadas del absolutismo patriarcal, bastante amplias en cuanto a libertades públicas y testimoniando una cierta evolución de la representatividad de los *Stände* a la de la «nación» misma—, los ducados de Nassau y Brunswick; los grandes ducados de Sajonia —Weimar, Baden, Hessen—; Darmstadt, el electorado de Hessen y los reinos de Baviera, Würtemberg y Sajonia [8]. Monarquías constitucionales son también el reino de los Países Bajos, en virtud de la ley fundamental de marzo de 1814, revisada en julio de 1815; el reino de Bélgica, desde su nacimiento en 1831; los veintidós cantones suizos dotados, en el marco del pacto federal del 7 de agosto de 1815, de regímenes muy diversos, transformados en un sentido «radical», es decir, democrático, desde 1830-1831, en los once cantones más poblados y sometidos desde la derrota del *Sonderbund*, en noviembre de 1847, a una nueva presión radical que anuncia la constitución federal de septiembre de 1848. La España de 1812, la España de la resistencia antifrancesa, pero «ilustrada», de las Cortes de Cádiz, se había dado a sí misma una constitución de tipo francés. A merced de las conmociones que periódicamente agitan la historia del reino, esta constitución española de 1812 —convertida en uno de los textos del liberalismo europeo— es anulada por Fernando VII en mayo de 1813, sucesivamente restablecida durante el intermedio revolucionario de 1820-1823 y nuevamente en 1836 después de la sublevación de La Granja, sustituida en 1837 por un texto más restrictivo que marca una vuelta parcial al Estatuto otorgado en 1834, y finalmente abandonada en 1845, cuando el «moderado» Narváez elimina al «progresista» Espartero, a cambio de una versión aproximada de aquella de 1834. Portugal conoce unas oscilaciones análogas entre la constitución liberal de 1822 y la Carta autoritaria de 1826 que, rechazada por los «septembristas» de 1836, es nuevamente puesta en vigor desde 1842. Una vez olvidadas las previsiones románticas expresadas, en tiempos de la guerra de la independencia, en las constituciones de Epidauro (1822) o de Trezena (1827), el joven Estado griego padece la dictadura de los gobiernos de corte que impone el rey Otón bajo el disfraz de la constitución de 1844. Alejada de Grecia y de Francia, Noruega se inspira en el modelo francés de 1791 para adoptar en 1814 la constitución de Eidsvoll —la más «avanzada» de la época— que ratifica su rey sueco. En todas partes, y sobre todo donde no es un simple enmascaramiento del absolutismo de hecho, el régimen constitucional lleva la impronta de la influencia o del espíritu revolucionarios.

Esta circunstancia es aún más evidente cuando el liberalismo se aventura a cruzar las fronteras de la democracia, arrastrado por este permanente replanteamiento, esa especie de huida hacia adelante que tiende a dar constantemente un contenido más positivo a la noción de igualdad planteada en 1789 como principio formal, y que la burguesía, amenazada de verse rebasada, a su izquierda, por la aparición tumultuosa del «Cuarto Estado», había comenzado a temer en los albores de la Revolución. En una Europa en donde empiezan a perfilarse las transformaciones sociales y mentales ligadas a la industrialización —multiplicador y acelerador decisivos, como veremos más adelante, para este «progreso» que es a la vez uno de los mayores mitos y una de las realidades esenciales del siglo—, este deslizamiento tiende a acentuarse. Junto a él y contribuyendo, por otra parte, a frenarlo, por una contradicción dialéctica realmente ejemplar, se acentúan también las indecisiones del liberalismo, expuesto en lo sucesivo a los riesgos de una guerra en dos frentes y todavía ignorante de la identidad de su principal adversario. El año 1848 va a arrojar mucha luz sobre este desplazamiento de los problemas, el advenimiento de una nueva «cuestión social», la profundidad y la violencia del sentimiento de miedo que se extiende entre las clases poseedoras y termina por disociar a las fuerzas progresistas, igual que medio siglo antes, pero de manera más rápida, más clara y más peligrosa. Volverá a repetirse durante otras muchas crisis esta escisión entre prudentes y extremistas, entre reformistas puros, arrastrados en un primer tiempo por la ola de los acontecimientos, y pronto dominados por la preocupación de consolidar los resultados conseguidos y evitar un nuevo impulso con fuerza suficiente quizá para sumergirles, y los verdaderos revolucionarios, sus aliados de un momento, engañados y a menudo físicamente eliminados por ellos. Pero ya antes de 1848 esta superación al menos política del liberalismo burgués por parte de la democracia aparece en el horizonte. La suavización de las barreras censuales, tímida en la Francia de 1831, más sensible en la nueva Bélgica o bien —complicada aquí por el arcaísmo y la diversidad de regímenes electorales— en la Inglaterra de 1832 [9]. Diez cantones suizos admiten incluso el sufragio universal. La evolución parece quizá manipulable, pero en el fondo resulta irresistible para los teóricos políticos más lúcidos de la época desde el Tocqueville de *La démocratie en Amérique* (1835) hasta el John Stuart Mill de las *Considerations on representative government* (1860-1861). Menos resonantes por ahora, pero igualmente cargadas de futuro, van elaborándose otras profecías que anuncian como históricamente necesaria una revolución social mucho más profunda, en estos años en que los grandes sistemas utópicos ceden el paso a las doctrinas

que van a influenciar tan poderosamente en el último tercio del siglo y el siglo siguiente: en 1845 Friedrich Engels publica en Leipzig *Die Lage der arbeitenden Klasse in England,* mientras Karl Marx escribe sus *Feuerbach-Thesen,* preparando ambos la *Deutsche Ideologie* [10]. Aquí también, pese a las contradicciones y conflictos que desde 1848 oponen a liberales, demócratas y socialistas, está claro que unos y otros se alimentan de una fuente común, esta «Gran Revolución» lo bastante rica en orientaciones y experiencias diversas para haber servido de modelo, al menos hasta el año 1917, a todas las revoluciones. No se trata, por lo demás, de una simple hipótesis de escuela: las controversias en las que se enfrentan, ya en la primera mitad del siglo XIX, los historiadores del gran drama urdido a finales del siglo XVIII, sirven efectivamente a los contemporáneos de medio de expresión y de formación política por cuenta propia. En el plano de la acción emprendida o soñada, la acogida que Auguste Blanqui o Bronterre O'Brien prestan al relato por Buonarroti de la *Conspiration pour l'égalité* (1828) atestigua la filiación común, especialmente en sus concepciones tácticas sobre la toma del poder, a los miembros de las sociedades secretas o a algunos dirigentes populares de los años 1820, 1830 y 1840 y a sus «célebres antepasados» jacobinos o babouvistas. Aun sin llevar la historia tras la pista de una «caza de brujas», como las policías del orden establecido, tan dedicadas a localizar, entre los conspiradores y agitadores de la época, a los portadores del germen revolucionario, ¿cómo puede negarse esta continuidad? ¿Cómo negar a los recuerdos de 1789, del año II y del año IV, su valor, si no de modelos, al menos de mitos capaces de movilizar a las masas?

El auge de los movimientos nacionales admite sin duda, al menos en parte, una explicación análoga. Sus orígenes son evidentemente más remotos, fuera incluso de los países en donde existe desde hace mucho un marco estatal adaptado a sus exigencias, como Inglaterra, Francia o, pese a particularismos y regionalismos especialmente pujantes, España. Su desarrollo se percibe claramente en la segunda mitad del siglo XVIII, en Italia, con las transformaciones culturales y jurídicas llegadas de horizontes tan distintos como el jansenismo o el iluminismo, que anuncian el *Risorgimento,* e incluso constituyen una primera etapa de estos movimientos lo bastante significativa para que Alfieri haya podido popularizar la palabra y engrandecer la espera, la esperanza mesiánica que designa. Lo mismo ocurre en Alemania, la otra gran *Kulturnation* no constituida todavía en *Staatsnation,* donde el cosmopolitismo en cierto modo goethiano —el del Goethe *Weltbürger*— coexiste, antes de doblegarse a ella, con la exaltación del *Volksgeist* por Herder y sus discípulos. Pero el impacto de la

Revolución francesa y su difusión, la construcción de la Europa napoleónica luego y las reacciones que provoca, precipitan y acentúan la maduración de unos sentimientos que antes no alcanzaban siempre el umbral de la consciencia clara ni sobre todo el de la expresión política. La conciencia nacional, producto de exportación en cierto sentido, en la medida en que los ejércitos de la República y del Imperio transportan la fórmula en su bagaje, se fragua mientras tanto a un alto precio, a costa de la sangre vertida a causa de las resistencias que encuentra esta Francia innovadora, pero conquistadora y dominante. Esta conciencia se impone a imagen de una Francia que por entonces se presenta como «la gran nación», la nación ejemplar, pero también en contra de ella, en la negación de su hegemonía. Así, durante más de veinte años, desde Valmy hasta Leipzig, pasando por Bailén, Innsbruck y Moscú, la guerra precipita el nacimiento de lo que se dará en llamar «el siglo de las nacionalidades». En este sentido, 1815 y el Congreso de Viena corresponden a un simple episodio decepcionante, pero secundario. La derrota del imperialismo francés depura, libera la idea nacional de los compromisos y equívocos que la turbaban, hasta el punto que podría sospecharse que, en el fondo, está de parte de aquél, aun cuando lo combatía. Su triunfo, claro está, no es inmediato; necesitará un siglo para remodelar completamente a Europa antes de despertar a otros continentes. Antes de 1848 sus únicas victorias —ya mencionadas— son Atenas y Bruselas; el mismo 1848 no le deparará más que éxitos efímeros. Muchas flaquezas obstaculizan aún su difusión: la precariedad de sus soportes sociales, a menudo limitados a unas élites de influencia incierta, aisladas tanto de las masas populares como de los aparatos estatales; la competencia entre los programas con los que pretenden sus partidarios realizarla, ora sobre la base de un federalismo más o menos conservador, ora sobre la de un unitarismo democrático, y dentro de unos marcos territoriales también impugnados; la incomprensión, las desconfianzas y la hostilidad que separan a las nacionalidades unas de otras, abonando así un terreno que se presta a las maniobras de sus amos comunes. Sin embargo se multiplican por doquier los signos de una toma de conciencia que, finalmente, no podrá traducirse en hechos: el sentimiento de una cierta particularidad, el deseo de cultivarla y, sobre todo, de buscar sus pruebas en el idioma, las costumbres, la cultura, el pasado glorioso o sombrío, el fervor que anima este intento, laborioso a veces, de recuperación e ilustración y, como colofón, la voluntad de reencontrar o conquistar, bajo formas por otra parte diversas, el estatuto político necesario para mantener y desarrollar esta existencia original. Los años anteriores a las Revoluciones de

1848 son particularmente fecundos en episodios y obras típicos de a la vez la fuerza de la corriente nacional y su ambigüedad, confusión y desgarramientos internos. Allí tenemos, por ejemplo, al movimiento de la «Joven Irlanda» que rebasa, con O'Brien, la prudencia de un O'Connell envejecido. O la exaltación del patriotismo germánico cuando la gran crisis de 1840, y su choque con el nacionalismo francés por el problema del Rin; su defensa por la escuela histórica de los Sybel, Droysen, Gervinus, Dahlmann; su enfrentamiento en 1846-1847 a propósito de los ducados de Schleswig y Holstein con el escandinavismo, que encuentra también su expresión literaria en los poetas románticos, el danés Oehlenschläger y el sueco Tegnér. O la ofensiva magiar que une (pese a sus divergencias, que no tardan en exacerbarse de nuevo) magnates como Eötvös o Széchenyi, miembros de la pequeña nobleza como Kossuth, y gentes del pueblo como Petöfi, en una lucha común por las «leyes lingüísticas». O todo el trabajo de renovación lingüística, literaria y folklórica —con una impronta política demasiado escasa, por lo demás, para desanimar la relativa benevolencia de un ministro como Kolovrat— que llevan a cabo los eslavos de los territorios de los Habsburgo, bajo el impulso de Chafarik, Palacký, Kollár, Havlíček-Borovský y Štúr para los checos y eslovacos; de Vouk Karadžič, para los serbios de Hungría; de Kopitar, para los eslovenos, y de Gaj, para los croatas. O el enfrentamiento al sur de los Alpes entre las diversas tendencias que se ofrecen para regenerar la península: los moderados, inclinados hacia una solución dinástica en beneficio de la casa de Saboya, como Cesare Balbo o Massimo d'Azeglio; los neogüelfos, como el abate Gioberti, favorables al establecimiento de una confederación presidida por el Papa, y los demócratas, como Mazzini, que sueñan con erigir, a partir de la acción de las masas arrastradas por las sociedades secretas, una «Joven Italia» unitaria y republicana que sería la prefiguración de una «Joven Europa» fraternal. Por ello las pasiones nacionales, en el clima de efervescencia lírica al que apuntará la «primavera de los pueblos», no parecen excluir o contradecir una solidaridad más profunda: fiel eco de las esperanzas de su época, Henri Martin, historiador francés —y «celtómano» incluso— dedica su tesis latina de 1849 a suministrar una base racional a esta conciliación *(De nationum diversitate servanda, salva unitate generis humanis)*.

A corto plazo, los movimientos nacionales encuentran un poderoso refuerzo —y como una especie de necesidad— en las transformaciones económicas que comienzan o se aceleran hacia 1830: es sabido lo que la unidad alemana, por no citar más que un ejemplo, debe a la *Zollverein* y a los ferrocarriles. Aquí, más que la Revolución francesa —que ha contribuido sobre todo a defi-

nir el orden jurídico más favorable para la expansión del liberalismo—, es sobre todo la revolución industrial la que finalmente compromete la imposible estabilización que se intenta en 1815. Es cierto que, por naturaleza, su cronología parece menos clara y menos fácil de precisar que la de los acontecimientos políticos, mientras que su mapa geográfico acusa también unas diferencias muy sensibles. El análisis de la situación de toda nuestra Europa y de la época correspondiente a los años 1848 ó 1850, corre el peligro pues de ser una tentativa bastante ilusoria. No obstante se imponen ciertos hechos. Siempre a la cabeza, Gran Bretaña se encuentra entonces, desde hace una quincena de años, en lo que puede llamarse la segunda fase de esta revolución industrial que, en su caso, es una creación propia, endógena, si se quiere, carente de influencias del exterior. Es la *railway age*, que sucede a una fase inicial durante la que los textiles, y especialmente el algodón, habían sido el sector de expansión privilegiado, precediendo la cumbre *mid-victorian* de la prosperidad que se caracterizará por el libre cambio y el acero barato. Con más de 10.000 km de vías férreas, el Reino Unido posee el 46 por ciento de la red europea. Numerosos cambios técnicos esenciales triunfarán definitivamente: la generalización del uso del carbón y de la máquina de vapor, la mecanización de la hilatura y la tejeduría (que se propaga asimismo a la industria lanera, con retraso sin embargo en comparación con la algodonera), la fundición a base de coque y el pudelado. El Reino Unido exporta, además de hulla, raíles y máquinas que le compran otras naciones en vías de industrialización, casi los dos tercios de las cotonadas que fabrica. En el continente, que es su discípulo más que su competidor, estos diversos progresos se difunden con cierto retraso. Además de Francia y Bélgica, que van sin duda inmediatamente después del Reino Unido —pero a una distancia considerable— en esta carrera hacia la modernización económica se desarrollan nuevas regiones industriales en el seno de países fundamentalmente agrícolas; en Alemania, por ejemplo, Sajonia y Renania-Westfalia concentran las 9/10 partes de las máquinas de vapor; en Italia, el «despegue» de Piamonte, Lombardía, Toscana o Campania contrasta con la inercia de Venecia, de los Estados pontificios de Sicilia; en España, el desarrollo textil catalán, recobrando las vías abiertas en el siglo precedente, se opone a un estancamiento no interrumpido por un cierto aumento de la producción minera a menudo controlada por extranjeros y poco aprovechable para el desarrollo nacional. Incluso de manera aislada en el Imperio de Austria, surgen los focos industriales de Estiria-Carintia o de Bohemia. Pero la «gran industria» mecanizada y concentrada no ha conseguido eliminar completamente, ni

siquiera en estos islotes favorecidos, los modos tradicionales de artesanado o del trabajo a domicilio. En cuanto a los Países Bajos y a los Estados escandinavos, están aún en una situación preindustrial.

Podría dibujarse un cuadro análogo, a grandes rasgos, de las otras formas del progreso económico que acompañan o sostienen a la revolución industrial, principalmente de los nuevos aspectos que presentan la distribución de capitales y la organización del crédito. Aquí también el avance británico es sin duda su rasgo más característico: país del *bank-note* y de la *Stock-Exchange,* del cheque y de los *merchant-bankers,* Inglaterra es también el país de los *joint stock banks,* los grandes bancos de depósitos surgidos a partir de 1826: el primer país en definitiva en crear instituciones monetarias y financieras adaptadas a las necesidades de una economía moderna. En el continente también, empiezan a aparecer estas instituciones: la Societé générale belga nace en 1822, y en Francia, las tentativas de Laffitte y sus émulos consiguen un éxito desigual. El papel en la inversión de la alta banca —incluyendo la red internacional de los Rothschild que por entonces dominan la escena— va afirmándose en los años 40. Pero, desde varios puntos de vista, no son más que experiencias o comienzos; en este terreno queda por hacer lo esencial, en el momento en que llegan las Revoluciones de 1848, al este de los Alpes y del Rin sobre todo. Volveremos sobre el estudio de esta construcción progresiva del capitalismo liberal para el período posterior a las Revoluciones, ampliándolo a otros sectores del mundo de los negocios.

Sin embargo, por desigual que pueda ser, la implantación de nuevas formas de actividad está en ese momento transtornando las condiciones de existencia de las poblaciones europeas. El ferrocarril, al tiempo que prepara el advenimiento de los mercados nacionales, tiende a romper el aislamiento de los grupos humanos, ampliar sus horizontes, multiplicar sus contactos y facilitar sus desplazamientos. Los comienzos de la producción en masa van a ofrecer a los consumidores populares una gama más rica de artículos menos costosos. Michelet acertó al tomar como fecha clave este año de 1842 en que el precio del calicó cae a seis céntimos el metro. Pero, a corto plazo, la industrialización sólo afecta a los habitantes de la Europa industrial en su calidad de trabajadores. Los más recientes capítulos de su historia social —los que se escriben más a menudo, o los más esclarecidos— llevan como título en esa época: urbanización, proletarización, pauperación. Campesinos empujados hacia las ciudades por la transformación de las estructuras rurales, o atraídos por la creación en ellas de nuevos puestos de trabajo ligados directamente o no

al desarrollo industrial: es un movimiento más extendido en el tiempo de lo que se ha creído, probablemente bastante tardío, incluso en Inglaterra (donde la ley sobre las *workhouses,* que suprime los subsidios enviados al domicilio de los pobres y obliga a éstos a optar entre el internamiento o la marcha es promulgada sólo en 1834), y que en Francia o Alemania no reviste aún un carácter masivo —en este último caso, la emigración ha precedido al éxodo rural—; pero ya se perfila, tanto más sensible en sus efectos cuanto que las ciudades no están preparadas para hospedar y mantener a estas «clases laboriosas, clases peligrosas» [11] que van a amontonarse en ellas. La reducción de artesanos, trabajadores a domicilio y pequeños propietarios a la condición de asalariados es también un fenómeno menos general y menos uniforme de lo que aparece en uno de los más célebres y más controvertidos esquemas marxistas, pero existe y, a la espera del renacimiento de nuevas clases medias, contribuye a agudizar la lucha de clases dando más realidad a esta simplificación grandiosa que la resume en el enfrentamiento de un pequeño grupo de capitalistas y una masa de explotados. Resulta menos discutible, en la primera mitad del siglo, la tendencia al deterioro de la condición popular, trátese de categorías eliminadas por la competencia aplastante de la gran industria, como la de los tejedores del *domestic system* —tan miserables que sólo puede sobrevivir por la emigración a Inglaterra de irlandeses todavía más miserables—, o la de los obreros de esta misma gran industria, pues todo concurre para convertirlos en víctimas, en esta primera fase de la revolución industrial: relación desfavorable entre la oferta y la demanda —incremento demográfico por un lado, mecanización y riesgo de desempleo tecnológico por otro—, avidez de un capitalismo naciente, ansioso por reducir lo más posible sus costos para establecer suficientes márgenes de autofinanciamiento (principalmente en los períodos de caída de los precios y, por lo tanto, de amenaza para el beneficio, como ocurre en el período 1817-1851), desequilibrio de fuerzas entre patronos y obreros en un régimen de liberalismo que, aparentemente imparcial, prohíbe a unos y a otros toda forma de organización, pero con consecuencias muy desiguales, poniendo todos los recursos del poder público al servicio del orden establecido. No deja de ser significativo el hecho de que, una vez más en Inglaterra, donde antes y con mayor amplitud se plantea esta nueva cuestión social, se produzcan las primeras tentativas para aliviar un poco esta situación explosiva, cuyos efectos físicos y morales, sin olvidar los peligros políticos, no pueden ya negarse: comienza así el desarrollo de las *Trade Unions,* más o menos libremente permitido por las leyes de 1824-1825, se

inicia una legislación que protege al menos el trabajo de las mujeres y los niños (*Acts* de 1833, 1844, 1847), y también se suspenden las *Corn Laws* (1846), y con ello se abren perspectivas de una vida más barata. En otros sitios, fuera de una intervención estatal más tímida aún (por ejemplo la de la ley francesa de 1841) o de las garantías bastante ilusorias que pueden ofrecer las antiguas estructuras corporativas (no han desaparecido todas en la Europa central) la protesta del socialismo parece ofrecer el único recurso. Pero, sea cual fuere su valor de testimonio y su importancia ideológica, por otro lado muy variable, —aunque *minores* para un Saint-Simon...—, los sistemas de ésta época no han superado sus flaquezas congénitas: casi aislados de toda fuerza estructurada, mal adaptados a una acción colectiva, oscilando entre la confianza ingenua en su propia virtud de seducción entre las clases dirigentes o los gobiernos y la ilusión romántica de la revolución por la conspiración clandestina— efectivamente han utilizado más directamente este tipo de acción, como vimos anteriormente—, no han abandonado nunca el reino de la Utopía, si no es para apoderarse, como Louis Blanc durante algunas semanas de un fantasma de poder. Sin embargo, al margen de ellos, los problemas que esperaban resolver han dado a las Revoluciones de 1848 una dimensión social, más o menos marcada según los países, que rebasa aquélla de las revoluciones anteriores. En este sentido encuentra su justificación la primera frase del *Manifiesto del Partido Comunista* publicado por Marx y Engels, sin mucha resonancia por lo demás, en vísperas de la gran crisis: «*Ein Gespenst geht um in Europa - das Gespenst des Kommunismus*».

Hay algo de romanticismo en esta seguridad profética que manifiestan, en toda ocasión, los fundadores de un socialismo que ellos califican sin embargo de «científico». El romanticismo impregna, de manera más o menos difusa, la mentalidad colectiva de la época: es un componente esencial del «espíritu del 48». Sin duda es difícil medir exactamente la parte que le corresponde en la preparación y en el desarrollo de las Revoluciones. Tratar de hacerlo no es solamente plantear el problema, siempre difícil de la inserción de un movimiento de ideas, de una actitud espiritual y cultural, de un estado de ánimo, en la historia general de las sociedades, sino también enfrentarse con una ambigüedad propia del romanticismo, que, aunque exprese una particular disposición de la sensibilidad, bien definida, ya que no fácil de definir, toma aspectos diversos, e incluso opuestos. En un principio, diríamos, se plantea en la derecha. En Francia, con Chateaubriand, Vigny, el joven Lamartine, el joven Hugo, el romanticismo es legitimista, católico, declaradamente teocrático y

extremista. En Inglaterra, con Walter Scott, y sobre todo, con Coleridge, es tradicionalista y conservador. Más claramente todavía, en Alemania constituye una verdadera doctrina política la «de los escritores que, con los recursos de la cultura actual, declaran la guerra a la *Aufklärung* y la Revolución», —como decía en 1839 Arnold Ruge, un lúcido adversario de los románticos—, o, según Heine, la que «proclamaba el principio en virtud del cual la clase campesina debía ser distinguida de la nobleza porque el campesino había recibido de la naturaleza el derecho de trabajar sin gozar, y el noble el de gozar sin trabajar». Por eso ha sido posible incluir entre los románticos al bernés Karl Ludwig von Haller, intelectual más racionalista, a decir verdad, que místico, pero también maestro reconocido de la contrarrevolución europea. Sin embargo, mucho antes de 1848 la mayor parte de los románticos han cambiado de campo. En la conversión al humanitarismo democrático, como Lamartine, Lamennais o (más tardíamente pero de forma resonante) Hugo; en la manifestación de anticonformismo que rechaza el orden y los prejuicios reinantes, en la generación de Keats, Byron, Shelley (todos ellos muertos antes de 1830); en la adhesión apasionada a la causa nacional de los escritores italianos o eslavos, como Pellico, Manzoni, Mickiewicz, encontramos siempre, bajo diversas formas, el mismo compromiso —que es también el de los liberales de la «Joven Alemania»—, que no va más allá en el sentido de la fidelidad o de la conservación. Al nivel, no de los creadores, sino de su público, lo que ha llegado del romanticismo al fondo común de las opiniones y de las actitudes no hace sino preparar los ánimos para aceptar la revolución, para simpatizar, cuando no participar en ella: la revolución es un drama, una celebración, una evocación de los grandes recuerdos, y el romanticismo tiene el sentido del teatro y de la historia; el pueblo es en él el personaje principal, y el romanticismo se ha hecho populista; la revolución da libre curso al despliegue de una elocuencia tumultuosa y sentimental, donde el lirismo romántico se reconoce fácilmente, a veces hasta el *pathos;* es un esfuerzo hacia un ideal, una etapa en la vía del progreso: el romanticismo practica estos dos cultos.

Sin duda esto es aplicable a toda revolución, incluso a las «tres jornadas gloriosas», cuyos vencedores sin embargo gritarán «¡Muerte a los románticos!», pues los románticos de 1830 son aún borbónicos y acabarán en la nebulosa de la realeza burguesa, teniendo en Delacroix a un pintor inspirado. Pero la revolución romántica por excelencia es la de 1848, que ve a Wagner al lado de Bakunin participar en la insurrección de Dresde: revolución democrática, nacional y socializante. No es cierto que

ésta haya sido su mejor oportunidad. Los herederos de los «gigantes» del 89 no tenían a su disposición un instrumento intelectual tan seguro como el que tenían a su alcance sus predecesores, formados por la filosofía de las Luces. Pero la generosidad confusa que les anima, si bien les hace un flaco servicio, es quizás necesaria para que tengan la audacia de acometer la acción revolucionaria. Aunque no consigan la victoria, tendrán el mérito de hacer avanzar la historia.

II. La alarma de 1848

Las revoluciones de 1848 debieron sin duda gran parte de su éxito inicial al desconcierto que su desencadenamiento provocó en las clases y círculos dirigentes. Los gobernantes y notables se encontraron frente a ellas igual que los burgueses parisinos; según el testimonio de Odilon Barrot, «en la disposición en que se encontrarían los habitantes de una casa quienes, después de dormir confiadamente una noche, se viesen, con terror, al despertar, por alguna convulsión repentina del suelo, suspendidos sobre un abismo». En cierto sentido, no obstante, esas revoluciones eran esperadas, e incluso habían sido anunciadas. Sobrevinieron en una Europa inquieta, agitada por convulsiones suscitadas por profundas fuerzas de diversa naturaleza, gravedad y extensión. Fuerzas cuyo origen hoy en día es muy fácil descubrir, más fácil en todo caso para nosotros que para los contemporáneos, lúcidos y no obstante sorprendidos, que acababan de salir de otras crisis —la de 1840, por ejemplo— sin que abocasen a la revolución.

a) *Creación de una situación revolucionaria*

La crisis económica que precedió a 1848 —y sin la cual los movimientos insurreccionales no hubiesen podido tener en aquel año una amplitud muy superior a la de las conjuras tramadas a lo largo de las décadas precedentes por sociedades secretas o grupos de conspiradores, e incluso aquella de las banales «emociones» populares—, tenía probablemente un carácter demasiado clásico, demasiado «normal» para provocar una peculiar inquietud en todos aquellos que físicamente no fueron víctimas de ella [1]. Es cierto que esta crisis dependía ante todo de esta vieja fatalidad que, periódicamente, entrañaba, después de una o varias malas cosechas, por una reacción en cadena, un paro general de la actividad: el brusco descenso de la producción agrícola provocaba una disminución más que proporcional de los productos

alimenticios que llegaban al mercado, descontada la parte destinada a la siembra y la necesaria para el consumo doméstico de los productores; de ahí, «un alza súbita» de los precios en el sector, especialmente sensible, de los productos de gran consumo popular como, en primer lugar, el pan, y la restricción o postergación de compras menos indispensables; de ahí, un repliegue en el consumo de ramas industriales tan importantes entonces como la industria textil y la construcción, en donde se producen el marasmo, el subempleo y, en proporciones variables, la baja de los salarios o el desempleo, provocando así una contracción masiva de las rentas, en el momento preciso en que el coste de la vida alcanzaba su más alto nivel[2]. De hecho, se trata de una «crisis de subsistencias» de tipo muy antiguo, que devasta Europa a partir de 1845. Nació en Irlanda y en Flandes con la enfermedad de la patata y la terrible escasez que provocó (en Irlanda se produjeron en cinco años más de 700.000 muertes por hambre y alrededor de 1.250.000 personas emigraron, de las que 200.000 murieron en el camino: su población pasó de 8,5 a 6,5 millones de habitantes); se generalizó en 1846 con la drástica reducción de las cosechas de cereales, difícil de compensar eficazmente mediante importación, porque la escasa capacidad de los medios de transporte no permitía recurrir a fuentes lejanas de suministro sin gravar fuertemente los precios o sin imponer a las finanzas públicas la carga de soportar los costes. Esto provocó en todas partes desórdenes muy clásicos también, tanto en su forma como en su inspiración: saqueo de graneros, convoyes, mercados, tahonas, pordiosería tendiente al merodeo, violencias contra los grandes propietarios o los negociantes, cuyas maniobras especulativas agravan la penuria y son acusadas de provocarla, exasperación dirigida hacia los notables que, mejor alimentados, pagan un tributo menor a las epidemias —tifus, cólera— que se propagan con la crisis y parecen obedecer más o menos a una especie de discriminación de clase, hostilidad a las autoridades, al poder, considerado cómplice de los acaparadores, al menos por su pasividad, por su repugnancia a intervenir, a requisar, a tasar, por la insuficiencia de los paliativos tradicionales como el *workhouse* o el hospicio para pobres, por la incidencia de un sistema fiscal que se hace insoportable con el aumento del coste de la vida y que parece contribuir a elevarlo. Así, como es habitual, en virtud de unos reflejos seculares, la crisis económica de origen agrícola, atribuida a los ricos y gobernantes, se transforma en una ola inmensa de protesta social y política que, en parte, va a traer la Revolución.

Es cierto que, desde 1847, las buenas cosechas habían puesto fin a las dificultades de aprovisionamiento y a la tensión de los

precios. Pero la mayoría de los países de Europa seguían siendo países «damnificados», donde las clases populares acababan de acumular un ingente pasivo de sufrimientos e irritaciones, mantenidos más allá de la coyuntura que los había desencadenado por el agotamiento de las reservas y el endeudamiento. Y sobre todo, tan pronto como se alejaba el temor o la realidad de la escasez, otro problema igualmente grave y menos familiar tomaba el relevo y, por diferentes razones, afectaba a su vez a numerosos sectores de la economía. El joven capitalismo industrial conocía ya esta nueva modalidad de crisis autónoma, específica, nacida de un desarrollo demasiado rápido —al menos con relación a la demanda solvente— de los bienes de equipo y de la producción. En todo caso Inglaterra ya había padecido sus efectos. Para el continente, menos avanzado como es sabido en la etapa de la industrialización, persiste la duda sobre la naturaleza de los accidentes «cíclicos», es decir repetidos con regularidad y a intervalos siempre inferiores a diez años, que le afectaron en la primera mitad del siglo XIX; se puede invocar, para explicar el último que experimentó el continente antes del de 1847, «la serie de malas cosechas europeas que paralizaron campos y ciudades entre los años 1838 y 1842» [3]. Pero lo que ocurrió en la víspera de las revoluciones de 1848 parece ahora más claro. Las novedades tecnológicas de aquel tiempo habían suscitado tantas esperanzas de beneficio que se disparó la máquina económica; la *railway mania,* en particular, provocó una febril expansión de la especulación, una desordenada proliferación de emisiones de bolsa, la creación de numerosas compañías, las cuales, a su vez, al ampliar el mercado metalúrgico, determinaron un crecimiento brusco de la siderurgia y las construcciones mecánicas. Esta expansión fue bruscamente interrumpida cuando se vio que la rentabilidad de estas masivas inversiones tardaría mucho tiempo en hacerse efectiva, al menos hasta la puesta en servicio de una red coherente, que resultaría difícil reunir los capitales necesarios para continuar las operaciones acometidas, y que las consecuencias de la misma crisis agrícola dificultaban más aún esta financiación, como también la inversión de los empréstitos públicos, que era entonces la principal actividad de la banca. Así sobrevino durante el año 1847 una segunda fase de la crisis, o incluso una segunda crisis, marcada por el hundimiento bursátil y bancario, el atasco industrial, las quiebras en cadena, una nueva extensión del desempleo y, por consiguiente, de la miseria, otros tantos signos de un funcionamiento defectuoso, si no de un vicio fundamental de esta economía liberal a la que la crítica socialista reprochaba precisamente, además de su injusticia, su ineficacia. Uno de los fundamentos del orden esta-

blecido —el más nuevo esta vez— podía parecer quebrantado.

A menudo poco sensibles a las dificultades materiales que pudieran sufrir sus pueblos —sin duda menos por dureza de corazón que por costumbre y verdadera política— los hombres que gobernaban Europa a principios del año 1848 tenían otras razones para manifestar nerviosismo. La voluntad de proteger el *statu quo* existente mediante un conjunto de medidas preventivas o represivas que, sin alcanzar jamás el rigor de un sistema —tenía que tener en cuenta los intereses propios de cada Estado y las inclinaciones de cada soberano o ministro—, había inspirado el Congreso de Viena, y, después de la sacudida de 1830, las precauciones tomadas por la Dieta alemana en 1832-1833, los acuerdos adoptados en Münchengrätz en 1833, las decisiones salidas de la conferencia de Viena de 1834, tropezaba con obstáculos cada vez más evidentes. A la inversa, el acercamiento de las dos grandes monarquías constitucionales de Occidente que intentaba traducir, a través de todas sus vicisitudes, la *entente cordiale* franco-británica, se enfrentaba una vez más con fuertes rivalidades de comercio o de prestigio. Así, a medida que se complicaba y ensombrecía la escena política de Europa, iban aumentando las posibilidades de los «creadores de desorden», suscitando en un Metternich envejecido e inclinado al pesimismo, un sentimiento de fracaso y de preocupación ante ese «mundo evidentemente enfermo» en el que «la gangrena se extiende cada día más». En vano los repetidos enfrentamientos entre Londres y París con respecto al asunto Pritchard, al derecho de inspección de las naves, a la extensión a Marruecos de la operación que Francia había iniciado en Argelia, a los proyectos de unión aduanera franco-belga, a los matrimonios españoles, conducían a Luis Felipe y a Guizot a obedecer la profunda inclinación de su temperamento, dando un paso hacia las potencias conservadoras, es decir, ante todo, hacia Viena. El humor receloso de una opinión pública todavía demasiado sensibilizada ante «la vergüenza de 1815» no permitía ir demasiado lejos en esta vía. No, en todo caso, hasta una común intervención en apoyo del *Sonderbund,* esa liga de cantones clericales y conservadores que sería aniquilada por los «radicales» suizos en noviembre de 1847, aunque el canciller austríaco interpretara su victoria como la de «la anarquía» y como una peligrosa incitación a «todos los fantasiosos, aventureros y organizadores de revoluciones sociales de Europa». Sin incluir a un Palmerston o a un Federico Guillermo IV en este pandemónium, los defensores del orden continental veían con malos ojos cómo el secretario del *Foreign Office* y su colega Minto prestaban al menos un apoyo «moral» a los patriotas italianos o el brillante, impulsivo y desconcertante rey de Prusia soñaba

con un «reforzamiento» de la Confederación alemana, lleno de amenazas para la estabilidad de Europa central, otorgaba a sus súbditos, en febrero de 1847, un *Landtag* unido, muy mal acogido por otra parte tanto por los progresistas como por los paladines del absolutismo puro, y no conseguía más que precipitar la cristalización de una oposición francamente democrática: la que en pocos meses agruparía a los radicales de Baden reunidos en Offenburg, frente al programa más moderado formulado por los liberales en Heppenheim.

En Italia se perfilaba la misma evolución. Las reformas concedidas por el nuevo papa Pío IX en 1846-1847, con motivo de su elección, de buena fe o por clarividencia política, suavizando un poco el sofocante autoritarismo que abrumaba los Estados de la Iglesia, no podían dejar de interpretarse como un signo de liberalismo, absolutamente inesperado. No tardó en manifestarse su fuerza de contagio, y de un extremo a otro de la península la presión de la calle comenzó a llevar a los soberanos más allá de lo que estaban dispuestos a conceder inicialmente. Carlos Alberto a su vez emprendía, a finales de 1847, la modernización administrativa y jurídica del Piamonte, suavizaba el régimen de prensa y terminaba prometiendo, el 8 de febrero de 1848, un Estatuto fundamental, es decir una constitución. Debilitado ya por la insurrección separatista de Sicilia, Fernando II de Nápoles era obligado por la agitación a conceder una constitución, y el gran duque Leopoldo II de Toscana seguía su ejemplo. Incluso Milán, ciudad austríaca, se agitaba. Ante estos peligros, Metternich había tomado naturalmente las precauciones habituales, ordenando la ocupación temporal de Ferrara para intimidar a Roma y afianzando sus lazos con los ducados semivasallos de Parma y Módena. Igual que en 1821 y en 1831, una nueva operación policíaca iba a hacer que estos bulliciosos italianos entrasen en razón, pese a los consejos de prudencia prodigados por Palmerston, cuando estalló la revolución en París.

b) *La primavera revolucionaria*

La Monarquía de Julio envejecía mal. Incapaz, por su origen y naturaleza, de movilizar en su provecho un fervor, un principio, desprovista de toda base que no fuera la del compromiso o la del remiendo, improvisada por los orleanistas de 1830 para contener y canalizar la revolución, había dejado agotarse poco a poco las virtudes de esta transacción estrechamente oligárquica, soportada con una creciente impaciencia por la masa de los medianos y pequeños burgueses excluidos del «país legal». Desechando

las propuestas de reforma, de reforma electoral sobre todo, que habrían podido facilitar una adaptación de las instituciones al movimiento de las ideas, el autoritarismo senil de Luis Felipe, el ciego dogmatismo de Guizot —personalidad insigne, pero demasiado seguro de sus convicciones políticas, sociales y filosóficas para rebajarse a tener en cuenta al tiempo o a los hombres—, su inmovilismo en fin, acabaron por privar al régimen del «justo medio» de los apoyos que en otro tiempo había encontrado para resistir a la oposición, más fuerte ahora no tanto por sus propios recursos cuanto por el aislamiento del régimen. Una diplomacia acusada, como se ha visto, de traicionar la causa liberal y de rendir un flaco servicio al honor nacional, daba a sus adversarios frecuentes ocasiones de levantar en contra suya a la opinión pública, incluso en las capas sociales poco atentas a los pormenores pero sensibles al recuerdo de la grandeza perdida y a los compensadores mitos de una Francia misionera, emancipadora y conquistadora al mismo tiempo. La Monarquía de Julio perdía un prestigio que difícilmente podía conservar después de los numerosos escándalos, unos de naturaleza privada, otros relacionados con el tremendo mercantilismo de los últimos años del reinado, que parecían demostrar la degradación moral de una parte de las clases dirigentes y política, y así justificar de antemano esta «revolución del desprecio» que Lamartine profetizaba en 1847. La crisis económica, por último, actuaba en contra suya; la miseria preparaba a las clases populares para que sirviesen de masa de maniobra a los enemigos del poder, e incluso a desbordarles a menudo con sus reivindicaciones y acciones propias. Para los nobles mismos, la disminución de numerosas rentas, las inquietudes que podía inspirar el estado de las finanzas públicas, comprometidas por la depresión, el temor a la subversión, constituían otros tantos motivos de resentimiento hacia un ministro y hacia un rey incapaces de asegurar la prosperidad y demasiado débiles quizás para defender con eficacia el orden y la propiedad.

La iniciativa, que pronto habría de superarlas, vino de esas planas mayores políticas, deseosas de explotar la difícil situación de los gobernantes con el fin de obligarles a hacer concesiones o de arrebatarles el poder. Una «campaña de banquetes», a partir de julio de 1847, reunió a los jefes y electores de las diversas oposiciones de izquierda —el centro izquierda de Thiers, ya bastante reticente; la izquierda aún dinámica de Odilon Barrot, que no tardó en asustarse ante el curso de los acontecimientos; los «radicales», que enmascaraban cada vez menos sus sentimientos republicanos, adueñándose de la dirección del movimiento— para tratar de temas reformistas, antimonárquicos luego, e incluso

socializantes. No tuvo efectos duraderos y, Luis Felipe, denunciando lo que llamaba «las pasiones enemigas y ciegas», parecía firmemente resuelto a hacer frente a la situación. Pero sobrevino un incidente. La prohibición de un banquete parisino provocó, el 22 de febrero de 1848, una manifestación popular, animada por estudiantes y algunos jefes de sociedades secretas, a pesar de la retirada de sus prudentes organizadores. Al día siguiente la manifestación se convirtió en motín y la Guardia Nacional, que tan enérgicamente había actuado en otros tiempos para sofocar las «jornadas», cuando la burguesía sostenía casi unánimemente al régimen con el que creía entonces poder identificarse, paralizó la acción represiva por su incertidumbre o por su defección. Desanimado, el rey ya había abandonado a Guizot cuando un sangriento choque entre la muchedumbre y las tropas avivó y generalizó la insurrección. El día 24, el ejército, pese a ser numeroso y estar dirigido por un hombre duro, Bugeaud, fracasó en una serie de contraataques ejecutados sin convicción. Después Molé, Thiers y Barrot se esforzaron en vano por formar un gobierno de apaciguamiento. Se hundió entonces el poder sin haberse defendido seriamente. Luis Felipe abdicó y huyó. La ocupación de la Cámara de Diputados impidió la instalación de una regencia y los republicanos, dueños de la situación, proclamaron un gobierno provisional.

En toda Europa central el anuncio de la revolución parisina precipitó las rupturas que se estaban preparando o perfilando. No hay un testigo ni un historiador de aquella primavera de 1848 que no haya empleado las mismas imágenes, banales pero sugestivas, para evocar tan fulminante contagio: una llama a lo largo de un reguero de pólvora, el estallido casi simultáneo de múltiples focos de incendio que se avivan mutuamente... No hay relato, ni crónica de la crisis que haya podido evitar mezclar de modo inextricable su abundante cronología y su complicada geografía.

La fiebre revolucionaria encuentra en los Estados de los Habsburgo, junto con uno de sus principales focos de propagación, una especie de centro de irradiación. Constituyen un conjunto territorial heterogéneo y, por ello, vulnerable. Los acontecimientos que allí se desarrollan repercuten tanto sobre la Confederación alemana como sobre Italia; Metternich, que, sin preocuparse de lo que ocurre en su interior, dirige desde hace casi cuarenta años sus asuntos exteriores, es considerado, con razón o sin ella, el gran campeón, y en todo caso el símbolo del conservadurismo, de la reacción, a escala de todo el continente. La revolución, por muchos motivos, se hace europea a través de los Estados de los Habsburgo.

Las noticias de Francia —teniendo en cuenta el tiempo todavía largo que tardan en llegar— despiertan en Presburgo, en donde se reúne la Dieta húngara, su primer eco: el 3 de marzo, Kossuth lanza un programa autonomista y democrático que es imitado el día 11 en Praga por los liberales de Bohemia. En la misma Viena, el motín de los días 13 al 15 de marzo provoca la huida del canciller —sacrificado por la Corte y sus colegas con la misma rapidez con que Guizot ha sido abandonado—, la promesa de una constitución y la formación de un gobierno de coalición. Bruscamente Italia, ya agitada, se subleva. El 18 de marzo se inician en Milán las *cinque giornate,* en el curso de las cuales el mariscal austríaco Radetzky es obligado a ceder; el 22 los austríacos son expulsados también de Venecia bajo la dirección de Daniele Manin; Parma y Módena echan a sus duques; el 23, Carlos Alberto de Piamonte decide luchar por la independencia de la península y, de grado o por fuerza, Leopoldo de Toscana, Fernando II de Nápoles y el mismo Pío IX se ponen de su parte. Al mismo tiempo, el reino de Hungría consigue un gobierno responsable (22 de marzo) y después, el 11 de abril, un estatuto inspirado en la Constitución belga que le otorga una Cámara baja, elegida por un sufragio censatario bastante amplio, acaba con los privilegios y garantiza las libertades públicas, pero confirma su unidad «histórica» sin tener en cuenta su diversidad étnica, reconoce como idioma oficial el magiar, y mantiene su pertenencia a la monarquía de los Habsburgo. En Bohemia se crea un Comité Nacional que es reconocido oficialmente el 13 de abril, en espera de una Dieta constituyente y legislativa, cuya competencia corre el riesgo de ser impugnada por otros países que dependen de la corona de San Wenceslao.

Alemania también se agita. Iniciado en Mannheim y Heidelberg, el movimiento liberal conquista el gran ducado de Baden, Wurtemberg, los dos Hessen, Nassau, Francfort y las tres ciudades hanseáticas, Brunswick y los estados de Turingia: por doquier la presión popular obliga a príncipes o dignatarios a admitir la separación de poderes y las libertades. Federico Guillermo IV, que en un principio se enfrenta a las sublevaciones sobrevenidas en varias ciudades prusianas, acepta a su vez, tras la insurrección berlinesa del 18 de marzo, el compromiso sugerido por los representantes de la alta burguesía renana, incluye a dos de ellos, Camphausen y Hansemann en el gobierno, y promete una *konstitutionnelle Verfassung.* La ola arrastra el absolutismo en Sajonia, Hannóver y Baviera, donde el 19 de marzo abdica Luis I, ya tambaleante por el escándalo político-mundano suscitado entre el partido clerical y sus súbditos por su pasión por Lola Montes. De todos esos disturbios sale fortificado el sentimiento unitario

con tal empuje que el mismo rey de Prusia se siente en el deber de sacrificarse a él en su manifiesto del 21 de marzo: *Preussen geht fortan in Deutschland auf*... Pero sus dudas, su decepcionante proyecto de una vaga *Ständeversammlung* le alienan las simpatías de los patriotas alemanes quienes, reunidos en Heidelberg desde el día 5, convocan un *Vorparlament* para el 31 en Francfort sin que nadie haga nada por impedirlo.

Así, en cuestión de semanas, parecen realizarse las condiciones de una profunda transformación de las estructuras estatales, si no en un sentido democrático, al menos en uno liberal y conforme a los deseos de «las nacionalidades» o de algunas de ellas. Pero a partir de esa primera fase de la crisis, el desfallecimiento de los gobiernos autoritarios permite exponer otras reivindicaciones: las necesidades y esperanzas de las diferentes clases sociales dan un nuevo cariz y una nueva dimensión a los movimientos revolucionarios, aportándoles, a breve plazo, un apoyo material y psicológico sustanciosos, pero también exponiéndoles a riesgos de contradicción y disociación cuya gravedad tarda poco en manifestarse, incluso antes de que empiece su reflujo.

Sin embargo, en 1848 esta «cuestión social» no se plantea en todas partes en los mismos términos, ni siquiera con la misma claridad. Si el derrumbamiento del régimen censatario en Francia responde a las aspiraciones de una burguesía alejada hasta entonces de la vida política, o de su marco legal al menos, si la inestabilidad rural pone de manifiesto, más de medio siglo después de la noche del 4 de agosto; los roces y tensiones entre propietarios y campesinos sin tierra, lo que fundamentalmente llama la atención es el problema obrero y con él la repentina y breve eclosión del «socialismo». La revolución de febrero ha provocado una vuelta brutal al primer plano de la actualidad de la crisis económica que, meses atrás, venía mitigándose. El temor a lo desconocido, a la subversión y a la guerra hizo cundir el pánico en la bolsa y las finanzas, paralizó las compras y el crédito, y bloqueó la actividad industrial. Con la miseria crónica como telón de fondo, el desempleo agrava las condiciones de vida de las clases populares. Ahora bien, por vez primera éstas parecen estar cerca del poder o ser capaces de hacerse escuchar. El gobierno provisional está compuesto, junto a republicanos moderados, conservadores desde el punto de vista social, por demócratas socializantes, un teórico socialista, Louis Blanc, e incluso —participación al menos simbólica— un obrero, el mecánico Albert. Este gobierno delibera y actúa dentro de lo posible, bajo la constante presión política y física de las masas de París. Así, se ve obligado a sentar los fundamentos del derecho al trabajo, vagamente formulados sin duda, pero cuya seria aplicación im-

plicaría un sinfín de consecuencias; el 2 de marzo aprueba la limitación de la jornada de trabajo a 10-11 horas. Muchas otras reformas están ya en marcha, como si, esta vez, una profunda reestructuración de las estructuras económicas y sociales fuera a convertirse en realidad. No hay ni que decir que tal perspectiva despierta ya, incluso en el campo de los vencedores de febrero, grandes temores y fuertes resistencias. Lamartine, izado temporalmente al primer plano de la escena por la magia de la oratoria y de las actitudes, y que sin embargo es un hombre de buena voluntad, con deseos sinceros de resolver «el problema de los proletarios», calificará pronto su labor durante esas semanas difíciles como «la salvación de una sociedad amenazada en sus raíces y refugiada en la República». Como un «conservador precavido» intenta sortear los peligros de una incipiente revolución, todavía indecisa en cuanto a su forma, alcance y porvenir. Y esta orientación es la que tiende efectivamente a prevalecer. Pese al agitado clima de la primavera de 1848 y a la persistente efervescencia mantenida por la prensa, los clubs y los comités, y alimentada al mismo tiempo por los recuerdos de la Gran Revolución, hasta tal punto obsesionantes que hacen sospechar en algo de parodia en toda esta agitación, pese a las doctrinas confusas y contradictorias de los reformadores y profetas, pese a la interferencia de los movimientos extranjeros, de los grupos y «legiones» de todas las nacionalidades refugiados en París, la marea revolucionaria retrocede al cabo de unos días. No puede compararse con la aceleración creciente y la continua superación que habían arrastrado a los hombres y precipitado los acontecimientos entre mayo de 1789 y termidor del año II. Además, la universalidad, al menos aparente, de la adhesión a esta República, que el clero mismo reconoce al tiempo que bendice los «árboles de la libertad», y la ausencia de toda amenaza que pudiera venir del exterior, ofrecen al nuevo régimen pocas oportunidades de reacción o de endurecimiento. Marx escribirá que «la República no encontró ninguna resistencia, ni de fuera ni de dentro. Y esto la desarmó. Su misión no consistía ya en transformar revolucionariamente el mundo; consistía solamente en adaptarse a las condiciones de la sociedad burguesa». De hecho, rápidamente se perfila esta adaptación. Las «jornadas» parisinas que habrían podido evitar este estancamiento fracasan tanto el 17 de marzo como el 16 de abril y provocan un cambio total en beneficio de los partidarios del «orden». Ledru-Rollin, jefe de la fracción republicana demócrata en el gobierno provisional, no tiene tiempo de preparar con seriedad las elecciones que los partidarios de la «República social», en cambio, querían retrasar. Incluso éstos están más o menos desorganizados, o, en todo caso, son numéricamente débi-

les en la Francia de 1848. Como es aún pronto para que los monárquicos, sobre todo los orleanistas, regresen abiertamente y con fuerza, es al fin de cuentas una República formal, con sólidos fundamentos burgueses la que se ve refrendada por un sufragio universal entusiasta pero políticamente inmaduro, quien elige el 23 de abril sus primeros representantes. La Asamblea Constituyente cuenta, de un total de casi novecientos miembros, con veinticinco capataces y obreros. Los demócratas y socialistas ocupan unos cien escaños y los legitimistas y «católicos ante todo» disponen del doble aproximadamente. De los casi seiscientos moderados, muchos no son más que «republicanos del mañana», leales sólo de palabra a un régimen provisionalmente aceptable mientras ofrezca seguridad a «la gente de bien».

En la Europa germánica, menos industrializada, el papel de los obreros y artesanos no va más allá, al menos en un principio, de una simple participación en los movimientos callejeros cuyo control se les escapa. Cuando adopta la forma de reuniones, peticiones y huelgas expresa menos aún que en Francia una nueva y clara toma de conciencia de sus propios intereses. Si bien es cierto que aquí el movimiento de 1848 es también una revolución social, hay que entender esta expresión en el sentido tradicional de la palabra, como conflicto que opone —lo que es mucho simplificar— la aristocracia latifundista a la burguesía capitalista o intelectual. La rebeldía de las clases «inferiores» se manifiesta de modo autónomo, pero arcaico en los levantamientos dirigidos contra los señores, los administradores, los guardabosques y también contra los usureros judíos, por los campesinos cargados de deudas y cánones en algunas zonas superpobladas de Odenwald, Selva Negra, Kreichgau, Suabia, Nassau, Hessen y la Franconia bávara. La intervención de las tropas y la aprobación por parte de los Parlamentos locales de medidas que permitían la redención de los derechos señoriales, aplacaron rápidamente esos sobresaltos de un descontento secular en el cual los jefes liberales, excepto algunos demócratas avanzados, no veían más que rebeliones ciegas, indignas de su simpatía y más susceptibles de comprometer que de favorecer la solución de los verdaderos problemas que, según ellos, eran políticos y nacionales.

Pero en Alemania, la revolución política parece haberse fijado muy pronto sus propios límites. El *Vorparlament,* reunido del 31 de marzo al 3 de abril, al tiempo que proclama la soberanía de principio, en materia constitucional, de la futura asamblea salida del sufragio universal y directo, renuncia a reunirse hasta la elección de esta asamblea y designa una comisión llamada de «los Cincuenta» dominada por los moderados. Prefiere la mesura y prudencia de un Heinrich von Gagern, respetuoso con la coro-

na, pronto a invocar unas supuestas amenazas de invasión francesa o de levantamiento interno para justificar su apego a la legalidad, a las audacias de un Struve republicano, igualitarista, anticlerical y socializante. Vencidos en las discusiones parlamentarias, los republicanos lo serán también en el campo de batalla con el aniquilamiento de la insurrección armada desencadenada por Hecker, Struve y Herwegh, recién llegado de Francia con su «legión alemana» el 12 de abril en Baden. Aquí también, la disociación de las fuerzas revolucionarias y el aislamiento de los extremistas comienzan casi tan pronto como la propia revolución. Y estas divisiones no hacen más fácil la definición del marco territorial e institucional en el que se va a mover la nueva Alemania; mientras la cuestión polaca, la cuestión de los ducados daneses y la cuestión de los países germánicos del Imperio austríaco se revelan singularmente complejas y llenas de dificultades, desde que son planteadas por la exaltación nacional de 1848, las diversas autoridades que deliberan conjuntamente durante los meses de abril y mayo sobre la organización de un poder ejecutivo —la antigua Dieta de Francfort que los acontecimientos han respetado, los diecisiete «hombres de confianza» que le asesoran y la Comisión de los Cincuenta— se pierden en proyectos incompatibles y abandonados uno tras otro.

La tarea de crear un poder ejecutivo recaerá, junto con otras muchas, sobre el Parlamento elegido entre el 1 y el 8 de mayo de acuerdo con diversas modalidades, en dos turnos generalmente, sin respetar plenamente el principio del sufragio universal. La nueva asamblea de Francfort, muy poco popular (cuatro de sus diputados son artesanos y no hay entre ellos ningún obrero) y dominada, a expensas de una nobleza latifundista cuyo peso real se subestima, por la alta burguesía, funcionarios y profesores, va a intentar penosamente llevar a cabo una «revolución conservadora» basada en «la buena voluntad de gobernantes y gobernados», construir «en orden y disciplina unas nuevas instituciones a partir de las ya existentes», tal como lo recomienda Mevissen, industrial de Colonia, jefe de su más poderosa fracción.

En estos momentos de indecisión en que, tanto en París como en Francfort, se ponen en marcha las Asambleas Constituyentes, los movimientos nacionales chocan entre sí y se dividen ellos mismos en una creciente confusión, si es que logran desarrollarse. Los liberales checos, encabezados por Palacký y Rieger, se niegan a enviar una representación a Francfort y convocan en Praga un Congreso eslavo, al tiempo que afirman su adhesión a la existencia de una Austria federal conforme, según Palacký, «a los intereses de Europa y de toda la humanidad». Esta fidelidad se ve recompensada por la convocatoria de la Dieta de Bohemia

y la formación de un Consejo de gobierno, pero da lugar a una ruptura con los alemanes que viven también en Bohemia. Esta ruptura incidirá profundamente en un futuro cuyos reagrupamientos quedarán prefigurados por las secciones «checoslovaca» y «eslava del sur» en el congreso de Praga reunido el 2 de junio. Este auge de los nacionalismos eslavos, como la afirmación particularista de los rumanos de Transilvania, guiados por su Iglesia, compromete claramente la tentativa de una Hungría unitaria concebida en las leyes de abril. Los croatas, que ya tienen a Jelačič, uno de los suyos, como gobernador o ban en lugar de un magnate magiar, sueñan con un «reino de Croacia, Eslavonia y Dalmacia» directamente asociado a un Estado federal austríaco e independiente de la corona de San Esteban. Por su parte, los serbios se agrupan bajo la autoridad del voivoda y reivindican también la autonomía, mientras que el príncipe Alejandro Karagjorgjević, que reina en Belgrado bajo la soberanía otomana, se dispone a apoyarles esperando atraerles a una Serbia engrandecida. En cuanto al propio poder imperial, que se encuentra en un momento de dificultad, se ve obligado a no intervenir. El otorgamiento de una constitución a Austria el 25 de abril —constitución inspirada en el modelo belga, igual que la de Hungría— no frena la agitación vienesa, animada por los estudiantes de la «Legión académica». Los días 15 y 16 de mayo, nuevos motines obligan a la Corte a huir a Innsbruck y a reconocer a la cámara elegida, prevista por la nueva constitución, el derecho de revisar ésta. El gobierno formado en la capital por el archiduque Juan está dividido y busca el modo de sobrevivir aprovechando al máximo el enfrentamiento entre nacionalidades antagonistas, sin saber muy bien de dónde puede llegar el mayor peligro ni de dónde puede recibir ayuda: de Zagreb o de Budapest, de Praga o de Francfort.

c) *Las revoluciones derrotadas*

Sin embargo, unos tres meses después de la caída de Metternich la revolución europea conoce sus primeros grandes fracasos. Este brusco cambio viene impuesto por la fuerza, y en primer lugar por la fuerza austríaca. El ejército constituye para la monarquía de los Habsburgo el más sólido apoyo: un ejército profesional, cuyos soldados son dóciles y cuyos jefes son visceralmente hostiles hacia todo lo que para ellos no es más que desorden, insubordinación, intolerable intrusión de civiles nutridos de ideas malsanas en la dirección del Estado. Praga es la primera en sufrir la eficacia de este instrumento de represión. Una colisión

fortuita —como ocurrió en París la noche del 23 de febrero, o en Berlín el 18 de marzo— provoca, del 12 al 17 de junio, los «motines de Pentecostés». Aprovechando la ocasión, el príncipe Windischgrätz bombardea la ciudad, penetra en ella victorioso y aplasta brutalmente la experiencia autonomista.

Un mes más tarde su colega, Radetzky, inflige en Italia un segundo golpe a los movimientos nacionales. En la península, las divergencias políticas, la rivalidad de las ambiciones y programas, el provincialismo tradicional, le facilitan la tarea, impidiendo la convergencia de los esfuerzos indispensables o suficiente al menos para asegurar el éxito de la causa unitaria. Los demócratas lombardos o venecianos desconfían, no sin razón, de Carlos Alberto. Pío IX, asustado ante los progresos de la corriente revolucionaria, encuentra en su misión de pontífice universal motivos para rechazar la idea de recurrir a las armas, aun cuando la había aceptado en principio. Condena la guerra el 29 de abril y pierde, de golpe, su popularidad efímera. Fernando II, que reina sobre unos súbditos mal preparados para un régimen constitucional, aprovecha el motín del 15 de mayo para ahogar en sangre el movimiento liberal, prorrogar la Cámara y hacer venir del norte a las tropas napolitanas, mientras Sicilia, liberada desde el mes de enero de su dominación, se repliega en su separatismo. A pesar de la ayuda de voluntarios toscanos y romanos, el Piamonte no cuenta más que con sus propios recursos para expulsar a los austríacos. Se trata de recursos limitados y mal empleados por un rey veleidoso, desbordado por sus responsabilidades. Carlos Alberto no sabe actuar con decisión, ni explotar el pánico del gobierno de Viena que intenta varias veces negociar por mediación de Inglaterra, ni siquiera aglutinar a su alrededor a muchos patriotas legítimamente inquietos de verle encerrarse en una acción egoístamente dinástica. Después de conseguir algunos éxitos, se detiene a las puertas de Mantua y es vencido por Radetzky en Custozza el 25 de julio. Toda Lombardía está perdida y el Piamonte reconoce forzosamente la vanidad de su fórmula *L'Italia farà da sé,* resignándose a un armisticio.

Después de Custozza es demasiado tarde para esperar un restablecimiento del equilibrio de fuerzas por una intervención francesa, rechazada hasta ese momento por Carlos Alberto. Lamartine, aun renunciando a una cruzada neogirondina que, como en 1792 y 1793, habría podido reactivar la dinámica de la revolución al precio de una guerra europea, había hecho una excepción con Italia y ofrecido su ayuda al Piamonte. Pero en julio de 1848 Lamartine ya no está en el poder: en la misma Francia la causa del orden establecido acaba de lograr una significativa victoria con el aplastamiento de los obreros de París y la derrota de la

República social. La Asamblea Constituyente, ya en su reunión del 4 de mayo, había excluido a Louis Blanc de la Comisión ejecutiva llamada a suceder al gobierno provisional. El 15 de mayo, al disolver una manifestación organizada por los clubs avanzados para la defensa de la causa polaca, pero lleno de segundas intenciones y de provocaciones quizá, Lamartine y Ledru-Rollin se aíslan del ala activa del pueblo parisino, sin ganarse en cambio tampoco la confianza de la opinión burguesa. En este clima de endurecimiento, los *Ateliers Nationaux,* que con una enorme ampliación del recurso, clásico en los tiempos de crisis, a los talleres de caridad, dan un medio de vida, ya que no una ocupación racional, a más de cien mil parados, han perdido todo el interés que en un principio tuvieron para los «moderados», más o menos republicanos, que dominan la Asamblea, ya como medio de encuadrar a una parte de la «clase peligrosa», ya como reducción al absurdo de la imposibilidad de toda fórmula de «organización del trabajo» (de la que no son más que una caricatura). El 21 de junio, la Comisión ejecutiva anuncia su intención de disolver los *Ateliers Nationaux.* ¿Se trata de una política de riesgo calculado —mal calculado— o de un deseo deliberado de terminar de una vez por todas con el «socialismo»? Para muchos la respuesta no deja lugar a dudas. Tocqueville no podrá disimular en sus *Souvenirs* la impaciencia que entonces exasperaba a tantos conservadores persuadidos de que «el movimiento de la revolución de febrero sólo podía ser frenado de modo repentino por una gran batalla librada en París» y que «lo deseable era que se aprovechase la primera oportunidad para librarla». Estos conservadores tienen su gran batalla. Una temible insurrección sacude todo el este de París. En el mapa se ve claramente la proyección social de este ataque de desesperación que lanza a una clase obrera aún arcaica —en la que los artesanos tienen un peso igual o mayor al de los obreros de las fábricas o los ferrocarriles— contra la coalición de los acomodados: las clases dirigentes, la pequeña burguesía amedrentada, los campesinos que envían sus Guardias Nacionales a cooperar en la represión. Los temas ideológicos, democráticos, igualitarios y socialistas no están ausentes, pero quedan en un plano secundario. Investido de plenos poderes por la Asamblea Constituyente, el general Cavaignac —prototipo de republicano convencido y tradicional, pero intransigente en lo relativo a la defensa de la propiedad— deja levantarse las barricadas para aplastar de un solo golpe a todas las fuerzas de la revolución. Lo consigue el 26 de junio, después de tres días de combate. Estas sangrientas Jornadas de Junio, que vinieron a disipar de una manera trágica la «ilusión lírica» de la primavera, anuncian ya por el ensañamiento de los vencedores, las matanzas que aniquilarán

a la Comuna de 1871. Hubo 700 muertos de entre las tropas de Cavaignac y unos 3.000 oficialmente, entre los insurrectos, pero centenares, e incluso millares de rebeldes fueron exterminados, muchas veces después de haber sido capturados. Los detenidos pasaron de 25.000. Cavaignac, jefe del poder ejecutivo después de su triunfo, instaura un gobierno «fuerte» que depura, prohíbe, disuelve, condena y destierra a placer. La reacción acaba no sólo con los sueños de organización y emancipación de los trabajadores, surgidos de los acontecimientos de febrero, sino con todas las «pamplinas y las divagaciones presuntuosas» denunciadas por un ministro de Cavaignac, el agente de cambio Goudchaux: proyectos de nacionalización de los seguros o de los ferrocarriles, proyectos de reforma fiscal, proyectos de mera asistencia o de enseñanza gratuita. Las conquistas de la revolución se limitan provisionalmente a la forma de régimen republicano y al sufragio universal.

Tanto en Europa central como en Francia, la iniciación y el desarrollo de aquello que va a ser la contrarrevolución se ven facilitados por el aislamiento creciente de los elementos más radicales, abandonados por sus aliados de un día: reformistas superados, propietarios temerosos, campesinos parcialmente satisfechos con las medidas de liberación que han obtenido a menudo. Sin embargo las demarcaciones son aquí menos claras, porque a los antagonismos sociales se añaden, complicando aún más las actitudes y el curso de los acontecimientos, la fragmentación de los territorios, la incertidumbre del *status* político y, quizá fundamentalmente, la lucha de las nacionalidades. Es sin duda la intransigencia húngara la que proporciona si no la causa única, sí la ocasión para el endurecimiento de las fuerzas conservadoras. En Budapest, en efecto, la creciente influencia de Kossuth, que, ministro de Finanzas, eclipsa a sus colegas Batthyány, Eötvös, Deák y se encamina hacia una política de laicización y de emancipación campesina, prosiguiendo su vigorosa defensa de la supremacía magiar, inquieta a los católicos, a los señores, a los eslavos. La Corte de Viena, de nuevo en la capital el 12 de agosto, alentada por los sucesos de Windischgrätz y Radetzky, toma como pretexto estas preocupaciones para reafirmar la unidad de la monarquía y para elegir, contra Kossuth, a Jelačič. Toda conciliación es imposible a partir del asesinato del mediador enviado por Viena a Budapest, el conde Lamberg, el 28 de septiembre: la guerra abierta estalla entonces entre Austria y Hungría, donde Kossuth se convierte en el jefe de un verdadero poder separatista y revolucionario. De rechazo, los demócratas vieneses —estudiantes, burgueses radicales, militares obreros— poco satisfechos, por otra parte, con los trabajos del *Reichstag* constituyente salido de la constitución del 25 de abril, que, dominado por los pequeños

propietarios y los eslavos, se afana por terminar con el régimen feudal, intentan una nueva insurrección a la que da comienzo el asesinato de Latour, ministro de la Guerra (6 de octubre). Dirigido por los hombres fuertes del absolutismo, Windischgrätz y Jelačič, el ejército aplasta la rebelión vienesa (23-31 de octubre) del mismo modo que ha sofocado la de Praga cuatro meses antes. Una de las víctimas de la dura represión que se organiza después es Robert Blum, radical sajón enviado a Viena por el Parlamento de Francfort.

Por estas fechas la revolución alemana está también en pleno retroceso. Si los parlamentarios de Francfort han podido darse una especie de poder ejecutivo provisional, nombrando regente del Imperio (*Reichsverweser*) al archiduque Juan, no consiguen en cambio los medios de adquirir los atributos y los instrumentos de la soberanía —ejército, marina, diplomacia, administración— sin los cuales carecerán siempre de una influencia sobre el pueblo que pretenden disputar a los gobiernos de los Estados existentes. Se dejan arrastrar por el sentimiento nacionalista —a propósito del Tirol, Bohemia, Poznan y sobre todo de los ducados daneses— con una imprudencia que les desacreditará, llegado el momento de ratificar (16 de septiembre), después de haberlo rechazado, el decepcionante armisticio de Malmö, que la misma Prusia tuvo que aceptar, bajo la presión de Inglaterra y Rusia, después de haberse presentado como campeona de la causa alemana al participar en la lucha contra Dinamarca. Aquí también un levantamiento popular en Francfort, agravado por un nuevo golpe de Struve en Baden, demuestra, por su inmediato fracaso, el aislamiento y debilidad de los demócratas radicales. Esta «crisis de septiembre» se caracteriza por la adhesión en masa de la burguesía alemana, amedrentada por los instigadores del desorden a la causa conservadora. Después de las audacias y esperanzas de la primavera llega para ella la hora de la desilusión, del «realismo», del recurso al sable, ese salvador de la sociedad: *Gegen Demokraten helfen nur Soldaten...* [4] Por lo menos el Parlamento de Francfort seguía existiendo. En Prusia, a la Asamblea nacional elegida al mismo tiempo que éste, pero más popular y radical, sólo le quedan unas semanas de existencia. El desgaste sucesivo de varios gabinetes más o menos liberales, que acaban con el futuro político de los Camphausen y los Hansemann, la expone a un conflicto directo con los medios allegados al rey, inspirado por esta «camarilla» de *Junkers*, agraria y pietista, cuyo órgano, desde el 1 de julio, es la *Kreuzzeitung*. Menos coherente aún que en Viena la coalición de burgueses demócratas y obreros que defiende aquí las posibilidades de revolución tropieza además con la viva reacción del particularismo prusiano —*für König und Vaterland*— contra todo

intento de fusión en una Alemania todavía informe. Los choques entre el pueblo y el ejército abren, ya en el verano de 1848, una larga crisis que se solucionará, después de las manifestaciones del 31 de octubre, con el traslado de la Asamblea a Brandemburgo y después (5 de diciembre) con su disolución.

La reacción empieza, pues, en todas partes. No ha alcanzado sus formas extremas, pero fuertes servidumbres pesan sobre los regímenes constitucionales que surgen, no obstante, en los últimos meses de 1848. El mismo día de la dispersión de sus diputados, Prusia recibe de su rey una constitución relativamente liberal, pero cuyo origen mismo sanciona la victoria del principio monárquico sobre el derecho democrático. En Francfort aún no hay nada claro. Las discusiones se eternizan en el debate sobre «la Gran» o «la Pequeña Alemania», apenas abordado hasta entonces, pero entablado en toda su amplitud de ahora en adelante como consecuencia del nuevo vigor que manifiestan los regímenes establecidos tanto en Viena como en Berlín. De hecho, la potencia austríaca da muestras también de querer rehacerse bajo el gobierno de Schwarzenberg, cuñado de Windischgrätz, quien llega al poder el 21 de noviembre. Sin duda este enérgico exponente de la alta nobleza, capaz y deseoso de dar al Estado su máxima eficacia, quiere rejuvenecerlo, al provocar la abdicación del pobre emperador Fernando I y la subida al trono de su sobrino Francisco José (2 de diciembre). Pero la disolución del *Reichstag,* prudentemente trasladado desde la crisis de octubre a la pequeña ciudad morava de Kremsier, acompañada, igual que en Prusia, del otorgamiento de una constitución que prevé asambleas representativas e igualdad jurídica, pero que sigue siendo autoritaria y afirma ser, más que las instituciones tradicionales, unitaria y centralista (4 de mayo de 1849), pronto pondrá de manifiesto que la renovación necesaria aquí tampoco emanará de la voluntad del pueblo. Hungría se niega a someterse y, como respuesta a esta constitución, proclama la República.

Italia también parece evolucionar a contra corriente después de la primera derrota de Carlos Alberto. Roma y Florencia, de donde han huido Pío IX y Leopoldo II, se convierten en repúblicas en febrero de 1849; la izquierda, desbordando a Gioberti, gobierna el Piamonte mientras Venecia y Sicilia resisten todavía. Aquí, como en Hungría, el futuro dependerá de las armas.

También en Francia signos inquietantes acompañan a la creación de nuevas instituciones. La constitución de la Segunda República, promulgada el 12 de noviembre de 1848, regula desacertadamente las relaciones entre una Asamblea única y un presidente, ambos elegidos por sufragio popular, independientes el uno del otro, ya que la Asamblea no puede ser disuelta ni el

presidente revocado, como tampoco reelegido. De entrada, sin embargo, los dos poderes van a parar a manos dudosas. Frente a Cavaignac, que encarna, con sus límites y sus incomprensiones, la República burguesa salida de las jornadas de febrero y junio, el conjunto de los jefes conservadores, divididos por las rivalidades dinásticas personales, acaba por dar su apoyo a la candidatura de un Bonaparte, el príncipe Luis Napoleón, a quien todos consideran demasiado insignificante como para temer sus ambiciones. Pero la masa de los electores franceses, al darle las tres cuartas partes de sus votos contra una quinta parte a Cavaignac —aplastando de paso a Ledru-Rollin, barriendo al socialista Raspail y ridiculizando a Lamartine— confiere al heredero del Emperador, cuyo solo nombre ha bastado, entre los campesinos sobre todo, para determinar el éxito, una autoridad que difícilmente se podrá limitar al marco de sus atribuciones formales. Cinco meses más tarde, el sufragio universal acaba por repudiar a la mayoría de la Constituyente que a duras penas sobrevive hasta mayo de 1849, ya inútil para los dirigentes, odiosa para los obreros, impopular entre los campesinos que, entre otras cosas, no le perdonan ese impuesto de «los cuarenta y cinco céntimos» con que ha aumentado los gravámenes directos. El «partido del orden», al reagrupar a todas las tendencias monárquicas bajo la égida de la alta nobleza, consigue más de la mitad de los votos y cuatrocientos cincuenta escaños en la Asamblea legislativa. Frente a este partido, los únicos que cuentan son no los setenta supervivientes del partido republicano moderado, sino los doscientos o doscientos diez elegidos de «la Montaña», los «rojos», que han obtenido más de la tercera parte de los votos y conquistado, además de París, gran número de departamentos rurales, principalmente del centro y del sudeste. La derrota de la República se acompaña, de este modo, de una peligrosa radicalización de la opinión. El país aparece dividido entre dos bloques antagonistas: por una parte el de los propietarios, y por otra una democracia agraria o urbana, cuyo enfrentamiento es un exponente de la gravedad de las tensiones sociales, agudizadas por la persistencia de la depresión económica, y reduce las posibilidades de continuar la experiencia parlamentaria emprendida en 1848.

d) *Fracaso y balance de las revoluciones*

Es sin embargo Austria la que en 1849 se pone a la cabeza de la reacción europea. Para recobrar todas sus posiciones tiene que aceptar la ayuda de la potencia rusa, intacta y disponible por voluntad del emperador Nicolás para participar en toda la con-

trarrevolución. Schwarzenberg tolera, así, la presencia de guarniciones rusas —con el pretexto de mantener el orden— en los principados rumanos (con el beneplácito forzado del sultán) y en Galitzia, y como Windischgrätz y Jelačič no han logrado derrotar completamente la secesión húngara, decide llamar contra ésta a los ejércitos del zar. Los rusos, al franquear los Cárpatos para reunirse con las tropas austríacas y croatas, rodean a las de Kossuth y a las de su general Görgey (ya debilitadas por los desacuerdos entre los dos hombres), las aplastan definitivamente en agosto-septiembre de 1849 y ejercen sobre los vencidos sangrientas represalias. Pero en los otros frentes, donde en la tormenta de 1848 tuvo que retirarse, Austria consigue con sus propias fuerzas o con la simple amenaza de emplearlas, un restablecimiento completo de la situación.

Más allá de los Alpes, Carlos Alberto, desbordado por la corriente democrática, trata de quitarse la espina de Custozza. Vencido, esta vez, en una guerra de cuatro días, abdica en la noche de Novara (23 de marzo de 1849), y el Piamonte abandona a su suerte a Lombardía, sobre la que se abate la feroz represión de Radetzky y de su lugarteniente Haynau, conocido por «la hiena de Brescia», a Italia central, en donde los vencedores vuelven a instalar las dinastías y los antiguos regímenes; y a Venecia, donde Manin tendrá que capitular, el 26 de agosto, después de una heroica resistencia.

En Alemania, mientras el Parlamento de Francfort intenta en vano hacerse con los medios de acción que son los únicos capaces de hacer efectivo su poder, el debate constitucional ha llevado al primer plano la cuestión de las fronteras del futuro *Reich* y de sus relaciones con Austria. Dos de las personalidades más influyentes de la *Paulskirche*, Gagern y Schmerling, parecen encarnar las dos tendencias favorables, respectivamente, a Berlín y Viena. Pero las oposiciones religiosas, los complejos juegos de las diplomacias principescas, los intereses comerciales, el grado de liberalismo mantenido aquí y allá por las constituciones otorgadas durante el invierno de 1848-49 intervienen en la misma medida que las inclinaciones de unos y otros por una «Pequeña Alemania» o una «Gran Alemania», excluyendo o, por el contrario, integrando los territorios germánicos del Imperio de los Habsburgo. La indecisión de Federico Guillermo IV, tentado por la corona imperial que le ofrece, el 28 de marzo de 1849, una débil mayoría de los miembros de la Constituyente de Francfort y al mismo tiempo incapaz de condescender a ceñir esta *Schweinkrone*, «collar de acero de la servidumbre», que le proponen «los maestros panaderos y carniceros», impide a Prusia aprovechar la ocasión. El 27 de abril, después de largas moratorias, Federico Guillermo se niega

a convertirse en emperador de Alemania, y, como para dar mayor realce a su voluntad de ruptura total con la revolución, disuelve la Cámara prusiana elegida de acuerdo con la constitución de diciembre de 1848 —la «Cámara de los dos meses»—, pese a su posibilidad de manipulación antes de modificar el sufragio universal mediante el sistema de las tres clases, que favorecerá a las de mayor fortuna, y que durará en el reino hasta 1918.

Este acto de autoridad enmascara, en cierto sentido, la timidez de esta renuncia; explotando, de hecho, una vez más el pánico que se adueña de estas clases ante una posible llamarada de «subversión», el rey de Prusia se presenta más firmemente que nunca como el garante del orden establecido contra el movimiento democrático de la primavera de 1849: un movimiento complejo en el que se alían la decepción de la pequeña burguesía intelectual y comerciante, la exasperación de los obreros y artesanos víctimas de la crisis económica, y, en cierta medida, la influencia de algunos hombres llamados a desempeñar los primeros papeles en la historia del pensamiento y la acción revolucionarios, como Marx en Colonia o, más directamente, Engels en Elberfeld, Bakunin en Dresden (flanqueado por Ricardo Wagner...). En todas partes, en la Prusia renana y en Westfalia como en Sajonia, en el Palatinado bávaro, en el gran ducado de Baden, son las tropas prusianas las que aplastan a los insurrectos. En resumen, su acción es la que lleva al Parlamento de Francfort, en plena descomposición, a trasladarse a Stuttgart, donde los últimos demócratas, en una desesperada maniobra para hacer revivir *in extremis* los grandes momentos de la Convención, llaman al pueblo alemán a levantarse contra el absolutismo antes de dispersarse, el 18 de junio. Prusia, victoriosa, ya segura del beneplácito de Hannóver y Sajonia, intenta entonces reemprender el proyecto de unificación, pero en provecho suyo y dentro de su estilo, que no excluye por otra parte un constitucionalismo bastante próximo a aquel que había inspirado a los hombre de la *Paulskirche*, pero evidentemente más impregnado de la tradición monárquica y conservadora. Esta «unión restringida» va ganando terreno y llegará incluso a hacer elegir una asamblea federativa que, reunida en Erfurt en marzo-abril de 1850, votará una constitución, mientras que Prusia revisa la suya en un sentido cada vez menos liberal. Pero Baviera y Wurtemberg han sabido desistir y cuentan con el apoyo de Austria, que a los conceptos de Prusia opone los suyos, juega la carta del particularismo y el catolicismo y consigue ganar tiempo hasta que su restablecimiento en Hungría e Italia le permita alzar la voz. Diplomáticamente apoyado por Rusia, siempre fiel al estatuto de 1815 y fortalecido por una situación financiera saneada y una potencia militar de nuevo disponible, Schwarzen-

berg, al cabo de confusas negociaciones que reúnen en torno suyo a los principales Estados alemanes, y con el pretexto de los incidentes sobrevenidos en Hessen-Kassel, entabla la batalla decisiva a finales de 1850. Federico Guillermo, aislado, envía a su ministro Manteuffel a Olmütz (Olomouc) para acceder a una humillante «retirada» (29 de noviembre). Aparece sin duda un cierto equilibrio entre las ambiciones rivales de Viena y Berlín, puesto que Austria, a su vez, no logra que las conferencias de Dresden admitan la idea —a decir verdad insostenible— de una entrada global de todos los Estados reunidos bajo el cetro de Francisco José en una «grandísima Alemania». Pero la reanudación de las sesiones el 23 de agosto de 1851, de la Dieta de Francfort en sus formas anteriores a 1848 y, en definitiva, el mantenimiento del *Bund* salido del Congreso de Viena expresa bien su victoria e incluso, evidentemente, el aspecto negativo de ésta: un golpe, durante algún tiempo, a las fuerzas liberales y, aún más, a las fuerzas nacionales, en todo el espacio europeo que va del Eider al Arno, del Rin a los Cárpatos.

Aunque el absolutismo restablecido bajo formas constitucionales en Europa central no es exactamente el Antiguo régimen, es en Francia donde la revolución de 1848 lleva, a través de su fracaso, al sistema más nuevo. Tal como las condiciones de su nacimiento permitían prever, la Segunda República ha conocido una existencia precaria a lo largo de los años de dificultades económicas —sensible sobre todo a la caída de los precios y beneficios agrícolas, a la detención de la expansión demográfica, a la nueva amplitud del éxodo rural, más aún que al estado de la industria, muy desigual según los sectores— y de «continua crisis política» [5] que enfrenta a tres principales protagonistas: los republicanos, el partido del orden y el príncipe-presidente. Los republicanos, después de la derrota de los moderados que habían gobernado bajo la Constituyente, son sobre todo los demócratas o «montañeses» de Ledru-Rollin y los socialistas que aún quedan, amalgamados bajo la etiqueta de «rojos» por sus adversarios. La política exterior de esta extraña República que manda a sus tropas a aplastar a la República romana y restaurar el poder pontificio (junio-julio de 1849), que hace prácticamente en el Tíber lo que los austríacos han hecho en el norte de Italia o lo que el ejército napolitano acaba de hacer en Sicilia, provoca el 13 de junio una protesta que se transforma en rebelión tanto en París como en los departamentos donde los «rojos» tienen más influencia, rebelión que es violentamente reprimida. Renunciando a la insurrección, la izquierda emprende entonces un trabajo en profundidad por todo el país por medio de la propaganda —gra-

bados, almanaques, canciones y, en la medida de lo posible, periódicos y sociedades secretas— ganando así algunas elecciones parciales. El partido del orden contesta con las grandes leyes reaccionarias de 1850: la ley Falloux, que extiende el papel y la autoridad del clero en materia de enseñanza para defender mejor el «orden, la propiedad, la familia y la religión»; la ley del 31 de mayo, que excluye del sufragio universal a cerca de un tercio del electorado (nominalmente en vigor); leyes que restringen la libertad de prensa y el derecho de reunión. Todas estas precauciones no consiguen, sin embargo, tranquilizar por mucho tiempo a la opinión conservadora, para la que las elecciones previstas para 1852 adquieren de antemano los colores de un oscuro drama, en el que no tardará en reaparecer «el espectro rojo» para desencadenar saqueos, violencias y matanzas. Facilitan además el juego personal del presidente —que se ve enfrentado a la mayoría en la Asamblea Legislativa por múltiples conflictos que conducen a una gran inestabilidad ministerial— dándole carta blanca para hacer recaer toda la responsabilidad de una política impopular sobre los «burgraves» que dominan la Asamblea. Ayudado por el arraigo profundo y ya antiguo del mito napoleónico, pero también mejor político de lo que se suponía, hábil en hacerse una clientela civil y militar de adictos, nostálgicos, decepcionados, codeándose con simples ambiciosos y algunos aventureros, Luis Napoleón se perfila, en dos años de presidencia, còmo posible heredero del emperador. El fracaso de la intentada «fusión» de las dos ramas de la monarquía, después de la muerte de Luis Felipe, acaecida el 26 de agosto de 1850 —al rechazar el conde de Chambord, nieto de Carlos X, desde el mes siguiente, toda idea de someter el derecho divino que encarna a una consagración nacional anhelada incluso por muchos legitimistas, exigida en todo caso por los orleanistas— , aleja el día de una restauración, al tiempo que coloca a los monárquicos en una difícil situación táctica y deja el campo libre al desarrollo de un bonapartismo que interesa al mismo tiempo a una parte de la nobleza, de los dirigentes y de las masas.

A partir de entonces, la tentación de un golpe de estado se hace demasiado fuerte para estos jugadores que son Luis Napoleón y sus acólitos. La revisión constitucional, necesaria para que el presidente renueve su mandato, no ha conseguido una mayoría suficiente en la Asamblea y se acerca la fecha fatídica de 1852 —portadora de esperanzas casi mesiánicas para unos, de terror para otros—; el resto no es más que un asunto de buena preparación y buena ejecución psicológica, policíaca y militar. El golpe de Estado se produce el 2 de diciembre de 1851, día del aniversario de la coronación de Napoleón I y de Austerlitz. Encuentra

poca resistencia en París, que sigue traumatizado por las jornadas de junio; en provincias, al menos en unos veinte departamentos del centro, del sur y de Aquitania, la resistencia es sensiblemente mayor. Allí el sobresalto de la burguesía rural, de los artesanos y campesinos revela no la preparación de esta *jacquerie* que denuncia la propaganda oficial o conservadora, pero sí la relativa eficacia del trabajo llevado a cabo desde dos o tres años antes por los republicanos radicales y sus sociedades secretas. La victoria de los hombres del 2 de diciembre resulta, pese a ello, bastante fácil. Sanciona de manera evidente, una vez más, el fracaso de los revolucionarios de 1848. Pero el establecimiento de una dictadura personal —ratificada veinte días después por un plebiscito demasiado masivo para que su alcance, si no sus modalidades, resulten dudosos— está lejos de significar la vuelta al sistema ideológico, político, social y económico que Francia había conocido bajo la monarquía burguesa. Como se tendrá ocasión de ver, el advenimiento del segundo cesarismo señala, en cambio, un cambio crucial del destino nacional.

Europea en un sentido amplio la revolución que muere o agoniza en Francia con los acontecimientos del 2 de diciembre no ha afectado a todo el continente; a menudo el resto de Europa no ha percibido más que un eco debilitado. La revolución ha respetado al Reino Unido: ha fracasado la insurrección de la Joven Irlanda, dividida, abandonada por el clero católico, y que ha despertado poco interés en una población que el hambre no logra exasperar sino moderar. En la misma Inglaterra el año 1848 no ha conocido más que la última llamarada de la agitación cartista. Los pequeños Estados liberales sólo deben a 1848 un pequeño paso hacia la democracia: los Países Bajos instituyen, gracias a la ley fundamental de noviembre de 1848 que refuerza el carácter representativo y las atribuciones de las dos cámaras la responsabilidad ministerial y definen los derechos de las provincias y los municipios; Bélgica con la disminución del censo y la prohibición de simultanear un mandato de diputado con el ejercicio de una función pública (las dos reformas que la oposición francesa había exigido, en vano, a Guizot); Suiza, con su constitución federal del 12 de septiembre de 1848. Dinamarca —que consigue finalmente anexionarse los ducados, con distintos grados de autonomía— también ha tenido sus conmociones populares y ha adoptado, en 1849, su primera constitución fundamentada en un sufragio universal, a decir verdad aún poco practicado, mientras que el *Riksdag* sueco conserva intacta su estructura por estamentos.

La agitada cronología política de los reinos ibéricos no registra ninguna grave sacudida en 1848. En España, Narváez ha prevenido la insurrección con una cruenta operación policíaca; en

Lisboa, Costa Cabral se mantiene hasta 1852. La aristocracia rusa, sobre todo, parece quedar al abrigo del contagio: los mismos polacos no se han levantado más que en la Posnania prusiana y sin resultado. Ya se sabe el uso que hace Nicolás I de esta potencia intacta, instalando en Bucarest e Iași a los hospodares por él escogidos, enviando su ejército en socorro de Schwarzenberg contra los húngaros y proyectando sobre todo el liberalismo europeo la amenazadora sombra del cosaco...

Rusia no es más que un caso extremo. Por todo el continente las experiencias fallidas de 1848 traducen primero la debilidad relativa de las fuerzas del progreso con respecto a las antiguas presiones psicológicas o materiales. Los vencidos han experimentado el sentimiento trágico de su aislamiento, del poco eco que sus llamadas e iniciativas logran encontrar después de las jornadas de entusiasmo colectivo, exaltantes e ilusorias.

Estas palabras de Palacký esconden una melancolía resignada: «Tengo mucho que hacer... En el interés de nuestra nación no hemos de escatimar esfuerzos para levantar nuestra patria, puesto que *somos tan pocos...*». Un análisis preciso —basado en una historia comparada que está aún por hacer— buscaría en un panorama social menos profundo y generalmente trastornado de lo que creyeron los profetas de la Revolución los motivos de sus decepciones, distintas y de desigual importancia según los países. Este análisis confirmaría sin duda la tesis, mencionada aquí a grandes rasgos, de que las bases mismas de los movimientos de 1848 eran aún demasiado limitadas para garantizar su éxito. Las posibilidades de una revolución socialista eran naturalmente muy pocas: unas clases obreras en su mayoría preindustriales en Francia, y *a fortiori* en Alemania donde de modo muy significativo las reivindicaciones «desfasadas» de los artesanos todavía apegados a corporaciones y reglamentaciones mercantilistas, se oponían a las del proletariado «moderno», más apto para movilizarse junto a los burgueses radicales y bajo su impulso en favor de un programa de democracia política que para desarrollar una acción autónoma; una abundancia de doctrinas de las que no surge ninguna clara visión de la relación de fuerzas, ningún método, ninguna estrategia; por otra parte, ningún partido organizado en ningún sitio, ni siquiera en Inglaterra, país que tiene planteados problemas de otra índole que serán expuestos más adelante. En cuanto a las clases campesinas, capaces de sobresaltos violentos, son también fáciles de aplacar cuando las reformas ya inevitables les hacen olvidar sus reivindicaciones: ello constituye una experiencia duradera de las revoluciones de 1848 en los Estados de los Habsburgo donde la supresión del régimen señorial libera a los colonos jurídica y personalmente, suprime los impuestos que recaían sobre

ellos —a cambio de una indemnización parcial (solución parecida a la que adoptó la Asamblea Constituyente francesa de 1789)— al mismo tiempo que conserva el latifundio, convertido sólo en gran propiedad. Muy a menudo también, el estado en que vegetan las masas rurales las mantiene apartadas de las corrientes renovadoras, cuando no las convierte en instrumento dócil que los poderes establecidos —monarquías, Iglesias, nobles— pueden utilizar contra las revoluciones.

Quedan las burguesías, las burguesías europeas muy diversamente desarrolladas, principal fuerza del devenir histórico en el siglo XIX (dicho sea sin restar importancia al papel desempeñado en muchos casos por la nobleza ilustrada, desde el Piamonte hasta Hungría), pero fuerza todavía a menudo insegura de sí misma por fidelidad dinástica o religiosa por un respeto a los valores tradicionales que a veces se transforma en un verdadero bloqueo mental. Es, sobre todo una fuerza ambigua, capaz de lanzarse, pero pronta a refrenarse, porque el éxito inicial de sus programas, que supone necesariamente una amplia participación popular, le parece llevar aparejada una grave amenaza: la amenaza de ser rebasada por estos aliados sospechosos que son siempre los plebeyos para las clases dirigentes. La intranquilidad tiende así rápidamente a triunfar sobre la audacia, disociando los «frentes» revolucionarios de los primeros días y devolviendo al campo del orden a todos aquéllos que temen por su propiedad más de lo que esperan de la libertad. Este cambio de actitud demuestra ser relativamente rentable para la burguesía. Las constituciones sólo en parte liberales que estrenan a fin de cuentas Prusia o Austria, por poco satisfactorias que puedan ser con respecto a las esperanzas de la burguesía, le permiten a ésta compartir en cierta medida el ejercicio del poder. Las transformaciones sociales y jurídicas, por otra parte, van a facilitar un desarrollo de las fuerzas productivas y del capitalismo del cual será la primera en beneficiarse: así, pues, el balance tampoco es negativo para ella.

Siendo también revoluciones nacionales, las revoluciones de 1848, desde este punto de vista, parecen ser un fracaso completo. No cabe duda alguna de que esta dimensión suplementaria ha contribuido también a dividir a sus partidarios. De los muchos ejemplos que lo demuestran, la intolerancia del nacionalismo magiar es, sin duda, el más llamativo: al negar a los eslavos y rumanos, sometidos a la corona de San Esteban, los derechos que reclaman para los húngaros, Kossuth y sus amigos no hacen más que proporcionar a la Corte de Viena aliados y posibilidades de maniobra en contra de ellos mismos. Pero la conciliación del ideal patriótico, en este caso unitario, y de la esperanza liberal o democrática —o incluso de la lealtad hacia el legítimo soberano— no plantea me-

nores problemas a los alemanes o a los italianos: problemas temibles para la causa revolucionaria, porque al multiplicar las separaciones, fraccionar los partidos y disgregar unas fuerzas reunidas un instante obligan a cada uno a realizar una elección difícil, o bien a establecer por su cuenta y riesgo unas relaciones complejas entre el sentimiento nacional, la convicción política, la posición social y, a menudo, la fe religiosa, que pueden determinar en él actitudes opuestas. La menos nacional a primera vista de estas revoluciones sólo ha evitado tales discordias renunciando a todo papel activo fuera de sus fronteras: de haberse lanzado como en 1792 a una guerra general, Francia no hubiese encontrado menos dificultades en conciliar un deseo de expansión inspirado en la tradición de los «grandes antepasados», la leyenda napoleónica y el prurito de borrar «la vergüenza de 1815», y, en Bélgica o el Rin, su propia concepción del derecho de los pueblos.

Muchas otras circunstancias han intervenido en contra de los hombres de 1848. Una mala coyuntura económica que ha durado, pese a recuperaciones parciales, casi tanto tiempo como la crisis política, ha impedido el arraigo de los nuevos regímenes y reforzado la tendencia de los propietarios a esperar de un gobierno fuerte no solamente la salvación de la sociedad, sino también la vuelta a la prosperidad. El azar sin duda, y quizá también la atmósfera intelectual de la época y la naturaleza de su sensibilidad, donde lo lírico predomina sobre lo racional, han hecho aparecer pocos jefes de talla, lúcidos y al mismo tiempo resueltos. Generosos a menudo, heroicos a veces, estos hombres en general no han actuado con la eficacia necesaria. Sin embargo, el porvenir ha materializado gran parte de sus sueños, algunos incluso a corto plazo, pero sin ellos las más de las veces o bajo otras formas: es sabido que Napoleón III fue en Francia «el único hombre de 1848 que triunfó; que Bismarck fue su feroz adversario, y que Cavour no era mazziniano. Al desacreditar las utopías y descalificar a los vencidos, la experiencia negativa de estos hombres ha despejado el camino para el realismo y los realistas. 1848 constituyó una elección dolorosa entre lo posible y lo ideal.

2. El apogeo del capitalismo liberal (1850-1895)

De 1850 a 1895 la economía europea se transforma; pasa del estadio del caballo al del ferrocarril y, pronto, al del automóvil y del avión, mientras que el progreso del capitalismo industrial modifica profundamente el funcionamiento de un sistema económico donde la industria se afirma como el sector dominante del futuro, imponiendo su ritmo de crecimiento y fluctuación y modificando también una sociedad donde la burguesía aparece poco a poco como la clase dominante, apoderándose del poder político o asumiéndolo junto con las antiguas «élites» aristocráticas.

Ciertamente las modificaciones de estructura y de desarrollo económico no atañen más que a ciertos países privilegiados de Europa: el Reino Unido, Francia, Alemania, Bélgica, Suiza... Los cambios, en apariencia, son modestos en las economías y en las sociedades de los países mediterráneos de la Europa oriental para el campesino que sigue trabajando y viviendo como lo hicieron sus antepasados; pero si no se beneficia del progreso, se ve indirectamente afectado por el desarrollo económico de los demás países, por la caída de los precios agrícolas, por la mejora de los transportes; a menudo intenta evadirse de su condición expatriándose. Si en la Europa, todavía poco industrializada de principios del siglo XIX, esos países aún no aparecen como los parientes pobres, subdesarrollados, a la vez canteras de hombres y mercados económicos que se disputan productos y capitales extranjeros, al final del siglo la distancia que les separa de los países más avanzados es ya enorme.

I. El desarrollo económico global

a) *Los ciclos económicos*

A mediados del siglo XIX surge un período de expansión generalizada, que se caracteriza por una subida de precios, salarios y beneficios correspondientes a una fase A de Simiand (o movimiento de subida de precios de Kondrat'ev). A esta fluctuación cíclica, de aproximadamente un cuarto de siglo, siguen veintidós años de depresión (1873-1895), de baja de los precios agrícolas e

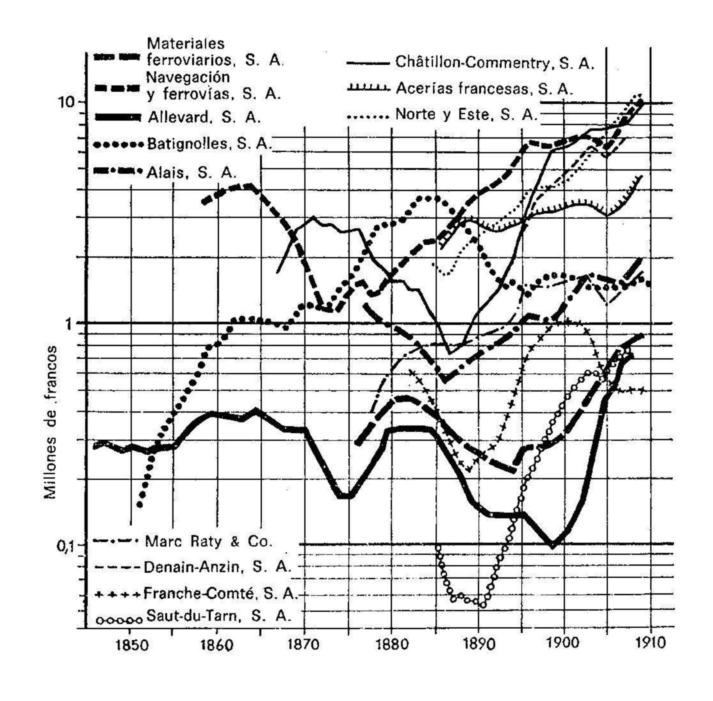


FIG. 2.—*Fluctuaciones del beneficio en el siglo XIX: el ejemplo está basado en los balances de algunas industrias siderúrgicas francesas.*

industriales, de compresión de los salarios y de tendencia a la baja en los índices de beneficios. Esos ciclos de aproximadamente medio siglo, en los que se alternan fases de expansión con fases de recesión, aparecen de manera particularmente evidente en el mundo industrial del siglo XIX, donde desempeñan un papel dirigente en la coyuntura económica.

En efecto, una subida regular y moderada de los precios permite a las empresas realizar beneficios cuyo crecimiento es más rápido que el de los precios [1]; por eso les es posible aumentar los salarios y efectuar inversiones —lo que lleva aparejado el crecimiento de la producción—, al tiempo que conservan una holgura de tesorería que disminuirá los riesgos de bancarrota en épocas de crisis; además, el crecimiento de la demanda de bienes de producción para la inversión y de bienes de consumo en medida proporcional al aumento de salarios y de beneficios agrarios —desde el momento que obreros y campesinos apenas ahorran— es una incitación a producir siempre más. Esto explica que aunque el efecto del ciclo sobre la evolución de las cantidades producidas y de los índices de crecimiento es difícil de precisar, a falta de contabilidades retrospectivas satisfactorias, el período 1850-1875 aparece ante nuestros ojos, como apareció ante los de sus contemporáneos, como una época de prosperidad, de desarrollo económico más rápido y de progreso en todos los campos: progreso técnico, verdadera revolución de los transportes que crea en toda Europa occidental una infraestructura, que permite su unificación, revolución también en los métodos de crédito bancario y rápida mutación de las estructuras económicas, con sus víctimas, los rechazados por el progreso, y sus beneficiarios, los especuladores y los nuevos ricos. Estas fases de expansión corresponden a un período de paz social relativa que los contemporáneos achacan a sus gobernantes; felices fueron los regímenes que supieron sacar provecho de ellas: la Inglaterra victoriana, la Francia del Segundo Imperio, la Prusia de la unidad alemana.

Al contrario, desde 1873 los precios agrícolas e industriales bajan, con la consiguiente repercusión sobre las rentas de los campesinos y los obreros. En la medida en que los salarios son difícilmente reducibles, puesto que su nivel medio es muy bajo, en la medida en que los stocks se deprecian o que las materias primas han sido compradas a un precio más alto unos meses antes, los beneficios capitalistas, motor de la economía liberal, disminuyen más rápidamente que los precios, lo que hace a las empresas vulnerables a las crisis y las incita a protegerse. Los gobiernos amparan el mercado nacional mediante barreras proteccionistas, y buscan el modo de combatir su insuficiencia por medio de la conquista

de colonias, nuevos mercados que permiten sostener una economía languideciente. A consecuencia de la presión sobre los salarios, las dificultades de los pequeños ahorradores, las quiebras y el desempleo, la atmósfera política y social se degrada. Como respuesta, los partidos socialistas se desarrollan, multiplicándose los escándalos políticos y financieros, así como los atentados anarquistas. La burguesía contribuye a desarrollar el nacionalismo, ideología de izquierda en la primera mitad del siglo, pero que va a transformarse y ser utilizada a menudo para enmascarar el enfrentamiento social y hacer frente al socialismo. Esta recesión de 1873-1895 corresponde a una fase de consolidación de la nueva estructura económica y social, sin que haya habido modificación profunda alguna. Su amplitud varía según los países; algunos han discutido incluso su existencia [2]: como todo problema histórico, la relación entre el movimiento cíclico y la evolución económica es compleja y diversa, según los casos individuales, según los estadios relativos de crecimiento alcanzado (países que han hecho, que están haciendo o que aún no han hecho su revolución industrial), y según el contexto histórico global (naturaleza del poder político, relaciones entre los grupos sociales, relaciones internacionales). Pero los últimos decenios del siglo XIX son sin embargo un período rico en perspectivas por las innovaciones en gestación que llevarían, en los albores del siglo XX, a una «segunda revolución industrial», fundada en la química, la electricidad y el motor de explosión.

¿Cómo se explica este altibajo de los precios? Hay que tener en cuenta varios elementos: la evolución de la productividad del trabajo, las costumbres monetarias, las variaciones en la velocidad de circulación de la moneda, la cantidad de moneda fiduciaria y escrituraria emitida. Sin embargo, a mediados del siglo XIX, cuando la moneda es esencialmente metálica, o ampliamente basada en el metal al menos (el Banco de Francia mantiene durante el siglo XIX una relación de un tercio a un medio entre la circulación y sus reservas en metálico, mientras que el Banco de Inglaterra, legalmente, no tiene derecho a emitir más de 20 millones de libras no respaldadas por oro o plata), la fluctuación de los precios depende principalmente pues de la producción de metales preciosos. Ahora bien, en 1848 se descubren minas de oro en California, en 1850 en Canadá, en 1851 en Australia y en 1853 en Nueva Zelanda. Se ha estimado [3] la producción de oro en 3.158 millones de dólares, y la plata en 7.011 millones de dólares para el período 1493-1850, mientras que la producción de 1851 a 1870 fue de 2.596 millones de dólares para el oro y 875 millones de dólares para la plata. Guardando las proporciones, se trata pues de un aflujo de metales preciosos sin preceden-

tes desde el siglo XVI. Lamentablemente es difícil evaluar exactamente este aumento de la masa monetaria en Europa occidental y su impacto sobre el alza de precios y las tasas de crecimiento (lo esencial de la producción de metales preciosos es transformado en moneda: el 70 por ciento de la plata y el 80 por ciento del oro, de 1850 a 1860). Esto explica que en todos los países la masa monetaria aumentara rápidamente a partir de 1850. En Prusia —sin tener en cuenta la moneda escrituraria— esta masa pasa de 12 millones de táleros en 1847 a 60 millones en 1857 y a 128 millones en 1867; en Inglaterra se duplica de 1844 a 1875; y lo mismo ocurre en Francia. Pero a medida que van agotándose los filones de metales preciosos, la tasa de crecimiento de la masa monetaria se reduce a partir de 1870, y los precios empiezan a estabilizarse o a bajar. Sólo a finales de siglo el descubrimiento de los yacimientos de oro de Klondyke y Alaska, que desencadenan una nueva «fiebre» en Norteamérica y, luego, sobre todo el de las minas de Sudáfrica, darán un nuevo impulso a la economía occidental: es la «*belle époque*».

Esta explicación del ciclo por la variación en la producción de metales preciosos es no obstante criticable, pues hace depender un hecho regular —el ciclo— de un hecho aleatorio —el descubrimiento de las minas—; para otros ciclos anteriores o posteriores esta explicación carece de validez. Además podría uno preguntarse si el descubrimiento de nuevas minas no sobreviene más que cuando se hace económicamente necesario: de no haber tenido lugar estos descubrimientos, ¿se habría detenido totalmente el crecimiento? ¿No se habría, más bien, suplido la falta de moneda metálica con la creación de moneda fiduciaria, abandonando el patrón metálico, como se hará en el siglo XX, con moneda escrituraria?

Estos ciclos de medio siglo comprenden ciclos de menor duración, de unos 10 años, los ciclos de Juglar, estudiados por vez primera por un contemporáneo, el economista del mismo nombre, bajo el Segundo Imperio. Se componen de 4 ó 5 años de «buenos negocios» y alza de precios; luego se invierte bruscamente la tendencia y sobreviene la crisis, produciendo quiebras y desempleo; a continuación se suceden 4 ó 5 años de depresión relativa, que permite un saneamiento del mercado por la eliminación de las empresas marginales, constituyendo un preludio a la fase de recuperación y al comienzo de un nuevo ciclo. De modo que no debe producir ningún asombro la repetición con regularidad de las crisis económicas: 1846, 1857, 1866, 1873, 1882, 1890, etc... Estas crisis son inherentes al sistema del capitalismo liberal: son fenómenos complejos que varios teóricos han explicado como la manifestación de desequilibrios que el mismo movimiento de

expansión provoca; desequilibrio entre una producción creciente y una modificación en el reparto de la renta nacional (ahorro y consumo), desfase entre el crecimiento de la producción de bienes de producción y la de bienes de consumo, distorsiones debidas a la duración del proceso productivo, variabilidad de la tasa de beneficio durante el ciclo y entre los sectores de la economía. Son crisis de *superproducción relativa* o de subconsumo relativo, típicas del modo de producción del capitalismo industrial, a diferencia de las crisis del Antiguo régimen, tan admirablemente descritas por E. Labrousse, que se debían a una mala cosecha y se generalizaban a partir del sector agrícola.

b) *Intento de medición cuantitativa del desarrollo económico*

Es preciso, aunque lamentablemente difícil, tener una idea general y objetiva de las economías del pasado, pues la subjetividad del observador le lleva siempre a prestar más atención a los sectores extremos, es decir, a los sectores arcaicos, o, por el contrario, a los sectores avanzados, que tienen un gran porvenir y cuyas tasas de crecimiento son elevadas. Un solo indicador sintético —por otra parte muy criticable— puede medir la actividad económica de un país: el producto nacional. El estudio de su crecimiento no dispensa naturalmente de una descripción detallada, pero permite volver a situarlo luego en un conjunto. La contabilidad nacional del siglo XIX y de ciertos países ha sido objeto de una tentativa de reconstrucción cuyo margen de incertidumbre es evidentemente muy amplio.

Para el Reino Unido se ha evaluado el producto nacional al coste de los factores[4] a los precios de mercado en 965 millones de libras esterlinas en 1870, 1.104 millones en 1880 y 1.431 millones en 1890, y la renta nacional en 636 millones en 1855, 656 en 1859, 1.072 en 1872, 1.076 en 1880 y 1.385 en 1890[5]. Para Francia el producto nacional[6] se ha evaluado en 19.400 millones de francos corrientes en 1859, 22.200 millones en 1872, 26.400 millones en 1882 y 26.100 millones en 1892. Por último, para Alemania —en el territorio del *Reich* de 1871—[7] la renta nacional se ha estimado en 10.700 millones de marcos corrientes como media correspondiente al decenio 1860-69, 13.600 millones para el decenio 1870-79, 18.900 millones para el período 1880-89 y 22.800 millones para los años 1885-94. Convirtiendo aproximadamente estos datos, y teniendo en cuenta el valor de estas monedas en relación con el oro (1 franco = 0,323 gr. de oro de 9/10º, 1 libra esterlina = 7,988 gr. de oro de 11/12º; y 1 marco = 0,398 gr. de oro) para medir la potencia económica

relativa de los tres países, se obtienen los siguientes resultados en miles de millones de francos corrientes:

	Reino Unido		Francia	Alemania
Años	*Producto nacional*	*Renta nacional*	*Producto nacional*	*Renta nacional*
1855	16,04			
1859	16.50		19,40	
1860-69				
1865-74				13,70
1870	23.60	24.10		14.50
1872	27.00		22,10	
1870-79				
1880	27,10	27,60		16.80
1882	29,20	29,70	26,40	
1880-89				
1885-94				23,20
1890	34,90	35,80		28,20
1892	33,60	34,80	26,10	

Este cuadro muestra que el Reino Unido es la primera potencia económica de mediados del siglo XIX, pero seguida de cerca por Francia. Alemania, con un producto sensiblemente inferior, se muestra en cambio más dinámica, por su tasa de crecimiento más alta (la renta nacional prusiana aumentó en un 2,6 por ciento anual de 1850 a 1870), frente a Francia, cuyas cifras ponen de manifiesto un estancamiento coincidente con la depresión de fin de siglo. En todo caso, hay que reparar en que la población de estos tres países no era idéntica, y la renta nacional per cápita realza las disparidades de modo mucho más elocuente, al indicar la diferencia de nivel de vida: en el Reino Unido 750 francos para 1870-79, 800 francos para 1875-1884 y 895 francos para 1880-1889; en Francia, 576 francos para 1861-1870, 585 francos para 1871-1880 y 703 francos para 1881-1890; por último, en Alemania, 337 francos para 1860-1869, 356 francos para 1865-1874 y 562 francos para 1885-1894. Todas estas cifras no son independientes de las variaciones de los precios, de manera que las tasas de crecimiento son más importantes de lo que parece, debido a la caída de los precios de 1870 a 1895 (así,

para el Reino Unido el índice de precios generales Sauerbeck pasa del índice 100 en 1871 al índice 62 en 1895).

AUMENTO DE LA RENTA NACIONAL EN INGLATERRA (TOTAL Y PER CÁPITA) DE 1855 A 1904 (ÍNDICE: 1900)

Año	*Total (1000 £)*	*Per capita (en £)*	*Año*	*Total (1000 £)*	*Per capita (en £)*
1855	508	18,3	1880	932	26,9
1856	531	19,0	1881	987	28,3
1857	502	17,8	1882	1.035	29,4
1858	545	19,2	1883	1.020	29,0
1859	553	19,3	1884	1.054	29,5
1860	559	19,4	1885	1.115	31,0
1861	591	20,4	1886	1.162	32,0
1862	597	20,4	1887	1.225	33,5
1863	600	20,4	1888	1.302	34,3
1864	629	21,2	1889	1.380	37,1
1865	662	22,1	1890	1.416	37,8
1866	675	22,4	1891	1.404	37,1
1867	670	22,0	1892	1.350	35,6
1868	673	21,9	1893	1.369	35,6
1869	711	23,0	1894	1.518	39,1
1870	774	24,8	1895	1.587	40,5
1871	817	25,9	1896	1.627	41,1
1872	813	25,5	1897	1.647	41,2
1873	857	26,6	1898	1.673	41,4
1874	891	27,4	1899	1.799	44,1
1875	912	27,8	1900	1.750	42,5
1876	909	27,4	1901	1.746	42,0
1877	901	26,8	1902	1.759	42,0
1878	927	27,3	1903	1.717	40.6
1879	930	27,1	1904	1.685	39,5

¿Cómo explicar estas diferencias en las tasas de crecimiento y el hecho de que la de Inglaterra, país más desarrollado sea más lenta que la de Alemania, nación mucho menos des

En 1872, la Asociación Internacional de los Trabajadores, deja prácticamente de existir, al no sobrevivir a la guerra franco-alemana de 1870 y al fracaso de la Comuna de París en 1871.

c) *La Comuna y la crisis del movimiento obrero.*

La guerra franco-alemana de 1870-1871, divide hondamente los círculos de la Internacional. Bakunin hubiera querido poner a ambos adversarios de espaldas. En cuanto a Marx, piensa al principio que Alemania libra una guerra defensiva contra una agresión de Napoleón III. Tras la proclamación de la república en París, el 4 de septiembre de 1870, cambia de opinión. Siguiendo el nuevo análisis de Marx, Bebel y Liebknecht se niegan a votar los créditos necesarios para la continuación de la guerra. Este problema de la interpretación que había de darse a la guerra anuncia, en cierto modo, los desgarros de 1914. Apenas reagrupados dentro de una organización internacional, los socialistas se enfrentan al problema de las nacionalidades.

Pero la guerra misma es seguida de un acontecimiento mucho más importante en la historia del socialismo, la Comuna de París (marzo-mayo de 1871). Para la mayor parte de los socialistas de fines del siglo XIX y del siglo XX, la Comuna tiene valor de símbolo, pues es el episodio más espectacular de la lucha de clases en la Europa liberal. En 1868, frente a sus jueces, el socialista francés Eugène Varlin, define los dos campos opuestos con las siguientes palabras: «Somos dos partidos, vosotros representáis el partido del orden y nosotros el partido de los reformadores, el partido socialista. Poned el dedo sobre la época actual y veréis en ella un odio sordo entre la clase que quiere conservar y la que quiere conquistar». Para todos aquellos que han hecho suyo el comentario de Marx, la Comuna prefigura un mundo nuevo, el del triunfo de esa clase excluida, «que quiere conquistar».

De todos modos, el fenómeno no debe ser analizado sin hacer algunas aclaraciones [13]. La Comuna es una revuelta espontánea y sin objetivos claros, de carácter popular y pequeñoburgués más que realmente obrero. Y aunque la sociedad se sienta bruscamente amenazada, hasta el punto de que se ha podido hablar de un gran miedo, a la mayoría de los cabecillas les falta envergadura; la amenaza real no es a fin de cuentas proporcional a los rumores que circulan entonces.

El desarrollo de los acontecimientos es rápido: el 18 de marzo, ejecución de dos generales por la muchedumbre parisina, traslado de Thiers a Versalles al día siguiente, elección de un Consejo general el 26 de marzo, seguido dos días después de la proclama-

ción de una Comuna libre en una atmósfera de fiesta, y desencadenamiento el día 3 de abril de una ofensiva contra las tropas del gobierno legal, ofensiva que fracasa. Sigue luego una guerra civil de dos meses que acaba con una «semana sangrienta» del 21 al 28 de mayo: una lenta reconquista calle por calle, barricada por barricada, que por sí sola causa 20.000 muertos.

¿Cuáles son las causas inmediatas de la sublevación? No ha sido dictada ni por la Internacional, tampoco por agrupamiento político alguno. Durante todo el invierno, mientras París estaba sitiado por las tropas parisinas, militantes de la Internacional y otros socialistas o republicanos patriotas, reunidos en un Comité central de los *arrondissements* de París, han intentado ir más allá de las iniciativas del gobierno republicano provisional y han alentado los ataques contra las tropas alemanas. No han sido escuchados, no han encontrado eco alguno. Las ideas socialistas no se propagan. Se concluye el armisticio el 28 de enero sin que se manifieste ninguna reacción popular. Una asamblea nacional es elegida en febrero: es una asamblea monárquica en la que domina la derecha rural, mientras que París ha elegido republicanos. En marzo esta asamblea, que deliberaba en Burdeos, decide instalarse en Versalles, y no en París. El nuevo jefe de gobierno, Thiers, y asimismo la asamblea multiplican las torpezas: fin de la moratoria de los pagos decidida por la duración de la guerra y supresión del sueldo de los guardias nacionales parisinos, dos medidas inmediatamente impopulares dentro de la pequeña burguesía comerciante y artesana. Mientras tanto, hecho interesante, un nuevo organismo cobra importancia en París, la Federación de la guardia nacional, movimiento surgido de la masa popular y animado por hombres totalmente desconocidos, pequeñoburgueses a menudo. Se trata de conservar las armas que se poseen, y quizás de oponerse a la ocupación de una parte de París por los prusianos como reza una cláusula del armisticio, y en todo caso de poner a buen seguro los cañones de la guardia nacional, que han sido comprados en parte gracias a una suscripción pública. El 18 de marzo, cuando Thiers envía tropas para retirar esos cañones, una muchedumbre furiosa mata a dos generales sin que ningún dirigente haya dado la orden. Thiers huye a Versalles, retira todas las tropas de París y hace evacuar todas las fortalezas. Se trata de una retirada táctica, para drenar mejor el absceso más adelante, pues el jefe del gobierno sabe que no puede triunfar de inmediato en una batalla callejera. En ese momento, el conflicto es entre un gobierno conservador y unas clases bajas parisinas republicanas, patriotas, deseosas de asumir la dirección de sus problemas, y con unas pasiones sobreexcitadas por un invierno

de sitio. Estas clases bajas no se dan cuenta, en el primer entusiasmo, de que caen en la trampa de Thiers.

Desde el punto de vista militar, la Comuna comete el error de no iniciar el mismo día las hostilidades contra el gobierno. Y por otra parte, una vez iniciadas esas hostilidades, es incapaz de organizar un ejército. Sus efectivos teóricos de 200.000 hombres se reducen muy pronto a 30.000 hombres faltos de disciplina y de mando eficaz. Desde el punto de vista político, los logros de la Comuna son escasos: adopción de la bandera roja, algunas medidas anticlericales, pero pocas medidas sociales, quitando la supresión del alquiler de la vivienda... Los socialistas afiliados a la Internacional participan activamente en el movimiento pero no dominan el Consejo elegido; la mayoría está compuesta de jacobinos fascinados por el recuerdo de las grandes jornadas de la Revolución de 1789. Entre los subalternos, aun cuando el entusiasmo es real, pocos saben exactamente por qué luchan. En el momento de los procesos que siguen a la represión, 47.000 personas son juzgadas. Las actas de los juicios muestran que muchos no tienen conciencia de los fines del movimiento, minimizan su participación y rehúyen las responsabilidades. He aquí algunos ejemplos: «Cuando me nombraron en la Comuna, no pensaba ser miembro de ella. Los acontecimientos me cogieron desprevenido, no me lo esperaba; cedí a las insistencias de mis amigos. Digo a las insistencias porque consideraba esas funciones como un fastidio... Iba a las reuniones, pero las más de las veces llegaba a las cuatro y me iba antes del final, y la Comuna perdía bastante tiempo en discusiones inútiles o aprobaba apresuradamente innumerables decretos al final de las sesiones... Sólo aparentemente he participado en la defensa... El Panteón es una fortaleza que yo hubiera podido convertir en algo casi inexpugnable, pero, por el contrario, reuní en mi casa un consejo de guerra compuesto por jefes de legión y les hice comprender que la defensa era imposible». «Cuando se eligió al Comité Central de la Comuna, alguien se acordó de mí y fui elegido. No tengo bastante instrucción para ser gobierno *(sic)*, pero creí que sólo desempeñaría las funciones de adjunto, y me creí capaz de hacerlo. Cuando vi que mi cometido no paraba allí, dejé de asistir a las sesiones. Aquello era demasiado para mí». «Nunca he creído que la Comuna fuese un gobierno, sino sólo un poder municipal».

Si se considera la ideología obrera, aparecen entre los participantes más lúcidos las ideas de asociación, de cooperación generalizada, y de gestión obrera que habían sido elaboradas treinta años antes por el socialista Louis Blanc [14]. «Someto a la Internacional la siguiente propuesta, con la finalidad de acelerar su obra: que se agrupen en la ciudad de París todos sus afiliados por

corporaciones, que luego se dividirán por secciones o por *arrondissements* si fuera necesario; que todas las corporaciones escojan los jefes más capaces que cada una de ellas pueda encontrar; y que estos jefes, respaldados por el crédito de la Internacional entera, puedan constituir una casa con talleres comunes para la corporación, cuya misión será la de ejecutar todos los trabajos a realizar en la plaza de París, a los precios más ventajosos posibles, pero también, en el caso de competencia por parte de los patronos, a unos precios que no permitan a estos últimos poder resistir mucho tiempo, a no ser que exploten horriblemente a los obreros... Para llegar a este resultado, será preciso que la Internacional, que es nuestra madre común, establezca en París, con sus propios recursos o mediante una colecta a la que contribuyan todos sus miembros, una o dos de las corporaciones más indispensables...» Hubo unas cuantas tentativas más en este sentido, sin que por otra parte, fuera un éxito la gestión obrera en las empresas. «A la Asociación de obreros mecánicos se iba a la hora que se quería, se charlaba y no se trabajaba». Mientras tanto los costos generales aumentaban. Había que engrasar cien transmisiones, el motor consumía agua y carbón para cien obreros, en vez de los cincuenta que trabajaban. Siempre contestaban: ya recuperaré lo perdido, y no querían comprender que los costes generales no se recuperarían... El comunismo es una tontería. Los trabajadores no deben mantener a los vagos; el que gane 12 debe recibir 12 y el que gane 6 debe recibir 6. Cuando me asocie, ya sea en América o en alguna otra parte, lo haré con uno, dos o tres amigos a quienes conozca bien, pero nunca con el primero que pase».

Aun cuando no fuera un movimiento puramente obrero, ni estuviera dirigido por socialistas, la Comuna supuso una ruptura, ya que fue seguida de una durísima represión. Ahí están los muertos, cuyo número jamás ha podido conocerse, los 7.500 deportados, los exiliados... El movimiento obrero francés ha sido decapitado, privado de todos sus jefes, y durante un decenio reducido casi a la nada. Se reconstituye luego sobre bases distintas; sobrevive desde luego el socialismo de tendencia proudhoniana entre los obreros tradicionales, pero también se funda en 1879 un partido obrero cuyos jefes son Jules Guesde y Paul Lafargue y cuyos considerandos al programa son redactados por el mismo Marx. Este partido está sobre todo implantado en las cuencas mineras y la gran industria del norte. El sindicalismo se organiza con bastante lentitud después de 1886, fecha en que se aprueba la verdadera libertad sindical.

Mientras tanto, muere la primera Internacional. De hecho, la mayoría de los militantes franceses han desaparecido y los ingle-

ses se han retirado, desaprobando la violencia parisina. Alemanes y austríacos son ahora más vigilados dentro de sus respectivos países. Se producen ciertamente nuevas afiliaciones en Dinamarca, Holanda, Bélgica, Italia, España, e incluso en Bohemia, pero estos nuevos afiliados no quieren aceptar la «dictadura» del Consejo general de la Internacional donde Marx, tras haber hecho excluir a Bakunin, impone sus puntos de vista. Ya no parece posible hacer coexistir en el seno de una misma organización unas corrientes que divergen cada vez más.

Marx muere en 1883. Al término de su vida ha precisado su pensamiento político. La nueva sociedad socialista no asistirá en un primer tiempo, al menos, a la extinción del Estado. El proletariado ejercerá en ella su propia dictadura. Para pasar a esta nueva sociedad, Marx presiente un gran enfrentamiento, comparable al de la Comuna de París. El proletariado debe prepararse para este enfrentamiento, organizándose en un partido distinto dentro de un marco nacional. Este partido, a la vez que forma los militantes, debe intervenir en las luchas políticas de la democracia liberal, principalmente presentando candidatos a las elecciones.

En el momento en que se define un socialismo marxista que rechaza los compromisos de la época de la I Internacional y pretende representar el porvenir, ¿cuál es la situación del movimiento obrero? Esta no carece de ambigüedad. Por una parte, es cierto que van formándose poco a poco en los distintos países unos partidos socialistas modernos, tal como se mantendrán en el siglo XX, con unos militantes al menos influenciados por el pensamiento de Marx, pero por otra parte, no cabe duda de que la línea del horizonte del socialismo se ha alejado a un futuro bastante brumoso.

En Inglaterra, tras el primer unionismo vacilante, surge un unionismo apoyado por marineros, ferroviarios y cargadores, con unas consignas más duras, reivindicación de una jornada de ocho horas y de un salario no sometido a la coyuntura económica. Paralelamente, el primer grupo expresamente socialista aparece en 1881. Se trata de la Federación democrática, fundada por un agente de cambio, H. M. Hyndman, vulgarizador de un Marx leído muy superficialmente. Hyndman logra reunir a sindicalistas como J. Burns, T. Mann, H. Quech e intelectuales como W. Morris, E. Belford Bax, W. Crane, H. H. Champion o el rico poeta Carpenter. Es también en el decenio de 1880 cuando se desarrolla la Sociedad Fabiana, que agrupa a socialistas no marxistas, lectores de los economistas marginalistas y de los filósofos positivistas, partidarios de un socialismo reformista.

En Francia, huelgas como las de Anzin en 1884, Decazeville en 1886 y Carmaux en 1892, favorecen una toma de conciencia socialista entre jóvenes intelectuales. El partido de Guesde, que se autodefine marxista al tiempo que hace grandes concesiones al mesianismo, consigue cuatro diputados en las elecciones de 1889. Simultáneamente, otras agrupaciones perpetúan la tradición de un socialismo francés muy vivaz, ya sean reformistas como P. Brousse, o revolucionarios como E. Vaillant.

En Alemania la socialdemocracia vive en una semiclandestinidad desde la ley de excepción de 1878, pero conserva sus simpatizantes y se impregna de marxismo. Es el partido predilecto del viejo Marx y de Engels. Al salir de la clandestinidad, el partido que ha logrado en 1890 un sonado éxito con 1.427.000 votos, adopta en el Congreso de Erfurt un programa irreprochablemente marxista elaborado por K. Kautsky.

Pero en todo caso, el movimiento socialista del decenio de 1880 ya no espera la pronta instauración de una nueva sociedad. Su éxito entre una importante capa intelectual no debe enmascarar su audiencia todavía limitada entre las grandes masas obreras, bastante indiferentes. Las doctrinas revolucionarias de algunos de sus componentes no deben hacer olvidar su orientación reformista en la práctica diaria, su integración en el juego electoral y parlamentario. En la medida en que predica la revolución, se consagra a una paciente propaganda y no a una insurrección romántica. En Europa occidental ha muerto ya el espíritu de las grandes sublevaciones campesinas.

4. La situación política

I. Del liberalismo al imperialismo

Del mismo modo que el período 1850-1880 se caracteriza por la industrialización, la urbanización, el crecimiento del número de asalariados, y la expansión de la burguesía, en el campo político está marcada por la aparición de la democracia liberal. Ciertamente, el liberalismo no es una idea nueva en Europa hacia 1850, pero hasta ahora ha sido, sobre todo, un liberalismo aristocrático que garantizaba, frente al monarca, los derechos de una cierta élite del nacimiento. La democracia tampoco es una idea nueva [1], pero servía sobre todo de espantajo al prometer dar el poder a las masas. Una célebre frase de Casimir Périer, político de la Revolución de 1830 en Francia, expresa bien estas contradicciones: «Si no hay monarquía, el régimen deriva hacia la democracia, y en este caso la burguesía ya no lleva la batuta. Ahora bien, tienen que llevarla, por razones de principio, y porque es la más capaz». Para él, el problema se centraba en hallar un frágil compromiso entre la opresión arbitraria de un monarca y la de las masas, un sistema en el que las capacidades burguesas ejercieran el poder, y en el que monarca y pueblo sirvieran recíprocamente de contrapeso

Entre 1850 y 1860, democracia y liberalismo dejan de aparecer como nociones antinómicas. Las bases del liberalismo se ensanchan cada vez más y se elabora un modelo de democracia que garantiza que las masas no ejercerán una tiranía. La democracia liberal es un «sistema de gobierno que tiende a incluir la libertad dentro de las relaciones políticas, esto es dentro de las relaciones entre quien manda y quien obedece inherentes a toda sociedad políticamente organizada» [2]. Intentemos analizar el contenido concreto y las reglas codificadas de ese sistema.

El sistema excluye un gobierno en el que la autoridad provenga de una tradición cualquiera o de un golpe de fuerza, sin haber requerido el consentimiento de la nación, lo cual condena a la mayoría de los regímenes anteriores a 1848. Pero por otro lado, las instituciones excluyen el que el pueblo mismo tome decisiones, como lo hacía en el ágora de Atenas. El voto tiene como finalidad designar a unos representantes cualificados y com-

petentes quienes legislan y controlan el poder ejecutivo, y no decidir sobre tal o cual problema concreto; de ahí la vaguedad de los programas electorales. Parece como si las pasiones fueran filtradas por varios grados de representación. El país legal, aquel que vota, representa en cierto modo a la nación de la que es la parte más lúcida, aunque no esté compuesto más que del 15 ó 30 por ciento de los varones adultos. Los diputados son la emanación del país legal; existe además una Cámara alta como garantía de estabilidad que escapa a los caprichos del juego electoral. En lo alto del escalafón, los ministros son responsables ante las Cámaras, pero por lo general se desea que un monarca encarne, por encima de éstas, la continuidad del Estado. Además están claramente definidos por adelantado los límites de la acción del poder político: no puede pisotear las libertades del ciudadano, que garantizan su autonomía en el campo político y civil y el derecho de propiedad y contratación en particular. La democracia liberal alcanza su plenitud cuando la mayoría, que está compuesta sólo de varones, pues las mujeres están todavía excluidas, es convocada a las urnas. Y esto no se realiza sin resistencia por parte de los liberales: conviene recordar que el sufragio universal es practicado no por la Inglaterra de Gladstone, sino por la Francia de Napoleón III y el Imperio alemán de Bismarck, dos países que escapan parcialmente al liberalismo. Pero a fin de cuentas el sufragio universal, que parecía monstruoso, se ha, por así decirlo, «domesticado».

Estas reglas han sido elaboradas poco a poco por políticos burgueses y garantizan su presencia en el poder. El modelo deja el campo libre al desarrollo de los negocios capitalistas, por la libertad que les asegura. Se trata, pues, de un régimen que beneficia esencialmente a la burguesía, una burguesía que acaba fácilmente con las insurrecciones. Pero en el plano de las ideas, el liberalismo no ha triunfado totalmente, ni mucho menos. En los países católicos, una de las más fuertes oposiciones viene de la Iglesia [3]. Ello obedece a razones directamente políticas, ya que el papa es un soberano italiano con un poder absoluto y la Revolución francesa de 1789, reivindicada como precursora del liberalismo, ha dejado muy malos recuerdos a Roma. Pero existen también razones propiamente religiosas, en la medida en que la jerarquía, agregada a las antiguas relaciones de autoridad, se cree condenada por la mentalidad liberal, por la idea de libre examen. En el *Syllabus* de 1864, en el que son consignadas las condenas de 80 grandes errores modernos, el liberalismo ocupa un lugar destacado; este rechazo forma parte de un rechazo global del mundo moderno, cientifista y materialista, por parte de una Iglesia aún atada en todas sus estructuras y mentalidades a la

sociedad tradicional, de la que apenas han comenzado a emanciparse muchos países católicos, como España, Italia, Portugal, Austria e incluso Alemania del sur. Pese a los esfuerzos de católicos liberales, que celebran un congreso internacional en Malinas en 1863, manifiestamente hay un malentendido entre el movimiento liberal y la Iglesia en los países católicos —Italia, Francia, *Bélgica y, en parte, Holanda—, malentendido que cristaliza* en torno al problema escolar, pues lo que se intenta es ganarse a la juventud. Por otro lado, el socialismo democrático tiende a remodelar la democracia liberal, utilizando las instituciones mismas de esa democracia. Si las insurrecciones han fracasado, al reformismo socialista le espera un porvenir luminoso, como se presiente ya desde finales de siglo. De ello resulta que el movimiento liberal está siendo rebasado por su izquierda, en un primer tiempo por sus elementos más radicales, en un segundo tiempo por el socialismo reformista... Combatido, desgarrado, el movimiento liberal está siendo superado cuando apenas ha conseguido imponerse al nivel de las instituciones.

Pero antes de llegar a ese punto, el liberalismo ha tenido que revisar sus ideas en materia de naciones y colonias. Los primeros pensadores liberales, en su optimismo, habían olvidado la complejidad del factor nacional: creían de buena fe en una paz fundamentada en el libre cambio, y se sentían poco atraídos por las colonias. Ahora bien, en los treinta últimos años del siglo las relaciones internacionales se hacen cada vez más tensas y Europa entra en una fase imperialista. Esta conversión de los círculos dirigentes ha dado lugar a no pocas interpretaciones. Ya en el siglo XIX los mismos círculos dirigentes habían elaborado una justificación en la que estaban mezcladas las necesidades de mercados, las exigencias militares y el deber moral de difundir la civilización [4]. Tras la publicación en 1902 de un estudio llamado *Imperialism,* del economista inglés John Atkinson Hobson, el pensamiento marxista vuelve a plantear el problema: Kautsky publica *Sozialismus und Kolonialpolitik (Socialismo y política colonial),* en 1907; Hilferding *Das Finanz-Kapital (El capital financiero),* en 1910; luego Rosa Luxemburgo, en 1913, da a conocer *Die Akkumulation des Kapitals (La acumulación del capital),* y por último aparece en 1917 *El Imperialismo, fase superior del capitalismo,* de Lenin. Insisten todos en una modificación de las estructuras del capitalismo, convertido en capitalismo de grandes unidades en las cuales el capital financiero se mezcla con el capital industrial, librándose una lucha encarnizada entre ellas por la conquista de mercados en vías de saturación. Los países industriales se atrincheran tras una barrera aduanera. Fuera de Europa se ha constituido un mercado capitalista mundial, con una cadena

de servidumbres que también es mundial, con un sinfín de rivalidades entre los grandes países capitalistas. ¿Qué ocurre hacia 1880? Sin duda, no hay que sobrevalorar el problema de los mercados puesto que en estas fechas un país como Francia exporta apenas el 10 por ciento de su producción.

En un período de coyuntura mediocre, el problema ha tenido, no obstante, un peso psicológico netamente desproporcionado con su importancia real. En formas distintas y con diversas manifestaciones, se experimenta a partir de 1870 una gran inquietud, un temor: proteccionismo, nacionalismo, imperialismo son reacciones de defensa, aunque no sean las más apropiadas. En un momento en que los medios de información empiezan a cambiar de naturaleza, se convierten también en objeto de nuevos mitos colectivos, por no decir de espejismos.

El liberalismo político no propone más que un modelo abstracto de democracia formal, un marco vacío: una vez asegurada su victoria, hay que llenarlo de un contenido que pueda interesar a la opinión, a los hombres reales; es decir, proponer un gran proyecto que reciba el asentimiento general. Esto es lo que, cada uno a su manera, han comprendido perfectamente Disraeli en Inglaterra, Gambetta en Francia y Guillermo II en Alemania. El imperialismo es la resultante de fuerzas complejas, pero viene en cierto modo impuesto por los límites y las insuficiencias del liberalismo.

Intento de reconstrucción del programa ideal de un partido liberal hacia 1850

1) Régimen.—Monarquía parlamentaria, gobierno responsable ante el Parlamento; Parlamento compuesto de dos Cámaras, una de ellas destinada a representar el momento de la reflexión y de la moderación (porque escapa a las oscilaciones políticas).

2) Sufragio.—Censatario, con un cuerpo electoral que representa el 15 por ciento de los varones adultos y comprende a los individuos «capaces», pero puede ser progresivamente ampliado; desconfianza ante el referéndum (los ciudadanos no son competentes para tomar una decisión que incumbe a sus representantes).

3) Derechos del ciudadano.—Igualdad ante la ley, derechos civiles, libertades de opinión, prensa y reunión.

4) Administración.—Acceso por concurso a la alta administración (según los méritos); elección de las autoridades administrativas locales.

5) Principios de gestión.—Finanzas públicas sanas y equilibradas, economías (pues la presión fiscal «tolerable» no excede al 10 por ciento de la renta nacional); impuesto proporcional y no progresivo (con preferencia por los impuestos indirectos sobre productos de lujo como el alcohol, el tabaco, el azúcar o sobre las sucesiones).

6) Economía.—Supresión de las trabas a la libre competencia, tales como concesiones y peajes y, dentro de ciertos límites, aranceles; abandono de los monopolios industriales del Estado; elaboración de un nuevo derecho comercial (leyes sobre sociedades).

7) Concesiones a los trabajadores.—Libertad sindical, derecho de huelga (pero estas concesiones están en contradicción con la libertad de contratación que rige las relaciones entre patronos y empleados).

8) Enseñanza.—Apoyo del Estado a una difusión razonable de la enseñanza primaria (el 75 por ciento de los niños).

9) Colonias.—Abandono progresivo de las colonias blancas; supresión de los últimos vestigios de esclavitud.

10) Relaciones internacionales.—Paz.

II. El triunfo del liberalismo en Inglaterra, Bélgica y Países Bajos

De 1850 a 1880, ningún acontecimiento de importancia turba la vida política inglesa. Ningún hombre político logra suscitar en ella pasiones comparables a las que suscitan en Francia o en Alemania Napoleón III o Bismarck. Victoria sube al trono en 1837 y debe reinar hasta 1901. Y sin embargo a base de pequeños lienzos de pared se construye poco a poco el edificio de la democracia política tal como la conocemos [1].

El primer paso, el que más ha costado, se ha dado con la reforma electoral de 1832, bastante imperfecta por otra parte: el sistema

electoral favorece al campo frente a la ciudad; la Inglaterra rural del sur está mejor representada; los obreros no votan y el voto es público. Tras este primer paso, conservadores y liberales están, de hecho, unidos para mantener el *statu quo* y no ir más lejos. Por otra parte, los obreros mismos, una vez extinguida la fiebre carlista, no formulan apenas reivindicaciones políticas. En materia de política interna el inmovilismo absoluto de Palmerston es apenas combatido. Nacido en 1784, bisnieto de un ministro de Carlos II, diputado y ministro en 1807, brillante orador, Palmerston tiene ya tras de sí una brillante vida mundana y una dilatada carrera política [2]. Como ministro de asuntos exteriores desde 1846, aprueba el golpe de estado de Luis Napoleón Bonaparte (2 de diciembre de 1851) y la reacción que suscita su actitud le obliga a retirarse algún tiempo. Pasa a dirigir un ministerio *whig* en 1855 y se muestra partidario de que Inglaterra participe en la guerra de Crimea; después del atentado de Orsini contra Napoleón III en 1858, presenta un proyecto de ley contra los conspiradores, pierde el poder por poco tiempo y vuelve a ser primer ministro en 1859, lo cual le permite respaldar la política italiana de Napoleón III y firmar el tratado de comercio francobritánico del 23 de enero de 1860. Muere en 1865, siendo aún primer ministro. Este liberal a la antigua usanza se entiende, pues, perfectamente con Napoleón III. Aún no ha sonado la hora de la democracia. «No podemos hacer indefinidamente nuevas leyes», afirmaba Palmerston.

El sistema parlamentario inglés no debe engañar; reserva el poder a una oligarquía de la que Palmerston es la perfecta encarnación. En la base de las instituciones, el sufragio es restringido al 15 por ciento de los varones adultos y está además manipulado por la influencia indiscutida de la aristocracia en el campo y las pequeñas ciudades. En la cúspide, unas cuantas personalidades de gran peso se reparten los puestos importantes, respetando las reglas del juego parlamentario. A un hombre político tan dotado como Disraeli le ha costado mucho penetrar en ese pequeño círculo.

A partir de 1860 una parte de la opinión pública empieza a sentir la necesidad de un cambio. Este sector de la opinión, desde hace unos 20 años, está profundamente influenciado por una gran corriente, la escuela liberal de Manchester [3]. Esta corriente ha obtenido el libre cambio, que ha entrado en vigor el 1 de enero de 1849, completado por la supresión de las Actas de navegación (1850-54). Pero enarbola un triple lema para significar que su programa no para allí: paz, economía y reformas. Con su individualismo y su sentido del deber individual, la escuela manchesteriana coincide con un cierto sentimiento religioso, lo que

facilita la difusión de las nuevas ideas. Están defendidas por radicales demócratas, tribunos como John Bright o teóricos como el economista John Stuart Mill. En el curso de una conferencia celebrada en Londres en 1862 se reclama una nueva distribución de los escaños de diputado, la ampliación del cuerpo electoral, el voto secreto y la lucha contra la corrupción. Peticiones y concentraciones testimonian la insatisfacción de la pequeña burguesía. En todo caso, no se trata de un fenómeno propio sólo de Inglaterra, ya que bajo una u otra forma se observa en toda la Europa de los años 1860. Pero en Inglaterra, a ello hay que añadir la toma de posición de los obreros especializados, organizados dentro del unionismo. Las uniones se confederan en un consejo en cada ciudad; poco a poco los dirigentes de estos consejos formulan algunas reivindicaciones políticas: reconocimiento legal del sindicalismo, eliminación de las limitaciones del derecho de huelga, derogación de la ley «amo y servidor» de 1825 en virtud de la cual, en caso de ruptura de contrato, el obrero va a parar a la cárcel, mientras el patrón es condenado solamente a pagar una indemnización, y además se declara válido su testimonio, mientras que el del obrero es rechazado. Como estos dirigentes sindicales se adhieren a las grandes ideas económicas de la escuela de Manchester, no les cuesta mucho ponerse de acuerdo con el ala radical de los liberales burgueses.

Las peripecias que marcan la adopción lenta y progresiva de reformas de cara a la democratización del juego político son complejas. Así cae en 1866 el ministerio liberal presidido por John Russel, en el que Gladstone aboga por una reforma electoral, debido a la retirada de los elementos *whig* más moderados. Pero un hombre dotado de un sentido político muy intuitivo, Disraeli, logra abrir la brecha porque presiente que los conservadores pueden sacar partido de dicha reforma, a todas luces necesaria para el equilibrio del sistema político. Idea un proyecto más amplio. Como ministro *tory,* logra convencer a su jefe, Lord Derby, y hace que se apruebe una modificación de la reglamentación electoral.

La reforma de 1867 redistribuye los escaños y rebaja el límite del censo por debajo de cual no se tiene el derecho de voto: el número de electores casi se duplica. Sabemos que por esa fecha la gran y mediana burguesía representan alrededor del 2 ó 3 por ciento de la población, y la pequeña burguesía un 20 por ciento; ahora bien, el nuevo cuerpo electoral incluye aproximadamente un tercio de los varones adultos, lo que basta para indicar sus límites sociológicos, a la par que hace pensar que ahora forma parte de él una élite obrera. En 1884-1885, dos leyes redistribuyen de modo racional los escaños, con un elegido por cada 50.000 electores, aproximadamente, y amplían aún más el cuerpo elec-

toral, que ahora comprende 5 millones de individuos, es decir, el 70 por ciento de los varones. Esta es la última reforma electoral antes de 1914, signo claro de un verdadero culto de la élite del cual Inglaterra ofrece muchos otros ejemplos. El voto secreto es establecido desde 1872.

Paralelamente asistimos al verdadero nacimiento de los partidos modernos. Los dos viejos partidos, que sobre todo eran tertulias de salón, son de hecho completamente renovados y dotados de una ideología. La Unión nacional de los conservadores nace en 1867 y la Federación nacional de las asociaciones liberales en 1877. Cada una de ellas agrupa un grupo parlamentario coherente, dirigido por un *leader* asesorado por *whips* (diputados encargados de velar por la disciplina y la cohesión del conjunto) y, en el país, por comités electorales y agentes locales. Ambos partidos se alternan casi de modo regular en el poder, capitaneados y personificados por dos hombres excepcionales, Disraeli y Gladstone, que son rivales.

Nacido en 1804, descendiente de una familia de judíos venecianos, Disraeli, convertido al protestantismo, periodista y crítico de las costumbres de la alta sociedad, es derrotado en las elecciones de 1832 y 1835 [4]. Elegido finalmente miembro de la Cámara de los Comunes, se impone poco a poco como el verdadero jefe de los conservadores proteccionistas que se oponen a sir Robert Peel, acusado de colusión con los liberales, y formula la doctrina de la «Joven Inglaterra». Canciller del Exchequer en 1852 durante unos meses, presenta un presupuesto que provoca la inmediata caída del primer gabinete Derby. De nuevo Canciller del Exchequer en 1859, sucumbe pronto ante una ley que amplía el cuerpo electoral. Habiendo sido designado al mismo puesto otra vez en 1866, en el tercer gabinete Derby, procede a la reforma electoral y sucede a Derby como primer ministro (1868), más debe retirarse al cabo de algunas semanas con motivo del éxito liberal en las elecciones. Sólo gobierna de modo duradero una vez, de 1874 a 1880, durante una legislatura.

Nacido en 1809, su adversario Gladstone ha tenido unos comienzos más fáciles [5]: elegido diputado conservador en 1832, pero discípulo predilecto de Peel, este antiguo alumno de Eton y Oxford reorganiza poco a poco el viejo partido liberal. En 1852 combate el presupuesto de Disraeli y le sucede como Canciller del Exchequer. Dimisionario durante la guerra de Crimea, sucede de nuevo a Disraeli como Canciller del Exchequer en 1859 y conserva la cartera hasta 1866. Por fin es nombrado primer ministro de 1868 a 1874, luego de 1880 a 1885, unas semanas más en 1886 y por último en 1892-1894. Esta última experiencia es bastante decepcionante para él, ya que fracasa en su intento de

hacer que se apruebe la *Home Rule* para Irlanda y de combatir las pasiones coloniales.

Los dos hombres y sus seguidores se ponen de acuerdo para no intervenir en el campo económico, que es el campo del *laisser faire, laisser passer*. Rivalizan en celo de cara a las reformas: además de las reformas electorales, reclutamiento de los funcionarios por concurso (1870), reforma del ejército con supresión, en particular, de la venalidad de los cargos (1868-1874); concesión de nuevos poderes a los ayuntamientos (1875), enseñanza primaria obligatoria (1880), el reconocimiento legal de las *Trade Unions* (1871), completa libertad de huelga (1875), ley sobre las relaciones entre patrones y obreros (1875), ley sobre viviendas insalubres...

Hacia 1880 se logra lo esencial de estas reformas, termina la revolución tranquila que empezó con la muerte de Palmerston y queda consagrada la democracia política clásica en el sentido liberal. Con Disraeli, los conservadores han aceptado el libre cambio y las reformas y han sabido conquistar una audiencia entre las masas pequeñoburguesas y obreras, ampliando así sus antiguas bases rurales. Con un hombre político que es también un novelista romántico, muy consciente del lado feo y de las taras de la civilización industrial, el conservadurismo ha dejado de ser la defensa de los intereses aristocráticos para convertirse en una ideología caracterizada por el apego a las más venerables instituciones, la Iglesia, la Corona y el Parlamento —lo que constituye una garantía de continuidad por encima de todos los acontecimientos—, pero también por la atención a los problemas sociales más acuciantes y por la fe en la aventura colonial. Con Gladstone, las reivindicaciones liberales se hacen respetables, abandonan los mítines para ganar los salones burgueses y se tiñen de idealismo religioso cada vez más; pero tropiezan con dos cuestiones que mantienen en jaque al viejo líder: la cuestión irlandesa y la cuestión colonial.

La cuestión irlandesa ocupa un lugar importante en el siglo XIX inglés: el cartismo contenía ya un recuerdo de los motines campesinos seculares. Tras el hambre de 1845-1848, los campesinos irlandeses expresan una triple reivindicación: arriendo equitativo de las tierras, posibilidad de traspasar el arrendamiento, garantía contra la expulsión. Los revolucionarios irlandeses se integran en una sociedad secreta, la de los Fenianos *(Fenians)*, que no retroceden ante el atentado y el sabotaje. Gladstone, con toda sinceridad, se preocupa por apaciguar los ánimos; desmantela la Iglesia anglicana en Irlanda y le quita, de este modo, una parte de sus bienes; hace adoptar una reforma agraria (1870) mediante la cual el aparcero expulsado tiene derecho a una indemnización. Pero el problema político continúa sin solución. Los diputados

irlandeses, capitaneados por Parnell, reclaman la *Home Rule* y piensan conseguirla después de las elecciones de 1886 al convertirse en esa fecha en los árbitros del juego parlamentario; pero mientras Gladstone está dispuesto a conceder la *Home Rule,* parte de sus amigos declaran su adhesión a la unión de Irlanda con Inglaterra y apoyan a un gobierno conservador. El efímero gobierno Gladstone de 1892-1894 no es más que un paréntesis: mientras que el período anterior había sido más bien favorable a los liberales, exceptuando el gran ministerio Disraeli de 1874-1880, el período de 1886 a 1906 coincide con la instalación duradera de los conservadores en el poder, gracias, en gran medida, a la cuestión irlandesa.

La naturaleza de la cuestión colonial cambia bruscamente en los años 1870-1880 y la cesura queda señalada por el gobierno Disraeli [6]. A mediados del siglo XIX, las colonias despiertan poco interés, se teme perder un día las colonias de población, como los Estados Unidos y se les concede de buen grado un régimen parlamentario, primer paso hacia el abandono. Disraeli consigue comprarle al virrey de Egipto su parte en el capital del Canal de Suez, logra Chipre del Sultán y proclama a Victoria emperatriz de la India: se perfilan poco a poco un imperialismo británico y una mística colonial que el viejo Gladstone desaprueba, pero que asume la coalición de conservadores y liberales unionistas.

Consideremos la organización del Imperio británico y el lugar que ese Imperio ocupa a los ojos de los contemporáneos. El Canadá, que cuenta con 2 millones de habitantes en los años 1850 al haberse unido la zona francesa con la inglesa en 1840, se beneficia de un gobierno responsable ante su propia asamblea en 1847. El gobernador firma con los Estados Unidos un tratado comercial de reciprocidad en 1854. El *dominion* del Canadá, que incluye las Provincias marítimas, surge en 1867 en gran parte para resistir a la amenaza americana; por otra parte, los ferrocarriles habían preparado esa unidad. En la época de la conferencia de delegados canadienses en Londres en 1866, uno de ellos cita un versículo del salmo LXXII: «Dominará de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra.» Ese sueño de conquista hasta el Pacífico ha permitido fraguar la nueva palabra de *dominion.* Lo importante es que la iniciativa parte de los canadienses, que se modele en esa época una personalidad canadiense y que en los medios dirigentes ingleses se acepte todo ello sin reparos. Mas este modelo canadiense es también un ejemplo para Australia y Nueva Zelanda. En Australia, donde viven 500.000 colonos hacia 1850, una ley de 1851 otorga un régimen de gobierno representativo responsable a Nueva Gales del Sur, a Tasmania y Australia meridional, y de Nueva Gales del Sur separa la colonia de

Victoria, recientemente fundada. En 1853, el Parlamento inglés concede una constitución a Nueva Zelanda, con dos Cámaras, una nombrada por el gobernador y otra elegida por los colonos por amplio sufragio; los ministros son responsables ante las Cámaras en 1856 y los asuntos «indígenas», primero sustraídos a la competencia de ambas cámaras, entran dentro de sus atribuciones a partir de 1862. Por la convención de Sand River de 1852 los ingleses reconocen la independencia del Transvaal y luego, en 1854, por la convención de Bloemfountain, la de Orange; en 1853 la colonia del Cabo recibe un gobierno representativo con sufragio censatario, en el cual pueden votar los negros siempre que reúnan las condiciones del censo. En cada uno de estos casos parece ser que Londres tiene sobre todo el propósito de desentenderse al máximo. En cuanto a las Indias occidentales, están en plena regresión económica.

Mientras que los ingleses en un primer tiempo se habían opuesto a la construcción del Canal de Suez, la apertura de la nueva ruta marítima coincide con el despertar de un nuevo interés hacia Oriente. En 1872 Disraeli, entonces jefe de la oposición, pronuncia un discurso que se ha hecho célebre, en el cual acusa a los liberales de haber desintegrado el Imperio, plantea el problema del proteccionismo evocando la posibilidad de una tarifa imperial, proyecta un código militar que contempla la participación de las colonias en el esfuerzo de defensa y propone un Consejo federal del Imperio. Una vez nombrado primer ministro, Disraeli piensa en apoderarse de Egipto y en una guerra contra Rusia para detener la expansión de este país en Asia central. Consigue despertar el interés de la opinión pública con gestos sensacionales, como el de persuadir a la reina Victoria para que asuma el título de Emperatriz de la India. En los últimos veinte años del siglo Inglaterra participa también en el reparto de Africa. Inglaterra se siente cada vez más amenazada por las nuevas potencias, a la vez en los campos militar, diplomático y económico: el imperialismo es una respuesta a esta amenaza y permite el despliegue de las energías que sobran en la metrópoli, en una fase de madurez que coincide con el freno del desarrollo.

En total, hacia 1880 el modelo de la democracia liberal tiende hacia el conservadurismo, como si se temiera ir más lejos. La tímida eclosión de un socialismo inglés basta para indicar que hay un malestar latente. No obstante, las reglas del juego político son aceptadas en conjunto. No vamos aquí a repetir los reproches hechos a menudo a esa democracia formal, que se está entonces esclerotizando: sufragio restringido en un momento en el que el sufragio universal se impone cada vez más, no intervención en el campo económico, insuficiencia de la administración local,

extrema timidez en la labor social y escolar... Estos reproches son, en cierto modo, anacrónicos si nos referimos a los esquemas mentales de la época. La democracia inglesa de 1880 difiere de la nuestra en su principio, si no en sus instituciones. Es una democracia «gobernada» en donde el papel de los representantes no es el de expresar una voluntad preexistente dentro del cuerpo nacional, sino el de querer para la nación una democracia en la que se delega el poder «en los mejores», una democracia en la que la esfera política está estrictamente delimitada, porque si la ley protege los derechos generales del ciudadano, sólo la labor individual puede procurar la seguridad material.

En Bélgica y los Países Bajos, en situaciones diferentes, el liberalismo se enfrenta con unos problemas comparables a los de Inglaterra. En Bélgica existen dos partidos: el partido católico, que es flamenco y rural, y los liberales, que son urbanos y burgueses, preconizan la lengua francesa y se declaran anticlericales y masones. Desde 1830 el rey forma gabinetes de unión escogiendo sus ministros dentro de ambos partidos. Ahora bien, en 1846 la Alianza liberal convoca un congreso de asociaciones liberales en Bruselas que adopta un programa coherente: 1) reforma electoral por disminución del censo y adjunción de las «capacidades»; 2) independencia del poder civil frente a la Iglesia católica; 3) organización de una enseñanza pública y laica; 4) aumento del número de diputados y senadores; 5) mejoramiento de la condición de las clases obreras e indigentes. Este programa triunfa en las elecciones de 1847. Luis Felipe, rey de los franceses, había aconsejado a Leopoldo I la disolución de la Alianza liberal: el rey deja que los electores se pronuncien y constituye un gobierno liberal presidido por Charles Rodier, quien goza de la confianza de las cámaras. En el transcurso de las revoluciones de 1848, los liberales afirman su resolución de mantener la constitución. Quitando los años que van de 1855 a 1857, los liberales conservan el poder de 1847 a 1870: una de sus primeras medidas es la de rebajar el censo electoral; pero aun con esta reforma, el cuerpo electoral representa aproximadamente el 10 por ciento de los hombres adultos, incluso menos que en Inglaterra. La labor realizada no es despreciable: creación de colegios de enseñanza media, supresión del derecho de timbre sobre los periódicos, reorganización de las finanzas públicas mediante la creación de un impuesto sobre las sucesiones y diversos impuestos indirectos, supresión de las concesiones y peajes, libertad de coalición y de huelga. Pero igual que lo estuvieron los liberales de los años 1860-1870 en Inglaterra, los liberales belgas están profundamente divididos: a los moderados, «los doctrinarios» que estiman que el programa ya se ha realizado, se enfrentan los «jóvenes» o «progresistas».

partidarios del sufragio universal y la enseñanza obligatoria. Además los liberales permanecen insensibles ante el renacimiento de un movimiento favorable a la autonomía de Flandes. Como resultado, triunfan los católicos en 1870; hay entonces un período de alternancia en el poder: los liberales vuelven al gobierno en 1878 y los católicos de nuevo en 1884. Estos hacen aprobar una ley por la que el flamenco será lengua oficial, pudiendo usarse en los actos administrativos en el país flamenco. Los liberales votan una ley escolar que establece la creación en cada comuna de una escuela pública laica, y esa ley es a su vez modificada por los católicos en el sentido que los municipios son libres de poner de hecho esas escuelas bajo control del clero. Finalmente hacia 1890, el problema electoral vuelve a ocupar el primer plano, no habiéndose producido ninguna reforma desde mediados del siglo. Muchos liberales están en contra de la reforma mientras que los católicos la toman a su vez en consideración, seguros de conseguir los votos campesinos de Flandes, sin que los liberales puedan tener la misma seguridad respecto a los votos obreros del país valón. Aquí son sobre todo los socialistas quienes llevan a cabo la campaña en favor del sufragio universal, yendo hasta amenazar con una huelga «política». Las primeras elecciones con sufragio universal se celebran en Bélgica en 1894 y resultan fatales para el partido liberal, que desaparece en beneficio del socialismo. El ejemplo belga testimonia la fragilidad de un partido liberal en un país católico, ya que por lo general los liberales son anticlericales en países católicos, y evangélicos en países protestantes; además, su horizonte es muy restringido.

En 1848, los Países Bajos son una monarquía constitucional en la cual los poderes del rey prevalecen sobre los del Parlamento. Los Estados generales comprenden dos cámaras: una Cámara alta cuyos miembros son designados por el rey y una Cámara baja elegida por sufragio indirecto, pues sus miembros son designados por los Estados provinciales, elegidos a su vez por sufragio censatario. Los miembros no son responsables ante las Cámaras y la iniciativa de las leyes es atribución exclusiva del gobierno. La agitación de 1848 tiene como resultado la adopción de una nueva ley fundamental. La Cámara alta es elegida por sufragio indirecto y la Cámara baja por sufragio directo censatario por los ciudadanos que pagan al menos 20 florines de impuestos directos en el campo y 160 florines en las ciudades. Los ministros son responsables ante las Cámaras que elaboran las leyes y votan el presupuesto cada año. El primer gobierno parlamentario es presidido por el liberal Thorbecke en 1849. Existen cuatro partidos: el partido liberal, el partido conservador, constituido por los nobles y la vieja burguesía, el partido cristia-

no histórico, que es calvinista ortodoxo, y el partido católico. Por lo general se reagrupan de dos en dos, los calvinistas con los conservadores y los católicos con los liberales. Aunque no ocupan constantemente el poder, los liberales constituyen el partido dominante. Partidarios del impuesto directo, del librecambio y de medidas a favor del ferrocarril, aplican reformas que les preocupan enormemente: abolición de la distinción por estamentos, administración local reorganizada con unos consejos municipales elegidos, abolición de la esclavitud (aprobada en 1862), abolición de las prestaciones personales en las Indias orientales para los indígenas (1870), ley de enseñanza de 1857 según la cual todo municipio debe mantener escuelas públicas no confesionales, supresión del derecho de timbre sobre los periódicos. Entre 1870 y 1887, los liberales logran por sí solos la mayoría en las Cámaras. Tropiezan con los partidos confesionales sobre la cuestión escolar, como en Bélgica. Si la ley de 1878 concede una subvención gubernamental a las escuelas públicas laicas, los católicos, aliados con los conservadores protestantes que ahora adoptan la etiqueta de «antirrevolucionarios», hacen que se apruebe la ley de 1889 que prevé también una subvención para las escuelas confesionales. También como en Bélgica, se plantea el problema de la ampliación del cuerpo electoral, muy restringido. La reforma de 1887 hace que el número de electores pase de 140.000 a 300.000, y la de 1896 concede el derecho de voto a los holandeses mayores de 25 años que paguen un impuesto directo, ya sean propietarios o arrendatarios, y dispongan de una renta mínima de 467 marcos: esta última reforma asegura una proporción de electores netamente comparable a la de Inglaterra a finales del siglo. Los Países Bajos ofrecen así el ejemplo límite de un partido liberal en el poder durante medio siglo, con algunas interrupciones sin consecuencias. No hay duda de que ese fenómero contribuyó más adelante a forjar un cierto temperamento político nacional: se trata de una influencia profunda sobre las costumbres políticas. Pero la obra concreta e inmediata no es mucho más sustancial que en otras partes, porque, como dijo Jules Ferry en Francia, «el gobierno de una gran democracia hambrienta de paz y trabajo no puede ser una serie de golpes de efecto, ni puede hacerse una revolución todas las mañanas». El pueblo es un tipo abstracto en el seno del cual se niega todo lo que divide, distingue u opone a los individuos: nacimiento, condición social, recursos y posibilidades.

Quizás haya que concluir con una experiencia diferente: la experiencia marginal de un verdadero laboratorio de la democracia política, Suiza[7] La Constitución de 1848 había generalizado la democracia representativa aparecida en los cantones hacia

1830. La constitución de 1874 admite el referéndum, que es el heredero de las antiguas asambleas generales de ciudadanos. Existente ya en algunos cantones y a veces incluso obligatorio, el referéndum se generaliza con carácter facultativo. De esta forma 30.000 electores pueden lograr que un proyecto de ley examinado por las Cámaras federales sea sometido directamente a su voto. Algunos cantones aceptan una total iniciativa por parte de los electores, que es admitida por la Confederación en 1891. Hasta finales de siglo, los electores votan 34 veces para decidir sobre 53 proyectos de leyes federales, de los cuales 20 son aceptados y 30 rechazados. El pueblo se muestra en definitiva más conservador que sus representantes...

III. Penetración del liberalismo en los países latinos: Francia e Italia

El liberalismo arraiga especialmente en la Europa marítima del noroeste, con prolongaciones hacia las viejas ciudades hanseáticas y a lo largo de la gran arteria del Rin. En Alemania tiene que transigir con las tradiciones del Estado prusiano y prestarse al compromiso. En los países latinos, como Francia e Italia, termina imponiéndose pero no sin rupturas, sin peripecias violentas. En Italia estas rupturas están ligadas al complejo fenómeno de la unificación, una unificación que la dinámica social interna es incapaz de realizar sin la ayuda exterior. En Francia se suceden polémicas y restauraciones, hasta que por fin surge un modelo político satisfactorio.

a) *Francia: del Imperio a la República*

Foco de la revolución de 1848, Francia se convierte en 1849 en el país del orden. La revolución de 1848, romántica, idealista, generosa, ha provocado tantas decepciones en todos los grupos sociales que la opinión pública se vuelca hacia el mito napoleónico. Los notables dejan el campo libre a las hábiles maniobras de Luis Napoleón Bonaparte. Como antes su tío, él ha de poner fin a una revolución garantizando la síntesis del orden y la democracia. El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 va seguido de la proclamación de una nueva Constitución, según la cual el príncipe presidente tiene en sus manos lo esencial de los poderes. La proclamación de un Imperio francés en 1852 no es más que una consagración, un desenlace lógico.

¿Qué lugar ocupa tal régimen en la historia de Francia en el siglo XIX? En 1910, haciendo un balance de Francia desde la Revolución de 1789 en *Notre jeunesse,* Charles Péguy señala: «Todo empieza con la mística y acaba en política» [1]. Ahora bien, utilizando la terminología de Péguy, se distinguen dos grandes místicas que se enfrentan durante todo el siglo: una mística monárquica y católica y una mística republicana. La primera proclama su devoción a una cierta Francia del Antiguo régimen, anterior a 1789, mientras la segunda sigue fiel a los grandes principios de la Revolución de 1789. Durante varias generaciones, el debate político está en cierto modo entorpecido por el gran traumatismo de 1789, la guerra de las místicas que divide los espíritus. Pero toda mística es devorada por la política que engendra. Afirma Péguy: «Todo comienza con la mística, con una mística, con su propia mística, y todo acaba en política». La política se hace a base de compromisos. Todos los regímenes que se suceden en Francia son una especie de compromisos renqueantes, de transacciones provisionales entre los dos partidos que se enfrentan. Las dosis varían con toda clase de matices, de grados, pero son todas inestables y pueden estallar a la menor chispa.

La revolución de 1789 pretendía fundar un nuevo orden, y llegó a hacerlo, pero ese orden degeneró luego en desorden. El 18 de Brumario del primer Bonaparte (1799) fue una restauración «inseparablemente republicana y monárquica, circunstancia que le confiere un interés muy particular, un tono y un sentido propios, que hace de ella una operación realmente singular». La Restauración de 1815 fue una restauración monárquica que, no obstante, respetó una serie de logros revolucionarios. La Revolución de 1830 se presentó como una restauración republicana, pero instauró «una combinación de oligarquía burguesa que no tiene ni la fuerza de las grandes aristocracias tradicionales ni el empuje de las grandes democracias» [2]. La revolución de 1848 fue «una restauración republicana y una explosión de la mística republicana»; las jornadas de junio de 1848 fueron «una violenta explosión de la mística republicana. Por último llegó la hora de Luis Napoleón Bonaparte... [3].

Antes de analizar los caracteres distintivos de su régimen [4], intentemos hacer un inventario de las fuerzas profundas hacia 1850 y de aprehender los temperamentos políticos [5]. La mística monárquica se encarna en el partido legitimista, fiel al conde de Chambord, nieto de Carlos X. Este partido encuentra su principal punto de apoyo en la vieja aristocracia terrateniente y en una gran parte de la jerarquía católica pero, con el sufragio universal, se refuerza con los votos campesinos, principalmente en las regiones del oeste y en una parte del Macizo Central. En

ciertas regiones recibe el respaldo de la burguesía terrateniente de los pequeños centros urbanos. Puede parecer sorprendente que un partido que se proclama tan abiertamente partidario del pasado constituya una fuerza decisiva en la edad industrial, pero apenas una cuarta parte de la población vive en municipios de más de 2.000 habitantes y, además, como ya hemos visto, las pequeñas ciudades de 10.000 a 20.000 habitantes permanecen con mucho al margen de la nueva civilización. La mística republicana sin duda no posee el mismo monopolismo; adopta aspectos distintos en las regiones campesinas que no son conservadoras, en buena parte de la pequeña burguesía urbana, en una fracción de la burguesía media anticlerical y sobre todo en los círculos intelectuales. Entre ambos partidos, el grueso de la burguesía vacila, no muestra ninguna pasión, complaciéndose en manifestar unos sentimientos prudentes y timoratos. Esa burguesía se inclina hacia el orleanismo, es decir, hacia una monarquía que acepta 1789, un liberalismo de élite, restringido y conservador, pero está dispuesta a admitir otras formas políticas de acuerdo con las circunstancias. En un momento en que no logra imponerse ninguna de esas fuerzas, el Segundo Imperio es menos la instauraración de un nuevo orden que una tregua destinada a durar una generación. Es aceptado por la derecha conservadora y católica, pero no es en absoluto un retorno ofensivo del Antiguo régimen. Atropella al principio a los liberales notables, pero ofrece a la burguesía industrial lo esencial: prosperidad y desarrollo económico. Por último, se beneficia de la neutralidad benévola de la mayor parte del mundo obrero, de la simpatía de todos los campesinos... Las instituciones del nuevo régimen, de aspectos ambiguos, ofrecen un rostro de Jano que es aceptable para el liberalismo timorato de mediados de siglo. Si el liberalismo económico no reconoce más leyes que las naturales y niega a las instituciones humanas el derecho a obstaculizar la obra de los mecanismos espontáneos, el liberalismo político de los años 1850-1870, y no solamente en Francia, se adapta a un poder fuerte, en la medida en que es preciso contener unas fuerzas de destrucción, encuadrar unas masas que no considera aún preparadas para el juego político. El modelo de la democracia parlamentaria clásica data del último cuarto de siglo y también en Inglaterra el proceso no se pone en marcha hasta 1865, año de la muerte de Palmerston. Sólo después se llega a descubrir el difícil camino que conduce a él. Las mentes más liberales del decenio 1850-1860, que quieren limitar la omnipotencia del poder ejecutivo mediante un régimen de asamblea, reservan de hecho las responsabilidades a una pequeña oligarquía, aristocracia y burguesía. El Imperio de Napoleón III no es en absoluto un fenó-

meno aberrante en la Europa liberal, aunque desde entonces toda una tradición republicana lo haya cubierto de oprobio.

Así el sufragio universal ha sido una conquista definitiva de 1848, confirmada de modo clamoroso por Luis Napoleón Bonaparte. Naturalmente, el ejercicio de ese sufragio no fue el que conocemos hoy, pero el público se ha ido acostumbrando poco a poco a la norma. Se trata de un sufragio falseado como corresponde a la hipocresía de la época. Napoleón III consultó al pueblo directamente, mediante un plebiscito, en diciembre de 1851, en noviembre de 1852 y en 1870. Si la pregunta planteada en 1851 y 1852 era bastante clara, ya que se trataba de pronunciarse sobre el golpe de Estado y luego sobre el restablecimiento de un Imperio, la de 1870 rozaba el límite de la honestidad: «El pueblo aprueba las reformas liberales llevadas a cabo en la Constitución desde 1860...» ¿No se extrapola así, de una aprobación a un punto particular, un consentimiento a toda una política? Por otra parte, y sobre todo, en las elecciones de los diputados la administración sostenía por todos los medios a un candidato «oficial», llegando los prefectos a enviar circulares a los alcaldes para explicarles cómo hacer que la gente votara bien, mientras que el establecimiento de las circunscripciones electorales era sumamente discutible.

El parlamentarismo no ha sido suprimido, pero resulta impotente. La asamblea elegida por sufragio universal, el cuerpo legislativo, aprueba los proyectos de la ley y los impuestos, lo que está sin duda de acuerdo con los atributos de un parlamento. Pero los diputados no tienen derecho de interpelación, ni derecho de ruego, es decir no disponen de ningún medio para criticar la política del ejecutivo. Aunque las sesiones son públicas, los periódicos sólo pueden insertar un acta redactada al final del debate por el presidente de la asamblea, que está nombrado por el Emperador. Y los ministros no se presentan nunca ante esta asamblea. Las otras dos asambleas están controladas por el Presidente, convertido en Emperador en 1852: el Senado, formado por altos dignatarios nombrados con carácter vitalicio, es el guardian supremo de la Constitución; el Consejo de Estado reúne funcionarios que redactan los proyectos de ley, son los jueces supremos en materia de contencioso administrativo y realizan inspecciones en provincias. Sin embargo es cierto que entre 1860 y 1870 un cierto número de modificaciones reforzarán los poderes del cuerpo legislativo, en el sentido de lo que se ha llamado el Imperio liberal.

No es sorprendente pues que el personal gubernamental, renovado por otra parte con el correr de los años, ocupe el primer puesto de la escena. El mismo Emperador, hombre sensible e

inteligente, pero superficial y distraído, ha hecho sólidos estudios en Suiza. Dotado de un alma romántica, ha participado en la insurrección de los liberales italianos de la Romaña en 1830 e intentado hacerse con el poder en Francia, en Estrasburgo en 1836, y en Boulogne en 1840. En su tiempo es uno de los hombres de Estado más abiertos a los problemas del porvenir del siglo XIX. Tiene, por lo menos, una gran idea económica: desarrollar la civilización industrial para difundir el progreso material y resolver la cuestión social. Su discurso programático de Burdeos es célebre por la afirmación de ese gran designio, que debía ser el de su reinado: «Lo reconozco, como Emperador tengo muchas conquistas que hacer... Tenemos que roturar inmensos territorios incultos, abrir carreteras, construir puertos, hacer navegables ríos, terminar canales, completar nuestra red de ferrocarriles...» Esta conquista pacífica se asociaría, sin embargo, a una política extranjera de nacionalidades que pretendía ser liberal, tendiente —tentación fatal— a la destrucción de los tratados de 1815. Los ministros son órganos de acción técnica, responsables individualmente ante el Emperador, cada uno de su departamento, sin solidaridad alguna entre ellos. Más que los otros sectores, la política exterior está estrictamente reservada al jefe del Estado. En conjunto, si los ministros demuestran a menudo una gran competencia, ninguno de ellos es comparable, ni por asomo, a un Disraeli, a un Bismarck, a un Cavour, en cuanto al sentido político. Uno de ellos ofrece un ejemplo particularmente significativo: Rouher. Nacido en 1814, abogado de Riom antes de la Revolución de 1848, es entonces el típico burgués de provincias francés, de opinión orleanista moderada. Es elegido en 1848 como republicano en la Constituyente, pero republicano «del futuro». Ministro de 1848 a 1851, se consagra totalmente al príncipe presidente. En 1855 es nombrado ministro de Agricultura, de Comercio y de Obras Públicas. Auténtico esclavo del trabajo, honrado e inteligente, organiza toda la política económica: él es quien firma los convenios con las compañías de ferrocarriles en 1859 y pone a punto el tratado comercial franco-británico. En 1863, nombrado ministro de Estado, es encargado de la defensa de la política gubernamental ante el cuerpo legislativo. Así desempeña un papel fundamental de 1863 a 1869, encarnando para los diputados la política oficial, hasta el punto de ser designado por sus enemigos con el apodo de Vice-Emperador. Cae casi en la desgracia en 1869 por negarse obstinadamente a toda política liberal. Entre los ministros burgueses, antiguos orleanistas que se han unido incondicionalmente a Napoleón III, están Baroche y el banquero Fould. Pero ciertos círculos imperiales influyen también en el curso de los acontecimientos, corrigiendo lo

que pudiera haber de mezquino en el personal burgués y, con todo, actuando de un modo contradictorio y desordenado. De hecho, tal amalgama sería impensable en cualquier otro régimen. En ella encontramos al duque de Morny, hermanastro de Napoleón III, aventurero y especulador pero lúcido y buen consejero, a Walewski, hijo natural de Napoleón I, representante del partido católico, al príncipe Napoleón-Jerónimo Bonaparte, anticlerical, a los miembros del secretariado particular dirigido por el eminente abogado liberal Mocquart, y a consejeros ocultos como los técnicos saintsimonianos Michel Chevalier y Paul Talabot. El conjunto es disparatado y yuxtapone poco más o menos todos los puntos de vista, como lo reconoce Napoleón III en una *boutade:* «¡Vaya gobierno el mío! La emperatriz es legitimista; Napoleón-Jerónimo republicano; Morny orleanista; yo mismo soy socialista. Persigny es el único bonapartista, pero está loco».

De 1852 a 1858 el Imperio es gobernado de un modo autoritario. En las elecciones de 1852 no es elegido ningún candidato de la oposición y, en 1857 de un total de 267 diputados triunfan sólo 5 republicanos. La mayoría de los diputados son personalidades locales desconocidas, grandes terratenientes, funcionarios, industriales ricos, que no se han recuperado del todo del choque de 1848. La administración depende fuertemente del gobierno central, ya que los ministros tienen sobre los funcionarios un derecho absoluto de revocación, retroceso, traslado, sin ninguna garantía contra la arbitrariedad. Vigilados, mal pagados, los funcionarios no obstante se benefician de cierto prestigio vinculado al servicio público. El elemento esencial es el prefecto, quien en su departamento «hace» las elecciones, nombra los alcaldes de los pequeños municipios, recorre sin descanso los mercados, ferias, círculos de labradores, para hablar en su lenguaje a los campesinos acomodados y difundir el evangelio parisino. Ninguna de las grandes libertades clásicas existe realmente. Las asociaciones están sometidas a la aprobación del gobierno, como lo están las reuniones públicas. La libertad de prensa está limitada ya que, tras varias advertencias, el gobierno puede suspender un periódico. El actor Grassot es detenido en los bulevares durante la guerra de Crimea, por gritar en la terraza de un café, impaciente porque la cerveza que ha pedido no llega: «Aquí estamos igual que en Sebastopol, no se puede tomar nada». Son revocados varios profesores de enseñanza superior como Michelet, Guizot, Quinet, Cousin. En cuanto a los de enseñanza media, son despreciados, fundamentalmente los de historia y filosofía, dos disciplinas sospechosas. En 1858 una crisis política latente, caracterizada en particular por el atentado de Orsini, provoca la adopción de una ley de seguridad general: el ministro del Interior

puede, por su propia iniciativa, decidir el internamiento administrativo o la deportación de todo aque. que haya sufrido una condena política de 1848 a 1851.

Después, con el apogeo del régimen, en el momento de las grandes victorias italianas, se produce una distensión: se avanza progresivamente hacia un régimen parlamentario, de conformidad con la tendencia general en Europa. Algunos ministros se encargan de exponer la política gubernamental ante el cuerpo legislativo, que puede dar a conocer su opinión mediante un memorial. Se publican los debates en su versión íntegra. Luego se restablece el derecho de interpelación. El cuerpo legislativo elige su presidente y se le reconoce la iniciativa en la propuesta de nuevas leyes. Por último, la formación de un verdadero gobierno el 2 de enero de 1870 bajo la dirección de Émile Ollivier, republicano liberal integrado en el régimen, marca sin duda una etapa decisiva que la caída del régimen liberal no permite enjuiciar debidamente [6]. En 1868 se conceden la libertad de prensa y de reunión. Paralelamente una cierta oposición logra abrirse camino, con 30 electos en 1863, gracias a una coalición de monárquicos y republicanos, y 70 en 1869. En las elecciones de 1869, los adversarios del Imperio, monárquicos y republicanos, obtienen el 41 por ciento de los sufragios emitidos. No sin una dosis de ironía se asiste a la coalición de las dos místicas opuestas, definidas más arriba, en un asalto común contra un régimen sin escrúpulos, fenómeno que no es único en la historia de la Francia contemporánea. Los extremistas de ambas místicas estaban quizá lejos de sospechar que el gabinete Ollivier, por sus equilibradas modificaciones y compromisos, marcaba la vía del futuro: coalición de todos los moderados, incluidos los bonapartistas más liberales, los orleanistas, y los republicanos. «Nadie —decía Ollivier— puede negarse a ayudar a un gobierno que ofrece progreso sin violencia y libertad sin revolución». Desgraciadamente pronto vendría la derrota y varias explosiones retrasarían la cooperación entre las diversas fuerzas centristas...

La verdadera debilidad del Imperio radica en no haber logrado jamás atraerse ni a la juventud ni al mundo intelectual. Ahora bien, en quince años, ha aparecido una nueva generación que no ha participado en la Revolución de 1848. En las grandes escuelas, en los círculos de prensa y de los colegios de abogados, en las logias masónicas, esa juventud burguesa, a menudo hostil al catolicismo y fanática de la ciencia, toma conciencia de sí misma, lee los periódicos de la oposición y multiplica las reuniones. Es impulsada por el descontento obrero, el cansancio pequeñoburgués, la decepción de algunos industriales, e incluso la hostilidad de los notables monárquicos y católicos, que aportan los

preciosos votos campesinos. Así se llegan a vender, en 1868, 125.000 ejemplares del periódico *La Lanterne*, de Rochefort... La existencia de una oposición es un fenómeno sano dentro de un régimen liberal: sólo falta que ésta acepte las reglas del juego, y pueda esperar influir en la política del gobierno. Las oposiciones al Imperio enjuician la naturaleza misma del régimen. Ahora bien, el Imperio sigue siendo la obra de un hombre cuyo prestigio se ha desmoronado, el resultado de un golpe de Estado que un nuevo golpe de Estado puede borrar, el fruto de un momento histórico, 1848. El 4 de septiembre, tras las derrotas de la guerra franco-alemana, un motín parisino acaba con el Imperio.

Una vez desacreditado y derribado el Imperio tras la derrota, todavía traumatizados los espíritus por la Comuna de 1871, se abre un período de incertidumbre en cuanto a la forma del régimen. Esa situación sólo acaba en 1877 con el triunfo definitivo de la República, una república moderada, gobernada por los personajes destacados de la alta y mediana burguesía, quienes por fin encuentran un régimen acorde con sus deseos. Esta república tiene poco que ver con la mística republicana que Péguy evoca en *Notre jeunesse*. De hecho es producto de unas negociaciones. Para comprender la base de éstas, conviene volver sobre las circunstancias de ese doloroso nacimiento.

En mayo de 1871 se firma el tratado de Francfort con el gobierno del nuevo Imperio alemán, y la Comuna de París es aniquilada: queda libre la vía para una reconstrucción política del país dándole sólidas instituciones. La Asamblea elegida en febrero, que se reúne en Burdeos y luego en Versalles, está dominada por una mayoría monárquica, pero una mayoría dividida. Los legitimistas, fieles al conde de Chambord, nieto de Carlos X y último representante de la rama mayor de los Borbones, son pequeños nobles de provincias salidos por última vez de su aislamiento como fantasmas del pasado: ignoran todo lo relativo a los asuntos importantes y a los salones parisinos y viven de ilusiones. Los orleanistas, partidarios del conde de París, nieto de Luis Felipe, reúnen grandes apellidos de reciente nobleza, grandes fortunas y brillantes situaciones mundanas; son liberales, favorables a un catolicismo galicano bastante independiente del papado, y han comprendido que fuera de los períodos de crisis y de explosión, Francia debe ser gobernada por el centro. Durante semanas se gastarán muchas energías en encontrar una base de entendimiento entre legitimistas y orleanistas. El conde de París acepta retirarse en favor del conde de Chambord quien, al no tener descendencia, podría escoger a aquél como sucesor. ¿Es posible llegar a un compromiso? El 5 de julio el conde de Chambord declara que permanece fiel a la antigua bandera blanca de la monarquía,

y que hay que descartar la idea de reinar con una bandera tricolor: esa negación es evidentemente simbólica y aplaza la restauración. Pero esta restauración monárquica sólo es posible, según se cree, en un futuro indeterminado.

Thiers, elegido en Burdeos como presidente, conserva pues el poder, mientras se produzca esa hipotética restauración. Plebeyo ministro de Luis Felipe, jefe del partido del Orden en 1849-1850, advenedizo de origen muy modesto, a ratos periodista, historiador, alejado por Luis Napoleón Bonaparte, Thiers ha permanecido en la oposición bajo el Imperio, a diferencia de otros orleanistas, y ha pedido las «libertades necesarias», manifestándose por último en contra de la participación de Francia en la guerra de 1870. Al tiempo que se abstiene de dar a conocer su pensamiento profundo, intuye que la monarquía no se instaurará y que el país tiende hacia la república. Hace su propio juego, unas veces tranquilizando y otras inquietando a su mayoría monárquica, pero perfilándose cada vez más como el artífice de un acercamiento entre la gran burguesía orleanista y los elementos más moderados de la burguesía republicana. Como a la burguesía le horroriza la idea de un control fiscal, para cubrir los cinco mil millones de indemnización que deben ser pagados a Alemania se prefiere el préstamo al impuesto. Gracias a los reembolsos anticipados logra Thiers la retirada de las tropas de ocupación alemanas, y hace que se apruebe una nueva ley militar muy liberal, mediante la que los reclutas pueden «comprar» un sustituto. Su obra, que se inscribe dentro del movimiento liberal, está terminada: atemorizada por los progresos republicanos en las elecciones parciales, de los que hace responsable a Thiers, la mayoría monárquica le destituye el 24 de mayo de 1873, y lleva al poder al insignificante mariscal Mac-Mahon.

Apenas tienen interés las peripecias parlamentarias de los cuatro años siguientes. En este período, al que se podría asignar la etiqueta de «orden moral», destacan tres hechos importantes: fracasan las nuevas tentativas de restauración monárquica, a causa de la intransigencia de Chambord; se crean nuevas instituciones; y la minoría republicana se transforma en mayoría. Las instituciones son adoptadas poco a poco en 1875, sin que ningún documento central lleve el nombre de Constitución: se cree aún que podrán ser utilizadas tanto por una república como por una monarquía. Lo que suele llamarse Constitución de 1875 no es sino la yuxtaposición de una ley de 1873, que fija en siete años el mandato del Presidente, y de tres leyes de 1875, que crean un Senado y definen, al mismo tiempo, la organización y las relaciones de los poderes públicos. Para llegar a eso hace falta casi un año de debates, votos contradictorios, triunfos conseguidos

por escaso margen con unas mayorías heterogéneas, que reúnen a veces a republicanos y orleanistas, otras veces a republicanos y legitimistas y otras al conjunto de los monárquicos. Como mínimo común denominador surge, por fin, el tipo de régimen parlamentario y liberal, una especie de monarquía parlamentaria sin rey, curiosamente parecida a la monarquía belga, con dos Cámaras, una elegida por sufragio universal y otra, el Senado, por sufragio indirecto, lo que favorece a los pequeños notables rurales, y un ejecutivo bastante débil... El Presidente, que gracias a una enmienda aprobada por mayoría se llama Presidente de la República, es elegido por las dos Cámaras reunidas, representa a Francia en el exterior, firma los decretos y promulga las leyes, pero no toma ninguna decisión. El gobierno, dirigido por un Presidente del Consejo, es solidario y responsable ante las Cámaras. ¿Cómo y en provecho de quién van a ser aplicados esos textos? En 1875, dentro de la Asamblea elegida en 1871, la antigua mayoría de Burdeos ya no es del todo una mayoría: por una parte, de unas treinta elecciones parciales desde 1873, los monárquicos no han ganado ni una, de manera que sólo poseen una mayoría teórica de 15 votos entre más de 700 diputados; por otra parte, se multiplican los disentimientos entre los legitimistas y el centro-derecha orleanista. Una parte de los orleanistas sólo sueña con una concentración de las fuerzas de centro con el próximo centro-izquierda de los republicanos más moderados. Uno de los jefes orleanistas, el duque de Audiffret-Pasquier, es cuñado de un gran burgués del centro-izquierda Casimir-Périer, hijo del Casimir Périer de 1830: viven en el mismo palacio, que es parte de la dote de sus esposas... Tránsfugas orleanistas llegan a formar un nuevo grupo, que ocupa el lugar más central de todos ellos. En febrero-marzo de 1876 se celebran por fin unas elecciones generales que suponen una gran derrota para las derechas: 360 republicanos, 75 bonapartistas y 78 monárquicos resultan elegidos. ¿Es ése el reino, tan esperado, de los moderados? Todo hace creerlo, ya que Mac-Mahon forma un gobierno de centro-izquierda en el cual figura también, como ministro de Asuntos Exteriores, el duque Decazes, uno de los antiguos jefes orleanistas. Pero hay que contar además con una última explosión de la mística monárquica: la ofensiva parte de la jerarquía católica que en 1877 lanza una campaña contra el «caos» republicano, el sufragio universal y el matrimonio civil. En medio de un clima tenso, en el que parece ponerse en tela de juicio la forma de régimen, Mac-Mahon disuelve el gabinete de centro-izquierda y designa un gran ministerio combativo monárquico presidido por el duque de Broglie. Al retirar su confianza la Cámara de Diputados es disuelta con el acuerdo del

Senado, lo que está totalmente de acuerdo con las disposiciones de las leyes constitucionales (25 de junio de 1877). Durante el verano de 1877 el duque de Broglie revoca a 1.743 alcaldes y 1.385 funcionarios, traslada 4.799 funcionarios; Mac-Mahon recorre los departamentos. Raras veces ha habido elecciones más apasionadas que aquellas del otoño de 1877: a fin de cuentas los republicanos pierden unos treinta escaños, pero conservan una holgada mayoría. Después de haber intentado en vano formar gobiernos monárquicos, e incluso proyectado un golpe de estado militar, Mac-Mahon vuelve prudentemente a la solución del gabinete de centro-izquierda (diciembre de 1877). Cansado, dimite en 1879.

Esa fecha de 1877 marca, pues, el verdadero comienzo político de un régimen que sobreviviría unos sesenta años: el triunfo tardío del liberalismo político. Ya no había más disoluciones de la Cámara de diputados y de ahora en adelante se procurará elegir unos presidentes inofensivos. Una nueva generación, de formación a la vez positivista y kantiana, poco favorable al catolicismo, apegada a los grandes principios de 1789, pero reflexiva y moderada desde que accede a los puestos de responsabilidad, se apodera de las posiciones importantes. Ahora, los antiguos miembros de la oposición del final del segundo Imperio no desdeñan la etiqueta de «oportunistas». La antigua izquierda demuestra ser un centro sólidamente instalado que ninguna otra fuerza podrá arrancar del poder durante veinte largos años. Si no consigue imponerse de modo duradero ninguna gran personalidad, ya que los gabinetes se suceden a ritmo acelerado y las rivalidades personales se despliegan en los pasillos de la Cámara de diputados, poco importa, pues los mismos hombres se encuentran periódicamente en los mismos gabinetes con las mismas mentalidades, y la gestión día a día plantea precisamente pocos problemas. Sociológicamente es una misma clase la que domina todo: la mediana burguesía de las provincias, representada por hombres cuya formación es, generalmente, jurídica, médicos algunas veces, antiguos funcionarios también; añadiéndose al conjunto algunos elementos de la alta burguesía y algunos hombres de negocios. Entre los personajes de los diez primeros años merecen citarse cinco o seis nombres, por distintos conceptos. El primero, Dufaure, porque ese anciano, nacido en 1798, antiguo ministro de Luis Felipe y de Thiers en 1871, fue el primer presidente del Consejo republicano después de la explosión de 1877, como si se pretendiese precisamente demostrar la continuidad más allá de las explosiones. Es el ejemplo límite del control de las pasiones dentro de la democracia liberal.

El régimen republicano tuvo en Gambetta el único tribuno capaz de seducir al país, más allá de la tribuna parlamentaria, pero una fortuna desfavorable le apartó del poder [7]. Hijo de un tendero de origen genovés, antiguo abogado, jefe del grupo de republicanos avanzados en el cuerpo legislativo del Imperio, fue el animador del Gobierno provisional de Defensa nacional formado el 4 de septiembre de 1870. En 1876 figura a la cabeza de los republicanos en el asalto a la fortaleza monárquica. Pero posee un sentido político lo bastante agudo para comprender que la república, de existir, será moderada, y abandona el antiguo programa radical de los jóvenes republicanos: en 1878, en el célebre discurso de Romans, define con claridad y lucidez un programa de democracia moderada, inmediatamente aplicable. Alejado en un principio de las carteras ministeriales por envidias, es nombrado presidente del Consejo por unos meses en 1881, y muere en 1882.

Procedente de la mediana burguesía lorenesa, Jules Ferry [8], también abogado, es la figura política dominante de 1879 a 1885, permaneciendo siempre en el gobierno, salvo durante unos meses en 1881, unas veces en el ministerio de Instrucción Pública donde realizó una labor considerable, otras en la Presidencia del Consejo (1880-1881 y 1883-1885). El nombre de Ferry está ligado a la conquista colonial en Túnez, en Madagascar, en Tonkín; como muchos republicanos no respaldan aún esa política colonial, abandona la escena después de 1885, en un momento en que toda su personalidad le designaba para una especie de dirección moral sobre un equipo algo falto de brillo y prosaico.

Waddington, hijo de un rico fabricante inglés establecido en Francia, arqueólogo y numismático, antiguo ministro de Thiers, se revela un ministro de Asuntos Exteriores muy hábil de 1877 a 1879, y se convierte en presidente del Consejo por algunos meses en 1879: gran burgués liberal y culto, no tiene madera de caudillo. Nieto del gran economista liberal Jean-Baptiste Say, Léon Say, antiguo ministro de Thiers, pero también hombre de negocios con intereses en las azucareras y en los ferrocarriles del norte, es una de las grandes autoridades del antiguo centro-izquierda, que es el verdadero triunfador después de 1877: ministro de Hacienda de 1877 a 1879, y de nuevo en 1882, de opiniones muy ortodoxas, Léon Say asegura la presencia discreta de los grandes círculos industriales.

Por último Freycinet, alumno de la *Ecole Polytechnique,* que ha mantenido sólidos lazos de amistad con algunos de sus antiguos condiscípulos de la Escuela Politécnica, antiguo administrador de ferrocarriles, es un político muy hábil, que sabe maniobrar. Ministro de Obras Públicas de 1877 a 1879, concibe el grandioso

plan de obras públicas que lleva su nombre. Ministro de Asuntos Exteriores en 1879-1880, y después en 1882, desempeña casi constantemente una cartera de 1885 a 1893. En resumen, no faltan talentos, pero escasean los grandes proyectos.

En todo caso, en un período de unos diez años son aprobadas numerosas leyes fundamentales, tras lo que el régimen tiende a fosilizarse. Libertad total de reunión (1881), libertad de prensa (1881), ley municipal de 1884 que estipula la elección de los consejos municipales mediante el sufragio universal y la elección del alcalde por el consejo, libertad sindical (1884), ley sobre el divorcio (1884), enseñanza primaria gratuita, laica y obligatoria (1882), creación de una enseñanza media laica para muchachas, creación de la Escuela Normal Superior de Sèvres para formar un profesorado femenino. Se prohíbe la enseñanza a las congregaciones religiosas no autorizadas, en particular a los jesuitas, dominicos y maristas. En materia económica, el régimen no acaba de decidirse entre la no intervención estricta, que posibilite unas finanzas sanas, de acuerdo con las ideas de Léon Say, y la tentación de las grandes obras que gustan a los electores. Se ha dicho a veces que el orden moral fue víctima sobre todo de la mala coyuntura del decenio 1871-1880. Y como la coyuntura va de mal en peor, Fraycinet concibe la idea de rivalizar con el Segundo Imperio en materia de grandes obras. Logra imponer el desequilibrio presupuestario, paliado con empréstitos del Estado: se ensanchan los canales existentes, se construyen más líneas transversales de ferrocarriles, que son muy a menudo «líneas electorales», pero que de todos modos alimentan las carteras de pedidos de la industria minera y metalúrgica. En total, en una decena de años los gastos del plan Freycinet alcanzan más de nueve mil millones de francos, cifra notable en una época en que la renta nacional asciende a unos veinte mil millones. Para los puristas, la República se labra una reputación de mercantilismo, de compromiso con los grandes intereses. En 1881 se adopta una tarifa aduanera proteccionista para proteger a los industriales contra la competencia inglesa, seguida de otros aranceles aún más elevados en 1892 y 1898. En cambio, a diferencia de Alemania, no se adopta ninguna medida social.

Sin embargo, esta política republicana es impugnada: la derecha monárquica sigue siendo poderosa entre 1880 y 1890 y por la izquierda numerosos republicanos se quejan de traición. Capitaneados por Clémenceau, algunos diputados radicales exigen reformas más profundas, como el impuesto sobre la renta y la separación de la Iglesia y el Estado, al tiempo que denuncian la colusión de los políticos con los círculos financieros. En el país la pequeña burguesía, decepcionada, se entusiasma por el nacio-

nalismo; los agricultores viven días difíciles en el decenio de 1880, y los obreros están descontentos. Todas las reivindicaciones contradictorias que no son comprendidas por los republicanos en el gobierno cristalizan en torno al nombre de un hombre, el general Boulanger. El boulangismo es un fenómeno político original, un fenómeno de masas, mientras que el liberalismo está reservado a una élite y agrupa en muy poco tiempo todas las místicas que no caben en el modelo político liberal[9]. Ministro de la Guerra en 1886-1887, Boulanger destaca como político demagogo, nacionalista, que se gana las simpatías de la extrema izquierda radical; los círculos centristas en el poder no tardan en quitarle de en medio, ofreciéndole una comandancia en provincias. En los últimos meses de 1887 su nombre es enarbolado por una coalición heterogénea: patriotas, republicanos decepcionados por los escándalos, bonapartistas y hasta monárquicos. Jubilado en 1888, Boulanger se presenta a todas las elecciones parciales, siendo triunfalmente reelegido en cada ocasión tanto en los departamentos rurales como en los industriales. En enero de 1889 consigue en París las dos terceras partes de los votos. Habiendo retrocedido ante el golpe de Estado, los medios gubernamentales intrigan hábilmente para forzarle a huir al extranjero, y sus partidarios son juzgados por el Tribunal Supremo. En las elecciones del otoño de 1889 el boulangismo se desmorona y el mediocre general se suicida en Bruselas en 1891. Los republicanos moderados superan la primera gran crisis política; luego habrá muchas más, que también serán superadas.

Pese a que la fecha de las elecciones de 1889 no marca ninguna ruptura, puede encontrársele un valor simbólico: victoria sobre el boulangismo, deslizamiento de los republicanos moderados hacia el conservadurismo, como lo atestiguan los manifiestos electorales, pero también celebración del centenario de la Revolución de 1789. La Revolución, que hasta hace poco inspiraba a algunos escalofríos de terror, es celebrada de un modo típicamente burgués con una Exposición universal en París, en la que se registran 25 millones de visitantes. Dedicada a la arquitectura en hierro con una inmensa Galería de Máquinas y sobre todo la Torre Eiffel, la exposición alberga, entre otras, una sección colonial en la que cada una de las colonias francesas expone una aldea poblada por indígenas que viven y trabajan ante el público.

Con Péguy, demos la palabra a un político cínico, encargado de concluir: «Tenemos muy buenos prefectos. Entonces, ¿por qué preocuparse? Todo va muy bien. Ya no somos republicanos, es verdad, pero sabemos gobernar. Sabemos, incluso, gobernar mejor, mucho mejor que cuando éramos republicanos... O mejor dicho, cuando éramos republicanos no sabíamos gobernar en ab-

soluto. Y ahora sabemos un poco... Vean las elecciones. Son buenas. Mejorarán. Mejorarán tanto más cuanto que somos nosotros quienes las hacemos. Y empezamos a saber hacerlas... El gobierno hace las elecciones, las elecciones hacen el gobierno. Es un toma y daca. El gobierno hace los electores, los electores hacen el gobierno. El gobierno hace los diputados, los diputados hacen el gobierno. Todos son amables. Las poblaciones observan. Se ruega al país que pague... No es un círculo vicioso, como se podría creer. No es vicioso en absoluto. Es un círculo a secas, un círculo perfecto, un círculo cerrado. Todos los círculos son cerrados. Si no, no serían círculos. No es del todo lo que nuestros fundadores habían previsto... Y a fin de cuentas, no se puede fundar siempre. Sería demasiado fatigoso... Un país, un régimen, no tiene necesidad de vosotros, no tiene necesidad de místicas, de mística, de su mística. Sería más bien molesto para un viaje tan largo. Tiene necesidad de una buena política, es decir, de una política claramente gubernamental» [10].

b) *La unidad de Italia*

Entre 1850 y 1860 Francia y Alemania tienen cada una 36 millones de habitantes, el Reino Unido 38 e Italia 25. Italia podría ser una gran potencia europea, pero no lo es, como tampoco lo es Alemania. Políticamente está fragmentada, y en parte sometida a la tutela de Austria. Económicamente es una frontera de la Europa occidental capitalista e industrial, igual que Austria y Alemania, un espacio disputado e inseguro. La unidad italiana y la unidad alemana enfrentan a estos tres países en los dos únicos grandes conflictos armados europeos del siglo XIX. En ambos casos Francia, que quiere y cree ser la primera potencia continental, toma parte en el conflicto. Desde varios aspectos hay que relacionar, pues, el fenómeno de la unidad italiana con el movimiento general que conmueve a la Europa occidental.

Así como, desde un cierto punto de vista, el liberalismo político aplica los principios enunciados por la Revolución francesa de 1789, porque en definitiva la burguesía es lo bastante fuerte para imponerse, la unidad italiana puede ser considerada como la última onda de esa Revolución a escala europea, ya que Napoleón III realiza lo que había sido esbozado por Napoleón I. Porque no es sino la Revolución francesa de 1789 lo que da a Italia «la idea-fuerza de nación, comunidad de ciudadanos cimentada por el vínculo contractual y la conciencia cívica, es aquélla la que da origen a la idea unitaria con las primeras realizaciones, calcadas del arquetipo francés y conformes al nuevo derecho derivado de

los principios de 1789»[11]. Esta unidad beneficia a la Italia del norte, la única que está integrada en el espacio económico industrial de Europa. Su artífice principal, Cavour, es un político liberal de horizontes europeos, que en ningún momento de su vida ha puesto sus pies en Venecia ni en Roma ni en Nápoles. Finalmente, así como el liberalismo belga, holandés y francés es anticlerical, la unidad italiana se hace contra el Papa, quien pierde sus Estados y se retira por más de medio siglo al Vaticano, considerándose prisionero del nuevo reino.

A principios del siglo XIX los diplomáticos del Congreso de Viena podían estimar, empleando las famosas palabras de Metternich, que Italia era una expresión «geográfica». Después de las Revoluciones de 1848, pese a su fracaso y al mantenimiento de la división política, no se puede ya dudar del vigor del sentimiento nacional. En Custoza en 1848 y en Novara en 1849 los patriotas italianos han sido derrotados por un ejército extranjero, al querer librar solos la batalla. El juego de las grandes potencias, por la intervención de Francia y la complicidad benévola de Inglaterra, debe realizar lo que no pudo obtenerse en 1848: fracaso de las Revoluciones de 1848, triunfo a largo plazo de sus ideas, pero por medios indirectos, menos románticos.

En 1849 se restablece el orden, los príncipes recuperan sus Estados y suprimen las constituciones liberales otorgadas por breve tiempo. La Lombardía, austríaca, permanece en estado de sitio hasta 1856. Guarniciones austríacas ocupan las Legaciones (Estados Pontificios), la Toscana, los ducados de Parma y Módena. En Nápoles, Fernando II instaura un régimen policíaco que lleva a cabo una auténtica caza de brujas. Sólo el reino del Piamonte escapa a la reacción. El nuevo rey Víctor Manuel II, subido al trono tras la abdicación de Carlos Alberto, anuncia el 27 de marzo de 1849 que conservará el Estatuto, frenando así un principio de campaña antimonárquica. En mayo, Massimo d'Azeglio toma el mando de un ministerio de bienestar: aristócrata de temperamento artístico e indolente, lúcido, aplica lealmente la constitución. El 11 de octubre de 1850 hace entrar en el gobierno como ministro de Agricultura y Comercio a un diputado del centro-derecha, Camillo Benso, conde de Cavour. Paulatinamente, gracias a su actividad, su energía y su impaciencia, Cavour se impone como verdadero jefe del gabinete y se transforma en presidente del Consejo en mayo de 1852, apoyado por una mayoría parlamentaria de coalición que nace de la unión del centro-derecha y del centro-izquierda.

Nacido en 1810, Cavour[12] es hijo menor de Michele, que había dado su adhesión al régimen napoleónico y había especulado con los bienes nacionales. Su abuela materna, Filippina de Sales, pertenece a la nobleza de Saboya. Su madre, Adèle de Sellon, es

descendiente del patriciado calvinista de Ginebra. Por su matrimonio es sobrino político de un gran aristócrata francés, el duque de Clermont-Tonnerre. Su lengua materna es el francés. En cuanto a ideas, sus compatriotas le reprochan ser inglés. Liberal, es expulsado en 1826 de su cargo de paje del rey, y manifiesta su admiración por la Revolución francesa de 1830, lo que le obliga a abandonar el ejército. Durante los años siguientes, Cavour revaloriza una gran zona arrocera de la llanura del po, drena los suelos, introduce los abonos químicos y las primeras máquinas, especula con los ferrocarriles en la Bolsa, participa en la creación del Banco de Turín en 1847, invierte en las fábricas de harina y de fertilizantes y escribe artículos sobre la libertad de comercio y ferrocarriles, pero viaja también por Suiza, Francia, Bélgica e Inglaterra. Por su amplitud de miras y sus experiencias, es uno de los pocos liberales que ve claramente que «las exigencias del progreso político y económico son idénticas».

En el reino de Piamonte-Cerdeña, un pequeño Estado de 5 millones de habitantes, él es quien gobierna desde el centro, siendo criticado tanto por la derecha conservadora y católica como por la extrema izquierda radical, y se propone como tarea la modernización de las estructuras económicas y políticas del país. El balance administrativo es impresionante: nuevos códigos, nuevas reglamentaciones, reorganización del cuerpo de funcionarios. En el campo económico, por no disponer sobre el propio terreno de un ahorro suficiente y disponible para ser invertido en las empresas industriales, Cavour recurre a capitales extranjeros maniobrando con agilidad entre los grandes bancos franceses e ingleses y favoreciendo el desarrollo del puerto de Génova, primer puerto italiano. En diez años se duplica el volumen de los bienes de consumo, y el Piamonte se dota de la mayor red de ferrocarriles de la península, abre numerosos canales por todo su territorio y firma tratados de libre cambio con los grandes países. En 1860 el Piamonte posee la mitad del capital social del conjunto de las sociedades industriales y comerciales italianas. Cavour tropieza por otra parte con dificultades financieras a causa del desequilibrio de los presupuestos, cubierto mediante empréstitos, y con dificultades de orden político a causa de las medidas anticlericales, la supresión de las órdenes religiosas puramente contemplativas y la confiscación de sus bienes por el Estado... En el campo diplomático y militar, el ejército es reestructurado y dotado del material más moderno, la marina de guerra es desarrollada, pero lo que es más importante, Cavour logra alinear al Piamonte en el campo liberal, al lado de Inglaterra y de la Francia de Napoleón III, quien intenta romper con el bloque conservador que forman Prusia, Austria y Rusia. Al no decidirse Austria a unirse

a franceses e ingleses, cuyas operaciones se hacen interminables en Crimea, Cavour entra en el conflicto en 1855 al lado de Francia e Inglaterra contra Rusia, tras desbaratar las intrigas de la derecha católica austrófila, con el tiempo justo para participar en el Congreso de París (1856). Ha de acudir personalmente a París para forzar las puertas de la conferencia, intriga entre franceses e ingleses y por fin logra intervenir. Su intervención queda resumida en un memorándum que consta en las actas del Congreso: aduce que, por culpa de Austria, Italia se encuentra en una situación prerrevolucionaria, y que el interés de las grandes potencias consiste en ayudar al Piamonte antes de que sea demasiado tarde. En realidad, habiendo fracasado todas las sediciones y complots, principalmente en Mantua, Milán, Venecia, Parma, Sicilia y Toscana, la mayoría de los patriotas respaldan el programa moderado de Cavour. Daniele Manin, abogado republicano exiliado en París, subordina su adhesión a la voluntad de los participantes en el Congreso de construir una nación italiana. Por otra parte, Turín acoge a muchos exiliados procedentes de otros Estados italianos, los futuros dirigentes de la Italia de la segunda mitad del siglo: en el gobierno piamontés figuran ministros oriundos de Venecia, Bolonia, Milán, Sicilia.

¿Cómo se decide la intervención francesa? Italia despierta, sin duda, simpatías en Europa, en Inglaterra principalmente, donde esta actitud se mezcla a un moralismo protestante antipapista. Gladstone declara que la reacción napolitana es «la negación de Dios». En Francia intelectuales liberales y anticlericales, como Buloz, director de la *Revue des Deux Mondes*, son favorables a la causa de la unidad; pero muchos piensan, como Lamartine, que Italia, tierra del pasado, está poblada de «polvo humano». La opinión pública católica no admite que se toque Roma. Napoleón III cede en realidad a un sentimiento personal pese a la mala voluntad de la diplomacia oficial, cuyo jefe es el católico Walewski, hijo natural de Napoleón I. A partir de 1855 se conocen tres tentativas de asesinato urdidas por italianos contra el «carbonario felón» Napoleón III, el antiguo revolucionario de la Romaña. La tercera, la del conde Orsini, provoca una especie de crisis política, que determina la aprobación de una ley de seguridad general (febrero de 1858). El encuentro decisivo de Napoleón III y Cavour se produce en Plombières, en julio de 1858: el emperador de los franceses promete enviar 200.000 hombres a Italia contra Austria a fin de crear una especie de federación italiana sin Austria, una federación en la que Francia ejercería una hegemonía moral, y el Papa, desposeído de la mayor parte de sus Estados, recibiría la presidencia como compensación. Ese acuerdo es secreto, como la promesa de Cavour de ceder Saboya a Francia.

Diversas intrigas parecen querer revocarlo, pero es confirmado por un tratado secreto de alianzas de enero de 1859. Una publicación oficiosa deja adivinar en Francia los designios imperiales: las grandes potencias, principalmente Rusia e Inglaterra, dirigida entonces por un gabinete conservador, proponen una reunión internacional. Es Austria quien por torpeza precipita las cosas al dirigir un ultimátum a Turín...

Comienza la guerra el 29 de abril de 1859 con una débil ofensiva de los austríacos, quienes dejan a las tropas francesas el tiempo de llegar. Napoleón III asume personalmente el mando supremo a finales de mayo y el 4 de junio gana la batalla de Magenta, única operación estratégica de las hostilidades que permite la entrada en Milán de ambos monarcas. Pero Toscana ya ha echado a su gran duque, con una «revolución de salón»; al derrocar a sus soberanos Parma y Módena, la insurrección crece en Romaña y en las Legaciones, y de toda Italia acuden voluntarios para alistarse en el ejército piamontés. Preocupado por tanto entusiasmo, Napoleón III, tras la victoria de Solferino, entra en contacto con el Emperador de Austria a espaldas de Cavour y el 11 de junio concierta los preliminares de la paz de Villafranca, quince días después de su llegada a Italia. Austria renuncia a Lombardía, pero los príncipes de Italia central serán restaurados y se instaurará una confederación presidida por el Papa. Dimite Cavour. La actitud de Napoleón III es debida, en parte, a las noticias que le llegan de Francia y que testimonian de la extrema reserva de la opinión y, en parte, a la movilización de 400.000 prusianos en el Rin.

Retirado del poder, Cavour puede animar a los moderados para que conserven el control de la situación en Italia central, cuyas asambleas constituyentes aprueban en agosto y septiembre de 1859 la unión con el Piamonte. En diciembre de 1859 Napoleón III decide reemprender alguna iniciativa, y el ministerio liberal inglés considera favorablemente la perspectiva de una unidad italiana: un libelo oficioso aparecido en París aconseja al Papa la renuncia a sus Estados, excepto Roma, y Walewski deja el ministerio de Asuntos Exteriores. En enero de 1860 Cavour vuelve al poder, se aprovecha de la rivalidad de Londres y París y organiza plebiscitos triunfales en Italia central; el Piamonte cede Saboya y Niza a Francia para reforzar los lazos rotos por un momento.

El nuevo reino de la Alta Italia, con el Piamonte, la Lombardía, Parma, Módena, la Toscana y la Romaña, cuentan con 12 millones de habitantes, es decir, casi la mitad de Italia. Los círculos dirigentes piamonteses se dan por satisfechos. Es una nueva fuerza política, el Partido de la acción, que cuenta con el pueblo, la

más clarividente: Crispi, emigrado siciliano, y Garibaldi, en mayo de 1860, organizan la expedición de los mil «camisas rojas» con 1.500 armas oxidadas que los piamonteses acaban por concederles. Los mil voluntarios, todos ellos intelectuales habitantes de ciudades, desembarcan en Sicilia, libran algunas escaramuzas con los borbónicos, son bien recibidos por las ciudades sublevadas y, para conciliarse con los campesinos un tanto reticentes, suprimen la tasa sobre la molienda de granos. En agosto de 1860, Garibaldi cruza el estrecho de Mesina y es recibido triunfalmente en el sur de Italia. Un ministro del rey Francisco II abre en persona las puertas de Nápoles. Cavour decide actuar para contener la ola democrática; el ejército piamontés entra en las Marcas y se reúne con los partidarios de Garibaldi en el reino de Nápoles. Víctor Manuel es saludado como rey de Italia por el mismo Garibaldi. Se ratifican las nuevas anexiones mediante plebiscitos. Fuera del reino no queda más que la Venecia austríaca y la campiña romana con Roma. Un nuevo parlamento se reúne en Turín en febrero de 1861; el reino de Italia es reconocido con entusiasmo por Inglaterra y también por Francia. Cavour muere en el mismo año, en el momento en que negocia en secreto un compromiso con el Papa.

La consecución de la unidad es laboriosa y carente de grandeza. La administración unitaria se establece con dificultad. Una verdadera guerrilla dirigida por el clero asola el antiguo reino de Nápoles, donde los piamonteses fusilan sin juicio a 1.000 rebeldes en dos años. Gracias a los buenos oficios de Napoleón III con ocasión del conflicto austro-prusiano de 1866, Italia puede atacar de nuevo a Austria. Pese a ser derrotada, Italia consigue Venecia tras la ficción de un plebiscito (1866). Queda la cuestión más espinosa, la de Roma y la campiña romana: en 1862, el gobierno real lanza a Garibaldi contra Roma, mas presionado por Napoleón III, debe él mismo contenerle. En 1867, animado en secreto por algunos círculos oficiales, Garibaldi hace una nueva tentativa, pero una división francesa le intercepta en Mentana. Es el conflicto franco-prusiano quien decide la suerte de Roma: a la caída de Napoleón III los italianos envian un ejército a Roma, que ratifica la anexión mediante un plebiscito con 98 por ciento de votos a favor. Una ley de garantías ofrece al Papa poco más o menos lo que aceptará de Mussolini cincuenta años más tarde, pero que entonces rechaza: derechos de un soberano, envío de nuncios al extranjero y compensaciones. La unidad termina como ha empezado, a favor del juego de las grandes potencias. Quedan todavía Trento y Trieste. La unidad ha costado la vida a 6.000 italianos, pero también a 15.000 franceses...

En conjunto, la unidad ha sido obra de una clase burguesa, intelectual y moderada, y también de los funcionarios del norte que han sabido insertarse en un juego diplomático a escala europea. Aquí también el liberalismo alcanza rápidamente sus límites: incapacidad para concebir reformas sociales de las cuales tanta necesidad tiene el sur de Italia, timidez, estancamiento en el conservadurismo. Habiendo prohibido Pío IX a los católicos participar en las elecciones legislativas, el cuerpo electoral, muy exiguo ya con sólo el 15 por ciento de los varones adultos, es ahora debilísimo. La izquierda anticlerical y liberal que gobierna a partir de 1876 se lanza en una política megalómana de nacionalismo, de armamentos y de colonialismo. En el caso de Italia, más aún que en otros casos, más que de una voluntad de enfrentarse a lo real, se trata de una huida hacia adelante.

IV. Alemania y Austria a partir de 1850: diversidad y unidad

La organización de los países germánicos no se había modificado desde 1815; seguían integrando el *Deutscher Bund* [1] que comprendía 39 Estados soberanos. Entre éstos, dos Estados destacaban por su importancia territorial y política: Prusia y Austria. El reino de Prusia estaba dividido en dos partes: por una parte, Renania-Westfalia, y por otra, Brandemburgo, Pomerania, Silesia y el norte de Sajonia, separadas por el reino de Hannóver, el ducado de Brunswick y el electorado de Hesse; no formaban parte del *Bund,* por el contrario, los territorios de Prusia oriental y Posnania, pertenecientes a Prusia. En el sudeste de Alemania se extendía la monarquía austríaca, que sólo pertenecía al *Bund* por sus provincias occidentales (Bohemia, Moravia, Austria, Tirol, Carintia, Carniola), mientras permanecía fuera Hungría. Estas dos monarquías formaban los polos de atracción en torno a los cuales gravitaban los Estados más pequeños, los reinos de Baviera, Würtemberg, Sajonia, Hannóver, los numerosos grandes ducados, principados, ducados... La Dieta Confederal de Francfort no podía poner remedio a esta atomización de soberanías; antes bien, reforzaba la importancia de los pequeños Estados sobre los cuales Austria y Prusia tenían que apoyar para contar una mayoría. Por otra parte, su papel no era el de un fermento unificador, sino el de constituir una defensa contra el liberalismo, contra la agitación social y las secuelas de la Revolución de 1848. Los primeros actos de la Dieta, al reanudar sus trabajos en agosto de 1851, fueron la abolición de los derechos fundamentales aprobados en 1849 y el nombramiento de una comisión especial, la «Comisión

de Reacción» *(Reaktionsausschuss)*, que recomendó a los Estados la supresión de las constituciones, el sufragio universal y la organización constitucional del ejército, y tomó medidas legislativas contra las asociaciones obreras y la prensa. El futuro de la Revolución estaba colocado bajo el signo de la Santa Alianza de las oligarquías aristocráticas, más que bajo el de la unidad nacional.

Y sin embargo, ya desde 1815 se habían expresado las aspiraciones de los alemanes a formar una nación, el sentimiento que todos aquellos que hablaban la lengua alemana formaban un solo pueblo, miestras los progresos económicos empezaban a mostrar el fraccionamiento político como un anacronismo. El primer paso hacia la unidad había sido la fundación del *Zollverein*[2], que englobó a partir de 1835 dentro de una unión aduanera a más de 25 Estados y 26 millones de habitantes en torno a Prusia. La Revolución de 1848 había intentado realizar la unidad alemana, pero se enfrentaban dos concepciones antitéticas: la unidad dentro de una «Pequeña Alemania», afirmando la hegemonía prusiana y excluyendo a Austria, y la unidad dentro del marco de la «Gran Alemania», reconociendo a la monarquía austríaca el papel imperial que había desempeñado en los siglos anteriores. El fracaso de la Revolución iba a hacer momentáneamente que se desvanecieran los sueños de unidad y que Prusia y Austria se replegaran dentro de una política de reacción; pero la unidad, política y económicamente necesaria de ahora en adelante iba fatalmente a oponer a estos dos países.

a) *La política de reacción* (1850-1862)

α) El «sistema Bach» en Austria

Tras el fracaso revolucionario, la monarquía de los Habsburgo intentó restablecer el absolutismo apoyándose en el ejército, la policía, la Iglesia católica y la tradicional y omnipresente burocracia austríaca. El régimen creía posible la vuelta a 1815.

La constitución otorgada el 4 de marzo de 1849 por el emperador Francisco José no fue nunca aplicada; fue suprimida por la *Silvesterpatent* del 31 de diciembre de 1851. Los pocos ministros liberales dimitieron y a partir de entonces todo el poder se encontró de nuevo concentrado en las manos de ese joven emperador de 20 años, a través del cual gobernaba el pequeño grupo de aquellos en quienes había depositado su confianza: el viejo Kübeck, presidente del Consejo de Estado, reaccionario e inspirador de las medidas policíacas aplicadas por el ministro del Interior

Bach, el general Grünne, comandante en jefe del ejército, el general Giulay y monseñor Rauscher, arzobispo de Viena.

Se estableció el orden militar. El estado de sitio se mantuvo hasta septiembre de 1853 en Viena y Bohemia, hasta mayo de 1854 en Galitzia y Hungría, hasta septiembre de 1854 en Transilvania. Cada provincia estaba regida por un *Statthalter,* por lo general el gobernador militar de la región, que disponía en los territorios no alemanes de poderes casi ilimitados. Además del ejército regular, quince regimientos de gendarmería, creados en 1849, se añadían a la policía propiamente dicha para espiar, denunciar y vigilar la población; cada gendarme recibía por cada arresto recompensa que variaba en función del castigo al cual se veía condenado el acusado. El código penal instituyó incluso para las clases inferiores de la sociedad la pena del azote. En cuanto a la libertad de prensa, no existía por supuesto.

El segundo apoyo de la reacción era la Iglesia católica cuyo sostén tuvo como precio el abandono de la tradición josefista. En 1850 fue suprimido el control del Estado sobre la Iglesia: fue abolido el control sobre las relaciones entre los obispos y el Papa, sobre las cartas pastorales de los obispos, sobre los seminarios y las congregaciones; fue abolida la policía de los cultos, que pasaron a depender del ministerio de Instrucción Pública y ya no del ministerio del Interior; los obispos recibieron poderes disciplinarios sobre los sacerdotes, con el derecho incluso de pronunciar y hacer aplicar penas corporales; en 1852, los jesuitas pudieron instalarse de nuevo en el Imperio. El colofón de esta política fue el Concordato, firmado el 5 de noviembre de 1855 entre el papa y el emperador Francisco José, que confiaba a la Iglesia la vigilancia de la enseñanza y la censura de los libros. Como en Francia y como en los demás Estados alemanes, la Iglesia unía su causa a la de las políticas reaccionarias.

Esta restauración del antiguo orden se basaba, sin embargo, en una contradicción. El régimen, que representaba los intereses de la alta aristocracia, no disponía del apoyo del conjunto de las clases poseedoras. No se apoyaba en la burguesía austríaca, de hecho poco desarrollada debido al retraso económico del país, aunque confiara la cartera de Comercio e Industria al armador de Trieste Brück, su política era contraria a las aspiraciones y los intereses materiales de la burguesía liberal. Pero no podía apoyarse tampoco en el conjunto de la aristocracia, ya que no era posible revocar la supresión de los derechos feudales: la ley del 24 de marzo de 1849 había fijado las modalidades del rescate de los derechos, es decir, de la indemnización que debían recibir los señores; en Austria, los campesinos pagaron la mitad de la indemnización, y el Estado la otra mitad; en Hungría toda la

carga del rescate recayó sobre el presupuesto de la provincia. Ahora bien, el importe de la indemnización era muy bajo, y la pequeña nobleza que antes explotaba sus tierras con una mano de obra gratuita tuvo que venderlas progresivamente, al no poder desde ese momento sufragar los gastos de su explotación. En cuanto a la alta aristocracia, la indemnización representaba para ella el capital necesario para modernizar sus explotaciones y consolidar su fortuna. La base social del nuevo régimen austríaco era, pues, muy exigua.

β) La reacción en Alemania

En el reino de Prusia, menos todavía que en Austria, la política de reacción no podía consistir en una vuelta al antiguo orden, que sólo el rey Federico Guillermo IV, su camarilla de grandes señores y algunos publicistas como Viktor von Strauss creían aún posible. El desarrollo económico naciente empezaba a modificar la estructura de la sociedad y a hacer aparecer una nueva burguesía con la cual tenía que contar el gobierno de los *Junker*.

La reacción disponía de los mismos instrumentos que en Austria: la policía, el ejército y la burocracia. La constitución no fue suprimida, sino enmendada a fin de tener una mayoría más dócil. El sistema electoral repartía a los electores primarios en tres clases, representando cada una la tercera parte de la suma total de los impuestos pagados; cada clase elegía igual número de diputados en el *Landtag*. Este sistema consagraba la preeminencia de los grandes contribuyentes, es decir, de los más ricos: esto permitía pues a la burguesía rica participar en las decisiones políticas. Ciertamente, ese *Landtag* tenía pocos poderes, pues solamente disponía del derecho de presentar quejas y de votar el presupuesto; compuesto principalmente de funcionarios obedientes, elegidos gracias a una hábil delimitación de las circunscripciones electorales no había intentado por otra parte sobrepasar jamás sus atribuciones. Además, en 1854 una decisión real añadió al *Landtag* una Cámara de los Señores, designados por el Rey a voluntad o mediante presentación de los príncipes de la sangre, las universidades y las ciudades; el Rey quería así contrarrestar la influencia de la nobleza media, reservando esta cámara a la alta aristocracia. De hecho, la oposición de la Cámara de los Señores, constituida por una mayoría de *Junker* de las provincias orientales obligó varias veces al Rey a crear nuevos pares.

Todo el poder estaba pues concentrado en las manos del gobierno y la burocracia. La acción de la policía anuló las posibili-

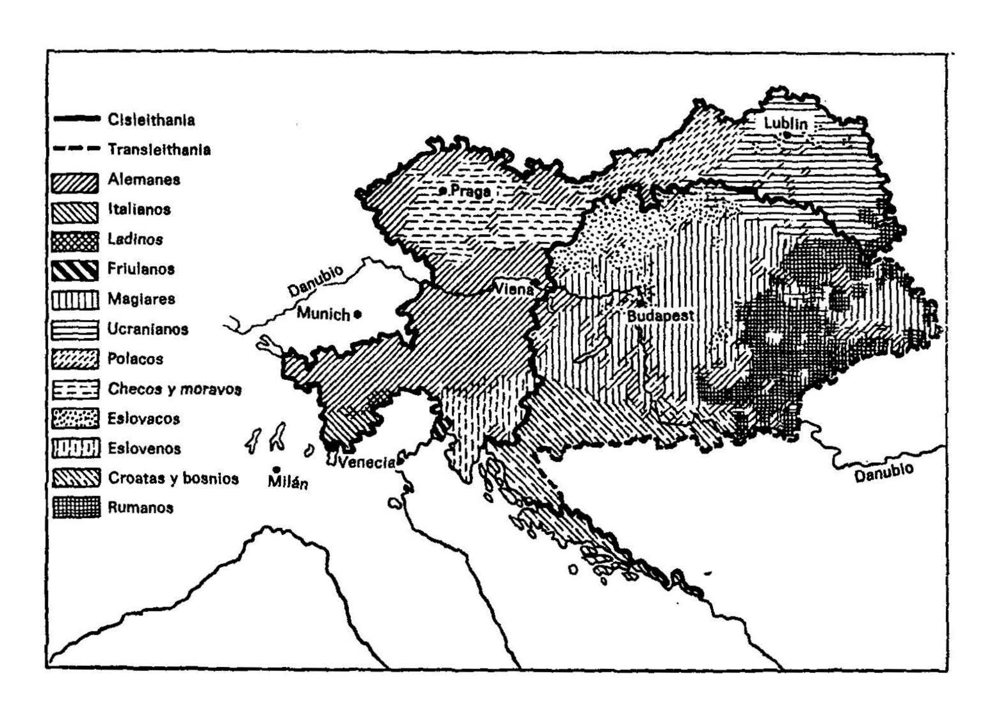


FIG. 4.—*Austria-Hungría en 1867.*

dades de oposición popular, deteniendo y haciendo condenar a los jefes de la Liga de los Comunistas de Colonia en 1852. Su proceso permitió, por otra parte, reforzar el aparato represivo. Fueron suprimidos los jurados en materia de delitos políticos y delitos de prensa, y se creó un tribunal especial para los casos de alta traición, mientras que von Hinckeldey presidente de la policía de Berlín, veía acrecentarse aún más sus poderes. El gobierno se apoyaba también en las Iglesias; a cambio les dejó la enseñanza primaria y secundaria, exigió de los funcionarios que manifestasen sentimientos religiosos y, por último, sometió a los sacerdotes católicos a la autoridad de sus obispos.

Apenas puede hablarse de oposición burguesa, exceptuando la del grupo de la *Wochenblattpartei,* que representaba a la alta burguesía y parte de la nobleza renana y que, bajo la dirección de August von Bethmann-Hollweg, gozaba del apoyo del *Kronprinz,* de muchos diplomáticos y de altos funcionarios. Este grupo, nacido en la parte económicamente más desarrollada de Prusia, es significativo de un comienzo de integración entre la élite burguesa y la aristocracia. Estos dos grupos asumían las transformaciones económicas y sociales, deseaban la instauración de la monarquía constitucional y tenían la mirada puesta no ya en la Rusia aristocrática y atrasada, como los *Junker* del este del Elba, sino en la Inglaterra industrial y liberal. Esta ausencia casi absoluta del gobierno, que velaba por los intereses del comercio y la industria al nombrar ministro de Comercio al banquero von der Heydt y favorecer la construcción de los ferrocarriles. Pero sobre todo, el poder se beneficiaba, como lo hacía el Segundo Imperio en Francia, de la coyuntura de expansión que, al satisfacer los intereses materiales de la burguesía, hacía olvidar el autoritarismo político.

En los demás Estados alemanes, la reacción se extendió igualmente aprovechando los mismos apoyos y aplicando los mismos métodos. Las constituciones liberales fueron suprimidas o transformadas para reforzar el poder político de la aristocracia: como en Mecklemburgo, donde, con la ayuda del gobierno prusiano, la constitución fue sustituida por una vuelta al sistema casi feudal de los «estados» *(Stände)* de 1755; como en Hesse, donde se modificó totalmente la constitución liberal de 1831; o como en Sajonia, donde fueron resucitados los *Stände.* En todas partes la policía acosaba a los liberales: en Sajonia, por ejemplo, un «libro negro» *(Schwarzes Buch)* conteniendo los nombres de más de 6.000 demócratas fue redactado y comunicado a la policía de los demás estados. También en todas partes la Iglesia apoyaba la reacción, haciendo pagar su adhesión mediante la extensión de su influencia en la enseñanza.

γ) El poder de Prusia y el de Austria

Entre 1850 y 1860 se modificó la relación de fuerzas entre los dos países susceptibles de realizar en torno a ellos la unidad de Alemania. Dentro del Imperio de Austria, la coexistencia de las diferentes nacionalidades ejercía un efecto centrífugo, mientras que Prusia se transformaba económica y socialmente y reforzaba su posición en Alemania.

En los países de la monarquía de los Habsburgo, la política de reacción se ejerció tanto contra el nacionalismo de los húngaros y los checos como contra el liberalismo, las dos aspiraciones que se habían manifestado juntas durante la Revolución de 1848. El «sistema Bach» era autoritario y centralista. Así intentó combatir las fuerzas centrífugas que tendían a desintegrar el Imperio mediante una política de germanización de la enseñanza secundaria y superior, del ejército y del cuerpo de funcionarios. Estas medidas, que venían a añadirse al autoritarismo político, sólo podían incrementar el descontento de los húngaros y checos, tanto más que el gobierno imperial, en su búsqueda de apoyos, favorecía abiertamente a las pequeñas nacionalidades como los croatas, los eslovacos y los rutenios. El resultado fue el reforzamiento de la oposición de las nacionalidades y la conciencia que tenían de sí mismas, propiciando la unión de los grandes señores —cuya autoridad fue sustituida por la de la administración imperial—, el bajo clero a menudo patriota y antialemán, la burguesía liberal y el campesinado, mientras que el gobierno no se ganaba por ello la adhesión de los austríacos de lengua alemana, sensibles a la pérdida de las libertades políticas y al fracaso económico, financiero y político del régimen.

En efecto, el Imperio de Austria se benefició poco de la coyuntura de expansión de los años 1850-1860. Mostró, al contrario, su incapacidad para transformarse en un país industrial con sus propios capitales; de este modo abandonó la tarea del desarrollo económico a los capitales extranjeros concediéndoles la construcción de los ferrocarriles y la fundación de Bancos, empresas que no podían asegurar ni la acumulación de capital por una burguesía insuficientemente desarrollada, ni el presupuesto del Estado, abrumado por las crecientes dificultades financieras. Los impuestos afluían con dificultad; el mantenimiento de un ejército muy numeroso costaba caro; el Estado lograba evitar la bancarrota sólo gracias a los impuestos percibidos en Italia y a los sucesivos empréstitos. La guerra de Italia iba a determinar una grave crisis de las finanzas del Estado, al provocar el hundimiento del curso de la renta; luego la derrota, que el armisticio precipitado de Villafranca (12 de julio de 1859) apenas disfrazaba, hacía a

Austria perder la Lombardía y daba a los húngaros una prueba de la debilidad del gobierno. El «sistema Bach» no iba a sobrevivirle. Entonces aparecieron sucesivamente dos tentativas para restablecer el equilibrio interno del Imperio. El emperador sustituyó a Bach por una aristócrata de Galitzia, Goluchowski, e hizo una experiencia de liberalización y descentralización relativas promulgando una constitución mediante el Diploma de octubre de 1860 que asignaba un papel legislativo a un Consejo del Imperio y a las Dietas provinciales y esbozaba una apariencia de federalismo, reservando ciertas cuestiones comunes al Consejo del Imperio, cuyos miembros eran escogidos por el Emperador de unas listas establecidas por las Dietas locales, mientras que los demás problemas eran de la competencia de las Dietas. Esta nueva constitución innovaba demasiado o demasiado poco: determinó la coalición de toda la oposición. Los húngaros la encontraron muy poco federalista; para la burguesía austríaca muy poco liberal, mientras la burocracia acogía mal la limitación de su omnipotencia. Por eso el Emperador intentó la política opuesta con la Patente de febrero de 1861, que establecía un régimen centralista y relativamente liberal, aunque sin incluir la responsabilidad ministerial. Esperaba así encontrar apoyos dentro de la burguesía austríaca. Estas esperanzas se vieron pronto frustradas. Los húngaros se negaron a participar en la Dieta del Imperio, exigiendo que sus derechos políticos, consagrados por la Pragmática Sanción de 1713, fuesen reconocidos: en noviembre de 1861 el estado de sitio fue restablecido en Hungría y la Dieta húngara disuelta. En cuanto a las demás nacionalidades, los checos, croatas, rumanos, la supresión del federalismo con la Patente de octubre de 1860 les llevó a la oposición. El Emperador no podía, pues, apoyarse sino en algunas nacionalidades minoritarias como los polacos de Galitzia o los eslovenos. Por último, los austríacos de lengua alemana encontraban el régimen demasiado autoritario y deseaban una evolución hacia el constitucionalismo. El Imperio de Austria en vísperas de la realización de la unidad alemana, iba, pues, en pos de un equilibrio interno que no podía procurarle sino una evolución hacia el federalismo y el liberalismo. Su aparente fuerza encubría una gran debilidad económica y política.

El Reino de Prusia, en cambio, reforzó su poder durante esos años decisivos. En primer lugar, experimentó un desarrollo económico rápido, que hizo de él el centro de crecimiento de Alemania, polarizando las economías de los otros Estados alemanes. Hacia 1865, Prusia poseía las dos terceras partes de las máquinas de vapor de Alemania y los mayores bancos, y producía las nueve décimas partes del arrabio y del carbón y la mitad de los tejidos

alemanes; la producción del Ruhr pasó de 1,9 millones de toneladas en 1850 a 4,3 millones en 1860; de 1851 a 1857 se construyeron 27 altos hornos de coque en el Ruhr, donde, en 1862, el 76,3 por ciento del arrabio se fundía con ayuda del coque. La geografía económica de Alemania se modificaba, pues, en beneficio de Prusia: la industria se concentraba en el Ruhr, en Silesia y en Sajonia, parte de las cuales era prusiana, y se alejaba de los centros antiguos (siderurgia de las regiones montañosas, de Eifel y Turingia; industria textil de Turingia y Lusacia). Las vías férreas se ordenaron en torno a la red prusiana, permitiendo la constitución de un mercado económico unificado alemán; el sistema de comunicaciones de Alemania del sur ya no orientaba los intercambios hacia Italia y Austria, sino hacia Alemania del norte. Es significativo el hecho de que el Imperio de Austria no estuviera empalmado a la red alemana, sino de modo tardío: Austria y Sajonia no fueron enlazadas hasta 1859, Munich y Viena lo fueron sólo en 1865. La geografía de los transportes excluía a Austria de Alemania. Esta exclusión era confirmada también por la evolución del *Zollverein,* que había dado pruebas de su solidez al impedir en 1851 la tentativa de secesión de los Estados del sur que, manipulados por Austria, estaban preocupados por la amenaza de hegemonía política por parte de Prusia; en la época de la renovación del tratado, en 1853, Austria no había logrado entrar en el *Zollverein.* Este, pues, realizó la unidad económica de hecho en provecho de Prusia. Finalmente, la conferencia monetaria de 1857 iba a consagrar esta exclusión de Austria al hacer del tálero prusiano de plata una moneda de curso legal en toda Alemania, en detrimento del florín imperial de oro. La unidad monetaria estaba, pues, realizada en parte permitiendo la movilidad de capitales entre Munich, Francfort, Stuttgart, Colonia, Berlín y Leipzig, es decir, dando a la economía prusiana la posibilidad de financiar su desarrollo mediante el drenaje de los ahorros de toda Alemania.

El desarrollo económico prusiano tuvo otra consecuencia: el resurgimiento del liberalismo y de las tendencias unitarias, así como la liberalización del régimen político. Mas esta transformación no era fruto, como en Austria, de la necesidad, ni la prueba de la debilidad del Estado; correspondía al poder económico creciente de la burguesía industrial que, entre 1850 y 1860, superó al de los terratenientes (el número de los mayores contribuyentes se duplicó con creces en las provincias industriales). En 1858, el príncipe Guillermo sustituyó como regente a su hermano, al volverse éste loco. Convertido en rey de Prusia en 1861 bajo el nombre de Guillermo I, el nuevo soberano, aunque

convencido de sus derechos divinos y sus obligaciones reales, no era antiliberal. Las elecciones, libres de toda presión administrativa por vez primera, permitieron la entrada de liberales en el *Landtag*, mientras que en los círculos universitarios de toda Alemania, grandes historiadores como Droysen, Sibel, Mommsen y Treitschke, pintaban el cuadro de una Alemania nacional y liberal, unificada por Prusia, pero respetuosa frente a los particularismos de los diversos Estados. El papel dirigente de Prusia era pues aceptado de nuevo y deseado por la burguesía liberal alemana e incluso por algunos socialistas como Lassalle.

Pero no tardaría en producirse el choque entre un rey celoso de su autoridad y una opinión pública deseosa de más libertades políticas. La ocasión la dio el proyecto de reforma militar de 1860, preparado por el general von Roon; si Prusia no había entrado en la guerra al lado de Austria en 1859 era en parte porque sus jefes estimaban que el ejército no estaba preparado para ello: esto había producido el descontento de la opinión pública alemana. La estructura del ejército radicaba, desde 1815, en la unión entre el ejército permanente y la milicia *(Landwehr)*. Guillermo I y Roon querían establecer un servicio militar de tres años y fundir las clases más jóvenes de la *Landwehr* en la reserva: esto habría permitido aumentar a 60.000 hombres el contingente anual de reclutas, en vez de los 40.000 anteriores. El *Landtag* de Prusia rechazó el proyecto, en parte porque era caro (la creación de 50 nuevos regimientos representaba 9,5 millones de táleros de gastos suplementarios), y en parte, porque significaba la desaparición de la milicia, es decir, de la concepción democrática del ciudadano-soldado de la guerra de liberación, entrañable para los liberales y patriotas alemanes. El rey tuvo que disolver el *Landtag*, pero las nuevas elecciones, en 1861, dieron como resultado una mayoría aplastante para los liberales y progresistas: el gobierno sólo podía contar con 68 votos de un total de 352. El rey pensaba en abdicar y los militares en un golpe de estado; la situación parecía insoluble. Para el rey la solución fue nombrar jefe de gobierno a Otto von Bismarck, quien se comprometió a hacer aceptar la ley de tres años y a gobernar, si hiciera falta, en contra del *Landtag*.

Así, si a la llegada de Bismarck al poder Prusia estaba en plena crisis constitucional, se trataba sólo de una crisis coyuntural que no afectaba a las fuerzas económicas y a la dinámica social del país; en cambio, las causas de la debilidad de la monarquía de los Habsburgo eran profundas: debilidad de la economía, sociedad aún en gran parte feudal, contradicción entre un Estado unitario y las aspiraciones de las nacionalidades a la autonomía.

b) *Primer paso hacia la unidad: el conflicto entre Prusia y Austria*

α) Los preliminares

Austria, entonces, se aprovechó de las dificultades internas de Prusia para volver a plantear el problema de la «Gran Alemania». Su ataque se libró en dos planos: a nivel de las instituciones confederales y a nivel del *Zollverein*. El gobierno austríaco propuso que un Congreso de príncipes reunido en Francfort el 17 de agosto de 1863 examinara el proyecto de reforma del *Bund*, mediante la creación de instituciones que dispusieran de poderes auténticos: un Parlamento, un Tribunal federal y un Directorio ejecutivo que comprendería 5 miembros. Esto permitiría a Austria disponer de una mayoría contra Prusia y poder movilizar el ejército confederal con 3 votos contra 2. Bismarck se negó a apoyar esta reforma que suscitaba de nuevo la controversia entre la «Pequeña» y la «Gran Alemania» y Prusia no participó en el Congreso. Muy rápidamente, éste se estancó en problemas menores; los intereses de los Estados eran contradictorios y los príncipes no querían ni una hegemonía austríaca ni una hegemonía prusiana.

La segunda tentativa de Austria fue también un fracaso. Intentó, de hecho, explotar el descontento que había suscitado el tratado comercial librecambista de 1862 entre Francia y el *Zollverein* en algunos sectores industriales de los Estados de Alemania del sur; este tratado había sido una derrota austríaca, pues impedía la entrada en la unión aduanera de Austria, cuya frágil y naciente industria necesitaba protección. La tesis de la «Gran Alemania» despertaba muchas simpatías en Baviera y en Wütemberg, pero la simple amenaza de una denuncia del *Zollverein* por Prusia le bastó para hacer que los Estados del Sur volvieran a la obediencia: el *Zollverein* fue refrendado en 1864, y esta renovación marcó el desmoronamiento de las esperanzas austríacas.

Mientras tanto, Bismarck consolidaba su posición. Tenía en contra suya a todo el *Landtag* y a los liberales, pero apoyado por la Cámara de los Señores *(Herrenhaus)*, lograba gobernar sin hacer que se votara el presupuesto, someter a la prensa, y hacer que se aplicara la ley de tres años, lo cual le daba los medios de llevar a cabo una eventual guerra contra Austria. Además, disponía del apoyo de numerosos industriales y banqueros como Bleichröder, Hansemann, Siemens, quienes veían en él al defensor del librecambismo contra el proteccionismo austríaco. Por último, reforzó la situación diplomática de Prusia: al ayudar al zar a reprimir la insurrección polaca de 1863 en contra de toda

la opinión públíca europea, se había asegurado la neutralidad benevolente de Rusia para el caso de que Prusia entrase en conflicto con Austria. Al mismo tiempo conseguía mantener buenas relaciones con el emperador Napoleón III, de quien había podido permitirse aprobar, aparentemente, el proyecto de una conferencia internacional para revisar la situación territorial de Europa, sabiendo perfectamente que Inglaterra, que se atenía a los tratados de 1815, no lo aceptaría.

β) La cuestión de los ducados daneses y la guerra austro-prusiana

La crisis de los ducados daneses iba a ofrecer a Bismarck la ocasión oportuna para aislar a Austria y hacer aparecer a Prusia como el abanderado del patriotismo alemán.

El asunto era harto complejo; con ironía, el ministro inglés Palmerston se refería a él diciendo: «Sólo tres personas lo han entendido: el príncipe Alberto, que ha muerto; un estadista danés, que se ha vuelto loco, y yo, que lo he olvidado.» El 15 de noviembre de 1863 falleció sin hijos Federico VII, rey de Dinamarca. La conferencia de Londres de 1852 había designado como su sucesor a Cristián de Glücksburg, el heredero más próximo, aunque en línea femenina, lo que estaba autorizado por el *ius devolutionis* danés: éste ciñó entonces la corona con el nombre de Cristián IX. Pero en Schleswig y en Holstein, dos ducados cuya población era en su mayoría de lengua alemana y deseaba entrar en la Confederación germánica, el derecho sucesorio sólo autorizaba la transmisión de la corona por descendencia masculina, de modo que las asambleas de Schleswig y Holstein no aceptaron a Cristián IX, y proclamaron heredero a un príncipe alemán, descendiente en línea masculina de Federico VII, Federico de Augustenburg. Los ducados optaron entonces por la secesión y se unieron a Alemania. El problema se convertía, pues, en un asunto alemán, e incluso internacional. La opinión pública alemana sostenía con pasión la candidatura de Augustenburg y la Dieta confederal aprobó en diciembre de 1863 el envío de un ejército alemán compuesto de voluntarios y soldados de los pequeños Estados alemanes: dicho ejército ocupó los ducados.

Bismarck no podía aceptar que Prusia se mantuviera ajena a los acontecimientos; pero la posición de Prusia era delicada. Por una parte había participado en la Conferencia de Londres que había designado a Cristián IX y no deseaba entrar en guerra con Dinamarca, que poseía una flota capaz de bloquear los puertos alemanes del Mar del Norte y el Báltico y que gozaba del apoyo de Inglaterra; pero, por otra parte, Prusia no podía alzarse contra

la reacción nacional de los alemanes. Por último, Bismarck no deseaba que esos dos ducados constituyeran un nuevo Estado independiente al norte de la Confederación. Pensaba en su anexión por parte de Prusia, pero era preciso además que esta anexión fuera aceptada por la opinión pública alemana. En cuanto a Austria, se veía obligada a unirse a Prusia, en caso de que ésta interviniera, por no dejarle a ella sola el beneficio de la defensa de los intereses comunes; la abstención habría significado para Austria admitir que ya no formaba parte de Alemania. Por ello, ambas potencias dirigieron un ultimátum al rey de Dinamarca (enero de 1864): no apoyarían la candidatura de Augustenburg y reconocerían a Cristián IX a condición de que éste no estableciese sino una unión personal entre Dinamarca y los ducados. A esto se negó Cristián. Los ejércitos prusiano y austriaco ocuparon los ducados y derrotaron al ejército danés. Inglaterra expresó su «profunda aflicción», pero no hizo nada. Por la paz de Viena (30 de octubre de 1864), Dinamarca tuvo entonces que ceder a Prusia y a Austria los ducados de Schleswig, Holstein y Lauenburg.

Mas como el ejército prusiano ocupaba los ducados, Bismarck puso a la candidatura de Augustenburgo, que Austria seguía apoyando, unas condiciones inaceptables que hubiesen colocado a los ducados en una relación de vasallaje con Prusia: firma de un convenio militar, establecimiento en Kiel de una base militar prusiana e ingreso de los ducados en el *Zollverein*. La guerra entre Prusia y Austria parecía inminente; el rey de Prusia y Moltke, su jefe de estado mayor, se preparaban para ella. Pero Bismarck no la deseaba, pensando que Prusia no estaba preparada y que podía sacar un beneficio igualmente grande de una hábil diplomacia. Austria también tuvo que avenirse a la negociación, que le parecía un mal menor (pacto de Gastein, agosto de 1865): Schleswig, Lauenburg y el puerto de Kiel fueron confiados a la administración prusiana, mientras que Holstein quedaba bajo control austríaco. La maniobra de Bismarck era hábil. Por una parte había comprometido a Austria ante los alemanes, al demostrar el carácter interesado de su política, sin que ésta pudiera sacar un provecho real de la posesión de un ducado en Alemania del norte: el *Reformverein*, que reagrupaba a los partidarios de la «Gran Alemania», no sobrevivió a los acontecimientos. Y, por otra parte, había creado una causa permanente de guerra entre Prusia y Austria, al atribuir paradójicamente a Prusia no el ducado de Holstein, que colindaba con sus fronteras, sino el de Schleswig; el ducado bajo control austríaco estaba, pues, encajonado dentro de los territorios prusianos y debía pagar servidumbres de paso, que eran una fuente de fricción previsible.

Bismarck tenía, pues, la posibilidad de desencadenar contra Austria la guerra que no había juzgado oportuna durante el verano de 1865, con el fin de excluirla de Alemania, no ya económicamente —cosa que era ya un hecho consumado—, sino políticamente, y de transformar la organización confederal conforme a los intereses prusianos. El otoño, el invierno y la primavera de 1865-1866 iban a consagrarse a la preparación metódica de la guerra en todos los aspectos: diplomático, interior y militar. Convenía, en efecto, cerciorarse de la neutralidad de Francia y, a ser posible, procurarse la alianza de Italia para atacar a Austria en dos frentes: los esfuerzos de Bismarck fueron coronados por la firma de un tratado ofensivo-defensivo, válido por tres meses, con el joven reino de Italia (abril de 1866). En cuanto a Napoleón III, que manifestaba un gran deseo de ver consumada la unidad italiana, Bismarck le había dado a entender que Italia podría recuperar la Venecia austríaca, e incluso que Francia eventualmente podría obtener algunas pequeñas «compensaciones» en Alemania a cambio de su neutralidad benevolente... Pero además había que preparar diplomáticamente la guerra en la misma Alemania —y en Prusia—, ante los soberanos y la opinión pública, hostiles en su mayoría a las ambiciones de Bismarck. Los liberales, por contrarios que fueran al Imperio reaccionario de Austria, desconfiaban de un hombre a quien, en la misma Prusia, le importaba muy poco el respeto a las leyes constitucionales; la burguesía industrial temía un conflicto nefasto para sus intereses económicos, como lo demuestra la oposición del *Nationalverein*, favorable sin embargo a la solución «pequeño-alemana» del problema; en cuanto a los católicos, numerosos en Renania y en los Estados del sur, no querían una guerra contra el Estado católico por excelencia; los soberanos de los pequeños Estados alemanes, por otra parte, temían la eventual injerencia de Francia en el conflicto; en cuanto a las clases populares, en la medida en que podían expresarse, no podían dar su beneplácito a una guerra que muchos calificaban de «fratricida». Por último, la mayor parte pensaba que Austria, cuyo poder militar podía todavía engañar, saldría victoriosa del conflicto. Esa guerra, que era necesaria para la realización de la unidad alemana, y el desarrollo de la potencia industrial de Alemania, y correspondía, pues, a los intereses a largo plazo de la burguesía alemana, fue deseada por un hombre que la impuso conscientemente a una opinión pública hostil y a una burguesía que temía por sus intereses a corto plazo.

Los ducados daneses sirvieron, tal como estaba previsto, de pretexto para el conflicto: Prusia invadió Holstein; Austria pidió el 14 de junio de 1866 la movilización del *Bund* contra Prusia; era ya la guerra. Mas la Corte de Viena disponía de numerosos

aliados: los reinos de Sajonia, Baviera, Wurtemberg y Hannóver, los grandes ducados de Baden y Hesse y la ciudad de Francfort. Prusia contaba con 300.000 hombres en primera línea, un ejército moderno pertrechado con el fusil de aguja y el cañón rayado, que empleaba el ferrocarril para los transportes y el telégrafo para las transmisiones y disponía de una buena intendencia asesorada por unos oficiales bien entrenados e instruidos, al mando del general von Moltke, quien había preparado su estado mayor para la guerra rápida, de aniquilamiento, conforme a la doctrina de Clausewitz. El ejército austríaco tenía los mismos efectivos y estaba equipado convenientemente; pero debía enfrentarse a la vez con los prusianos y los italianos; por otra parte, era heterogéneo, puesto que incluía a checos y croatas, quienes no tenían ningún interés nacional en el éxito del conflicto; por último, estaba limitado por la necesidad de coordinar sus acciones con las de sus aliados, y mal mandado por el titubeante general Benedek. Los combates fueron duros y sangrientos, pero ante la estupefacción de todos, condujeron en quince días, tras la eliminación de las tropas de Hannóver y los contingentes de los Estados del sur, a la victoria de los prusianos en Sadowa, Bohemia (8 de julio), que les abría el camino de Viena, y, pese a la derrota de los italianos, a la capitulación de Austria. El armisticio del 15 de julio fue seguido rápidamente de negociaciones: las preliminares de Nikolsburg y luego la paz de Praga (26 de agosto). Los dos contrincantes no tenían interés en prolongar las hostilidades. Austria prefería una paz honorable, mientras estuviera a tiempo antes que un derrumbamiento al que la dinastía hubiera podido no sobrevivir. Bismarck también deseaba negociar rápidamente e intentaba moderar al rey y a los militares que querían explotar su victoria, entrar en Viena y aplastar el Imperio... con el riesgo de provocar una intervención francesa. La paz de Praga exigía de Austria la cesión de Venecia al reino de Italia, el reconocimiento de la disolución de la Confederación alemana y el derecho por parte de Prusia de reorganizar Alemania y anexionarse algunos Estados, y, por último, la cesión de Holstein. Era, pues, una paz moderada que no amenazaba la integridad de los territorios austriacos, pero excluía definitivamente al Imperio austriaco de Alemania y le obligaba a convertirse en un Estado danubiano, haciendo retroceder su centro de gravedad hacia el este.

γ) Las consecuencias de la guerra para el Imperio: el dualismo

La Patente de febrero de 1861 había sido un fracaso. Por eso, ya desde comienzos de 1865, Francisco José pensaba en una so-

lución dualista del problema de las nacionalidades: ponerse de acuerdo con los húngaros para seguir presionando a los eslavos. Entró en relación con los magnates húngaros, con personalidades representativas como el conde Gyula Andrássy, se levantó el estado de sitio en Hungría, y la Dieta, donde era mayoritario el partido del líder liberal Ferenc Deák, pudo reunirse de nuevo. Se abrieron negociaciones entre el gobierno austríaco y la Dieta húngara con el fin de lograr un nuevo estatuto que reconociera la constitución húngara de 1848. Las negociaciones se estancaron entonces en los detalles de procedimiento; sólo la guerra austroprusiana, al colocar al gobierno austríaco en una situación de inferioridad, las hizo prosperar. Deák se había negado a responder a la llamada de Bismarck, que quería sublevar a los húngaros contra Francisco José, y si Hungría no proporcionó ni un soldado al ejército imperial, al menos no intentó sacar provecho de la situación, quizás por miedo a dar ejemplo a las demás nacionalidades del Imperio, lo que podría conducir a un proceso de desintegración. Quince días después de Sadowa, Francisco José llamaba a Deák a Viena y aceptaba su plan. El compromiso del 17 de febrero de 1867 definiría un nuevo dualismo, que iba mucho más lejos que aquél de la Pragmática Sanción.

La monarquía de los Habsburgo ya no estaba dividida en dos partes, sino en dos Estados distintos e iguales, la Cisleitania (Austria, Galitzia, Bohemia, Moravia, Bucovina y Dalmacia) y la Transleitania (Hungría, Transilvania, Eslovaquia y Croacia), separados por el curso del río Leita. Ambos Estados tenían el mismo soberano, Francisco José, emperador de Austria y rey de Hungría. El 8 de junio de 1867 se convertiría en rey de Hungría al ceñir la corona de San Esteban. Pero esta unión personal entre los dos Estados no debía existir más que a favor de la dinastía de los Habsburgo. Ambos Estados eran monarquías constitucionales; sus constituciones eran diferentes, aunque presentaban numerosas similitudes: en los dos casos el poder legislativo era ejercido por dos Cámaras, una Cámara de Señores, o de Magnates, compuesta de miembros hereditarios o nombrados con carácter vitalicio por el soberano, y una Cámara de Representantes elegidos por sufragio censatario muy restrictivo.

Sin embargo se preveía un lazo más estrecho entre los dos Estados dada la existencia de intereses políticos y económicos comunes. Así, tenían tres ministerios comunes: el de Asuntos Exteriores, que representaba a la «monarquía austro-húngara»; el de la Guerra y el de Hacienda, que disponía de recursos procedentes en un 70 por ciento de Austria y en un 30 por ciento de Hungría. Los tres ministros comunes eran designados y revocables por el Emperador; dos delegaciones parlamentarias estaban encar-

gadas de controlarlos. Por último, un acuerdo provisional de diez años, renovable, zanjaba los problemas económicos comunes: aduanas, ferrocarriles, moneda.

Este Compromiso iba a permitir a la monarquía austro-húngara retrasar en medio siglo el momento de su desintegración. Consistía en una repartición de las minorías eslavas entre las dos nacionalidades más numerosas; mas dentro de cada Estado iban a plantearse, de ahora en adelante, los mismos problemas de nacionalidades. La Cisleitania comprendía un 35 por ciento de alemanes que intentaban dominar a un 23 por ciento de checos, a un 15 por ciento de polacos, a un 14 por ciento de rutenios, a un 8,5 por ciento de eslavos del sur, a un 3 por ciento de italianos y a un 1 por ciento de rumanos. La Transleitania reagrupaba alrededor de un 40 por ciento de magiares que querían dominar a un 15 por ciento de rumanos, a un 15 por ciento de serbo-croatas, a un 12 por ciento de alemanes, a un 11 por ciento de eslovacos, a un 2 por ciento de rutenios y, también, a búlgaros e israelitas. La situación de la Transleitania era sin embargo más fuerte que la de la Cisleitania, porque ninguna de sus minorías nacionales tenía suficiente importancia para oponerse a un gobierno centralizado. En cambio, en la Cisleitania los checos representaban una agrupación coherente y fuerte y ocupaban una de las partes económicamente desarrolladas del Imperio. El gobierno de Viena se vería obligado a hacerles concesiones, como el bilingüismo oficial en Bohemia y la participación del canciller real de Bohemia en todos los ministerios de la Cisleitania.

La monarquía austro-húngara había evitado, pues, lo peor en 1866-1867, pero los problemas fundamentales sólo estaban postergados. Y si la monarquía parecía reforzada en 1867, ya no pertenecía a la Europa occidental, sino a la Europa balcánica.

d) *Después de Sadowa: la creación del Norddeutscher Bund*

La paz de Praga había dejado a Bismarck las manos libres para reorganizar Alemania. En primer lugar, Prusia se anexionó sin plebiscito alguno Schleswig, Holstein y algunos Estados vencidos: Hannóver, Hesse-Kassel, Nassau y la ciudad de Francfort. El reino de Prusia formaba ahora un conjunto territorial compacto, sin discontinuidad desde Aquisgrán hasta Königsberg, que abarcaba más de la mitad de Alemania.

La Confederación de 1815 había fenecido. En Berlín se reunió un congreso de delegados de los 22 Estados del norte de Alemania y adoptó el plan de Lothar Bucher, que exponía las ideas de Bismarck. De este modo nació la Confederación de Alemania

septentrional (*Norddeutscher Bund*, 11 de julio de 1867): era un nuevo paso hacia la creación de un Estado alemán. De hecho, pese a su nombre de *Bund* (Confederación), se trataba de un Estado federativo (*Bundesstaat*), que poseía un poder federal superior a los Estados particulares, y disponía de una fuerza de coerción. Los poderes efectivos eran asumidos evidentemente por Prusia. Por una parte, el presidente de la Confederación era el rey de Prusia, representado por un canciller; el gobierno federal incumbía a un Presídium ejecutivo. En cuanto al poder legislativo, lo ejercían dos Cámaras, un Consejo federal (*Bundesrat*) en el que Prusia disponía de 17 votos de un total de 43 (el Estado más importante después de Prusia, el reino de Sajonia, no tenía más que 4) un Parlamento del *Reich* (*Reichstag*), compuesto por 297 diputados elegidos por sufragio universal. Sin embargo, Bismarck no quiso crear un Estado demasiado centralizado, con el fin de no hacer imposible la futura adhesión de los Estados de Alemania meridional, apegados a su independencia y a sus particularismos; los Estados particulares, en efecto, conservaban su competencia en materia de justicia, cultos, enseñanza y obras públicas.

Ese progreso hacia la realización de la unidad nacional que deseaban los liberales —pese a que fue impuesto desde arriba y realizado no democráticamente, sino por un congreso tradicional de soberanos, que modificaban a su antojo el mapa político— iba a desarmar a una parte de éstos y a permitir resolver por fin la crisis constitucional que se había iniciado en Prusia en 1862. El *Landtag* de Prusia de hecho aceptó ratificar las medidas presupuestarias tomadas sin su consentimiento desde 1862. La mayor parte de los liberales prusianos constituirían, con los liberales de los Estados anexionados, el partido nacional-liberal que sería, bajo la presidencia de Bennigsen, el eje de la mayoría del canciller Bismarck. El nuevo Estado lograba, sin haber realizado una revolución política burguesa, la integración de las dos clases dominantes de la sociedad alemana: la burguesía y la nobleza. La nobleza conservaba su poder económico, basado en la propiedad latifundista, así como su poder político dentro de los gobiernos de los Estados, su puesto en el ejército y la alta administración y su prestigio social. La burguesía se contentaba con una apariencia de Estado constitucional y con el triunfo del liberalismo económico, que la mayoría del nuevo *Reichstag* iba a consagrar: unificación de las legislaciones, supresión de las trabas económicas, frente común contra el mundo obrero. Como en Francia en 1852, la burguesía cedía el poder político a un régimen autoritario que garantizaba sus intereses económicos: el idealismo y el romanticismo burgués de 1848 habían muerto y cedían el paso al «realismo» político.

e) *La realización de la unidad: la guerra franco-alemana*

α) El problema de la unificación: los Estados de Alemania meridional

Bismarck esperaba que la nueva frontera que, a lo largo del Main, separaba la Confederación de Alemania septentrional de los Estados meridionales no fuera un obstáculo, sino que permitiera la integración progresiva de éstos. De hecho, numerosos lazos unían a estos Estados con el *Norddeutscher Bund.* La unidad económica de Alemania era un hecho. Los 14 delegados de Alemania meridional ocupaban un escaño en el Parlamento aduanero *(Zolparlament)* de Berlín que, a partir de 1862, representaba a toda Alemania excepto Bremen y Hamburgo; además, en los Estados meridionales las legislaciones económicas (abolición de las viejas corporaciones, unificación de las tasas postales, supresión de los últimos peajes, estatutos de las sociedades por acciones...) se ajustaban a las de la Alemania septentrional. Por otra parte se habían tejido lazos militares entre la Confederación y los Estados meridionales que colocaban durante cinco años a sus ejércitos bajo la dirección del rey de Prusia. Pero el particularismo de los Estados del sur era demasiado intenso para permitir la extensión de esos lazos en el plano político; si Prusia podía beneficiarse de un apoyo en los medios industriales y protestantes del sur, los demócratas y los católicos le eran en cambio hostiles. En cuanto a los soberanos, el rey Luis II de Baviera y el rey de Würtemberg intentaban preservar sus prerrogativas y su independencia apoyándose si era preciso en un gobierno extranjero para servir de contrapeso a la potencia prusiana.

Por eso las relaciones diplomáticas entre Francia, Prusia y los Estados del sur fueron determinantes durante los dos años posteriores a Sadowa. Napoleón III, preocupado por el poderío creciente de Prusia, a la que hasta entonces había dejado desarrollarse, se puso en contacto con las cortes del sur, con la esperanza de que se uniesen en un *Südbund,* que podría equilibrar el *Norddeutscher Bund.* Pero, por una parte, los pequeños Estados no deseaban enajenar su independencia en provecho del reino de Baviera, y, por otra, Bismarck disponía de un poder de presión sobre los Estados meridionales, al amenazarles con sanciones económicas. Los Estados del sur no podían, pues, jugar seriamente la carta francesa contra Bismarck. Sin embargo éste no podía, como deseaban muchos liberales de la Alemania septentrional, anexionarse los Estados del sur, o hacerles entrar por la fuerza en la Confederación, pues habría que contar con una eventual intervención militar de Francia o de Austria. Por ello el juego diplo-

mático de Bismarck consistió en explotar, para unir a los alemanes, la torpeza de la política francesa. La neutralidad francesa, durante la guerra austro-prusiana, había sido de hecho comprada con la promesa de vagas «compensaciones». Napoleón III las reclamaría inmediatamente después de Sadowa: primero el Sarre, luego el Palatinado bávaro y después la Hesse renana. Presentándose como el defensor de la integridad de los territorios alemanes, Bismarck se negó e hizo saber por su embajador en París que no se oponía a una extensión de Francia en Bélgica, reino independiente desde 1831, o en Luxemburgo, ducado perteneciente al rey de Holanda, pero donde permanecía una guarnición prusiana. Francia no podía pensar en conquistas territoriales en Bélgica sin provocar una reacción de Inglaterra, de modo que el gobierno francés entró en negociaciones con el rey de Holanda para adquirir el Luxemburgo. En enero de 1867 estas transacciones estaban a punto de concluir, pero no se había contado con la opinión pública alemana que se indignó por la cesión de un territorio que consideraba germánico. Sensible a la conmoción de la opinión pública, Bismarck se hizo interpelar en el *Reichstag* por Bennigsen y, como respuesta, dio la seguridad de que no toleraría esa disminución del patrimonio alemán. A menudo se ha acusado a Bismarck de duplicidad en torno al asunto del Luxemburgo; parece más bien que se trata de la hábil utilización de una situación cambiante. Cuando propuso el Luxemburgo a Napoleón III, no lo hizo por maquiavelismo, sino porque consideraba aceptable la proposición. Sin duda no había previsto la amplitud de la reacción nacionalista alemana, cuya dirección debió asumir para que otro no lo hiciera. Pero no se dejó arrastrar, como pretendían Moltke y los militares, a un enfrentamiento armado. Por eso, la conferencia de mayo de 1867 decidió que la fortaleza de Luxemburgo fuese desmilitarizada, es decir, que la guarnición prusiana debía evacuarla y que el Luxemburgo se convirtiera en un Estado neutral.

Esto era un fracaso total para Napoleón III y, pese a la retirada de las tropas prusianas del Luxemburgo, un éxito para la diplomacia bismarckiana, ya que había mostrado claramente a los Estados del sur que Prusia era el mejor defensor de los intereses de Alemania ante la amenaza que la política francesa hacía pesar sobre ella.

β) La guerra de 1870

Inmediatamente después del asunto de Luxemburgo, las relaciones franco-prusianas se deterioraron hasta tal punto que en

ambos países comenzó a imponerse la idea de una guerra ineluctable, que no había sido deseada anteriormente. Napoleón III comprendía, tarde, que había dejado crecer en su frontera oriental un Estado grande y poderoso, y, siguiendo la misma política incoherente que había llevado a cabo en Italia, donde primero había apadrinado la unidad para luego oponerse a su realización, a partir de entonces se esforzaría por impedir la consecución definitiva de la unidad alemana. La guerra entre los dos países fue la consecuencia de su evolución política interna. Bismarck esperaba que una vez desencadenado el mecanismo de la unidad, ésta se haría por sí sola. Ahora bien, por una parte en 1869-1870 la corriente particularista triunfaba de nuevo en la Alemania meridional: así el partido antiprusiano se había impuesto por mayoría en el *Landtag* de Baviera y, en Wurtemberg, los demócratas controlaban la situación y, por otra parte, Napoleón III se afirmaba de ahora en adelante como el obstáculo a suprimir. Por ello la guerra se presentaba como única solución al problema de la unidad: unir a todos los alemanes en una lucha común contra el enemigo que impedía su realización. Si la guerra franco-prusiana no fue preparada metódicamente por Bismarck, como había sucedido con la guerra contra Austria, al presentarse la ocasión de la misma, la aprovechó. En Francia, la guerra aparecía como una solución para restituir un esplendor de gloria guerrera al Imperio que envejecía, donde la oposición republicana cosechaba éxito tras éxito; fue conscientemente querida por la derecha, que esperaba reforzar así el último éxito del emperador con motivo del plebiscito de mayo de 1870. Por eso, apenas tiene sentido plantearse el problema de las responsabilidades; de hecho, poco importa saber quién fue el primero en desencadenar el mecanismo irreversible de las hostilidades: tanto en una parte como en otra se aceptaba por razones internas la guerra, que estallaría al primer pretexto.

Este pretexto fue la cuestión de la sucesión española. El trono de España estaba vacante; el general Prim, jefe del gobierno provisional español, ofreció la corona a Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, primo lejano del rey de Prusia. Bismarck, que no había solicitado tal proposición, aprovechó la ocasión y sostuvo la candidatura Hohenzollern. Esta permitiría en efecto resucitar la antigua alianza entre Alemania y la España del Imperio de los Habsburgo, romper así la hostilidad de los católicos contra la Prusia protestante y amenazar a Francia en dos frentes. Las negociaciones se llevaron a cabo secretamente, pero cuando se conoció el asunto en Francia la opinión pública se enardeció. La oposición republicana hablaba de una reconstrucción del Sacro Imperio Romano; si el Emperador temía aún la guerra, la Em-

peratriz en cambio la apoyaba. El ministro de Asuntos Exteriores, Grammont, leyó entonces un verdadero ultimátum ante el cuerpo legislativo [3]: reafirmaba públicamente que «para impedir esta eventualidad [la instalación de un príncipe alemán en el trono de España] contaba a la vez con la sabiduría del pueblo alemán y la amistad del pueblo español. Si no fuese así, con vuestro apoyo y el de la nación, sabríamos cumplir con nuestro deber sin titubeos ni debilidades». Ante este ultimátum, Antonio de Hohenzollern, padre de Leopoldo, anunció oficialmente la retirada de la candidatura de su hijo. El asunto parecía, pues, liquidado. Era un éxito francés rotundo. Pero la derecha francesa quiso pedir al rey de Prusia «garantías», es decir, la promesa escrita de la renuncia y garantías de cara al futuro. El rey de Prusia recibió en Ems la visita del embajador de Francia, Benedetti, y le dio cortésmente su palabra de la retirada de la candidatura; luego se redactó un informe para la prensa. Ese texto, resumido intencionadamente por Bismarck con el fin de darle un matiz insultante para Francia, se conoce con el nombre de «Despacho de Ems». Este despacho hacía inevitable la guerra. Bismarck había modificado el texto para desencadenar la guerra, pero el gobierno francés estaba también decidido a librarla: ni siquiera se molestó en preguntar al embajador Benedetti si el texto del despacho reproducía exactamente la entrevista que le había concedido el rey de Prusia. El 19 de julio de 1870, Francia declaraba la guerra a Prusia.

Francia, mal preparada para movilizar unos recursos no obstante importantes, se lanzaba a la guerra en una situación de inferioridad. Frente a los 450.000 soldados alemanes bien entrenados, mandados por oficiales de valor y por un estado mayor que había dado pruebas de sus aptitudes en 1866 y que disponía de una artillería superior, el ejército francés contaba con 260.000 hombres dirigidos por oficiales rutinarios, por generales poco instruidos, celosos unos de otros y no sólo incapaces de cooperar, sino también satisfechos de las dificultades de sus colegas; los franceses estaban acostumbrados a la guerra colonial en Argelia y a la ociosidad de los cuarteles provisionales. Francia estaba aislada diplomáticamente; el Emperador no había podido conseguir la alianza de Austria ni la de Italia, cuya condición era la instauración de Víctor Manuel en Roma; Bismarck, en cambio, había obtenido sin dificultad, gracias a la exaltación del sentimiento nacional, la adhesión de los Estados de Alemania meridional, que pusieron sus tropas a disposición de Prusia. Tras un mes de duros combates en Alsacia y Lorena, el ejército francés fue derrotado. El 2 de septiembre, Napoleón III, rodeado, capitulaba en Sedán. El 4 de septiembre se declaró abolido el Imperio en París por una revolución pacífica y se formó un gobierno de «Defensa nacional» que

en un principio creyó poder concluir una paz poco costosa. Pero Bismarck puso como condición la cesión de Alsacia y parte de Lorena, de modo que el gobierno de «Defensa nacional» tuvo que reanudar la lucha, comprar material de guerra en el extranjero, formar nuevos ejércitos de jóvenes combatientes (cerca de 600.000 hombres) constituidos apresuradamente y operar en las provincias, porque desde el 19 de septiembre París estaba sitiado por las tropas alemanas. La guerra continuaría hasta principios de 1871. El 28 de enero de 1871 el gobierno francés firmó el armisticio y la capitulación de París, cuyo cerco no habían logrado romper ni los ejércitos de provincias ni las escasas salidas efectuadas por el general Trochu, gobernador militar de París, más preocupado por contener la agitación social en una población exasperada por las privaciones, que por utilizar contra el enemigo los 500.000 hombres de que podía disponer. El tratado definitivo fue firmado en Francfort el 10 de mayo: Alsacia, la Lorena de habla alemana y Metz fueron cedidas al nuevo Imperio alemán, que además recibía una indemnización de 5.000 millones de francos-oro.

γ) La fundación del Imperio alemán

Ya en el otoño de 1870, Bismarck había empezado las negociaciones con los Estados del sur. El hecho de haber llevado a cabo una guerra en común no allanaba todas las dificultades. Si Baden e incluso Wurtemberg estaban dispuestos a entrar en la Confederación del Norte, el rey de Baviera daba su preferencia a una doble Confederación, presidida por el rey de Prusia y por él mismo, o a una Confederación con presidencia alterna. La habilidad de la diplomacia prusiana y la amenaza de excluir a Baviera del *Zollverein*, es decir, de aislarla económicamente, permitieron sin embargo lograr la firma de un tratado el 23 de noviembre. Se hicieron amplias concesiones al particularismo bávaro: Baviera tendría seis votos en el *Bundesrat* (frente a 17 de Prusia), la vicepresidencia de esta asamblea, la autonomía en materia de comunicaciones y correos y, asimismo, el mantenimiento de un ejército independiente en tiempos de paz.

La realización de la unidad fue consagrada por la proclamación del Imperio el 18 de enero de 1871 en Versalles; el rey de Prusia asumía el título de «Emperador alemán» *(Deutscher Kaiser)* y no de «Emperador de Alemania» *(Kaiser von Deutschland)*; se escogió finalmente ese título a fin de no herir la susceptibilidad de los otros soberanos alemanes. La fundación del Imperio se había hecho sin entusiasmo; era el resultado de mutuas

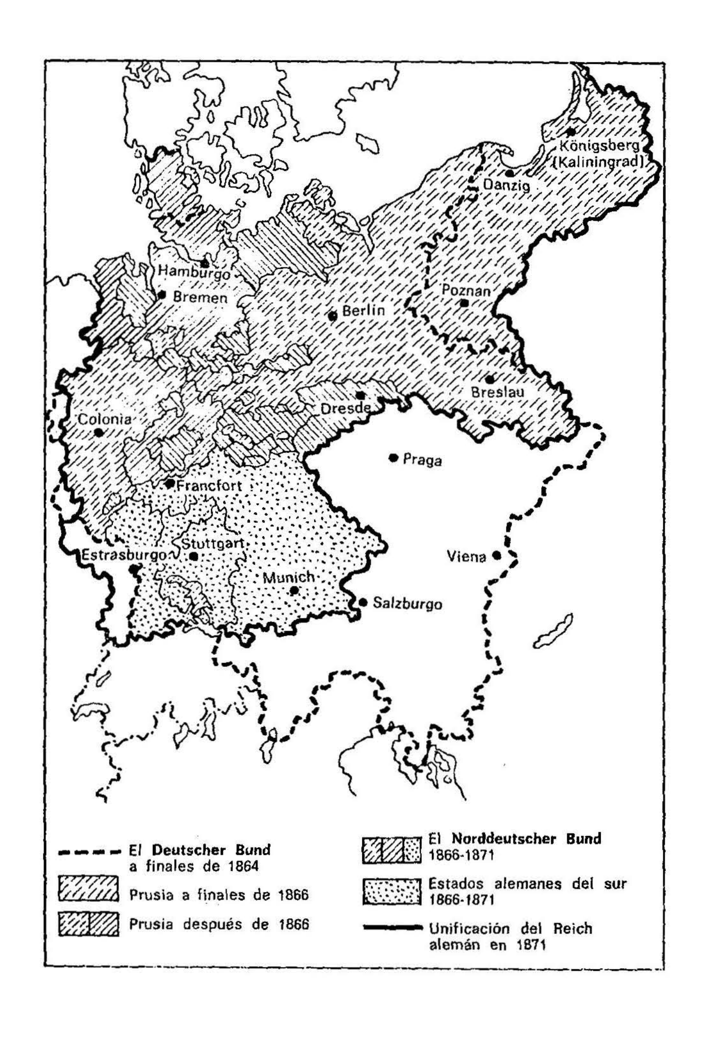


FIG. 5.—*Formación gradual de la unidad alemana.*

concesiones, de compromisos que tenían en cuenta los particularismos. Guillermo I no aceptaba sin reticencia una corona que no era la del Sacro Imperio Romano tradicional y que, además, le había sido propuesta, por mediación del *Reichstag* de la Confederación, con una ficción de soberanía popular. Por otra parte, si en las Dietas de los Estados del sur hubo una mayoría que ratificó la fundación del Imperio alemán, muchos votaron contra una transformación que interpretaban como el abandono de su autonomía y como su sujeción a Prusia. La guerra estaba por fin a punto de terminarse y el acercamiento creado por la guerra común creaba de nuevo un marco para que se manifestara la oposición de intereses entre los Estados alemanes.

El Imperio alemán había nacido de la guerra; había sido impuesto desde arriba, era el resultado de las negociaciones entre los príncipes. De esta génesis conservaría unos rasgos característicos: el puesto de los militares y del militarismo en la sociedad alemana y la aceptación de la fuerza y de la violencia como medio político por la burguesía liberal. De ahora en adelante el nacionalismo, hasta entonces ideología de izquierdas, asociada con el liberalismo, protesta de las nacionalidades oprimidas, se convirtió en ideología de derechas: la reivindicación agresiva de cara al extranjero y el culto del poderío militar. Bismarck, diplomático de la vieja escuela, ajeno a todo nacionalismo y a toda pasión irracional, desarrolló, al utilizar la guerra como auxiliar de su política, los gérmenes de militarismo latentes, desde la época de Federico II, en la sociedad alemana. Hemos visto la oposición, primero en la guerra austro-prusiana y luego en la franco-alemana, de la diplomacia bismarckiana, que pretendía cesar las hostilidades cuando la guerra le había permitido alcanzar su meta política, y los militares, deseosos de aplastar al adversario y hacer conquistas territoriales. En el Tratado de Francfort, Bismarck transigiría con los militares al anexionar al *Reich* Alsacia-Lorena y crearía con ello el germen de un nuevo conflicto, suscitando a un tiempo el espíritu de revancha en Francia y problemas de asimilación de las minorías nacionales en el seno del nuevo Imperio.

δ) El hombre de Estado y los dinamismos económicos

La evolución superficial de los acontecimientos políticos parece poner de manifiesto en la historia de la unidad alemana el impulso siempre decisivo de un hombre, forzando los acontecimientos, dominándolos mediante hábiles construcciones diplomáticas e imponiendo en todos los casos su solución personal. Mas por encima del estadista, autor o más bien actor de la historia política,

la unidad alemana correspondió a la profunda necesidad de constituir un mercado económico nacional de mercancías, hombres y capitales suficientemente amplio para permitir el desarrollo en su seno de las fuerzas productivas del capitalismo industrial. En Alemania la ausencia de unidad política representaba un obstáculo para el desarrollo capitalista, a diferencia de Inglaterra y Francia, en donde la unidad política había precedido al nacimiento del capitalismo industrial. Así la unidad política alemana aparece como la realización definitiva de la unidad económica. En la Alemania de mediados del siglo XIX el fenómeno económico precedió al fenómeno político: el *Zollverein* precedió al *Norddeutscher Bund*, la exclusión económica de Austria a su exclusión política y el ingreso de los Estados del sur en el Parlamento aduanero a la formación del Imperio.

V. La Alemania de Bismarck

El Tratado de Francfort creó en el centro de Europa un gran Estado de 42,5 millones de habitantes (Francia contaba en la misma época con 36 millones de habitantes y el Reino Unido con 32 millones). El equilibrio económico y político de Europa quedó modificado; en adelante había que contar con la existencia de una nueva gran potencia política y de un conjunto económico que manifestaba una capacidad de crecimiento extraordinaria: su producción de carbón pasó de 26 millones de toneladas en 1870 a 36 en 1873, a 47 en 1880 y a 70 en 1890; su producción de acero se quintuplicó de 1870 a 1890. Pero este nuevo Estado presentaba rasgos característicos que le diferencian de la Inglaterra victoriana y de la Francia de la Tercera República: era un Estado que no se identificaba con una «nación» y en el que los particularismos se mantenían arraigados. No era un régimen político democrático ni en su funcionamiento ni en sus formas constitucionales; no existía en efecto tradición parlamentaria en Prusia, sino una tradición burocrática y militar. El régimen bismarckiano podría compararse más bien con el «bonapartismo» francés y sus aspectos de cesarismo social: basaba su autoritarismo en el equilibrio entre la clase declinante, pero todavía poderosa, la aristocracia, y la clase dominante ascendente, la burguesía, al tiempo que trataba de atraerse a las masas y de evitar, mediante una política paternalista —asegurándoles la protección de un sistema de leyes sociales— que se volvieran hacia el socialismo. Por ello, este régimen tenía que ser transitorio, ya que correspondía a un equilibrio de clases que el desarrollo económico debía destruir a largo plazo. Eso explica su política basculante, liberal

de 1871 a 1878 y conservadora de 1878 a 1890, que no llegó a enmascarar la oposición entre la aristocracia y la burguesía que, si no se transformó en conflicto abierto por miedo al socialismo, iba a ser sin embargo la causa de una situación de crisis política permanente para el *Reich* de Guillermo II hasta 1914.

Durante 19 años Bismarck combinaría estas fuerzas políticas para rematar la unidad de Alemania, luchando contra los dos partidos políticos de inspiración internacionalista —el partido católico y el partido socialista— tratando de dar una solución al problema de las minorías lingüísticas y afirmando la supremacía de Alemania en el concierto de los países europeos.

a) *El Reich en 1871*

El nuevo Imperio no era la reencarnación del Sacro Imperio Romano Germánico, con sus pretensiones de universalidad. Pero tampoco era un Estado «nacional» que reagrupase a todos los alemanes: correspondía a la «Pequeña Alemania» y no incluía los 7 millones de alemanes de la Cisleitania. Por el contrario, comprendía a 3 millones de habitantes de habla polaca, a 200.000 daneses y a cerca de un millón y medio de habitantes de alsacianos y loreneses. Las regiones «polacas» del Imperio eran la Posnania, donde la mayoría de la población hablaba polaco; la región de Thorn, en Prusia occidental, donde eran menos numerosos, y la Alta Silesia, donde más del 72 por ciento de los habitantes hablaban un dialecto polaco, el *Wasserpolack*; finalmente, al sur de Dantzig, campesinos establecidos a partir del siglo XIII, los kasubos, hablaban un dialecto eslavo. Dichos polacos eran campesinos o grandes propietarios en Posnania, y en Prusia provincias agrícolas; en la Alta Silesia, al contrario, existía una burguesía polaca, excluida de la administración y dedicada a las profesiones liberales. Un sentimiento nacional existía sobre todo en los grandes propietarios y entre el clero de Posnania y Prusia. La fundación del Imperio significaba para ellos la pérdida de sus esperanzas de ver un día una Polonia libre e independiente. En cuanto a los daneses, habitaban en Schleswig, anexionado en 1866, y principalmente en la parte septentrional del ducado, al norte de Flensburg, donde al lado de 20.000 alemanes había 170.000 daneses. Holstein estaba únicamente poblado por habitantes de lengua alemana; el plebiscito que el artículo 5 del Tratado de Praga había previsto para el Schleswig septentrional no había sido hecho nunca. Finalmente Alsacia-Lorena había sido anexionada en 1871, sin haber consultado a su población, y erigida en *Reichsland*, gobernada directamente, en nombre del Emperador, por el Canciller del Im-

perio; la gran mayoría de la población era hostil a toda tentativa de asimilación. Si el problema de la existencia de alemanes fuera del Imperio no se planteó antes de 1914, pues el Imperio no tenía fines expansionistas y había nacido excluyendo a Austria, es decir, contra la solución de la «Gran Alemania», por el contrario, la asimilación de las minorías de polacos, daneses, alsacianos y loreneses iba a ser fuente de dificultades para el segundo *Reich*.

El Imperio reagrupaba a veinticinco Estados de muy desigual importancia, ya que Prusia contaba con cerca de 25 millones de habitantes, mientras que Baviera no tenía más que 5 millones y existían Estados muy pequeños, como el principado de Schaumburg-Lippe, con 32.000 habitantes. Esta preponderancia demográfica de Prusia estaba acompañada por una superioridad económica: Prusia extraía en 1870 23 millones de toneladas de carbón de una producción total de 26 millones, producía las nueve décimas partes de la fundición alemana y comprendía 4 de las 5 grandes regiones industriales alemanas. La Renania-Westfalia era el centro de la industria alemana, con la cuenca hullera del Ruhr (producción: 12 millones de toneladas en 1870), con las más importantes empresas siderúrgicas de Alemania en la región del Ruhr y en la del Sieg, y con las hilaturas de algodón de Elberfeld y de Barmen. La cuenca hullera de Silesia, la segunda región industrial prusiana, producía la cuarta parte del carbón y del hierro alemanes; la región de Berlín era un centro industrial de transformación (fábrica de locomotoras Borsig, compañía Siemens y Halske, etc.) y un importante centro bancario. Prusia poseía finalmente la región industrial del Sarre. El único otro Estado alemán verdaderamente industrial era el reino de Sajonia, con una cuenca hullera que empleaba a 13.000 mineros en 1870 (el Ruhr empleaba entonces a 52.000), con numerosas empresas metalúrgicas, como la *Maschinenfabrik* Hartman de Chemnitz, o la *Landmaschinenfabrik* Sack de Leipzig, y con el centro algodonero de Chemnitz. En los demás Estados, por el contrario, había un predominio de la agricultura; los industrias tradicionales, como la siderurgia de las regiones montañosas, estaban a punto de desaparecer; en cuanto a las formas de industria moderna no existían más que en el sector de la transformación, principalmente en la fabricación de máquinas: *Maschinenfabrik* Maffei en Munich, *Maschinenfabrik* Klette & Co. en Nüremberg, *Maschinenfabrik* Voith en Heidemheim... Esta oposición entre una Alemania agrícola y una Alemania industrial se volvía a encontrar además en el interior del reino de Prusia, donde Mecklemburgo y la Prusia oriental eran exclusivamente agrícolas.

Esta diversidad económica de los Estados alemanes estaba acompañada por profundas diferencias en sus estructuras sociales.

Si en Renania-Westfalia, en Berlín, en Sajonia, existían ya un proletariado concentrado y consciente y una patronal industrial, la lucha social oponía a los grandes propietarios nobles y a los campesinos, mientras que en la Alemania meridional y central dominaban los pequeños cultivadores directos, campesinos individualistas y la tradicional burguesía urbana de comerciantes, artesanos y profesiones liberales.

La existencia de dos confesiones religiosas agregaba además un elemento de diversidad entre los Estados. En Prusia, cerca de los dos tercios de la población eran luteranos y un tercio católicos. En los Estados de Alemania central, los protestantes eran también mayoritarios. Por el contrario, en los reinos de Baviera y de Wurtemberg, y en el Ducado de Baden, dominaban los católicos. Esta diferencia confesional era un factor de particularismo político. Los católicos de Alemania meridional veían en la fundación del Imperio alemán la dominación de la Prusia protestante. En la misma Prusia se daba una oposición entre los católicos, mayoritarios en Renania, que se negaban a ser considerados como prusianos del Rin *(Rheinpreussen)* y afirmaban su individualidad de renanos, y los protestantes.

Así, pues, la fundación del Imperio alemán no puso fin al particularismo de los Estados. Incluso en Prusia, la corriente particularista era fuerte entre los *Junker*; por conservadurismo y apego al pasado, temían que el Estado prusiano se diluyese en el Imperio y que las tradiciones prusianas se debilitasen. Temían también que el liberalismo de Alemania occidental, resultado de las influencias francesas bajo la Revolución y el Imperio, pusiera en peligro el orden social casi feudal existente al este del Elba. Por esta causa las nuevas instituciones no sólo habían de resolver el problema de la elección entre federalismo y unitarismo, sino además el de la elección entre la prusianización del Imperio y la fusión de Prusia en el Imperio. La construcción política que había realizado Bismarck estaba llena de prudencia; el Imperio no hacía de hecho más que generalizar en el conjunto de Alemania los lazos federales que existían ya en la Confederación del Norte. Pero el lugar de Prusia, de sus políticos, de su burocracia, de su ejército y también de sus tradiciones y de su espíritu era preponderante en el nuevo Imperio.

La Constitución del Imperio era federal. El Emperador era, de derecho, el rey de Prusia, asistido de un Canciller. El poder legislativo estaba en manos de dos Cámaras, el *Reichstag* y el *Bundesrat*. El *Reichstag* era elegido por sufragio universal y representaba a los diferentes partidos políticos. El *Bundesrat* era, de hecho, un consejo de plenipotenciarios, de delegados, nombrados por sus Estados respectivos y encargados de mandatos vinculantes. La

superioridad de Prusia se expresaba tanto al nivel del poder legislativo como al del poder ejecutivo, ya que el *Reichstag* era representativo de la importancia demográfica de cada Estado, y en el *Bundesrat* Prusia disponía de 17 escaños, Baviera de 6, Sajonia y Würtemberg de 4 cada uno, de un total de 58. Las dos asambleas tenían la iniciativa de las leyes y podían aprobar leyes a las que el Emperador no tenía la posibilidad de oponerse con el derecho de veto; pero el régimen no era parlamentario, pues las Cámaras no podían derrocar al canciller con un voto de desconfianza. Por lo tanto no se preveía ninguna solución constitucional a un conflicto entre el poder legislativo y el ejecutivo, a no ser la posible disolución del *Reichstag* con el asentimiento del *Bundesrat.* De la competencia del poder imperial eran la política exterior, el ejército, la marina, las aduanas, la moneda (la ley del 4 de diciembre de 1871 creaba una nueva unidad monetaria, común a todo el Imperio, el marco, y la ley del 14 de marzo de 1875 transformó el *Königlich Preussische Bank* (Banco Real de Prusia) en el *Reichsbank).* En materia postal, ciertos Estados conservaban, juntamente con la *Reichspost,* su propia administración postal y el privilegio de emitir sellos propios. Por último, el ferrocarril, salvo en el caso de Baviera, la legislación de la prensa, la legislación penal y la legislación concerniente al derecho de asociación dependían también del poder federal.

Los Estados particulares tenían atribuciones mucho más limitadas: la instrucción pública, los cultos, la justicia y a veces las obras públicas. Pero algunos Estados como Baviera, Wurtemberg y Sajonia conservaban poderes más amplios. Baviera mantenía su propia representación diplomática, su correo, su ferrocarril, una autonomía aparente de su ejército, el derecho de nombrar a sus oficiales y el derecho de percibir el impuesto sobre la cerveza, importante fuente de ingresos.

Esta constitución presentaba dos problemas. En primera instancia, la de la repartición de los recursos fiscales entre el Imperio y los Estados: los recursos del Imperio eran insuficientes. En efecto, los Estados particulares recaudaban los impuestos directos, mientras que el Imperio disponía de los ingresos procedentes de las aduanas, de los impuestos indirectos y de los beneficios eventuales de los servicios públicos federales. Además el *Reich* podía pedir a los Estados que pagaran una contribución, con el asentimiento del *Bundesrat.* Esta escasez de recursos financieros del Imperio sería una fuente de continuas negociaciones con los Estados y obligaría al Imprio a endeudarse. La vuelta precoz de Alemania al proteccionismo estuvo relacionada con el deseo de aumentar los ingresos de las aduanas. El otro problema era el de la relación entre el Imperio y Prusia. El funcionamiento

de las instituciones federales estaba falseado por el predominio de Prusia en el *Reichstag,* en el *Bundesrat* y en la administración, pues el Imperio utilizaba la administración prusiana. No era pues posible imaginar una solución a una eventual oposición entre el Canciller del Imperio y el presidente del Consejo prusiano. Bismarck, para evitar esta situación, asumió él mismo estas dos funciones. Pero debía gobernar haciendo que su política fuera aceptada por el *Reichstag* y el *Landtag* de Prusia, cuyas mayorías no coincidían, ya que el primero estaba elegido por sufragio universal y el segundo por el sistema de las tres clases. Sin embargo, Bismarck llegaría a conseguir, maniobrando hábilmente, contener los antagonismos latentes; sus sucesores se verían cada vez más obstaculizados por la diferencia creciente, debida a las transformaciones de la estructura social, entre la mayoría del *Landtag* de Prusia y la del *Reichstag.*

b) *La vida política en la Alemania de Bismarck*

Las bases jurídicas de la vida política variaban según los Estados. En todos los Estados existían una o dos asambleas legislativas, pero el acceso a ellas estaba regulado por modalidades bastante diversas. Así, en los ducados de Mecklemburgo-Schwerin y Mecklemburgo-Strelitz subsistía todavía una asamblea, del tipo de la del siglo XVIII, constituida por miembros de derecho y representantes de ciertas categorías sociales. En los demás Estados el sistema era bicameral, asociando una Cámara Alta, formada por miembros de derecho o miembros nombrados por el soberano o por delegados de la nobleza y de los cuerpos privilegiados, y una Cámara Baja. Si en el gran ducado de Baden y en el reino de Wurtemberg el sufragio era, como en el *Reichstag,* universal, en los demás Estados, por el contrario, el sistema electoral no hacía participar en la vida política a la masa de la población. En Baviera y en el ducado de Hessen la situación no era excesivamente restrictiva, ya que podían votar todos los que pagaban cualquier impuesto directo. En los Estados de Alemania meridional existía, pues, la posibilidad de una verdadera vida política para toda la población, o para la mayor parte de ésta. En Prusia y en Sajonia, por el contrario, es decir, para 27 millones de alemanes la participación en la vida política era muy limitada. En Sajonia una parte de la asamblea legislativa era elegida mediante un sistema de sufragio censatario y otra parte mediante un sistema de sufragio universal en dos grados. En Prusia, ningún miembro de la Cámara de Señores era elegido y en el *Landtag* el sistema de las tres clases, combinado con un sufragio en dos grados, restringía la participación en la vida política a una minoría de ricos.

Por ello los partidos políticos no tenían en la Alemania de Bismarck la importancia que poseían en las luchas políticas en Inglaterra o Francia. En las elecciones para el *Reichstag* los porcentajes de abastecimientos eran siempre elevados (cerca del 40 por ciento) y más elevados todavía en las elecciones para las asambleas de los Estados (80 por ciento de media en el *Landtag* de Prusia). Además los partidos atraían a pocos hombres destacados, pues no era por ellos por donde pasaban los caminos del poder. El personal político de las asambleas se componía de personas poco inclinadas a afirmar su independencia frente al gobierno: funcionarios con un fuerte sentido de la jerarquía, miembros de profesiones liberales, profesores, abogados; el hecho de que hubiera siempre candidaturas oficiales contribuía por último a falsear el juego parlamentario.

Las primeras elecciones para el *Reichstag*, el 3 de marzo de 1871, mostraron que los sufragios de los alemanes se repartían entre 6 partidos políticos, a los que se añadían grupos de protestatarios.

La tendencia mayoritaria era la de los liberales, que se dividían en dos partidos: el Partido nacional-liberal, con el 30 por ciento de los sufragios y 125 diputados en 1871 —el partido más importante del *Reichstag*—, y el Partido progresista *(Fortschrittspartei)*, con el 9,3 por ciento de los sufragios y 46 diputados; los dos partidos se habían separado en 1867. Eran representativos del conjunto de la burguesía alemana. Ambos eran partidarios de la realización de la unidad y de la política de Bismarck e indiferentes en materia religiosa, pero disentían sobre el problema del liberalismo político. El Partido nacional-liberal aprobaba la nueva estructura política, es decir, aceptaba la preponderancia de las antiguas élites de aristócratas, militares y altos funcionarios en la vida política. La unidad del Partido nacional-liberal estaba sin embargo amenazada ya en 1871: una vez conseguido el fin común, la realización de la unidad alemana, aparecieron un ala derecha, que evolucionó hacia el conservadurismo, y un ala izquierda, que se acercó al Partido progresista. En cuanto a los progresistas pretendían ir más lejos en la vía de la democracia; deseaban una evolución hacia el parlamentarismo de tipo inglés o francés. El Partido progresista representaba la pretensión de la pequeña y media burguesía de controlar completamente el funcionamiento del Estado. La base social de estos dos partidos no era la misma, aunque en 1871 fue muy amplia en ambos casos. Entre los electores del Partido nacional-liberal se encontraban hombres de negocios, comerciantes, empleados, funcionarios; entre los del Partido progresista figuraban muchos intelectuales, miembros de profesiones liberales, pequeños funcionarios. Una parte del cam-

pesinado aportaba también su apoyo a los liberales. Si el Partido nacional-liberal representaba los intereses de los industriales, el Partido progresista correspondía más bien a los de las clases medias, es decir, al grupo social cuya importancia cuantitativa era creciente en la sociedad alemana de 1870 a 1890. Los nacional-liberales evolucionaron pues hacia la derecha, hacia un alineamiento con los conservadores, contra los demócratas y los socialistas, perdiendo así una parte de sus electores, muchos de los cuales se afiliaron al Partido progresista. Este último, al contrario, aumentó su número de electores, aunque también se vio debilitado por las disensiones internas. En las elecciones del 20 de febrero de 1890 el Partido progresista, que se llamaba ahora *Freisinnige Partei* (Partido liberal) obtuvo el 18,4 por ciento de los votos y 76 diputados, mientras que los nacional-liberales no consiguieron más que el 17,4 por ciento de los votos y 42 diputados.

Había tres partidos de tendencia conservadora: el Partido conservador libre *(Freikonservative Partei),* que se transformó más tarde en Partido del Imperio *(Deutsche Reichspartei)*; el Partido conservador *(Konservative Partei),* y el Partido liberal del Imperio *(Liberale Reichspartei),* que desapareció en 1874. El Partido conservador libre que, con el Partido liberal del Imperio, consiguió en las elecciones de 1871 el 16,2 por ciento de los votos y 67 diputados, lo que le convertía en el partido más importante del *Reichstag* después de los nacional-liberales, contaba entre sus electores con tres grupos sociales: los grandes industriales, una parte de la nobleza de los latifundistas —especialmente en Silesia—, y los altos funcionarios. El jefe del partido era Wilhelm von Kardorff, gran industrial de Silesia, que fundaría más tarde la Asociación central de industriales alemanes *(Zentralverband der deutschen Industriellen).* Este partido representaba pues los intereses de la gran industria (principalmente de la industria pesada) y del latifundio a la vez, y en 1871 sostenía incondicionalmente a Bismarck. Era partidario de la unidad alemana y de la Constitución de 1871, que no ponía en duda las autoridades tradicionales y la jerarquía social. En cuanto al Partido conservador, que había conseguido en el 1871 el 14,61 por ciento de los sufragios y 57 diputados en el *Reichstag,* su electorado era más homogéneo, pues representaba claramente los intereses del latifundio prusiano. En el este de Alemania, disponía de los votos del campesinado, que votaba por sus *Junker.* Este partido era el de la tradición prusiana y protestante: fidelidad al rey, a la Iglesia Evangélica Prusiana, mantenimiento de los privilegios de la nobleza y de la autoridad de los terratenientes. Por ello consideraba con desconfianza la política del Canciller, que se apoyaba en el Parlamento en el Partido nacional-liberal y que, con su política

de unificación de Alemania, ponía en peligro el particularismo prusiano. Este partido, que sólo estaba mediocremente representado en el *Reichstag*, tenía de hecho una gran influencia en la vida política: por una parte, porque el sistema de las tres clases le aseguraba un gran número de escaños en el *Landtag* de Prusia, y por otra parte, porque contaba con el apoyo de la aristocracia y por lo tanto, de la Corte imperial. Entre 1871 y 1890 los dos partidos perdieron votos en las elecciones, pero si los conservadores libres *(Deutsche Reichspartei)* no consiguieron en 1890 más que el 6,5 por ciento de los sufragios, es decir, 20 escaños en el *Reichstag*, los conservadores llegaron a obtener el 12,7 por ciento (73 escaños). En efecto, dado el descenso de los precios agrícolas a partir de 1873 y la crisis de la agricultura alemana, el Partido conservador logró reunir los votos de una parte del campesinado protestante de la Alemania central, constituyendo así un frente común con los grandes y pequeños terratenientes.

El tercer gran partido del *Reichstag* en 1871 era el Partido católico del Centro *(Zentrum)*, cuyo líder era Windhorst, con el 18,6 por ciento de los sufragios y 62 diputados. A diferencia de Francia y el Reino Unido, Alemania tenía en efecto, la particularidad de poseer un partido confesional. Su electorado era el campesinado y la pequeña burguesía católica de la Alemania renana y meridional, que votaban por sus notables. Pero este partido, que pretendía representar los intereses de una minoría religiosa, al margen de toda oposición entre las clases sociales, proponía soluciones políticas y sociales precisas: si deseaba por una parte reforzar políticamente a la Iglesia católica, era también particularista y antiprusiano; reagrupaba pues a los que habían sido hostiles a la unidad alemana en su forma bismarckiana, a los que rechazaban lo que ellos consideraban como la dominación prusiana. En materia social planteaba el problema de las relaciones entre capital y trabajo, denunciando el daño de la industrialización, mirando con nostalgia hacia el pasado, y proponiendo la colaboración entre las clases. En este aspecto, traducía las reivindicaciones de las pequeñas empresas y de los pequeños campesinos, perjudicados por la evolución económica y la concentración industrial. Pero esto le llevaba también a reivindicar una legislación social fundada sobre la justicia cristiana, que protegiera a los trabajadores. Así el *Zentrum* encontraba electores entre los obreros católicos de Renania, Westfalia y Silesia. A pesar de la lucha que Bismarck emprendió contra él, el *Zentrum* mantuvo e incluso reforzó sus posiciones en el *Reichstag* ya que en 1890 era el primer partido con el 18,5 por ciento de los votos y 106 diputados. Pero si era un partido político de primer plano, constantemente árbitro de la mayoría parlamen-

taria, su acción política era forzosamente limitada por la heterogeneidad de los intereses de sus electores. De aquí que se mantuviera vacilante, a la defensiva, a fin de preservar su unidad.

La última tendencia política de *Reichstag* en 1871 estaba constituida por los socialdemócratas, divididos en dos partidos: la Asociación general de trabajadores alemanes *(Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein)* y el Partido obrero socialdemócrata *(Sozialdemokratische Arbeiterpartei)*. Estos partidos tenían una audiencia muy limitada ya que no recogían más que el 3,2 por ciento de los votos y no tenían más que dos diputados. Los dos partidos diferían a la vez por su implantación geográfica y por la manera en que concebían el desarrollo del socialismo con relación al Estado. La Asociación general de trabajadores alemanes había sido fundada en el 1863 por Lassalle. A la muerte de éste, en 1864, la dirección del partido pasó al abogado Johann Baptist von Schweitzer y más tarde, a partir de julio de 1871, a Wilhelm Hasensclever. El Partido obrero socialdemócrata había sido fundado en el Congreso de Eisenach (agosto de 1869) por August Bebel y Wilhelm Liebknecht, con la ayuda de lassallianos disidentes como Wilhelm Brake. El partido «lassalliano» tenía electores en Renania, Berlín, Hamburgo y Francfort; el Partido socialdemócrata en Sajonia (Bebel era de Leipzig). Los lassallianos enfocaban el desarrollo del socialismo en el marco nacional; estimaban que, por medio del sufragio universal, la clase obrera podría participar en el poder político y por lo tanto realizar la justicia social sin recurrir a una revolución, creando al mismo tiempo, con la ayuda del Estado, cooperativas de producción. Las clases teóricas del partido descansaban pues en una mezcla de temas socialistas y de ideología pequeñoburguesa. Los «eisenachianos», por el contrario, tenían un programa más conforme con la doctrina de la I Internacional: sólo concebían el socialismo en el marco internacional y no admitían la colaboración del partido obrero con el Estado burgués. Liebknecht, aunque no había asimilado completamente el marxismo, estaba sin embargo fuertemente influenciado por el pensamiento de Marx. Antes de 1870, el Partido obrero socialdemócrata era antiprusiano, favorable a la solución de la unificación sobre la base de la «Gran Alemania», antiautoritaria, antimilitarista y hostil a la política de Bismarck, mientras que los «lassallianos» aprobaban la solución de la «Pequeña Alemania» y mantenían buenas relaciones con Bismarck, dado que su concepción del Estado era compatible con las tendencias al «cesarismo social» de este último. Las divergencias entre los dos partidos aparecieron claramente con motivo de la guerra de 1870: los lassallianos aceptaron la aprobación de los créditos de guerra, siguieron la opinión de la mayoría de los

obreros, que consideraban la guerra defensiva y justa y criticaban solamente la anexión de Alsacia-Lorena. Bebel y Liebknecht, por el contrario, se abstuvieron de aprobar los créditos de guerra en el *Reichstag* de la Confederación de Estados septentrionales por desconfianza hacia Bismarck y por internacionalismo proletario; Marx y Engels, y luego el Comité Central del Partido, habían sin embargo afirmado que la guerra era defensiva para Alemania. Pero cuando, después de la caída del Segundo Imperio, la guerra se transformó en guerra de conquista, el Partido socialdemócrata reconoció a la nueva República francesa y se levantó contra la prosecución de las operaciones militares. El 26 de noviembre de 1870, Bebel y Liebknecht votaban contra los nuevos créditos militares que pedía el gobierno. Este acto de oposición les costaría la detención a finales de 1870 y la condena, en noviembre de 1871, por el tribunal de Leipzig a 18 meses de prisión.

Estas disensiones entre los partidos y el hecho de que la mayoría de los obreros, patriotas, no comprendieran la actitud internacionalista de Bebel y de Liebknecht, explican la debilidad electoral del partido en 1871: los socialistas obtuvieron únicamente 102.000 votos en las elecciones. La crisis económica de 1873 aumentaría el electorado socialista: 350.000 votos en las elecciones de 1874 (y 9 diputados: 3 lassallianos y 6 eisenachianos). Los dirigentes comprendieron la necesidad de realizar la unión de los dos partidos para hacer su lucha más eficaz. El cambio coyuntural de los años 1872-1873 agravó en efecto la situación obrera, multiplicó los conflictos sociales (212 huelgas en 1871, 248 en 1872, 260 en 1873, duramente reprimidas), y acrecentó el paro. Por otra parte, las divergencias entre los dos partidos, que se referían sobre todo a su concepción de la unidad alemana, no tenían ya razón de ser en el nuevo Imperio. La fusión se produjo en el Congreso de Gotha (22-27 de mayo de 1875).

El programa del nuevo partido, el Partido socialdemócrata (*Soziälistische Arbeiterpartei* y, desde 1890 *Sozialdemokratische Partei Deutschlands)* era el resultado de un compromiso entre lassallianos y marxistas. De Lassalle tomaba su «ley de bronce de los salarios», la idea de las cooperativas de producción y la prioridad del desarrollo del socialismo en el marco nacional; pero el nuevo partido se afirmaba por otra parte como un partido de lucha de clases y como un partido revolucionario. El partido fue sólidamente organizado; dispuso de un periódico, el *Vorwärts*, de un equipo de 145 oradores retribuidos, asignó de sus fondos una indemnización parlamentaria a sus diputados y presentó candidatos en la mayoría de las circunscripciones electorales. El trabajo de propaganda, la mejor organización, y el crecimiento

rápido del número de obreros entre 1870 y 1890, explican el éxito del partido. En 1877 consiguió 480.000 votos y 12 diputados, en 1881, 312.000 votos, en 1884, 549.000 votos; en 1890 el partido obtuvo el 18,1 por ciento de los votos, disponiendo de 35 escaños en el *Reichstag.* La política de represión de Bismarck y la prohibición del partido no habían podido frenar este rápido progreso. Pero estos progresos electorales tuvieron como contrapartida una moderación doctrinal cada vez más fuerte; en 1890 el partido estaba en camino de burocratizarse y de integrarse en la democracia burguesa.

El *Reichstag* de 1871 contaba por último con una veintena de diputados protestatarios o particularistas: polacos, daneses, hannoverianos, a los que se añadirían, a partir de 1874, los alsacianos y loreneses.

Pero más allá de los partidos, la vida política dependía ampliamente de la influencia relativa de los grupos de presión sobre el gobierno: grupos de presión patronales, asociaciones católicas y sindicatos nacientes. Así, la crisis de 1873 condujo a los industriales a agruparse para reclamar la vuelta al proteccionismo. En 1876 sus diferentes asociaciones se fusionaron en la Asociación central de industriales *(Centralverband Deutscher Industrieller zur Beförderung und Wahrung nationaler Arbeit)*, muy vinculada al Partido conservador libre. De la misma manera y por las mismas causas, los terratenientes perjudicados por la reducción de los precios agrícolas se habían agrupado en la Asociación para la reforma fiscal y económica *(Vereinigung der Deutschen Steuer- und Wirtschaftsreformer)*. Estos dos grupos ejercieron una influencia directa sobre el gobierno, que pasó a ser proteccionista entre 1875 y 1879. En cuanto al partido del *Zentrum* estaba rodeado de numerosas asociaciones católicas —ligas de artesanos, de campesinos, sindicatos cristianos—, reagrupados a partir de 1878 en el *Zentralkomitee der deutschen Katholiken.* Por último existían sindicatos obreros que, siguiendo el ejemplo de los partidos socialistas, se fusionaron en 1875. Pero hasta 1890 su implantación entre la clase obrera y su poder de reivindicación fueron limitados, a la vez, porque los industriales despedían a los obreros sindicados —salvo en las pequeñas empresas— y porque el Partido socialdemócrata, que no veía en el sindicato más que un organismo secundario que debía estar sometido a él, aparecía ante los obreros como el único portavoz de sus reivindicaciones. Existía por último una asociación que no tenía ningún influjo sobre los medios obreros, pero que tuvo una gran influencia en los medios dirigentes y en particular sobre Bismarck: el grupo animado por profesores de economía política como Schönberg, Wagner, Schmoller, Brentano que, a partir de 1872

se llamó Asociación para la política Social (*Verein für Sozialpolitik*). A pesar de su apelativo de «socialistas de cátedra», no eran socialistas y afirmaban su hostilidad hacia el marxismo; por el contrario, aportaron a Bismarck la ideología que correspondía a su política paternalista, afirmando que el Estado debe intervenir en las relaciones entre patronos y obreros y proteger a estos últimos por medio de una legislación social que limite la explotación excesiva de los trabajadores, pero sin poner en tela de juicio la estructura de la sociedad, y alejando a los trabajadores al mismo tiempo del verdadero socialismo. Parecidos temas formaban los programas de los movimientos cristiano-sociales: el del predicador protestante Stöcker, que incluso fundó un efímero partido político en 1878, antes de dirigirse hacia el antisemitismo, y el de monseñor Ketteler, obispo de Maguncia, ligado al *Zentrum*, que denunciaba la carencia de sentido de responsabilidad social en la burguesía, atribuida por él al debilitamiento de la fe cristiana.

Estas eran las fuerzas políticas de la Alemania de Bismarck. Incluso se podrían añadir los grupos de presión no desdeñables que constituían la Corte, la burocracia y el cuerpo de los oficiales. Dos partidos no se integraban completamente en la nueva estructura política: el *Zentrum*, que representaba en alguna manera la universalidad católica, reagrupando al mismo tiempo los particularismos antiprusianos y manifestando un real poder de contestación social, y el Partido socialista que, aunque se creyera incluido en el marco nacional, contenía gérmenes del universalismo proletario, impugnando a la vez las bases de la sociedad alemana.

c) *Los problemas políticos de la Alemania de Bismarck: la unificación del Reich*

De 1870 a 1890, ningún partido representado en el *Reichstag* poseía la mayoría absoluta ni, por consiguiente, la posibilidad de imponer su política al Canciller, tanto más cuanto que el régimen no era parlamentario. Esta división de los partidos era un factor de independencia para Bismarck, quien pudo gobernar a su antojo apoyándose en unas mayorías de «recambio». Hasta 1878 Bismarck encontró su mayoría dentro de una coalición de nacional-liberales —el grupo más numeroso del *Reichstag*— y de conservadores libres.

Utilizó las fuerzas de la burguesía liberal para proseguir su labor de unificación del *Reich:* refuerzo de la unidad económica y lucha contra el catolicismo. Esta lucha fue a la vez un aspecto

de la oposición, presente también en otros países, entre liberalismo y clericalismo, y un combate contra una *Weltanschauung* ajena e incluso irreductible a la del Estado alemán naciente. Durante esos primeros años del Imperio, Bismarck se halló, a menudo, en oposición con los «viejos conservadores», más prusianos que alemanes, quienes le atacaban en su periódico, la *Kreuzzeitung*, (por ejemplo en los artículos de 1875, los «*Araartikeln*») Pero a partir de 1878, el centro de gravedad de la vida política evolucionó hacia la derecha, hacia el conservadurismo, por varias razones. Primero y sobre todo porque los éxitos electorales del partido socialdemócrata representaban para la burguesía alemana un peligro mucho mayor que el catolicismo; después, porque la lucha contra el catolicismo había llegado a un punto muerto sin dar resultados; y también porque la inversión coyuntural de 1873 conducía al proteccionismo, lo que rompía la unidad del partido nacional-liberal que seguía siendo favorable al libre cambio pero perdía así a los agrarios favorables al proteccionismo que se inclinaban por Bismarck; y, por último, porque los liberales —o al menos su fracción progresista—, que habían sido el puntal del régimen de 1871 a 1878, aspiraban a una liberalización que el autoritarismo y el conservadurismo de Bismarck no podía tolerar. Después de 1878, Bismarck se apoyó durante unos años en unas mayorías inestables, diferentes según los problemas, utilizando a los conservadores y a los nacional-liberales contra el socialismo y viéndose obligado a recurrir al *Zentrum* para la cuestión aduanera. Luego, tras 1881, se reagruparon las fuerzas conservadoras después de la escisión del partido nacional-liberal, aportando al Canciller un apoyo parlamentario, el *Rechtskartell* (coalición de la derecha) para su política «social» y para la lucha contra el partido socialista. De 1871 a 1890, pues, Bismarck emprendió la lucha contra las tres fuerzas que él juzgaba heterogéneas en el nuevo *Reich* alemán capitalista: el catolicismo, la socialdemocracia y los particularismos.

El combate de Bismarck contra los católicos (el llamado *Kulturkampf*) fue motivado a la vez por razones de política interna y de política externa. Se trataba en primer lugar de luchar contra la oposición que el partido del *Zentrum* había manifestado ya en la primavera de 1871 al votar en contra del discurso del *Reichstag* que aprobaba el Discurso de la Corona, es decir la política de Bismarck. El *Zentrum* apoyaba a todas las fuerzas que se oponían a la centralización del Imperio: el particularismo de los Estados del sur, las reivindicaciones de los representantes de Hannóver, la negativa a integrarse de las minorías nacionales, y principalmente el nacionalismo polaco que se apoyaba en la Iglesia católica. Pero la lucha de Bismarck no estaba dirigida

únicamente contra la política católica, sino también contra la misma Iglesia católica en cuanto a organización jerarquizada que escapaba al control de la administración, y contra el catolicismo no en cuanto religión, sino en cuanto fenómeno social, tal como lo indica el término de *Kulturkampf* —lucha contra una *Weltanschauung* que no era la de la burguesía liberal de la nueva Alemania—, término empleado por vez primera por el liberal Virchow. Bismarck sospechaba que los católicos querían formar un «Estado dentro del Estado» (discurso de marzo de 1873) y que el clero católico no era fiel al Imperio, sino que dependía del Papa, a quien muchos protestantes alemanes, contrariados por la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia en 1870, acusaban de buscar la «dominación del mundo», como explicaba el jurista Bluntschli. Por eso la batalla no se limitó al terreno de la estrategia parlamentaria, sino que apasionó a la opinión pública. A Bismarck le resultó fácil canalizar las fuerzas políticas de los liberales alemanes contra el catolicismo, tanto más cuanto que el papa había condenado el liberalismo en el *Syllabus* de 1864. Esto permitía realizar la unidad de la burguesía protestante alemana, haciéndole olvidar la ausencia de libertades políticas y pasando a segundo planos los problemas socioeconómicos. Elementos de política exterior añadían ciertos motivos suplementarios al *Kulturkampf*. Alemania era partidaria de un acercamiento al reino de Italia y a Rusia, cuyas relaciones con el papa no eran buenas. Por otra parte, los alemanes temían la formación de una coalición católica, animada por Francia, Austria y el Vaticano, que hubiera podido cercar al *Reich*, disponiendo además de aliados interiores, como los católicos de Alsacia o de las regiones habitadas por polacos.

Este conjunto de motivaciones condujo al gobierno a hallar un pretexto para abrir las hostilidades, apoyando a los «viejos católicos», disidentes que, al negarse a admitir el dogma de la infalibilidad pontificia, habían sido excomulgados por los obispos, y se negaban además a destituir a sus sacerdotes. A partir de diciembre de 1872 se tomaron medidas legislativas contra el catolicismo, desencadenándose una lucha violenta entre ambas partes, que culminó en 1873-1875.

Las leyes anticatólicas no se aplicaron en toda Alemania; de hecho, sólo se aprobaron algunas leyes al nivel del Imperio contra los católicos, como la del 4 de julio de 1872, por la que se expulsaba a los jesuitas del territorio alemán, y la que extendía al Imperio la ley prusiana que establecía el matrimonio civil (en 1875). La lucha se desarrolló en el marco de la legislación de los Estados particulares, de modo que se limitó a unos

pocos Estados solamente: Prusia, Baden y Hesse. En Prusia una ley de marzo de 1872 establecía una vigilancia del Estado sobre las escuelas que podía abarcar también la instrucción religiosa. En abril de 1873, una ley sometió a las Iglesias a la vigilancia del Estado, el cual podía determinar las condiciones de nombramiento de los eclesiásticos y de aplicación del poder disciplinario. En mayo de 1873, una serie de medidas reforzaron el poder del Estado sobre la Iglesia: todo candidato al sacerdocio tenía que haber estudiado en un gimnasio alemán, haber frecuentado durante tres años una universidad alemana y haber aprobado los exámenes de filosofía, literatura alemana e historia. Los seminarios fueron colocados bajo el control del Estado; los obispos fueron obligados a dar parte de todo nombramiento eclesiástico al presidente de la provincia, quien podía oponerse a ello; el poder disciplinario de las autoridades eclesiásticas sólo podía ser ejercitado por autoridades alemanas —medida que excluía al papa— dentro de los límites fijados por la ley; además se podía recurrir ante un Tribunal real de asuntos eclesiásticos. La reacción de los católicos, incitados por el papa, que había roto las relaciones diplomáticas con el *Reich*, fue la resistencia pasiva y la insumisión, pese a las multas y penas de cárcel. Los sacerdotes ya no eran nombrados con regularidad, muchos estaban en prisión; los cambios de estado civil que debían ser registrados por los sacerdotes, dejaron de serlo. Para paliar esta desorganización, una ley de 1874 estableció el matrimonio civil, y una ley de 1875 dio a los burgomaestres el poder de reunir a los habitantes para nombrar un suplente en caso de producirse una vacante de un puesto eclesiástico. El único resultado de esta política fue aumentar la cohesión de la minoría católica, dar a sus jefes el prestigio de los perseguidos y hacer progresar electoralmente al partido del *Zentrum,* al tiempo que preocupaba, por su carácter antirreligioso, a la propia Iglesia Evangélica Prusiana. Por ello Bismarck, que por otra parte tenía necesidad del apoyo parlamentario del *Zentrum,* se vio inducido a buscar la conciliación que el acceso al trono pontificio de León XIII en 1878 hacía más fácil, al ser éste más flexible y más complaciente que su predecesor Pío IX. Las leyes anticatólicas fueron atenuadas y abandonadas luego progresivamente de 1885 a 1887, salvo la ley sobre el matrimonio civil y la que expulsaba de Alemania a los jesuitas. El balance a largo plazo del *Kulturkampf* fue el reforzamiento de la jerarquía católica, los lazos entre el Papa y el clero alemán y el poder político del partido del *Zentrum.* Pero a partir de entonces los católicos se integraron en el *Reich* y el *Zentrum* ya no fue el partido de oposición, sino uno de los fundamentos de la mayoría gubernamental.

El desarrollo numérico del proletariado y los éxitos electorales del Partido socialdemócrata, como consecuencia del desempleo y la disminución de los salarios reales, resultado de la crisis económica de 1873 y de la recesión que siguió a ésta hasta 1879-1880, tuvieron algo que ver con esa reconciliación entre católicos y protestantes. Preocupado por los avances de los socialistas en las elecciones de 1877, y cediendo a las presiones de la patronal, Bismarck intentó que se aprobara una ley de excepción en contra de ellos, pero tropezó con una coalición parlamentaria formada por los nacional-liberales, los progresistas y el *Zentrum*. Dos atentados contra el Emperador, en mayo y junio de 1878, iban a ser el pretexto buscado para disolver el *Reichstag* y proceder a nuevas elecciones tras una campaña electoral que tendió a reagrupar a todas las fuerzas burguesas contra el socialismo. El nuevo *Reichstag*, en el que los conservadores habían avanzado en detrimento de los nacional-liberales, que habían colaborado en el rechazo del primer proyecto de ley de excepción, proporcionaría a Bismarck una mayoría parlamentaria para una política de represión contra los socialistas. Esta política encontró su forma jurídica en la ley del 19 de octubre de 1878 que prohibía las agrupaciones socialistas o comunistas destinadas a destruir el Estado o el orden social, prohibía las reuniones públicas, salvo autorización especial de la policía, prohibía los periódicos socialistas y confería a la policía el derecho de prohibir la residencia en determinadas ciudades a aquéllos que eran sospechosos de entregarse a actividades socialistas. Sin embargo, la ley no suprimía el derecho de coalición y, si bien declaraba ilegal el Partido socialdemócrata, no prohibía a sus diputados ocupar un escaño y tomar la palabra en el *Reichstag*.

Paralelamente a esta política represiva, Bismarck hizo que se aprobaran leyes de protección social para apartar a los obreros de la socialdemocracia y de los sindicatos. Estas leyes fueron redactadas en estrecha cooperación con el *Centralverband des Deutschen Industriellen*, es decir, con los grandes industriales, que preferían pagar cotizaciones a las cajas obreras y socavar así la influencia del sindicato en la empresa. Fueron aprobadas tres leyes que tropezaron con la hostilidad de los conservadores del *Reichstag* poco clarividentes y poco asequibles al paternalismo social, pero que fueron apoyadas por el *Zentrum*, favorable a lo que Bismarck llamaba el «cristianismo práctico». La ley de 1883 contemplaba el seguro de enfermedad: cajas locales, alimentadas en sus dos terceras partes por las cotizaciones de los asalariados, y en una tercera parte por las de los patronos, debían abonar, durante las 13 primeras semanas de enfermedad, una indemnización al asalariado enfermo. La ley de 1885 sobre

el seguro de accidentes obligaba a crear una caja, cuya financiación corría a cargo de los patronos, para indemnizar en caso de accidente de trabajo, fuese quien fuese el responsable. Así, en caso de incapacidad laboral, la víctima percibía las dos terceras partes de su salario y en caso de muerte la viuda recibía el 60 por ciento del salario de su marido. Por último, la ley de 1889 instituyó un seguro de jubilación: los trabajadores cuyo salario era inferior a 2.000 marcos tendrían derecho a una pensión a los 70 años, abonada por una caja financiada por los asalariados, los patronos y el Estado. Estas leyes dotaban a Alemania de una legislación social que no existía en ningún otro país. Gracias a ella se acrecentó la seguridad del trabajo. Pero no se ponía ninguna limitación a los poderes del patrón dentro de su empresa en lo referente a las condiciones del trabajo, la duración de la jornada laboral y el trabajo de mujeres y niños; eran leyes compensadoras, pero no contenían ningún elemento preventivo que pudiera imponerse al patrón: se indemnizaba a la víctima de un accidente laboral, pero nada impedía que un patrón hiciera funcionar un taller en condiciones peligrosas.

El resultado de esta combinación de política de represión y de estímulo no respondía a las esperanzas del gobierno y la patronal. En los primeros años, el partido socialdemócrata y los sindicatos se desorganizaron y retrocedieron. Pero muy pronto, pese a la agravación de las leyes de excepción, se reorganizaron: reaparecieron los sindicatos, disfrazados de sociedades de socorro mutuo; el partido se reconstituyó en Suiza y celebró su primer congreso en 1880; el *Vorwärts* se imprimía en Zurich, y luego pasaba a Alemania para ser distribuido clandestinamente. El partido empezó de nuevo a robustecer su posición en las elecciones: en 1884 obtuvo 549.000 votos y en 1890 cerca de un millón y medio. Tras la dimisión de Bismarck fueron derogadas las leyes antisocialistas, y el partido socialista pudo entonces reconstituirse libremente. Pero en virtud de sus propios éxitos, el partido socialdemócrata se integró progresivamente en la sociedad burguesa del reinado de Guillermo II, transformándose paulatinamente en una complicada máquina administrativa, más orientada hacia el revisionismo que hacia la contestación revolucionaria: su fracaso en 1914 será prueba de ello.

El tercer grupo social no integrado en el Imperio estaba constituido por las minorías nacionales: daneses, polacos, alsacianos y loreneses. De cara a ellos también, Bismarck escogió la política de la represión, cuyos resultados fueron tan negativos como los del *Kulturkampf* y la lucha contra el socialismo. Para las tres minorías se aplicó una política de germanización y asimilación forzada.

De este modo, en Schleswig y Holstein, el uso de la lengua danesa en la enseñanza fue prohibido, las escuelas privadas fueron cerradas, los pastores daneses fueron sustituidos por pastores alemanes, los diarios en lengua danesa fueron objeto de persecuciones por parte de la administración, y los funcionarios daneses no pudieron permanecer en sus puestos si no aceptaban prestar juramento al Emperador. Ello no hizo más que robustecer el nacionalismo danés; si este nacionalismo pareció declinar después de 1880, fue para reaparecer después de 1898, cuando se reanudó la política de germanización.

Pero estos 200.000 daneses representaban para el *Reich* un problema menor, comparados con los tres millones de polacos y el millón y medio de alsacianos y loreneses. La misma política de germanización fue aplicada a los polacos: fue prohibido el uso del polaco en la enseñanza (a partir de 1887), siendo el alemán desde entonces la única lengua empleada por la administración (a partir de 1876). A esta política se añadía el conjunto de leyes prusianas aprobadas contra los católicos en el marco del *Kulturkampf,* que se aplicaban a los polacos en cuanto católicos. Esto no hizo más que generalizar el nacionalismo polaco —que anteriormente era exclusivo de la nobleza, el clero y la escasa burguesía de las ciudades—, al conjunto de la población campesina, que no sabía alemán y no podía expresarse ante la administración o la justicia, y que estaba herida en sus sentimientos religiosos. La política de colonización de los territorios polacos por los alemanes, llevada a cabo por Bismarck a partir de 1886, haría irreductible la resistencia polaca. Bismarck veía en efecto como solución del problema polaco la implantación de colonos en las provincias orientales de Prusia, donde los polacos estaban en mayoría creciente, debido a su índice de natalidad, mayor que el de los campesinos alemanes, y a la emigración de estos últimos que, afectados por la baja de los precios agrícolas, esperaban encontrar trabajo en las ciudades industriales del oeste. Una ley de 1886 puso a disposición del gobierno prusiano un fondo de 100 millones de marcos para la adquisición de grandes propiedades en Posnania y Prusia oriental, que deberían ser parceladas y cedidas a campesinos alemanes, a ser posible protestantes. Los nobles polacos replicaron fundando un bando de «salvamento» para recomprar estos mismos dominios. Esta política de colonización no dio apenas resultados: entre 1886 y 1890 sólo 650 familias alemanas fueron a instalarse en las provincias orientales.

En Alsacia-Lorena el fracaso de la política gubernamental no fue menos rotundo. También aquí esta política consistió en una tentativa de germanización y asimilación autoritaria: la enseñanza

debía ser impartida en alemán, los funcionarios eran alemanes, se prohibió el uso del francés en los lugares públicos, y no fueron autorizados los periódicos franceses. Pero el problema de Alsacia-Lorena no era fundamentalmente lingüístico, como lo fue para las otras minorías; el particularismo alsaciano se nutría del deseo de autonomía o de unión con Francia. Ciertamente pocos fueron los alsacianos que optaron por la nacionalidad francesa, tal como permitía el tratado de Francfort: 168.000 (es decir, la décima parte de la población) de los que sólo 50.000 abandonaron efectivamente el país; pero ello no significaba que las nueve décimas partes restantes aprobaran el régimen alemán. La gran mayoría de los campesinos se quedaron para no abandonar sus tierras, mientras que los funcionarios, hombres de leyes, empleados de ferrocarriles, emigraron, teniendo la posibilidad de readaptarse más fácilmente en Francia. En cuanto a los industriales, prefirieron trasladar sus fábricas al otro lado de los Vosgos, en Francia, ante el temor de perder sus mercados franceses sin hallar en compensación mercados adecuados en Alemania.

Pero las diferentes políticas que intentó Bismarck sucesivamente no dieron fruto, ni la «dictadura» de 1871 a 1874 ni la política mucho más flexible llevaba a cabo de 1879 a 1881 por el general von Manteuffel, quien intentó apoyarse en los notables y concedió una relativa autonomía dentro del marco de la «Constitución de Alsacia-Lorena». La reacción de los alsacianos y los loreneses fue constantemente el rechazo, pese al desarrollo de la provincia y a las concesiones políticas al espíritu autonomista. A partir de 1874, cuando les fue concedido el derecho, enviaron de modo constante al *Reichstag* una mayoría de diputados protestatarios, rechazando así completamente toda forma de integración en el *Reich*. La resistencia de Alsacia-Lorena también se manifestó mediante el rechazo del servicio militar: de 1871 a 1895, por no hacerlo emigraron a Francia 60.000 jóvenes. En 1887 los alsacianos y los loreneses eligieron, de un total de 15 diputados, a 15 protestatarios: en dieciséis años la asimilación no había logrado dar ni un solo paso.

Los tres aspectos de la política autoritaria de Bismarck —la lucha contra los católicos, la lucha contra la socialdemocracia, y la asimilización forzosa de las minorías— fueron todos, a corto plazo, un fracaso, ya que produjeron el resultado inverso al esperado. Pero en 1890, la unidad del *Reich* no era menos firme que en 1871; es cierto que el particularismo de las minorías no había hecho más que aumentar, pero en cambio los católicos y los socialistas ya no representaban a unos grupos sociales mal integrados en el Estado nacional alemán: se habían convertido en «católicos del *Reich*» y en «socialdemócratas alemanes».

Por el contrario, la diplomacia de la Alemania de Bismarck cosechaba éxito tras éxito; pero su balance a largo plazo parecía débil, ya que desde 1890 el edificio diplomático construido por Bismarck estaba desmoronándose.

d) *La afirmación de la preponderancia alemana en Europa*

El resultado de la guerra de 1870-1871 desplazó el centro político de Europa de París a Berlín. Bajo el Segundo Imperio los problemas europeos se habían solucionado todos con la participación o la mediación de Francia: esto sucedió tanto en la guerra ruso-turca, en la que intervinieron los ejércitos franceses e ingleses, y un cuerpo expedicionario piamontés, y que condujo a una reorganización de la Europa sudoriental en el Congreso de París de 1856, como en la unidad alemana y la italiana, donde fue determinante el papel de Napoleón III. Después de 1870, le correspondió a Alemania intervenir como potencia continental dominante y como «mediadora»: la crisis oriental de 1875-1878, causa de una nueva guerra ruso-turca, encontró una solución provisional en un congreso que reunió a todas las grandes potencias en Berlín en 1876 bajo la presidencia de Bismarck.

El objetivo de la política exterior alemana fue mantener un *statu quo* europeo sobre la base de la situación de 1871, protegiéndose mediante un sistema de alianzas con las dos monarquías más conservadoras de Europa —la rusa y la austro-húngara— contra la posibilidad de una revancha francesa, construyendo una nueva «Santa Alianza» contra los progresos de la democracia y del socialismo. Su primera forma fue la «Liga de los tres emperadores» de 1872, a la que muy pronto se adhirió Italia, inquieta por las buenas relaciones que Francia mantenía entonces con el papa. La crisis oriental iba a romper esta construcción diplomática, enfrentando entre sí a Rusia y Austria-Hungría. Pero Bismarck consiguió reconstruirla de una forma todavía más sólida, firmando con Austria-Hungría, principal aliado de Alemania, un pacto defensivo en 1879 dirigido contra Rusia, y formando una nueva alianza entre los tres emperadores que garantizaba, en caso de guerra en la que participara una de las partes firmantes, la neutralidad de las otras dos. Este acuerdo daba a Alemania la seguridad de que Rusia no se aliaría con Francia en el caso de una guerra franco-alemana y, a Rusia la seguridad de que Austria no se aliaría con Inglaterra en el caso de una guerra anglo-rusa. La formación de la «Triple Alianza» en 1882 entre Italia, Austria-Hungría y Alemania, perfeccionó el sistema, obligando a intervenir a Austria y Alemania si Francia, que se oponía a Italia

a propósito de la cuestión tunecina, atacase a esta última y forzando, por otra parte, a intervenir a Italia si Francia atacase a Alemania.

De 1885 a 1890 el sistema sufrió modificaciones, pero siguió estando centrado en la «Triple Alianza». En ella se integró Inglaterra en 1887, garantizando así el *statu quo* en el Mediterráneo, es decir, la ayuda de Italia a Inglaterra en el caso de que Francia intentase modificar la situación en Egipto a su favor y asegurando a Italia la ayuda inglesa en el caso de que Francia invadiese la Tripolitania, posesión turca en la que estaba interesada Italia; Rusia se comprometía además a no modificar en su provecho la situación en los Dardanelos. El sistema, en teoría, impedía todo cambio en Europa, pero de hecho su solidez y su complejidad le hacían incapaz de funcionar; sus diferentes elementos no podían encubrir las contradicciones internas: así, el tratado de seguridad mutua de 1887 prometía el apoyo diplomático de Alemania a Rusia en la cuestión de los Dardanelos, mientras que el acuerdo mediterráneo que ligaba a Italia, aliada de Alemania, estaba en parte dirigido contra Rusia a propósito de esta misma cuestión.

La existencia de estos tratados en nada cambiaba los intereses antagónicos de Rusia y Austria por un lado y de Inglaterra y Rusia por otro. El acercamiento entre Rusia y Francia, después de la dimisión de Bismarck, iba a echar por tierra esta construcción diplomática. Estaba abocada al fracaso por cuanto concebía el problema de las relaciones internacionales en términos de equilibrio europeo, mientras que desde 1880 las relaciones entre las potencias europeas estaban dominadas por la lucha por el reparto de Africa y Asia, al que Bismarck, que apenas había apoyado las primeras iniciativas de la colonización alemana, daba escasa importancia (véase el volumen 29 de la *Historia Universal Siglo XXI, Los imperios coloniales desde el siglo XVIII)*. De hecho, la política exterior de Bismarck, al igual que su política interior, no consiguió asimilar las transformaciones económicas, sociales y políticas que se produjeron en Europa de 1850 a 1890.

En su intento de asignar a Alemania el papel de guardián del orden europeo, Bismarck se apoyaba en la fuerza de «disuasión» que representaba un ejército poderoso y bien organizado, contribuyendo así a acentuar el carácter militarista del Estado alemán, nacido de la guerra. Más de la mitad de los 4.200 millones de marcos pagados por Francia en concepto de indemnización se invirtieron en gastos militares. Los efectivos, aunque inferiores a los franceses, fueron aumentados constantemente: la ley de 1874 permitió mantener bajo las armas a cerca de 400.000 hombres. A partir de 1874 el presupuesto del ejército fue aprobado por siete años, escapando así en parte al control del *Reichstag*.

El espíritu militarista, al que predisponía la enseñanza en las escuelas, basada en la disciplina, el respeto a las jerarquías y el patriotismo, se mantenía en las universidades, en el servicio militar, en las *Kriegervereine* (asociaciones de ex combatientes) nacidas en 1871 (en 1874 agrupaban a cerca de 50.000 miembros) y en el elevado lugar que la sociedad alemana asignaba a los oficiales en la jerarquía social. El militarismo, aceptado por la burguesía alemana, que reconocía la superioridad de la función militar asumida por la aristocracia, sirvió para cimentar en la sociedad alemana la vieja y la nueva clase dominantes: la aristocracia y la burguesía.

e) *Conclusión*

A la caída de Bismarck, en 1890, Alemania era el primer país europeo por su poder demográfico y militar, pero también por la atracción que su cultura y la enseñanza impartida en sus universidades ejercía sobre los intelectuales —escritores, científicos, técnicos, estudiantes— de otros países, y, sobre todo, por su dinamismo económico, cuyo desarrollo no tardaría en transformar las fronteras del *Reich*. Después de 1890 el tiempo de la política europea había acabado; Alemania se veía obligada a encontrar salidas y zonas de influencia en el resto del mundo. De 1870 a 1914 la historia alemana estará dominada por la contradicción entre sus posibilidades de expansión y su situación de recién llegado al campo del imperialismo.

Conclusión

«La actitud moral de la burguesía como tal se basa en la imposibilidad (según ella) de no confundir lo humano y lo burgués»...

(HENRI LEFEBVRE: *Sociologie de la bourgeoisie.)*

¿Fue verdaderamente la segunda mitad del siglo XIX la época de la burguesía para Europa»? ¿Es en el tipo de burguesía inglesa, alemana, francesa de 1890 donde la naturaleza de la burguesía se revela con más claridad y pureza? La Europa anterior a 1914 ¿era enteramente burguesa? y, sobre todo, ¿lo fue menos después?

Hemos visto que una gran parte de Europa no había llegado objetivamente, a finales del siglo XIX, al estadio del capitalismo industrial y que la Europa anterior a 1914 estaba todavía principalmente poblada por campesinos. Esta «Europa burguesa» era principalmente una Europa campesina; pero al mismo tiempo era burguesa económica e ideológicamente. La burguesía, cuyas relaciones con las viejas aristocracias podían variar ciertamente en las diversas situaciones, dominaba efectivamente los mecanismos de la producción industrial en los países desarrollados y se beneficiaba de los lazos económicos que estos países estaban anudando con la Europa atrasada, con Asia, con Africa. La sociedad europea era burguesa por los modelos ideológicos que proponía: las virtudes burguesas de la honestidad, el sentido familiar, al menos en apariencia, el sentido del deber y del honor nacional, el género de vida burguesa dominado por el deseo de respetabilidad; sistema ideológico característico de una clase pero que, por un ardid de su propia conciencia, la burguesía presentaba a sí misma como conforme a un «orden moral», natural y racional [1] y por supuesto superior al de otras sociedades, pasadas o ajenas a Europa. La burguesía se legitimaba jurídicamente como el resultado de la historia de la civilización, considerándose a sí misma fuera de la historia: cruel ironía de una sociedad que se creía inmutable y caminaba a grandes pasos hacia la primera guerra mundial. La burguesía de 1880 tenía buena conciencia; aunque

trataba de imitar a la aristocracia, estaba orgullosa de ser burguesa, es decir, de poseer: poseer riquezas adquiridas «honradamente» mediante un trabajo perseverante, poseer una cultura humanista y desinteresada, poseer un género de vida que ella identificaba con la «civilización» y que la distinguía —en el plano de la apariencia tan importante para ella—, del mundo popular, del obrero, del campesino.

El siglo XX ¿no es quizá aún más la «época de la burguesía»? Sin duda alguna las conmociones que traen consigo las dos guerras mundiales, la depresión de los años 1930-1940, el nacimiento y el desarrollo en Europa de los países socialistas, el rechazo por los países colonizados de los «beneficios de la civilización» que pretendían ofrecerles los países colonialistas, son otros tantos problemas para la buena conciencia de la burguesía. Muchos intelectuales del período comprendido entre las dos guerras han considerado estas transformaciones con pesimismo, no dudando en predecir la desaparición de los «valores» occidentales y de la «civilización». La burguesía ha sufrido, en el curso del siglo XX, mutaciones internas que no había conocido nunca desde la época en que era «conquistadora»; si el tipo de burgués «rentista» ha desaparecido a consecuencia de las guerras y de las inflaciones, han hecho su aparición otros nuevos tipos: el del alto ejecutivo, el director, el *manager*... El poder económico de la burguesía ha crecido además con la integración progresiva en el sistema capitalista de los sectores todavía precapitalistas.

Pero en el plano ideológico, ¿se puede hablar de la «muerte de la moral burguesa» como lo hacía en 1929 Emmanuel Berl? Las virtudes victorianas les parecen por lo menos desfasadas e hipócritas a la burguesía de hoy, pero ¿quiere esto decir que sus modelos ideológicos, que los modernos *mass media* le permiten proponer a todas las capas de la sociedad, no son burgueses? La ideología de la sociedad de consumo, si no es la de la «abundancia», es al menos burguesa, y ha llegado a integrar socialmente, en los países occidentales, a estratos cada vez más amplios de la sociedad no burguesa. Pero, la burguesía de hoy ¿se afirma, como la de 1890, con orgullo y buena conciencia como burguesa?

Henri Lefebvre plantea la cuestión: «...con el libre goce, con la búsqueda de la verdadera felicidad, la burguesía ha descubierto el aburrimiento y la inquietud y también la desesperación y la angustia en lugar de la preocupación. Sólo el ejercicio peligroso y el placer le aportan diversión y distracción. Los animales abstractos de Hegel y de Balzac se convierten en animales metafísicos. Hay todavía una sociedad burguesa. Cabe preguntarse si hay una cultura y, en particular, una vida moral burguesa» [2]

Cuadro cronológico

1848

— Febrero-mayo, triunfo de las revoluciones.
— 24 de febrero, caída de Luis Felipe en París.
— 13 de marzo, caída de Metternich en Viena.
— Marzo, revueltas en Milán y Venecia.
— 18-21 de marzo, revolución en Berlín.
— 18 de mayo, reunión del Parlamento de Francfort.
— Junio-agosto, derrota de las revoluciones.
— Junio, insurrección obrera en París reprimida implacablemente.
— 25 de julio, Carlos Alberto derrotado en Custoza.
— Octubre, Viena es bombardeada y recuperada por soldados austríacos.
— 10 de octubre, Luis Napoleón Bonaparte es elegido Presidente de la República francesa.
— Publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels.
— John Stuart Mill, *Principios de economía política.*
— Emily Brontë, *Cumbres borrascosas.*
— Septiembre, fundación de la Hermandad Prerrafaelista *(Pre-raphaelite Brotherhood)* por D. G. Rossetti.

1849

— Febrero, proclamación de la República en los Estados Pontificios y en Toscana.
— 23 de marzo, los austríacos derrotan a los piamonteses en Novara.
— Junio, el Rey de Prusia rechaza la corona ofrecida por el Parlamento.
— 4 de julio, los franceses recuperan Roma; Pío IX regresa a la ciudad.
— C. Dickens, *David Copperfield.*

1850

— Aprobación de la ley Falloux en Francia.
— D. G. Rossetti, *La Anunciación.*
— G. Courbet, *Entierro en Ornans.*

— 29 de noviembre, entrevista de Olmütz entre el príncipe austríaco F. Schwarzenberg y el ministro prusiano O. van Manteuffel, que suscriben un acuerdo sobre Holstein y la Confederación alemana.

1851

— 2 de diciembre, golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte.
— Primer enlace telegráfico submarino entre Dover y Calais.
— Experiencia del péndulo de Foucault.
— F. Scott Archer inventa el procedimiento de fotografía al colodión líquido.
— Exposición universal de Londres en el Crystal Palace.
— Auguste Comte, *Sistema de Filosofía Positiva.*
— J.-A. Barbey d'Aurevilly, *Una vieja amante.*
— J. Ruskin, *El Prerrafaelismo.*
— C. F. Hebbel, *Agnes Bernauer.*

1852

— 7 de noviembre, el Segundo Imperio en Francia.
— Fundación del Crédit Mobilier y del Crédit Foncier en París.
— Apertura del primer gran almacén: el Bon Marché, en París.
— Botadura del primer barco carbonero en Inglaterra.
— V. Baltard comienza la construcción del mercado de las Halles de París.
— J. Moleschott, *Kreislauf des Lebens.*
— H. Spencer, *Principios de psicología.*
— T. Rousseau, *Camino en el bosque de Fontainebleau.*

1853

— Construcción del *Great Eastern.*
— T. Mommsen, *Historia romana.*
— Víctor Hugo, *Los Castigos.*
— Verdi, *La Traviata.*
— Liszt, *Rapsodias húngaras.*

1854-55

— Guerra de Crimea; primer reportaje fotográfico de actualidad.

1854

— Primer navío metálico de la Compañía Cunard.
— H. E. Sainte Claire Deville pone a punto la fabricación industrial del aluminio.
— B. Riemann, *Fundamentos de geometría.*

— Gérard de Nerval, *Las hijas del fuego.*
— Nadar abre su estudio de fotografía en París.
— G. Courbet, *El encuentro.*

1855

— Exposición universal en el Palais de l'Industrie de París.
— J. A. Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas.*
— L. Büchner, *Kraft und Stoff.*

1856

— Febrero, Congreso de París.
— H. Bessemer pone a punto su convertidor.
— W. H. Perkin fabrica el primer colorante a base de anilina.
— Descubrimiento de los restos del hombre de Neandertal.
— Wagner, *Las valquirias.*

1857

— Crisis económica.
— Revueltas de los Cipayos en la India.
— L. Pasteur, *Informe sobre la fermentación láctea.*
— G. Flaubert, *Madame Bovary.*
— Publicación de *Las flores del Mal,* de Baudelaire.
— W. Raabe, *Die Chronik des Sperlingsgasse.*
— G. Corot, *Concierto campestre.*
— J.-F. Millet, *Las espigadoras.*

1858

— «Apariciones» de Lourdes, en Francia.
— P.-J. Proudhon, *De la justicia en la Revolución y en la Iglesia.*
— R. Virchow, *Lecciones de patología celular.*
— Nadar realiza la primera fotografía aérea desde un globo.
— R. Wagner, *Sigfrido.*

1859

— Segunda guerra de independencia italiana.
— G. Planté inventa el acumulador.
— K. Marx, *Contribución a la Crítica de la Economía Política.*
— C. Darwin, *El origen de las especies.*
— V. Hugo, *La leyenda de los siglos.*
— G. Courbet, *Los picapedreros.*
— R. Wagner, *Tristán e Isolda.*
— C.-F. Gounod, *Fausto.*

1860

— 15 de enero, tratado comercial franco-británico.
— Marzo, fundación del Reino de la Alta Italia.
— Anexión a Francia de Saboya y Niza.
— Construcción del «metro» de Londres.
— Invención de la máquina «compuesta» *(compound engine)*.
— J. J. E. Lenoir hace funcionar un motor de gas.
— M. Berthelot, *Química orgánica fundada en la síntesis.*

1861

— Marzo, el reino de la Alta Italia se transforma en reino de Italia.
— Michaux inventa el velocípedo.
— C. Garnier comienza la construcción del edificio de la Opera de París.
— A. Cournot, *Tratado del encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia.*
— F. Dostoievski, *Recuerdos de la casa de los muertos.*

1862

— O. Bismarck es nombrado ministro.
— F. Lassalle funda la Asociación general de trabajadores alemanes.
— A. Beau de Rochas inventa el ciclo de cuatro tiempos del motor de explosión.
— L. Foucault calcula la velocidad de la luz.
— C. F. Hebbel. *Los Nibelungos.*
— J. B. Carpeaux, *Ugolino y sus hijos.*

1862-67

— Expedición francesa a México.

1863

— La oposición francesa en Francia obtiene 32 diputados en las elecciones.
— Fundación del Crédit Lyonnais en Francia.
— M. Berthelot logra la síntesis del acetileno.
— E. Solvay pone a punto un procedimiento industrial para la fabricación de la sosa.
— Renan, *La vida de Jesús.*
— El «*Salon des Refusés*» expone lienzos impresionistas.
— E. Manet, *El almuerzo en la hierba.*

1864

— Guerra de los Ducados daneses.
— Creación de la Asociación Internacional de Trabajadores en Londres.
— La encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus* condenan la democracia y el liberalismo.
— Fundación de la Société Générale en París.
— Reconocimiento del derecho de huelga en Francia.
— A. Nobel hace utilizable la nitroglicerina, inventada diez años antes por el italiano Sobrero.
— A. Tennyson, *Enoch Arden*.
— N.-D. Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*.
— C. Corot, *Recuerdo de Mortefontaine*.
— J. B. Jongkind, *El puerto de Honfleur*.

1865

— C. Bernard, *Introducción a la medicina experimental*.
— G. Mendel enuncia las leyes de la herencia biológica.
— L. Tolstoi, *Guerra y paz*.
— E. Manet expone *Olimpia*, que causa un escándalo.

1866

— Crisis económica.
— Guerra austro-prusiana: 3 de julio, batalla de Sadowa.
— El reino de Italia se anexiona Venecia.
— Instalación del primer cable transatlántico.
— Verlaine, *Poemas saturnales*.
— Formación del grupo de los pintores impresionistas.

1867

— Instauración del dualismo en Austria-Hungría.
— Abril, formación de la Confederación de Alemania septentrional.
— El *Reform Act* aumenta el número de electores en Inglaterra.
— Agitación de los fenianos en Irlanda.
— Se aprueba en Francia una ley que autoriza la creación de sociedades anónimas sin autorización.
— Reconocimiento del derecho de huelga y de asociación en Bélgica.
— Invención del freno Westinghouse.
— Publicación del primer volumen de *El capital* de K. Marx.
— H. Ibsen, *Peer Gynt*.
— R. Wagner, *Los Maestros Cantores de Nuremberg*.
— Primera dinamo de Z. Gramme.

1868

— Descubrimiento del hombre de Cro-Magnon.
— J. Janssen y J. N. Lockyer descubren el helio.
— Lautréamont, *Los cantos de Maldoror.*
— G. Moreau, *Edipo y la esfinge.*

1869

— Fundación del Partido obrero socialdemócrata alemán.
— Suspensión de la Iglesia estatal anglicana en Irlanda *(disestablishment).*
— Inauguración del Canal de Suez.
— Invención del celuloide.
— J. C. Maxwell establece la identidad fundamental entre la luz y las ondas electromagnéticas.
— Sistema periódico de elementos de D. I. Mendeleiev.
— A. Bergès aprovecha el primer salto de agua para obtener energía.

1870

— Mayo, plebiscito en Francia que parece consolidar el Imperio.
— La bula *Pastor Aeternus* afirma el dogma de la infalibilidad pontificia.
— Apertura del túnel de Mont Cenis.
— Invención del horno eléctrico Siemens.
— Excavaciones de H. Schliemann en Troya.
— 4 de septiembre, proclamación de la República en París.

1870-71

— Guerra franco-alemana.

1871

— 18 de enero, proclamación del Imperio alemán.
— 28 de enero, firma del armisticio franco-alemán.
— 10 de mayo, Tratado de Francfort.
— Marzo-mayo, la Comuna de París.
— 21-28 de mayo, «semana sangrienta» en París.
— Julio, se consuma la unidad de Italia con la instalación de Víctor Manuel II en Roma.
— Reconocimiento legal de las *Trade Unions* en Inglaterra.
— K. Marx, *La guerra civil en Francia.*
— S. Jevons, *La teoría de la economía política.*
— J. K. Rodbertus, *La jornada normal de trabajo*
— C. Franck, *Redención.*

1872-76

— El *Kulturkampf* en Alemania.

1872

— H. Marinoni pone a punto la rotativa de papel continuo.
— L. H. Baekland inventa la baquelita.
— J. Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días.*
— E. Degas, *El «foyer» de la danza en la Opera, rue le Peletier.*

1873

— Crisis económica que afecta particularmente a Alemania y Austria.
— 24 de marzo, caída de Thiers en Francia; elección de Mac Mahon para la Presidencia de la República.
— Primera República española.
— A. Rimbaud, *Una temporada en el infierno.*
— P. Cézanne, *La casa del ahorcado.*

1874

— Ley de los siete años en Alemania.
— Creación de la Unión Postal Universal.
— M.-E.-L. Walras, *Elementos de Economía Política pura.*
— Los impresionistas hacen una exposición en los talleres de Nadar, recibida con ironía por la crítica.
— C. Monet, *Impresión, sol naciente* y *El puente de Argenteuil.*
— J. Renoir, *El palco.*

1875

— La ley «amo-siervo» es reemplazada por la ley «patrono-obrero» en Inglaterra.
— Fundación del Partido socialdemócrata alemán en Gotha.
— C. Lombroso, *El delincuente.*
— C. Bizet, *Carmen.*

1875-85

— La filoxera destruye los viñedos europeos.

1876

— A. G. Bell patenta el teléfono.
— Primer viaje del navío *Le Frigorifique.*
— Inauguración del Teatro de Bayreuth con *El Anillo de los Nibelungos.*

— S. Mallarmé, *La siesta de un fauno.*
— E. Degas, *El ajenjo.*

1877

— La reina Victoria es proclamada emperatriz de la India.
— E. Zola. *L'assomoir.*

1877-78

— La guerra ruso-turca.

1878

— Febrero, muerte de Pío IX; advenimiento de León XIII.
— Junio-julio, Congreso de Berlín.
— Terrorismo en Europa, atentados contra Guillermo I de Alemania, Alfonso XII de España y Humberto I de Italia.
— Invención del procedimiento Thomas-Gilchrist para el tratamiento de los minerales de hierro fosforosos.
— Fundación del Ejército de Salvación por W. Booth.
— F. Bayer realiza la síntesis del añil.
— F. Engels, *Anti-Dühring.*

1879

— Fundación del Partido Obrero Francés.
— Primeras medidas proteccionistas en Alemania.
— L. Pasteur descubre el principio de la vacunación.
— Invención de la lámpara de incandescencia por T. A. Edison.
— A. Marshall, *La teoría pura del comercio exterior.*
— H. V. Treitschke, *Historia de Alemania en el siglo XIX.*
— H. Ibsen, *Casa de muñecas.*
— A. Strindberg, *La sala roja.*

1880

— Enseñanza primaria obligatoria en Inglaterra.
— Apertura del túnel de San Gotardo.
— Fundación de la Compañía del Canal de Panamá.
— K. J. Eberth identifica el bacilo del tifus.
— A. Rodin, *El pensador.*

1881

— Escuela primaria gratuita y laica en Francia.
— Congreso anarquista de Londres.
— L. Pasteur ensaya la vacuna contra el carbunco.
— J. Renoir, *El almuerzo de los remeros.*

1882

— Crisis económica; fracaso de la Union Générale en París.
— Triple Alianza entre Italia, Alemania y Austria.
— N. Tesla inventa el alternador.
— E.-J. Marey construye un disparador fotográfico para descomponer el movimiento.
— R. Koch descubre el bacilo de la tuberculosis.
— W. Jevons, *El Estado y el trabajo.*
— R. Wagner, primera representación de *Parsifal.*

1883

— Fundación de la Fabian Society en Inglaterra.
— Muerte de K. Marx.
— De Dion y Bouton construyen un automóvil de vapor.
— W. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu.*
— F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra.*
— G. Seurat, *Un baño en Asnières.*

1884

— Aprobación en Inglaterra de la ley electoral, que aumenta el número de electores de 2,4 a 5 millones.
— Son autorizados los sindicatos en Francia.
— Ley sobre el divorcio en Francia.
— Huelga de Anzin, en Francia.
— F. E. Turpin inventa un nuevo explosivo, la melinita.
— F. von Wieser, *Sobre el origen y las leyes principales del valor económico.*
— J.-K. Huysmans, *Al revés.*

1885

— G. W. Daimler y C. Benz construyen un coche de gasolina.
— Invención de la ametralladora Maxim.
— L. Pasteur salva a un niño mordido por un perro rabioso.
— V. van Gogh, *Aldeanos comiendo patatas.*

1886

— Huelga de Decazeville, en Francia.
— C. M. Hall y P.-L. T. Héroult ponen a punto la fabricación electrolítica del aluminio.
— F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal.*
— A. Rimbaud, *Las iluminaciones.*
— J. Vallés, *El insurrecto.*

1887

— Escándalo Wilson: J. Grévy, presidente de la República de Francia, dimite.
— A. Antoine funda el «Teatro libre» en París.
— G. de Maupassant, *Le Horla.*

1888

— Muerte del emperador Guillermo I en Alemania; le sucede su hijo, Guillermo II.
— Primer empréstito concedido por Francia a Rusia.
— Fundación del Instituto Pasteur en París.
— H. R. Hertz demuestra experimentalmente la existencia de ondas electromagnéticas.
— J. B. Dunlop y E. Michelin inventan el neumático.
— R. Kipling, *Cuentos de las colinas.*
— V. van Gogh, *Los girasoles, Los olivos.*

1888-89

— Crisis boulangista en Francia.

1889

— Fundación de la II Internacional.
— Huelga de los *dockers* en Inglaterra.
— Liquidación de la Compañía del Canal de Panamá.
— Finalización de la Torre Eiffel.
— H. Chardonnet inventa la seda artificial.
— H. Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.*
— E. von Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capital.*
— R. Kipling, *Primer libro de la selva.*
— G. Hauptmann, *Antes del amanecer.*
— A. Rodin, *Los burgueses de Calais.*
— P. Gauguin, *El Cristo amarillo.*
— V. van Gogh, *El hombre de la oreja cortada.*
— R. Strauss, *Muerte y transfiguración.*

1890

— 20 de marzo, dimisión de Bismarck.
— Conferencia internacional del trabajo en Berlín.
— E.-J. Marey inventa el fotocronógrafo.
— A. Marshall, *Principios de economía política.*
— P. Valéry, *Narciso.*
— V. van Gogh, *La iglesia de Auvers, Autorretrato.*

Notas

CAP. 1: LAS REVOLUCIONES DE 1848

INTRODUCCIÓN: LA EUROPA DE 1848 Y I. EUROPA EN EL MUNDO

[1] Cf. volumen 15 *(El Islam, II)* y 31 *(Rusia)* de esta *Historia Universal Siglo XXI*.
[2] KARL MARX, *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), I.
[3] Incluidos Rusia y Turquía "europea". En cuanto a los europeos que en total, en aquella época, atraviesan los mares para instalarse en otras tierras, pasan de la cifra relativamente modesta de 1.300.000 en los cuarenta primeros años del siglo XIX a 13 millones para el período 1841-1880 y otros 13 millones sólo entre 1891 y 1900.
[4] Véase a este propósito el volumen 29 de esta *Historia Universal Siglo XXI, Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, por DAVID K. FIELDHOUSE. Además continúa el avance ruso en Asia: véase a este respecto el volumen 16, *Asia central*, dirigido por GAVIN HAMBLY.
[5] El tomo X de la Historia del Mundo Moderno, que comprende los años 1830-1870, lleva este título: *El cenit del poder europeo*. Ed. Sopena, 1971.
[6] P. CHAUNU, en *Annales (Économies, Sociétés, Civilisations)*, 1962, páginas 1162-1164. Sobre Inglaterra, E.J. HOBSBAWM, *ibid.*, pp. 1047-1061. Sobre los rendimientos cerealistas, B.H. SLICHER VAN BATH, en *AAG Bijdragen*, núm. 9, Wageningen, 1963.
[7] Cf. J. DROZ y P. AYÇOBERRY, en *Annali dell'Istituto Giangiacomo Feltrinelli*, 1963, pp. 166-173.
[8] El *Schluss Protokoll* impuesto en 1834 por Metternich pone fin a este movimiento constitucional. Guillermo IV, último rey de Inglaterra que también reina sobre Hannóver, otorga una constitución "liberal" en 1833. Su sucesor, Ernesto Augusto (1837-1851) la reemplaza en 1840 por un texto mucho más autoritario.
[9] En Francia, en 1831, había 168.000 electores, es decir 1 de cada 194 habitantes; en el Reino Unido, en 1832, había 813.000, es decir 1 de cada 30 habitantes; en Bélgica, en 1831, había 46.000, es decir 1 de cada 82 habitantes.
[10] Cf. la "periodización" propuesta por L. ALTHUSSER, en *Pour Marx*, 1965, pp. 23-30, [trad. castellana: *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI, México, 1968, 2.ª ed.]; 1845 sería el "corte" que separase las "obras de juventud" de las "obras de madurez" (hasta 1857) de Marx.
[11] Cf. L. CHEVALIER, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, París, 1958.

II. LA ALARMA DE 1848

[1] Véase por ejemplo para Guizot el análisis de D. JOHNSON, *Guizot: Aspects of French History*, Londres-Toronto, 1963, pp. 230 ss.
[2] Este es el esquema, ya clásico, que ERNEST LABROUSSE ha elaborado para estas crisis económicas de viejo cuño, preindustriales, y aplicado

a aquella que precede a 1848 en diversos trabajos como "Comment naissent les Révolutions", en *Actes du Congrès historique du centenaire de la Révolution de 1848*, París, 1949, pp. 1-31 (estudio que considera también los otros elementos de la "mezcla explosiva" de donde salen 1789, 1830 y 1848) y "Panoramas de la crise", en *Aspects de la crise et de la dépression de l'économie française au milieu du XIXe siècle*, tomo XIX de la Bibliothèque de la Révolution de 1848, París, 1956, páginas III-XXIV. La Cámara de Comercio de Lieja resume perfectamente este mecanismo en unas líneas de un informe del 21 de febrero de 1844: "La numerosa clase de los consumidores de cereales, es la clase que vive de su trabajo. Cuando los cereales son caros, los consumidores no pueden emplear el mismo dinero en vestirse. El fabricante, rápidamente, ve disminuir las ventas y, en consecuencia, se ve obligado a reducir el trabajo; el reencarecimiento de los cereales viene pues a ser una doble causa de miseria para los obreros" (citado por M. LÉVY-LEBOYER, *Les Banques européennes et l'industrialisation internationale dans la première moitié du XIXe siècle*, París, 1964, p. 519, nota 44).

3 M. LÉVY-LEBOYER, *op. cit.*, p. 596.

4 "Contra los demócratas sólo sirve la ayuda de los soldados": con este verso concluye la poesía *Die fünfte Zunft* [La quinta corporación], de Merckel, aparecida en el otoño de 1848 en forma de hoja volante. Fue utilizado más tarde como título de un opúsculo por el coronel von Griesheim.

5 P. VIGIER, *La Seconde République*, París, 1967, p. 69.

CAP. 2: EL APOGEO DEL CAPITALISMO LIBERAL (1850-1895)

I. EL DESARROLLO ECONÓMICO GLOBAL

1 BOUVIER, FURET, GILLET, *Le mouvement du profit en France au XIXe siècle*, París, 1965.

2 S. B. SAUL, *The myth of the Great Depression*, Macmillan, Londres-Melburne-Toronto, 1969.

3 J.-B. MERTENS, *La naissance et le développement de l'étalon-or (1696-1922)*, París, 1944.

4 J. B. JEFFERYS y D. WALTERS, "National income and expenditure of the United Kingdom, 1870-1952", en *Income and Wealth*, Serie V, Londres, 1955.

5 B. R. MITCHELL y P. DEANE, *Abstracts of British historical Statistics* Cambridge, 1962, p. 367.

6 F. PERROUX, "Prises de vues sur la croissance de l'économie française", en *Income and Wealth*, Serie V, *op. cit.*

7 P. JOSTOCK, "The long-term growth of national income in Germany", en *Income and Wealth*, serie V, *op. cit.*

8 J. MARCZEWSKI, "Histoire quantitative de l'économie française", *Cahiers de l'I. S. E. A.*, serie AF, núm. 115, París, 1961.

9 S. KUSNETS, "Long-Term trends in capital formation proportions, en *Economic Development and Cultural Change*, 1961.

II. LAS CONDICIONES DEL CRECIMIENTO

1 P. GUILLEN, *L'Empire allemand, 1871-1918*, París, 1970.

2 A. ARMENGAUD, *La population française au XIXe siècle*, París, 1970, página 71.

[3] J. PÉCHEUX, *La naissance du rail européen*, París, 1970, pp. 187 ss.
[4] G. PALMADE, *Capitalisme et capitalistes français du XIXe siècle*, París, 1961.
[5] C. FOHLEN y F. BÉDARIDA, *Histoire générale du travail*, tomo III. *l'ère des révolutions*, París, 1960, p. 312.
[6] Cita sacada de C. FOHLEN y F. BÉDARIDA, *op. cit.*, p. 157.
[7] Cuadro sacado de D. RENOUARD, *Les transports de marchandises par chemin de fer, route et eau depuis 1850*, París, 1960, p. 37.
[8] Cita sacada de J. A. CLAPHAM, *An economic history of modern Britain*, Londres, 1932, p. 205.
[9] Citado por J. A. CLAPHAM, *op. cit.*, p. 199.
[10] G. COHN, *Zur Politik des deutschen Verwaltungswesens*, p. 293, citado por J. A. CLAPHAM en *Economic development in France and Germany, 1815-1914*, Cambridge,, 1923.
[11] W. O. HENDERSON, *The State and the industrial revolution in Prussia. 1740-1870*, Liverpool, 1958.
[12] R. E. CAMERON, *France and the economic development of Europe 1800-1914*, Princeton, 1961.
[13] B. R. MITCHELL, "The railway and United Kingdom growth", en *The Journal of Economic History*, septiembre de 1964, vol. 24, núm. 3.
[14] J. MARCZEWSKI, "Y a-t-il eu un take-off en France ?, en *Cahiers de l'I. S. E. A.*, núm. III, París, Marzo de 1961.
[15] W. W. ROSTOW, *The stages of economic growth*, Cambridge, 1960.
[16] R. CAMERON, "Some lessons of history for developing nations", en *The American Economic Review*, 1967.
[17] J. B. JEFFERYS y D. WALTERS, *op. cit.*, p. 19.
[18] R. CAMERON, *France and the economic development of Europe, 1800-1814*, Princeton, 1961.
[19] *Ibid.*
[20] Para la historia del Crédit Mobilier véase R. CAMERON, *op. cit.*
[21] Para la historia del Crédit Lyonnais, véase J. BOUVIER, *Naissance du Crédit Lyonnais, 1863-1882*, París, 1968.
22 R. TILLY, *Financial institutions and industrialisation in the Rhineland 1815-70*, Madison, Milwaukee y Londres, 1966.
[23] R. H. PALGRAVE, *Bank rate and the money market*, 1903; y WALKER, "The working of the pre-war gold standard", en *Review of Economic Studies*, 1934, citados por M. Niveau, *Histoire des faits économiques contemporains*, París, 1966, p. 274.
[24] A. J. BLOOMFIELD, *Monetary policy under the international gold standard 1880-1914*, Nueva York, 1959; y *Short term capital movements under the pre-1914 gold standard*, Princeton, 1963.
[25] Citado por R. SCHNERB en *Libre-échange et protectionnisme*, París, 1963.
[26] Cf. R. SCHNERB, *op. cit.*, pp. 58 ss.
[27] Citado por C. AMBROSI y M. TACEL en *Histoire économique des grandes puissances à l'époque contemporaine, 1850-1958*, París, 1963, p. 96.

III. EL DESARROLLO DE LA PRODUCCIÓN

[1] Véase a este propósito W. D. HENDERSON, *The industrialization of Europe 1780-1914*, Londres, 1969.
[2] Véase W. O. HENDERSON, *op. cit.*
[3] Véase J. A. CLAPHAM, *Economic development of France and Germany 1815-1914*, Cambridge, 1923, p. 311.

[4] La tabla está sacada de A. MADISON, *Economic growth in the West*. Londres, 1964.

[5] T. MARKOVITCH, "Histoire quantitative de l'économie française: l'industrie française 1789-1964, Conclusions générales", *Cahiers de l'I.S.E.A.*, número 179, serie AF, París, noviembre 1966, p. 224.

[6] H. HAUSHOFER, *Die deutsche Landwirtschaft im technischen Zeitalter*, Stuttgart, 1963, p. 130.

[7] CHATELAIN, "La lente progression de la faux", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, París, 1956.

[8] P. BAIROCH, "Niveaux de développement économique de 1810 à 1910", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, núm. 6, París, 1965.

[9] J. KUCZYNSKI, *Studien zur Geschichte des Kapitalismus*, Berlín, 1957 páginas 41 y 65.

[10] P. BAIROCH, *op. cit.*

CAP. 3: LA SOCIEDAD Y LOS GRUPOS SOCIALES

[1] Para un estudio detallado del pensamiento de Sombart en relación con la Alemania de finales del siglo XIX, véase especialmente: W. SOMBART, *Die deutsche Volkwirtschaft im neunzehnten Jahrhundert*, Berlín, 1903; Id., *Studien zur Entwicklungsgeschichte des modernen Kapitalismus*, Munich, 1913; Id., *Der Bourgeois*, Munich, 1913 [trad. castellana *El burgués*, Alianza Editorial, Madrid, 1972].

[2] Véase E. LEVASSEUR, *Questions ouvrières et industrielles en France sous la Troisième République*, París, 1907, p. 619.

[3] Para toda referencia a las publicaciones del gobierno prusiano entre 1860 y 1870 o a las observaciones estadísticas contemporáneas, nos remitimos a la bibliografía de P. BENAERTS, *Les origines de la grande industrie allemande*, París, 1932.

[4] GREGORY KING publicó su cuadro de la sociedad inglesa en 1696. Es interesante compararlo con el de GEORGE CHALMERS cien años más tarde, con el de PATRICK COLQUHOUN al final de las guerras napoleónicas, o, finalmente, con el de DUDLEY BAXTER en 1867: estos cuatro análisis son puntos de referencia de la aparición de la sociedad moderna.

[5] Las cifras están sacadas de M. REINHARD, *Histoire générale de la population mondiale*, p. 359.

I. LAS CLASES OBRERAS

[1] Para un diagnóstico del malestar de la civilización a mediados de siglo, véase T. CARLYLE, *Past and Present*, 1843.

[2] B. DISRAELI, *Sybil or the two nations*, Londres, 1845.

[3] Leipzig, 1845. Pero no hay que olvidar que esta obra suscitó algunas objeciones, por parte de V. A. HUBER, o de B. HILDEBRAND, por ejemplo. Véase un análisis de la cuestión en la edición de W. O. HENDERSON y W. H. CHALONER, Oxford, 1958.

[4] Véase P. y G. FORD, *Selected list of British parliamentary papers 1833-1899*, Oxford, 1953. Entre todas las descripciones véase especialmente E. CHADWICK, *Report on the health of towns*, Londres, 1846, e Idem, *Report on the state of large towns and populous districts*, Londres, 1846.

[5] Seguimos aquí los análisis de J. Kuczynshi, *Les origines de la classe ouvrière*, París, 1967.

[6] La existencia de trabajos de erudición contemporáneos no dispensa de hojear los escritos sobre salarios aparecidos en el siglo XIX, especialmente: L. Levi, *Wages and Earnings of the working classes*, Londres, 1867; Id., *Work and pay*, Londres, 1877; T. Brassey, *Work and wages*, Londres, 1894; A. L. Bowley, *Wages in the United Kingdom in the nineteenth century*, Cambridge, 1900.

[7] Marx a Engels en una carta del 9 de abril de 1863.

[8] Para una descripción documentada e inteligente de la Inglaterra de 1880, consúltese E. Reclus, *Nouvelle géographie universelle*, tomo IV: *L'Europe du nord-ouest*, París, 1883, p. 857.

[9] Véase G. D. H. Cole, *Studies in class structure*, Londres, 1955, páginas 55 ss.

[10] Sobre la cuestión de la aristocracia obrera se encontrarán importantes observaciones en E. Hobsbawm, *The aristocracy of labour in 19th. century Britain*, en J. Saville, comp., *Democracy and the labour movement*, Londres, 1954.

[11] Esta investigación ha sido publicada en E. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières de 1789 à 1870*, París, 1904, tomo II, p. 300.

[12] Para Francia se encontrarán fuentes irremplazables de noticias y referencias en los trabajos de E. Levasseur.

[13] Citamos solamente dos publicaciones del año 1840: E. Buret, *De la misère des classes laborieuses en France et en Angleterre*, París, 1840 y L. Villerme, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie*, París, 1840. Consúltese también, para Bélgica, E. Ducpetiaux, *De la condition physique et morale des jeunes ouvriers, et des moyens de l'améliorer*. Bruselas, 1843.

[14] Véase A. Blanqui, *Des classes ouvrières pendant l'année 1848*, París, 1849.

[15] Véase E. Reclus, *Nouvelle géographie universelle*, tomo II: *La France*.

[16] Remitimos una vez más a las obras de P. Benaerts y J. Kuczynski, citadas anteriormente, con quienes nuestra deuda es inmensa.

[17] K. Marx y F. Engels, *Werke*, volumen I, Berlín 1956, p. 417.

[18] Esta cita está extraída de una carta abierta dirigida en 1863 al Comité Central encargado de convocar un congreso obrero en Zurich. La demostración dada por Lassalle de la ley de bronce fue criticada por Marx.

[19] Véase P. Angel, *Bernstein et l'évolution du socialisme allemand*. París, 1961.

II. Las burguesías

[1] Para una evocación vívida de los medios dirigentes ingleses, véase J. Chastenet, *Le siècle de Victoria*, París, 1957; Id., *La vie quotidienne en Angleterre au début du règne de Victoria*, París, 1961.

[2] Para los medios dirigentes alemanes, véase: N. von Preradovitch, *Die Führungsschichten in Osterreich und Preussen mit einem Ausblick bis zum Jahre 1945*, Wiesbaden, 1955; y P. Bertaux, *La vie quotidienne en Allemagne au temps de Guillaume II en 1900*, París, 1962.

[3] Esta tesis ha sido sostenida en las apasionantes obras de E. Beau de Lomenie, *Les responsabilités des dynasties bourgeoises*, vol. I *De Bonaparte à Mac-Mahon*, París, 1943; vol. II *De Mac-Mahon à Poincaré*, París, 1947.

[4] Véase G. PALMADE, *Capitalisme et capitalistes français au XIXe siècle*, París, 1961.

III. LAS ARISTOCRACIAS

[1] Véase W. GÖRLITZ, *Die Junker, Adel und Bauern in deutschen Osten*, Glücksburg, 1956.

V. LOS HOMBRES, LA VIDA, LA MUERTE

[1] Véase E. F. HECKSCHER, "Swedish population trends before the industrial Revolution", *Economic History Review*, 1950, pp. 266-77. En Suecia los censos son la fuente más antigua y segura de Europa.

[2] Remitimos a la gran síntesis de M. REINHARD, *Histoire générale de la population mondiale*, París, 1968.

[3] Véase T. H. HOLLINGSWORTH, *The demography of the British peerage*, en D. V. GLASS y D. E. C. EVERSLEY, *Population in history*, Londres, 1965.

[4] Para un estudio del caso particular de Francia, consúltese P. ARIES, *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie despuis le XVIIIe siècle*, París, 1948.

[5] Para un estudio de los comportamientos obreros, véase P. PIERRARD, *La vie ouvrière à Lille sous le Second Empire*, París, 1965.

[6] Existe una historia científica de la medicina (véase, por ejemplo, M. BARIETY, *Histoire de la médecine*, París, 1963) y una historia filosófica (J. STAROBINSKI, *Histoire de la médecine*, París, 1963).

[7] Para un ejemplo de historia urbana, consúltese A. BRIGGS, *A history of Birmingham*, Londres, 1952.

[8] Un ejemplo: Bonn. Véase a este respecto M. LECLERC, *La vie municipale en Prusse: Bonn, une ville de la province du Rhin*, París, 1889.

[9] Véase G. E. EADES, *Historic London, the story of a city and its people*, Londres, 1966.

[10] La obra de Haussmann ha sido descrita a menudo. Lo mejor es seguir a autores aún próximos a las transformaciones introducidas por él, LEVASSEUR por ejemplo.

[11] No se deben ignorar las guías para el viajero de la época, por ejemplo C. BAEDEKER, *Berlin und Umgebung, Handbuch für Reisende*, Leipzig, 1887.

[12] Cf. K. SCHEFFLER, *Berlin, Wandlungen einer Stadt*, Berlín, 1931; W. KIAULEHN, *Berlin, Schicksal einer Weltstadt*, Munich-Berlín, 1958; A. LANGE, *Berlin sur Zeit Bebels und Bismarcks*, Berlín, 1959.

[13] Sobre el pensamiento liberal de la ciudad véanse las reflexiones de L. MUMFORD, *The city in history*, Nueva York, 1961.

[14] Véase M. RAGON, *Histoire mondiale de l'architecture et de l'urbanisme modernes*, París, 1971.

[15] Véase G. DUVEAU, *Les instituteurs*, París, 1957.

[16] Véase P. GERBOD, *La vie quotidienne dans les lycées et les collèges au XIXe siècle*, París, 1967.

[17] Véase M. LECLERC, *L'éducation et la société en Angleterre*, vol. I, *L'éducation des classes moyennes et dirigeantes*, París, 1894.

[18] Sobre los problemas referentes a la prensa, véanse H. CALVET, *La presse contemporaine*, París, 1963; J. KAYSER, *Le quotidien français*, París, 1963.

[19] Véanse H. HERD, *The march of journalism, the story of the British press, from 1622 to the present day*, Londres, 1952; D. HUDSON, *British journalists and newspapers*, Londres, 1945.

[20] Véase R. BELLET, *Presse et journalisme sous le Second Empire*, París, 1967.

[21] Véase K. KOSZYK, *Deutsche Presse im 19 Jahrhundert*, Berlín, 1966.

[22] Remitimos a las bibliografías de las siguientes obras: E. G. LEONARD, *Histoire générale du protestantisme*, tomo 3, París, 1964; C. ROLIN, *Précis d'histoire de l'Eglise*, París, 1967; P. PIERRARD, *Histoire de l'Eglise catholique*, París, 1972; F. RENNHOFER, *Bücherkunde des katholischen Lebens, bibliographisches Lexikon der religiösen Literatur der Gegenwart*, Viena, 1961.

[23] La anécdota se encuentra en J. LESTOCQUOY, *La vie religieuse en France*, París, 1964.

[24] Véase C. MARCILHACY, *Le diocèse d'Orléans sous l'épiscopat de Mgr. Dupanloup, 1849-1878, sociologie religieuse et mentalités collectives*, París, 1962.

[25] Es preciso leer el relato de este viaje: H. TAINE, *Notes sur l'Angleterre*, París, 1872.

[26] Cf. J. LE FLOC'HMOAN, *La genèse des sports*, París, 1962.

[27] Véanse, del mismo autor, O. DU MESNIL, *L'hygiène à Paris, l'habitation du pauvre*, París, 1890; y *Etudes d'hygiène et d'économie sociale. Enquête sur les logements, salaires et budgets*, París, 1899.

[28] A. NERINCX, *Les habitations ouvrières à Berlin*, París, 1899.

[29] Hemos seguido de cerca a J. LAVER, *Les idées et mœurs au siècle de l'optimisme (1848-1914)*, París, 1969.

VI. MOVIMIENTOS E IDEOLOGÍAS SOCIALES

[1] Para una bibliografía del movimiento socialista remitimos a G. D. COLE, *A history of socialist thought*, Londres, 1956 [hay trad. castellana: *Historia del pensamiento socialista*, FCE, México, 1957 ss]; C. LANDAUER, *European socialism. A history of ideas and movements from the industrial revolution to Hitler's seizure of power*, Berkeley, 1959.

[2] Sobre el sindicalismo consúltese G. LEFRANC, *Le syndicalisme en France*, París, 1971; R. BRECY, *Le mouvement syndical en France 1871-1921. Essai bibliographique*, París, 1963; V.-L. ALLEN, *International bibliography of Trade unionism*, Londres, 1968; G.-A. RITTER, *Die Arbeiterbewegung im Wilhelminischen Reich*, Berlín, 1959.

[3] Entre los numerosos trabajos sobre el cartismo, véanse M. HOVELL, *The chartist movement*, Manchester, 1950; E. DOLLEANS, *Le chartisme*, París, 1949.

[4] El socialismo "francés", mil veces refutado por los marxistas, se ha perpetuado hasta nuestros días tanto entre los reformistas como entre los revolucionarios. La extrema izquierda actual, gracias a una nueva "lectura", encontrará una nueva inspiración en los temas de la gestión obrera, la cooperación, la desaparición de las relaciones monetarias de la pequeña comunidad autónoma e igualitaria, el desarrollo de la personalidad en una nueva ética. Para una bibliografía, véase D. DESANTI, *Les socialistes de l'utopie*, París, 1971.

[5] Véanse J. VIDALENC, *Louis Blanc (1811-1882)*, París, 1948 y P. VERLINDE, *L'œuvre économique de Louis Blanc*, Bourbourg, 1940.

[6] Para la bibliografía véase J. SIGMANN, *Les révolutions romantiques et démocratiques de l'Europe*, París, 1970.

[7] Para informaciones complementarias remitimos a A. L. MORTON y G. TATE, *Histoire du mouvement ouvrier anglais*, París, 1963; B. C. ROBERTS, *The Trade Union Congress 1868-1921*, Cambridge, Mass., 1958.

[8] Depués de haber sido amigo del joven Marx en 1844, Proudhon ha quedado ante la historia como uno de sus mayores adversarios (con Lassalle y Bakunin). Cien años más tarde su pensamiento no ha cesado de fascinar. Véase por ejemplo el curso impartido en la Sorbona en 1963-64 por G. GURVITCH, *Pour le centenaire de la mort de Pierre Joseph Proudhon: Proudhon et Marx, une confrontation*. Y Mgr PIERRE HAUBTMANN, después de haber estudiado las relaciones personales entre Proudhon y Marx, ha publicado una edición de los *Carnets*. Véase P. ANSART, *Marx et l'anarchisme, essai sur la sociologie de Saint-Simon. Proudhon et Marx*, París, 1969; J. BANCAL, *Proudhon, pluralisme et autogestion*, París, 1970; D. GUERIN, *Proudhon et l'autogestion ouvrière*. Bruselas, 1967.

[9] El mejor modo de hacerse una idea del movimiento obrero de esta época es leer el *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, publicado a partir de 1964, bajo la dirección de JEAN MAITRON, primera parte *1789-1864*, segunda parte *1864-1871*, tercera parte *1871-1914*.

[10] Figura particularmente interesante, Varlin, nacido en 1839, era un obrero encuadernador descendiente de una familia de pequeños campesinos. En el decenio 1860-1870, trabaja a domicilio, lo que le permite devorar libros. Afiliado a la sección francesa de la Internacional en 1865, fue uno de los dirigentes más lúcidos. En 1868 fue condenado a tres meses de prisión y a pagar una multa de 100 francos. En 1869 creó una caja de huelga (en el año de la huelga de los hilanderos de lana de Vienne, de los torcedores de seda de Lyon, de los productores de brochas para pintar, de los tejedores de cañamazo, de los doradores de madera, de los curtidores parisinos), sin hacerse ilusiones por otra parte sobre las posibilidades de alcanzar victorias gracias a la huelga: para él la huelga era una escuela de lucha, no un medio de mejorar la condición obrera.

[11] Una obra jamás superada sobre este tema es la de F. MEHRING, *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, 4 volúmenes, Stuttgart, 1898. Véase también G. ECKERT, *Wilhelm Liebknecht, Briefwechsel mit K. Marx und F. Engels*, La Haya, 1963.

[12] A falta de una obra de conjunto sobre la Internacional, véase J. FREYMOND, *Études et documents sur la Première Internationale en Suisse*, Ginebra, 1964; R. P. MORGAN, *The German social democrats and the First International*, Cambridge, 1965; R. COLLINS y C. ABRAMSKY, *Karl Marx and the British labour movement: years of the First International*, Londres, 1965.

[13] Sobre la Comuna citaremos solamente dos obras: la de P. O. LISSAGARAY, *Histoire de la Commune de 1871*, reeditada en París en 1947, por tratar de un hombre del siglo XIX profundamente implicado en los acontecimientos [hay trad. castellana: *Historia de la comuna de 1871*, Artiach Editorial, Madrid, 1970] y la de J. ROUGERIE, *Procè des communards*, París, 1964, porque ha renovado totalmente la problemática. Seguimos de cerca sus argumentos.

[14] Se ha sido generalmente demasiado severo con Louis Blanc. Hijo de un comerciante, preceptor de una casa burguesa y más tarde periodista, Louis Blanc publica en 1839 una obra capital, *L'organisation du travail*, donde expresa de forma clara ideas bastante difundidas en los medios socializantes. Exiliado en Londres de 1849 a 1870, Louis Blanc, hasta su muerte en 1882, desempeña un papel político en la extrema izquierda del partido republicano, sentando las bases de una tendencia radical (separación de la Iglesia y del Estado, carácter laico de la enseñanza, derecho de asociación para los obreros, impuesto sobre la renta).

I. DEL LIBERALISMO AL IMPERIALISMO

[1] Para un estudio de la idea de democracia es preciso evidentemente leer A. DE TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique*, París, 1835 y 1840 [trad. castellana: *La democracia en América*, Daniel Jorro, Editor, Madrid, 1907]. Es interesante situar el punto de vista de Tocqueville, gracias a R. REMOND, *Les États-Unis devant l'opinion française (1815-1852)*. París, 1962.

[2] Esta definición es de M. GEORGES BURDEAU, autor de un importante tratado de ciencia política. Nos inspiramos fundamentalmente en G. BURDEAU, *La démocratie*, Neuchâtel, 1956.

[3] No debe olvidarse, sin embargo, el movimiento del catolicismo liberal. Véase, por ejemplo, C. SAVART, *L'Abbé Jean Hippolyte Michon (1806-1881). Contribution à l'étude du libéralisme catholique au XIXe siècle*, París, 1971; y M. PRELOT, *Le libéralisme catholique, textes choisis*, París, 1969.

[4] En Francia ha desempeñado un papel fundamental la obra de P. LEROY-BEAULIEU, *De la colonisation chez les peuples modernes*, París, 1874.

II. EL TRIUNFO DEL LIBERALISMO EN INGLATERRA, BÉLGICA Y PAÍSES BAJOS

[1] Dado que la historia política de los grandes países europeos es bien conocida, nos remitimos a los grandes manuales ya citados.

[2] Entre las últimas obras aparecidas sobre Palmerston, véase por ejemplo D. SOUTHGATE, *The policies and politics of Palmerston*, Londres, 1966.

[3] Consúltense preferentemente obras antiguas, que evalúan mejor la importancia de las corrientes de opinión contemporáneas: W. E. AXON, *Cobden as a citizen. A chapter in Manchester history*, Londres, 1907; J. BECKER, *Das deutsche Manchestertum*, Karlsruhe, 1907.

[4] Entre los numerosísimos trabajos sobre Disraeli, véanse A. MAUROIS, *La vie de Disraeli*, París, 1927 [trad. castellana: *La vida de Disraeli*, Aguilar, Madrid, 1944]; R. BLAKE, *Disraeli*, Londres, 1966; R. MAÎTRE, *Disraeli homme de lettres, la personnalité, la pensée, l'œuvre littéraire*, París, 1963.

[5] Es necesario siempre referirse a la gran biografía de Gladstone de J. MORLEY, *The life of W. E. Gladstone*, Londres, 1903; véase también J. L. HAMMOND, *Gladstone and the Irish nation*, Londres, 1964.

[6] Véase R. KOEBNER y H. D. SCHMIDT, *Imperialism, the story and significance of a political word*, Cambridge, 1964.

[7] Sobre el ejemplo suizo véase A. SIEGFRIED, *La Suisse, démocratie témoin*, París, 1948.

III. PENETRACIÓN DEL LIBERALISMO EN LOS PAÍSES LATINOS: FRANCIA E ITALIA

[1] Las citas de Péguy están extraídas de C. PEGUY, *Notre jeunesse*, París, 1910. Existe una nueva edición de 1957.

[2] Esta expresión es de J. JAURES, *La guerre franco-allemande (1870-1871)*, París, 1908; nueva edición de 1971.

[3] Una de las mejores historias del Segundo Imperio sigue siendo la del socialista francés ALBERT THOMAS, *Le Second Empire*, París, 1907 (tomo X de la *Histoire socialiste*, de JAURES).

[4] Consideraciones sobre el nacimiento de este régimen, se encuentran en K. MARX, *Der 18 Brumaire des Louis Bonaparte*, aparecido en 1852 en *Die Revolution*, pequeña revista alemana editada en Estados Unidos [trad. castellana: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1968].

[5] El análisis del temperamento político en el país, tanto desde el punto de vista de la mentalidad de los dirigentes como de la sociología electoral, está en deuda con los trabajos de ANDRÉ SIEGFRIED. Véase en particular: *Le tableau politique de la France de l'ouest sous la Troisième République*, París, 1913.

[6] ÉMILE OLLIVIER muere en 1913. Desde 1870, dedicó la mayor parte de su tiempo a justificarse, publicando principalmente *L'Empire libéral*, 17 vol., 1895-1901.

[7] Véase J. CHASTENET, *Gambetta*, París, 1968.

[8] Sobre Ferry, véase L. LEGRAND, *L'influence du positivisme sur l'œuvre scolaire de Jules Ferry*, Paris, 1961; F. PISANI-FERRY, *Jules Ferry et le partage du monde*, París, 1962.

[9] Véase J. NERE, *Le boulangisme et la presse*, París, 1964.

[10] C. PÉGUY, *Notre jeunesse*, París, 1910, pp. 22 ss.

[11] Un enfoque, aparentemente modesto, pero de muy rico contenido ha sido publicado por PAUL GUICHONNET, *L'unité italienne*, París, 1961, de quien hemos extraído esta cita.

[12] Sobre Cavour, se impone sobre todo la lectura de P. MATTER, *Cavour et l'unité italienne*, 3 volúmenes, París, 1922-1927.

IV. ALEMANIA Y AUSTRIA A PARTIR DE 1850: DIVERSIDAD Y UNIDAD

[1] Sobre la Confederación alemana *(Deutscher Bund)* véase el volumen 26 de esta *Historia Universal Siglo XXI*, *La época de las revoluciones burguesas (1780-1848)*, cap. 7.

[2] Véase el citado volumen 26, capítulo 9.

[3] Citado por P. Bonaerts. *L'unité allemande*, París, 1939, p. 98.

CONCLUSIÓN

[1] Véase a este respecto H. LEFEBVRE, "Au-delà du structuralisme", en *Sociologie de la bourgeoisie*, París, 1971, pp. 165-193.

[2] H. LEFEBVRE, *op. cit.*, p. 193.

Bibliografía

I. *Obras de carácter general*

ASHWORTH, W., *A short history of the international economy, 1850-1950*, Londres, 1960.

BAUMONT, M., "L'essor industriel et l'impérialisme colonial, 1878-1904", col. *Peuples et civilisations*, vol. XVIII, 2.ª ed., París, 1959.

BELOFF, M.; RENOUVIN, P.; SCHNABEL, F., y VALSECCHI, F., *L'Europe du XIXe et du XXe siècles*, vols. I y II, "1815-1870"; vols. III y IV, "1870-1914", Milán, 1959-1962.

BURY, J. P. T. (comp.), *The zenith of Europe 1830-1870*, vol. X de la *New Cambridge Modern History*, Londres, 1960 [trad. castellana: *El cenit del poder europeo 1830-1840*, vol. X de la *Historia del mundo moderno*.

DROZ, J., *Histoire diplomatique de 1648 à 1919*, 2.ª ed., París, 1959.

FOHLEN, C. y BEDARIDA, F., "L'ère des révolutions", en *Histoire générale du travail*, París, 1959.

HAUSER, H.; MAURAIN, J.; BENARTS, P., y L'HUILLIER, F., "Du libéralisme à l'impérialisme, 1860-1878", col. *Peuples et civilisations*, vol. XVII, 2.ª ed., París, 1952.

HEATON, H., *Economic history of Europe*, Nueva York, 1948.

HINSLEY, F. H. (comp.), "Material progress and wide problems 1870-1898", volumen XI de la *New Cambridge Modern History*, Londres, 1962 [trad. castellana: "El progreso material y los problemas mundiales *1870-1898*, vol. XI de la *Historia del mundo moderno*].

LESOURD, J. A. y GERARD, G., *Histoire économique, XIXe et XXe siècles*, París, 1963.

MAURO, F., *Histoire de l'économie mondiale*, París, 1971.

POUTHAS, C. H., "Démocraties et capitalisme, 1848-1860", col. *Peuples et civilisations*, vol. XVI, 3.ª ed., París, 1961.

PROPYLAEN WELTGESCHICHTE, vol. VIII, *Das 19. Jahrhundert*, Berlín, 1960.

RENOUVIN, P., *Histoire des relations internationales*, vol. V, "Le XIXe siècle", I, "De 1815 à 1871, l'Europe des nationalités et l'éveil des nouveaux mondes", París, 1954-1955; vol. VI, "Le XIXe siècle", II, "De 1871 à 1914. L'apogée de l'Europe", París, 1954-1955.

SALIS, J. VON, *Weltgeschichte der neuesten Zeit*, vol. I, "Die historischen Grundlagen des 20. Jahrhunderts, 1871-1904", Zurich, 1951.

SCHNERB, R., "L'apogée de l'expansion européenne, 1815-1914", en *Histoire générale des civilisations*, vol. VI, París, 1961.

LA ECONOMIA EUROPEA DE 1850 A 1890

I. Documentos estadísticos:

Annuaires statistiques de la France, ediciones retrospectivas.

MITCHELL, B. R. y DEANE, P., *Abstract of british historical statistics*, Cambridge, 1962.

VOILLIARD, O.; CABOURDIN, G., y DREYFUS, F., *Statistiques d'histoire économique*, París-Estrasburgo, 1964.
WOYTINSKI, W., *Die Welt in Zahlen*, Berlín, 1934.

II. Estudios:

ASHWORTH, W., *An economic history of England 1870-1939*, Londres, 1960.
AUGÉ LARIBÉ, M., *La politique agricole de la France de 1880 à 1940*, París, 1950.
BAIROCH, P., "Niveaux de développement économique de 1810 à 1910" en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, núm. 6, París, 1965.
"Le mythe de la croissance économique rapide au XIXe siècle", en *Revue de l'Institut de sociologie*, París, 1962.
BECHTEL, H., *Wirtschaftsgeschichte Deutschlands im 19 und 20. Jahrhundert*, Munich, 1956.
BENAERTS, P., *Les origines de la grande industrie allemande: essai sur l'histoire économique de la période du Zollverein*, París, 1933.
BLOOMFIELD, A. I., *Monetary policy in the international gold standard 1800-1914*, Federal Reserve Bank of New York, 1959.
BOUVIER, J. *Les Rothschild*, París, 1960.
—— *Le Krach de l'Union Générale*, París, 1960.
—— *Le Crédit Lyonnais de 1863 à 1882*, 2 vols., París, 1961.
BOUVIER, J.; FURET, F., y GILLET, M., *Le mouvement du profit en France au XIXe siècle*, París, 1965.
CAMERON, R., "Profit, croissance et stagnation en France au XIXe siècle", en *Economie appliquée*, tomo X, París, 1957.
—— "Le développement économique de l'Europe au XIXe siècle", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, núm. 2, París, 1957.
—— *France and the economic development of Europe 1800-1914*, Princeton, 1961.
CHAMBERS, J. D., "Industrialization as a factor in economic growth in England", en *Première conférence d'histoire économique de Stockholm 1960*, París, 1960.
—— *The workshop of the world. British economic history from 1820 to 1880*, Londres, 1961.
CHAMBERS, J. D. y MINGAY, G. E., *The agricultural revolution 1750 to 1880*, Londres, 1966.
CLAPHAM, J. A., *An economic history of modern Britain (1815-1914)*, 3 tomos, Cambridge 1926-1938.
—— *The bank of England*, 2 tomos, Londres, 1944.
—— *Economic development of France and Germany 1815-1914*, 4.ª edición, Cambridge, 1961.
CLOUGH, S. B., *The economic history of modern Italy*, Nueva York, 1964.
CLOUGH, S. B. y COLE, C. W., *Economic history of Europe*, Boston, 1952.
DEANE, P. y COLE, C. W., *British economic growth 1688-1959*, Cambridge, 1962.
DUNHAM, A., *The Anglo-French treaty of commerce of 1860 and the progress of the industrial revolution in France*, Detroit, 1930.
ELLIS, H., *British railway history 1830-1876*, Londres, 1954.
ERNLE (Lord), *English farming, past and present*, Londres, 1936.
FACIUS, F., *Wirtschaft und Staat. Die Entwicklung der staatlichen Wirtschaftsverwaltung vom 17 Jh. bis 1945*, Boppard am Rhein, 1959.
FEIS, H., *Europe, the world's banker 1870-1914*, Nueva York, 1961.
FINCKENSTEIN, H. W. VON, *Die Entwicklung der Landwirtschaft in Preussen und Deutschland und in den alten preussischen Provinzen von 1800-1930*, Berna, 1959.

FOHLEN, C., *L'industrie textile au temps du IIe Empire*, París, 1956.
GIRARD, L., *La politique des travaux publics sous le IIe Empire*, París, 1952.
HARDACH, K. W., *Die Bedeutung wirtschaftlichen Faktoren bei der Wiedereinführung der Eisen-und Getreidezölle in Deutschland 1879*, Berlín, 1967.
HAUSHOFER, H., *Die deutsche Landwirtschaft im technischen Zeitalter* Stuttgart, 1963.
HENDERSON, W. O., *The State and the industrial Revolution in Prussia, 1740-1870*, Liverpool, 1958.
—— *Britain and industrial Europe 1750-1870*, Liverpool, 1954.
—— *The industrial Revolution of the Continent. Germany, France, Russia, 1800-1914*, Londres, 1961.
HOFFMANN, W. G., *British industry 1700-1950*, Oxford, 1955.
—— *Das Wachstum der deutschen Wirtschaft seit der Mitte des 19. Jahrhunderts*, Berlín, 1965.
JEFFERYS, J. B., y WALTERS, D., "National income and expenditure of the United Kingdom 1970-1952", en *Income and Wealth*, Serie V, Londres, 1955.
JONES, G. F., y POOL, A. G., *A hundred years of economic development in Great Britain (1840-1940)*, Londres, 1963.
JOSTOCK, P., "The long term growth of national income in Germany", en *Income and Wealth*, Serie V, Londres, 1955.
KINDLEBERGER, C. P., *Economic growth in France and Britain*, Cambridge, USA, 1964.
KNOWLES, L. C. A., *Economic development in the 19 th century. France, Germany, Russia and USA*, Londres, 1958.
KUCZYNSKI, J., *Die Bewegung der deutschen Wirtschaft von 1800 bis 1946*, Berlín, 1947.
—— *Die Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus*, tomo 12: *Studien zur Geschichte der zyklischen Überaroduktionskrisen in Deutschland 1873 bis 1914*, Berlín, 1961.
—— *Studien zur Geschichte des Kapitalismus*, Berlín, 1957.
KUZNETS, S., "Quantitative aspects of the economic growth of nations" en *Economic Development and Cultural Change*, octubre de 1956.
LABROUSSE, E., *Aspects de l'évolution économique et sociale de la France depuis 1848*, París, 1949.
LAMBI, I. N., *Free trade and protection in Germany 1868-1879*, Wiesbaden, 1963.
LÉON, P., *L'industrialisation en France en tant que facteur de croissance économique du début du XVIIIe siècle à nos jours*, en *Première Conférence Internationale d'Histoire Economique de Stockholm 1960*, París, 1960.
LÜTGE, F., *Deutsche Wirtschafts-und Sozialgeschichte*, Berlín, 1960.
MARCZEWSKI, J., "Y a t'il eu un take-off en France?", en *Cahiers de l'ISEA*, serie AD, núm. 111, París, marzo de 1961.
—— "Le produit physique de l'économie française de 1789 à 1913. Comparaison avec la Grande Bretagne", en *Cahiers de l'ISEA*, núm. 163 París, julio de 1965.
—— "Histoire quantitative de l'économie française", en *Cahiers de l'ISEA*, serie AF, núm. 115, París, 1961.
MARKOVITCH, T., "Histoire quantitative de l'économie française: l'industrie française 1789-1964", en *Cahiers de l'ISEA*, núms. 163 y 179, París, julio de 1965 y noviembre de 1966.
MERTENS, J. E., *La naissance et le développement de l'étalon-or (1696-1922)*, París, 1944.

MITCHELL, B. R., "The railway and United Kingdom growth", en *The Journal of Economic History*, vol. 24, núm. 3, Nueva York, 1964.
PALMADE, G., *Capitalisme et capitalistes français au XIXe siècle*, París, 1961.
ROSENBERG, H., *Grosse Depression und Bismarckzeit. Wirtschaftsablauf Gesellschaft und Politik in Mitteleuropa*, Berlín, 1967.
ROSTOW, W. W., *The stages of economic growth*, Cambridge, 1960.
—— *British economy of the 19th century*, Londres, 1948.
SCHNERB, R., *Protectionnisme et libre-échange*, París, 1963.
SÉE, H., *Histoire économique de la France*, vol. II, *Les Temps Modernes (1789-1914)*, París, 1951.
SOMBART, W., *Die deutsche Volkswirtschaft im 19. Jahrhundert und im Anfang des 20. Jahrhunderts*, Berlín, 1903.
STOLPER, G.; HAUSER, K., y BORCHARDT, K., *Deutsche Wirtschaft seit 1870*, Tubinga, 1964.
TILLY, R., *Financial institutions and industrialization in tre Rhineland 1815-1870*, Madison, Milwaukee y Londres, 1966.
TOUTAIN, J.-C., "Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1958", en *Cahiers de l'ISEA*, núm. 115, julio de 1961.
WALTERHAUSEN, Sartorius von, *Deutsche Wirtschaftgeschichte 1815-1914*, Jena, 1923.
ZORN, W., *Kleine Wirtschafts-und Sozialgeschichte Bayerns 1806-1933*, Munich, 1962.

ALEMANIA DE 1850 A 1890

ANDERSON, E. N., *The social and political conflict in Prussia, 1858 to 1864*, Lincoln, 1954.
AYÇOBERRY, P., *L'unité allemande*, París, 1968.
BECKER, O., *Bismarcks Ringen und Deutschlands Gestaltung*. Heildelberg, 1958.
BENAERTS, P., *Les origines de la grande industrie allemande*, París, 1933.
—— *L'unité allemande*, París, 1939.
BERGSTRASSER, L., *Geschichte der politischen Parteien in Deutschland*, 1952.
BERNARD, L., *Das polnische Gemeinwesen in preussischen Staat*, Leipzig, 1907.
BOEHME, H., *Deutschlands Weg zur Grossmacht. Studien zum Verhaltnis von Wirtschaft und Staat Während der Reichsgründungsseit*. Colonia y Berlín, 1966.
BONNIN, G., *Bismarck and the Hohenzollern candidature for the spanish throne*, Londres, 1957.
BUCHHEIM, K., *Das deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Munich, 1969.
CONZE, W., y GROH, D., *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung. Die deutsche Sozialdemokratie vor Während und nach der Reichsgründung*, Stuttgart, 1966.
DEMETER, K., *Das deutsche Offizierkorps in seinen geschichtlichen und soziologischen Grundlagen*, 1931.
DITTRICH, J., *Bismarck, Frankreich und die spanische Thronkandidatur der Hohenzollern*, Munich y Oldenburg, 1962.
DROZ, J., *Le nationalisme allemand de 1871 à 1931*, París, 1966.
—— *Le socialisme allemand de 1863 à 1918*, París, 1964.
—— *La formation de l'unité allemande 1789-1871*, París, 1970.
ENGELBERG, *Deutschland von 1849 bis 1871, und Deutschland von 1871 bis 1897*, en *Deutsche Geschichte*, tomo 2, Berlín, 1965.

EYCK, E., *Bismarck. Leben und Werk*, 2 tomos, Zurich, 1941.
FRANZ, E., *Der Entscheidungskampf um die Wirtschaft-politische Führung Deutschlands 1815-1867*, Munich, 1933.
FRICKE, O., *Die deutsche Arbeiterbewegung 1868-1890*, Leipzig, 1964.
GALL, L., "Zur Frager der Annexion von Elsass und Lothringen", en *Historische Zeitschrift*, tomo 206, 1968.
GEBHARDT, B., comp., *Handbuch der deutschen Geschichte*, tomo III, *Von der französischen Revolution bis zum ersten Weltkrieg*, Stuttgart, 1960.
GEUSS, H., *Bismarck und Napoléon III. Ein Beitrag zur Geschichte der preussischfranzösischen Beziehungen 1815-1871*, Colonia y Graz, 1959.
GOLDSMITH, H., *Das Reich und Preussen im Kampf um di Führung. 1871-1918*, 1931.
—— *L'Empire allemand 1871-1918*, Paris, 1970.
HAMEROW, T. S., *Restoration, Revolution, Reaction, Economics and politics in Germany 1815-1871*, Princeton, 1958.
HENDERSON, W. O., *The State and the industrial Revolution in Prussia 1740-1870*, Liverpool, 1958.
JUST, L., *Handbuch der deutschen Geschichte*, tomo 3-II; *Das Zeitalter Bismarcks*, Constanza, 1956.
KÖLLMANN, W., "Politische und soziale Entwicklung der deutschen Arbeiterschaft 1850-1914, en *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftgeschichte*, 1964.
LINDENLAUB, *Richtungsküpfe im Verein für Sozialpolitik, Wissenschaft und Sozialpolitik im Kaiserreich*, 1967.
LIPGENS, W., *Bismarck, die öffentliche Meinung und die Annexion von Elsass und Lothringen 1870*, en *Historische Zeitschrift*, tomo 199, 1964.
LORD, R. H., *The origins of the war of 1870. New documents of the German archives*, Cambridge, USA, 1924.
MEHRING, F., *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, 4 tomos, Berlín, 1904; nueva edición, 1922.
MEYER, A. O., *Bismarck. Der Mensch und der Staatsmann*, Stuttgart, 1949.
MOMMSEN,W., *Bismarck. Ein politisches Lebensbild*, Munich, 1959.
MORSEY, R., *Die oberste Reichsverwaltung unter Bismarck 1867-1890*, Münster, 1957.
MOSSE, W. E., *The European powers and the German question 1815-1871*, Cambridge, 1958.
MOTTEK, H.; BLUMBERG, H.; WUTZMER, H., y BECKER, W., *Studien zur Geschichte der industriellen Revolution in Deutschland*, Berlín oriental, 1960.
MURALT, L. V., *Bismarcksverantwertlichkeit*, Gotinga, 1955.
NEDLICOTT, W. N., *Bismarck and modern Germany*, Londres, 1965.
PFLANZE, O., *Bismarck and the development of Germany in the period of unification 1815-1871*, Princeton, 1963.
PORTER, *Die Einigung Italiens im Urteil liberaler deutscher Zeitgenessen. Studien zur inneren Geschichte des kleindeutschen liberalismus*, Bonn, 1959.
PRERADOVITCH, N. von, *Die Führungsschichten in Osterreich und Preussen 1804-1918*, Wiesbaden, 1955.
RASSOW, P., *Die Stellung Deutschlands im Kreise der grossen Mächte 1887-1890*, Maguncia, 1959.
REAL, W., *Der deutsche Reformverein. Grossdeutsche Stimmen zwischen Villafranca und Koniggraetz*, Lübeck y Hamburgo, 1966.
RENOUVIN, P., *L'Empire allemand au temps de Bismarck*. París, 1950-1951.

RITTER, E., *Die katholische-soziale Bewegung Deutschlands im 19. Jahrhundert*, 1954.

RITTER, G., *Staatskunst und Kriegshandwerk. Das Problem des "Militarismus" in Deutschland. I/Die alt-preussische Tradition, 1740-1890*, Munich, 1954; *Europa und die deutsche Frage*, Munich, 1948.

ROTHFELS, H., "Probleme einer Bismarcks Biographie, en *Review of*.

SCHMIDT-VOLKMAR, E., *Der Kulturkampf in Deutschland 1871-1890*, 1962.

SCHNABEL, F., *Das Problem Bismarck*, Hochland, 1949.

—— *Deutsche Geschichte, im 19. Jahrhundert*, Friburgo, 1929-1937 (nuevas ediciones de 1948-1951, 1964).

SCHOT, B., *Die Entstehung des deutsch-französischen Krieges und Gründung des deutschen Reiches*, en *Hohenzollerische Jahrsheftte*, tomo 23, 1963.

SEEBER, G., *Zwischen Bebel und Bismarck. Zur Geschichte des Linksliberalismus im Deutschland 1871-1893*, Berlín, 1965.

SOMBART, W., *Die deutsche Volkswirtschaft im 19. Jahrhundert*, 1913; 6.ª edición, Berlín, 1923.

SRBIK H. VON, *Deutsche Einheit*, Munich, 1935.

STADELMANN, R., *Das Jahr 1865 und das Problem deutscher Politik*, Oldenburg, 1933.

—— *Moltke und der Staat*, Krefeld, 1955.

STEEFEL, L. D., *Bismarck, the Hohenzollern candidacy and the origins of the Franco-German war of 1870*, Cambridge, U.S.A., 1962.

TAYLOR, A. J. P., *The course of german history. A survey of the development of Germany since 1815*, Londres, 1964.

TILLY, R., *Financial institutions and industrialization in the Rhineland 1815-1870*, Madison (Milwaukee)-Londres, 1966.

WINDELBAND, W., *Bismarck und die europäische Grossmächte 1879-1885*, Hessen, 1942.

WINKLER, H. A., *Preussischer Liberalisme und deutscher Nationalstaat. Studien zur Geschichte des Fortschrittspartei 1861-1866*, Tubinga, 1962.

WINKLER, M., *Bismarck Bündeispolitik und das europäische Gleichgewicht*, Stuttgart, 1964.

ZECHLINE, *Die Reichsgründung (Deutsch Geschichte, Ereignisse und Probleme)*, Francfort y Berlín, 1967.

—— *Bismarck und die Grundlegung der deutschen Grossmacht*, Stuttgart, 1960.

ZORN, W., "Wirtschafts und Sozialgeschichtliche Zusarmenhänge der deutschen Reichsgründungszeit 1850-1879", en *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, comp. por H. U. Wehler, Colonia y Berlín, 1966.

ZUNKEL, F., *Der rheinisch-westfälische Unternehmer 1834-1879*, Colonia, 1962.

AUSTRIA-HUNGRIA DE 1850 A 1890

HANTSCH, H., *Die Geschichte österreichs*, 2 tomos, Graz-Colonia, 1953.

JAZL, O., *The dissolution of the Habsburg monarchy*, Chicago, 1929.

KANN, R. A., *The multinational Empire. Nationalism and national reform in the Habsburg monarchy 1848-1918*, Nueva York, 1950.

—— *Das Nationalitätenproblem der Habsburger Monarchie*, Graz-Colonia, 1964.

MAY, A., *The Habsburg monarchy 1867-1914*, Cambridge, U.S.A., 1951.

MAYER, F. M. y KAINDL, R. F., *Geschichte und Kulturleben österreiche von 1792 bis zum Staatsvertrag von 1955*, 5.ª edición, Viena, 1955.

MAYER, H., comp., *Hundert Jahre österreichischer Wirtschaftsentwick lung 1848-1948*, Viena, 1949.
MISKOLCZY, J., *Ungarn in der Habsburger Monarchie*, Viena, 1951.
TAYLOR, A. J. P., *The Habsburg monarchy*, Londres, 1948.
ZWITTER, F., *Les problèmes nationaux dans la monarchie des Habsburg* Belgrado, 1960.

Indice alfabético



papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s.a.
impreso en litográfica ingramex, s.a.
centeno 162 - méxico 13, d.f.
dos mil ejemplares y sobrantes para reposición
22 de mayo de 1981

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), la publican simultaneamente Weidenfeld and Nicolson (Gran Bretaña), Feltrinelli (Italia), Bordas Editeur (Francia), Dell Publishing Co. (EE. UU.). Sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia Africa y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia

Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.

En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo Consta de 36 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.



ISBN 968-23-0460-1